

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Franz
TAMAYO

HECHICERO DEL ANDE



FRANZ
TAMAYO

BUENOS AIRES

EDITORIAL "PUERTA DEL SOL"

1944

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

José María Alvarado

FRANZ TAMAYO

HECHICERO DEL ANDE

RETRATO
AL MODO FANTÁSTICO



SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL "PUERTA DEL SOL"

LA PAZ — BOLIVIA

José María Alvarado

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

EPOS

*“Si en algo un son sublime
Se empapa y vibra,
Cual dolor en la fibra
O eco que gime,—
Canto a miriadas,
Auscultad en los Andes
Nuestras Illiadas!”*

TAMAYO.

EPITHYMBION

*“Fué noble, triste y grande!
Habitó un sueño
Como habitar el Ande.
Hombre sin dueño,
Fué Hermes y Apolo!
Volverá un día, grande
Y siempre solo!”*

TAMAYO.

José María Alvarado

*A mi padre, gran señor y hombre de
Estado, que tuvo la pasión de crear
entre montañas.*

¿Cómo hablar de un pedazo de América?

El sociólogo respira por la ciencia y por la historia. El estudioso documenta sus aseveraciones. Investigación, rastreo cronológico, son instrumentos del crítico y del biógrafo. Mas hay un territorio esquivo al método, anclado allende las tesis y los cánones. Ni reglas ni preceptos. Nada se prueba. Se penetra todo. Ceñido el tema. La visión sin brida. Se diría un retrato arbitrario en marco exacto. O el rumbo libre de pájaros en vuelo. Y de pronto el crescendo de una música insensata, más próxima al sentimiento que al oído: es el modo fantástico.

He aquí un miraje de Bolivia, con su misterioso fondo telúrico, sus desgarramientos esquilianos, su poderosa concentración interna. Y un perfil de Franz Tamayo, su hijo representativo. Suelo y poblador dan su clave recíproca. Tamayo representa, en grado extremo, nuestras virtudes y nuestros defectos; nuestros aciertos y nuestros errores. Cuanto más se encumbra un hombre —recuerda el poeta— más profundamente arraiga en la entraña de su raza. Él es lo mismo que ella. Y ella es igual a él.

Verídico es el tema: existen tierra, pueblo y grande hombre. Lejos del esquema sistemático, damos rasgos libres para uso de imaginaciones elásticas. El arte literaria —magia viva— esparce su doble luz radiante; na

hay fábula sin fondo de suceso real, como no hay verdad sin contornos de ficción.

Es probable la fusión de yerros con aciertos. Bolivia "terra incognita", Franz Tamayo esfinge sempiterna, son ignorados por los propios bolivianos. Pero aun frustrado el mensaje, quedará su resonancia: un sueño lírico sobre los bloques rígidos del Ande.

F. D. DE M.

José María Alvarado

PRELUDIO

*"Montes graves, graníticas hazañas,
Como inmóvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!"*

TAMAYO.

Tiene la forma de una tromba. La espira comienza por un rasgo sutil de menudos fragmentos, que se funden en el ritmo ascensional de la columna. A mitad de camino se enarcan las caderas, dilátase la pared interior, crecen los hombros. Se diría un cuerpo mutilado, que aventó la cabeza para afirmar el imperio del torso formidable. Este torbellino plástico, envuelve un alma en evasión. Inasible, contradictorio, cruzado de hermetismo, el todo escapa a las definiciones. Cuerpo y alma se sus-traen, huyen vertiginosamente como la tromba del centro que la inicia.

Sudamérica es huraña a la síntesis. Calza muchas medidas sin ajustar ninguna.

Para unos es el espejo que devuelve, reducida, la imagen europea. Para otros la factoría económica de los Estados Unidos. Del Golfo de México se divisa una tierra de indios. De Buenos Aires la matriz cosmopolita. Cuna de la raza cósmica al decir del pensador, se transforma en continente de la negación y de la muerte para el novelista. Piensa el tropicalismo en cierta reserva cultural de la humanidad. Responden los pragmáticos que ya pasó la hora de estas jóvenes naciones, sujetas como satélites al sistema solar de las grandes potencias. La tesis del indio inorgánico, halla su réplica en la doctrina del terrícola forjador de sus instrumentos de dominio. Razas "fellahs" —piensan los más. Pueblos concentrados, a la espera— sostienen los menos. El soñador exclama: ¡La

América India irradia la magia de una virgen dormida! El sociólogo pregunta: ¿Es que ella existe verdaderamente? Lo que existe son grupos de pueblos, intenciones de trasplantes, hacinamientos que tratan de hacer nación. Somos un mundo en germen.

De un lado la hipérbole; de otro rechazo y negaciones. Siempre esa atracción indefinible que gira en el compás del Almirante, desvía la brújula del Vespucio e imanta las agujas de los geógrafos. Magia india. Territorio del instinto y la emoción, sólo entrega por intuiciones sus fragmentos; jamás su cabalidad. Si el antiguo clama: ¡Nuevo Mundo!, el moderno aspira las vivencias del suelo mítico, anterior al tiempo clásico. Arqueólogos, lingüistas, apenas balbucean la interpretación histórica. Un dios bifronte muestra sus indescifrables caras, enigma siempre recommenzado: siendo lo más nuevo, ser siempre lo más viejo. Sin verlas, se siente su presencia. Sin palparlas, se padece su contraste. Donde la razón vacila, golpea el corazón sus adivinaciones. "South-América"—murmulla el turista. Fuente sellada, vigencia del misterio— replica el alma india.

El continente sur va de un medioevo a otro medioevo. Sus Renacimientos perecen sin dejar rastro. Del despojado oscurantista del Inca, pasa al vasallaje férreo de la Colonia. Falta la tradición milenaria de hechos históricos, ciencia organizada y técnica evolutiva, telón de fondo de las viejas culturas.

Una centuria de aparente democracia, desenfrenado liberalismo, ideas románticas, economía semicolonial, no arroja saldo favorable. Macaquismo, espíritu imitativo—subraya el maestro. Careciendo de medida interior para proyectarse al contorno, el poblador no alcanza a despojarse del saber infuso de una cultura potencial. ¡Tremenda responsabilidad la del sudamericano! Vive cargado de fuerzas que presionan, salen de su órbita y se desgastan en estériles fricciones, rompiendo el equili-

brio del medio con el hombre. Habita el orden mágico del desorden. No señorea el mundo; padece la sujeción telúrica. Lentitud y taciturnidad se hallan en ruptura con el disciplinado vértigo moderno. La disparidad étnica conspira contra la unidad política. Sobran tierras. Escasean pobladores. Falta un estilo nativo frente a la poderosa actividad del inmigrante. Tierras de cataclismo para pueblos de aluvión. En un sentido ontológico-humanista, no somos, todavía. Estamos en trance de ser.

¿Sudamérica es más del Austro, del Septentrión o de Occidente?

Vibra un mosaico de pueblos y costumbres. Lo que impera por una región no reza para otra. Hay urbes populosas, atentas a la civilización electromecánica. Hay aldeas hundidas en remotos parajes, donde habitan culturas supérstites, ajenas al acontecer contemporáneo. El mestizo maneja un motor o absorbe la lección fílmica, mejor de cuanto asimila la herencia del ancestro. Es apto a la técnica y esquivo al humanismo. Triple heredero del lemur, del atlante y de los mayas, su psique rechaza al europeo, aunque somáticamente se le entrega. Aprende sin enseñar. Desprecia a quien superó. Emula sor-damente con quienes lo aventajan. Pero Sudamérica no es sólo un mestizaje de sangres y almas. No es lo indio, lo mestizo ni lo blanco aisladamente; más una amalgama de los tres. Si en ciertos lugares el color de la piel y las costumbres separan a los hombres en compartimientos estancos, en general los tres mundos conviven transmutando calidades sin perder su especificidad. El individuo simple. La colectividad compuesta y densa.

¿Hay que pensar, con el filósofo, que tan activo laboratorio funde los elementos de un nuevo tipo humano? Gérmenes, siempre gérmenes...

Cuando la tierra se traspasa de espiritualidad, brota el milagro infrecuente de una sabiduría sin ciencia: héroe, político, pensador, artista, el sudamericano cala más hon-

do que el occidental. Si no alcanza su técnica depurada, hiere la entraña de las cosas; y si se frustran ricas posibilidades o se esfuma la obra humana, es por falta de equilibrio entre la naturaleza, todavía indómita, y el poblador débil aun para gobernar tamaña grandeza. Pocos saben que en sentido integral, Bolívar removi6 más fuerza creadora que Bonaparte; le faltó escenario para peraltar sus hazañas. Montaña, trópico, llanura devoran al hombre y al suceso, porque la tierra es desmedida para quien la habita. Mas cuando el hombre del Sur alcanza su expresión —raro trance, difícil disciplina— con brusco salto vence los estadios culturales que lo alejan de Europa; entonces se sospecha que el sudamericano es algo más que el mestizo incomprensible de los sociólogos; y bastante menos que el ente abisal, de pura teluricidad, del atisbo keysergliano.

Confuso embrión que se despedaza y se reconstruye sin cesar, la América Meridional sugiere una nebulosa apenas revelada. Sus cuerpos celestes, como la verdad, “están hechos de una piedra luminosa: ni ríen ni lloran, pero alumbran”.

Bolivia es punto culminante de la confusión sudamericana. El pueblo que menos sabe de sí.

La escuela romántica se aferra al fatalismo histórico. Un designio adverso justifica los contrastes. Aislamiento y retraso provendrían por caprichos de la naturaleza; luego del error humano, predeterminado por el sino: “tenía que perderse” el Litoral Pacífico, los contactos con el Amazonas y el Plata, el Acre, las tierras del Chaco. ¡Cándido miraje! No hay sinos perpetuamente adversos, enfermedades colectivas, ni factores naturales insolubles. Otras naciones vencieron obstáculos mayores antes de organizarse. Nuestros problemas no son más grandes que la medida de nuestra capacidad. Litoral Pacífico, afluencias atlánticas, Acre, Chaco y otras zonas se perdieron por ineptitud interna. Sin negar la influencia geográfica

e histórica, Bolivia purga, en último término, los errores de los bolivianos.

De un lado pesa lo adverso. Disparidad geográfica. Dislocamiento étnico. Territorios sin contacto interior. Exigua población. Y el mal mayor: falta de unidad, espiritual, poca fe, ausencia de un sentido profundo de patria. Necesitamos crear un “carácter nacional” —dice Tamayo—. ¡Hay que osar, hay que perseverar!

De otro lo positivo. Late aquí algo entrañable, específicamente americano. Es la tierra viva del folklore. Matriz creadora de contrastes, Bolivia presupone mitos, raza, arqueología, culturas milenarias, estética del paisaje, claustro físico y tradición social. Cuanto expresa el genio continental por sus raíces antropogeográficas, hunde su fuerte nervadura en el humor fértil de la meseta andina, aunque la realidad geológica rechace el símbolo literario.

Mundo fabuloso, forjado por altísimas montañas, ríos de metal y mitos tan antiguos como el hombre. ¿Cómo describirlo?

Cuatro rasgos dan su perfil. Un millón de kilómetros cuadrados. Tierras altas, medias y bajas con su secuencia climática: frigidez, zona templada, trópicos. Tres millones de habitantes, con predominio de indios y mestizos y minoría blanca. Política y económicamente, la vida nacional gravita sobre la cuarta parte del territorio y un quinto de la población. Quedan más de setecientos mil kilómetros cuadrados por conquistar; grandes llanuras, bosques inmensos, hoyas fluviales, sierras metalíferas, valles y salares; y más de dos millones de almas subyugadas al concepto nacional sin participar sus excelencias. Plataforma de comunicación continental, apenas tiene dos mil kilómetros ferrados. Malos y escasos caminos. Sometida al mercado internacional, la república se limita a proveer de materias primas al exterior; la menor oscilación en los precios de fuera, afecta toda la vida boli-

viana. Se habita en pleno colonialismo económico, sin producir lo que se consume. Tercer productor mundial de estaño, el país se atiene artificiosamente a su exportación. Industrializada su minería, la riqueza agropecuaria sólo existe como reserva potencial. Industrias incipientes. Comercio reducido pero activo. Invertebración política y social. Dispersa en su estructura étnica por la triple confusión del blanco, del indio y del mestizo, he aquí una comunidad que se esfuerza en ser nación.

Es el promontorio de América —exclama Humboldt. Más entusiasta, agrega D'Orbigny: una mesa de plata asentada sobre bases de oro. Y añade otro viajero ilustre: Bolivia es un corcel trespasado; los tres reinos blancos son sus metales, sus ríos y sus llanos; el negro es su pasado legendario, más enigmático cuanto más distante.

Al miraje del XIX, algo más romántico de cuanto se supone en punto a geógrafos y naturalistas, sucede la escuela analítica del XX, dirigida por sociólogos y adeptos de la economía política. No hay nación propiamente dicha —sostienen— ni enteramente libre, mientras no organiza por sí la explotación de sus riquezas. Dentro de tal criterio, estaríamos aún muy alejados de la comunidad orgánica moderna.

Véase cómo piensan dos autorizados investigadores; extraño el uno, el otro de los nuestros.

Para Jorge Nicolai, Bolivia no creció orgánicamente. Formación antinatural, participa de las cuencas del Plata y del Amazonas estando expuesta a la doble codicia de las naciones que controlan ambos estuarios. Su riqueza virgen. Étnica y regionalmente agrietada, la república lucha duramente por la unidad nacional. No desconoce nuestra potencialidad en materias primas, mas al recordar que un suelo con muy pocos ricos y una gran masa de población pobre nunca es verdaderamente rico, Nicolai aconseja tres soluciones: incorporar el indio a la vida

nacional, explotar los yungas tropicales, fomentar la inmigración europea.

Para Jaime Mendoza somos un territorio de contrastes, formado por elementos geográficos y sociales tan heterogéneos que no se diría, a simple vista, parte de una misma nacionalidad. El trabajo de integración está por hacerse. Poeta al fin —hombre de fe— Mendoza supera los desalientos del sociólogo con la intuición del soñador; y opone a la tesis de la heterogeneidad constitutiva la doctrina de la nación natural. Así el macizo andino, nudo centrípeto de lo boliviano, justifica la existencia política, geográfica y económica de nuestro país, como justificará mañana al pueblo que nos suceda en el tiempo.

¿Quién conoce esta patria, aislada en el corazón de un continente?

Estudiante, profesional, hombre de Estado, el boliviano ignora su país. Lo prueban las mutilaciones de un territorio jamás explorado en su totalidad. Inabarcable a la visión de conjunto, impreciso en el detalle, el cuerpo nacional se presenta como un nudo de problemas. Tierra y hombre duermen su nocturnidad, ajenos al análisis matemático y a la síntesis cualitativa de la ciencia. El escritor no alcanza a traducir lo que no termina de organizar el poblador. ¿Cuál es el pensador específicamente representativo? Todos arbitrarios e incompletos. Tamaño, planta exótica como hombre y como artista, nos expresa mejor en el campo social, en las luchas políticas, en la pugna con el mundo. Su vida es un punto crucial del gran mestizaje sudamericano. Su arte maravilloso de pensador y de poeta, se vierte por técnicas de Occidente, aunque soplen por sus obras los vientos coléricos del alma primitiva. Las plumas nacionales no dan la representación cabal de lo boliviano. Es la réplica desconcertante de una América sin meridianos, a la Europa científica y cuadrículada: allí se desmenuza el milímetro; aquí se esfuman leguas.

Poco sabemos de lo que nos circunda. Hombres y cosas duermen un sueño pétreo. En su porción mayor, territorio histórico y territorio geográfico son país ignorado. Padece el drama de la confusión interna y la ausencia de proporciones entre suelo y poblador. Ni vara para la estatura ni balanza para el peso. Existimos de un cierto modo hoso y bravío, tan alejados de la vertebración política como del vínculo social. Desorden e indiferencia, abandono y hurañez, conforman nuestra psique. El reconocimiento de estos factores adversos no entraña pesimismo; antes bien: es la mira interior, la búsqueda en la noche, hasta que un cono de luz nos proyecte hacia el contorno.

Después del Chaco hay un brusco cambio de eje. Todo se pone en movimiento. Irrumpe la cordillera por los valles ubérrimos. Hierven los ríos. Retumba la selva. Los llanos suben a la meseta. Indios, mestizos y blancos en tránsito tenaz; se recorre el suelo para buscarse el alma. Urbe, aldea, campiña, sierra y desierto juegan al contrapunto. El avión alterna con la carreta y el tren con la balsa de totora. Danza el color en la policromía de las vestiduras regionales. El grito salta por la oposición de las hablas. Un ansioso anhelo de "ser" sacude este pandemonio colectivo. La aparición del socialismo y de su contraconcepto totalitario es, antes que un fenómeno de época, la explosión de un estado de espíritu; una necesidad social de transformarse.

¿Auscultasteis el corazón de un continente? —preguntan las generaciones mozas. ¡Tiempos dionisiacos! La montaña se dinamiza tras un callar de siglos. Viene su voz atropellando al viento. Disuélvense las formas para recomponerse al instante. No se percibe el horizonte ni el latido de las cosas. Poderoso torbellino aéreo. ¡Insensata confusión creadora! Entre parciales derrotas, penosas conquistas y violentos claroscuros no se puede medir cómo crece una nación. Comenzó "la gran batalla del

hombre y de las cosas". En el súbito esplendor de los amaneceres no hay, no puede haber visión de conjunto. Bolivia se "siente". Pero no se ve...

Por el suelo andino que la historia divorció del mar, todo alienta en trance de descubrimiento, en plan de organización, a manera de una inmensa reserva natural. Urbe civilizada y paisaje pánico se equilibran, sin que la mecánica de la naturaleza perturbe la técnica del hombre. Pasado y futuro marchan lado a lado. Es la hora grávida de las definiciones.

Bolivia es una unidad telúrica y social. El boliviano su punto de partida; el entendimiento colectivo su meta. Marchar de la dispersión y el resentimiento, al vínculo sociable y la generosidad: es su misión presente. La hurañía del montañés y la indolencia del llanero deben fundirse en la responsabilidad de una conciencia nacional. Indio y mestizo son tipos de tránsito. ¿El blanco? Ultramestizo. No existen razas químicamente puras. Del suelo surge el boliviano; y esto basta. Esta fábrica heterogénea, paradójica, desconcertante, bascula entre integración y multiplicidad fragmentaria; informe y definida a un mismo tiempo, sirve igualmente al analista y al totalizador. Su verdad es cambiante y diversa. Su expresión alterna y contrastante. La rosa de los vientos del viajero es una; otra la rosa náutica del pensador. Si el primero analiza: he aquí un país contradictorio, enigma mítico, caos telúrico, conflicto étnico, contrasentido económico, drama histórico, oposición de culturas; el segundo resume: he aquí la síntesis cabal. Origen, suelo, raza, economía, política, espíritu, se resuelven por esta extraña ley: lo heterogéneo y disperso, lo contradictorio y confuso aspirando a la unidad. País trágico, sustentado por oposición de los elementos que lo integran. Complejo, incoherente, desmedido en apariencias. Pero la voluntad desbasta pueblos; y un día, en lengua demoníaca,

la montaña dirá su secreto: por la contradicción a la unidad.

El historiador se aniquila frente al misterioso destino del andícola. No es el orden ascendente de leones, propicio a los pueblos elegidos de Dios. Es la ringlera de los bloques basálticos, escalonada en una precipitación de cumbres y fieras serranías hasta parar en la mansedumbre de la llanura inalterable.

De la más alta cima, del antiguo esplendor, a la quietud actual. Marca el tiempo su encadenada sucesión: Tiwanacu, Kollasuyo, Incario, Audiencia de Charcas, Alto Perú, Bolivia. Una reducción vertiginosa nos lleva del señorío de un continente, al millón de kilómetros amurallados en el corazón de América. Todo habla de un caer vertical. Decrecer pudo ser nuestro sino. Vencido, empero, el ciclo de los abuelos jeremíacos, la juventud irrumpe con su nueva fe. Y se ama este pueblo trágico, desgarrado en sus entrañas, lacerado en sus gentes, precisamente por el sino adverso, por las caídas y derrotas, por las cruentas luchas interiores; porque el infortunio tempera y dignifica la misión humana. La ternura de la patria chica es más honda que el orgullo de la patria grande. ¿Se quiere un destino mejor? Hay que luchar por él aprendiendo la lección: suele la Providencia mantenerlo adverso, para probar la fortaleza y el ansia de durar.

Tierra nocturna, en concentrada espera...

¡Qué puñado de gérmenes! Tiwanacu, la piedra más antigua, guarda el tesoro mítico de América. Del Titicaca brota el Incario, raza de guerreros y legisladores. La Villa Imperial surge en un torrente de plata; —“¡vale un Potosí!”— no es una frase, mas la síntesis de la Colonia. En el siglo XVIII, los criollos altopereanos mueren en la horca por una idea de patria. Charcas, capital intelectual del hemisferio sur, sopla desde sus claustros el terral emancipador. Primero en proclamar la liber-

tad, el Alto Perú es el último en obtenerla. No siempre afortunada en sus tentativas de evolución, Bolivia es un crisol inquietante de experiencias. Santa Cruz, Linares, Campero, Montes crean un estilo político americano. No importa que el éxito se aleje de las montañas. Ni las tierras desmembradas. Ni la sangre vertida. La vanguardia salva ejércitos a costa de su propio extravío. Sin disciplina, sin fuerza vertebrada y coherente, el andícola acomete obras que naciones mejor organizadas no se atreven a emprender; y es el fracaso donde debía ser la victoria. Mas queda, siempre, el mensaje del Ande, removeedor de pueblos más allá de la victoria o del fracaso.

¿Qué es el Ande?

Para distinguirla de las regiones altas de la Cordillera de los Andes, que a través de Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina son afines a las nuestras, llamamos a la meseta boliviana: el Ande. Es la mayor peripecia geológica del continente. Dentro de sus límites se concentra nuestra más rica experiencia histórica y espiritual; por eso es la porción geográfica que más típicamente y con fuerza mayor expresa lo boliviano. ¿Quién puede abarcar su síntesis todavía imposible? Núcleo de las culturas más remotas, centro de civilización rudimentario, es aún lo informe y sorpresivo, que no acabó de terminar la naturaleza ni concluye de entender el hombre.

Hay tierras como bolas de cristal; giran, giran en perpetua mudanza. La luz se quiebra en ellas siempre diferente. Ubicuas, variables, volteándose sobre invisibles ejes, devuelven imágenes constantemente nuevas. Esconden su esencia. Mudan de apariencia. Es la matemática del absurdo: dos más dos da cinco, seis o siete. Ninguna vara ajusta proporciones. Creemos rozar su secreto; y el alma del país se desvanece por un accidente del paisaje o de su historia. Río perdido, nadie sabe dónde reaparecerá.

El alma de ciertos países es cosa de magia.

¿Se concibe a un tiempo mismo acción e inmovilidad; juventud y madurez; dispersión y ensimismamiento? Algo de fuerza eterna. Algo de cosa frágil, quebradiza Brujería y misticismo. Pasión e indiferencia contrapuestas. Piedra y hombre inalterables; rigor de frío externo, lava por dentro. ¡Contradicción! ¿Y por qué no? Ya lo sentenció el filósofo: la vida es contradicción, pugna de contrarios y contrastes. He aquí la ruda belleza de nuestro drama nacional.

Si Fausto admira la matematicidad con que la técnica urbana encierra y dinamiza al vikingo civilizado, Wira-kocha replica que la montaña, claustro de los cuerpos, es el clima natural que liberta y dilata las almas. Cuando el pensador estupefacto, comprueba que la tristeza sudamericana entraña valor más alto que el optimismo anglosajón o el idealismo occidental, ha dado la tónica contrapuesta de ambos paisajes: en la urbe mecanizada, el hombre transcurre alrededor del universo; por la naturaleza pánica, el astrónomo es el hombre y todo el universo gira en torno a él.

Costa y llanura ignoran la concentración. La sierra, en cambio, se sustrae al vértigo moderno. ¿De dónde tornarán las voces esenciales? Acaso no del litoral ni de los trópicos, donde el poblador se abandona al dominio del mundo material, sino de la frígida prisión de la meseta, en la cual obligado por un medio hostil a revertir sobre sí mismo, el hombre jamás deja de tener conciencia de su responsabilidad, incubando en la soledad y en el silencio las fuerzas decisivas.

Tierra de misterio, el Ande tiene imantación de siglos. Nadie puede precisar su nuevo renacimiento, aunque ya se sospecha que la montaña inerva primaveras desde el fiero enigma de su senecta permanencia.

Pero ya el lector requiere su brújula. Se abre la ruta hacia la meseta boliviana y su poblador: el Ande y Franz Tamayo. Al paisaje áspero y fuerte, corresponde el habi-

tante hoso y enigmático. Forma humana de la tierra tormentosa, cruel, contradictoria, expresión concentrada del medio singular que lo engendra, lo nutre y fortifica, Tamayo es el espejo psicológico de la montaña. Nunca mayor complejidad. Jamás tal nudo de problemas. ¡Vaya uno a saber dónde nacen, se oponen, se combinan, se destruyen y recomponen las acciones y pasiones del montañés! Como las cimas y los precipicios en la sierra, el todo es una pugna de contrarios; el detalle, la variedad en el contraste.

¿Qué es lo andino? ¿Qué lo verdaderamente boliviano? Asómese el lector al fondo vertiginoso del mestizaje psíquico y racial, y se comprenderá mejor las paradojas del suelo arbitrario. Acercarse a Franz Tamayo es acercarse a Bolivia. ¡Tanta y noble fuerza en dispersión! Todo cuanto nos impidió ser potencia en más de un siglo, está intrínsecamente contenido en el gran mestizo. Todo aquello que sustentará la gran nación de cien años después, también. Potencialmente, Tamayo es lo que no pudo ser, lo que es y lo que debe ser Bolivia. No el indio puro, silencioso y pasivo. No el blanco declinante del resabio colonial. El gran mestizo, mezcla de razas, almas y culturas, penetrado de ambición y de energía, que absorbe la forma europeoanglosajona para abrir cauce más rápido a una cultura americana en gestación. El futuro de estas tierras vírgenes y estos pueblos en barbecho, supone el ultramestizaje no de la piel sino del espíritu; aquel fermentar de sangres y almas que la historia provoca en los tiempos aurorales, para decantar las fuerzas que la humanidad perdió en centurias.

El mundo necesita —y muy de mucha urgencia— algo de la barbarie juvenil y vivificante de América. La técnica civilizadora ya la aprendieron los bárbaros del Sur. Sondear el mestizaje sombrío y tempestuoso de hoy, equivale a preparar la americanidad futura. Por esto hablar

de Franz Tamayo, es trascender la frontera nativa para internarse al continente.

Si la introducción al tema no fija una pauta al lector, que al menos justifique la elección del género fantástico; pues sólo por la ondulación variable de sus líneas, por la concertación de sonidos que percuten libremente, puede musicalizar el oído las voces de un pueblo, de un suelo y de un hombre que carecen todavía de medida.

ANDANTE CON ESPRESSIONE

*“De llanto y risa mi cantar se integra
¿Viste la pena que en su cuita alegre
De un niño triste que cantando llora?
Miel es mi canto de una rosa negra!”*

TAMAYO.

Un extraño destino preside la vida de Franz Tamayo.

Poco se conoce de su medio familiar, de su infancia, de su adolescencia. Quien sabe algo lo desfigura. Quien nada sabe, desliza el juicio malévolos. En el fondo de los contemporáneos hay una losa de incomprensión, asentada casi siempre sobre el limo oscuro de la envidia. Navegar por estas aguas equivale a darse paso entre una leyenda de odio y otra de silencio. Como la montaña, menos abarcable cuanto más cercana, esta vida fulge a la distancia; la proximidad la torna enigmática y sombría. Cuando no es hostil, el medio finge ignorarla. Calla el hombre. Y del recíproco desprecio crece un alma solitaria, hermética, bravía. La piedra se humaniza, pero su estructura basáltica perdura: es un callar y una atracción de vértigo en la cumbre.

No hay brújula para el biógrafo ni timón para los críticos. Nada serio se escribió sobre su vida; nada acerca de sus libros. Si el testimonio de cuantos lo trataron es siempre turbio, lo impreso linda en la sátira pungente o en la mofa desaprensiva. No hay zonas de referencia ni puntos de amarre, para explorar este océano olvidado. Tamayo no tuvo confidentes. Cuando alguien se aproxima al grande hombre, deseoso de intimidad, se da de bruces contra el gesto esquivo. Si el medio rehúsa informaciones, el protagonista desvía a los curiosos. Suelo y poblador son una misma cosa: silencio concentrado y

desdeñoso. Su lucha dramática de medio siglo con la sociedad, es tan culpable como su orgullosa indiferencia. Siendo el más rico en calidades trágicas, es el personaje menos accesible al buceo psicológico. Una sombra vela su adusta juventud. Un cielo escapado de los fondos del Greco anubarra la huraña madurez. Tierra intacta para los descubridores, deja entrever sus potencias secretas sólo por adivinaciones; con esa magia del sentimiento que da el zarpazo interno a las cosas y a los hechos, aun ignorando la precisión del episodio. Historia... Leyenda... ¿Cuál cede primacía, si ambas se confunden y unimisman? Poco importa el telón de fondo; trasciende sólo el sentido que el grande hombre imprime a su medio y a su época.

Un andante lejano desgrana graves acordes. Bruma. Soledad.

1880. Perdido su litoral sobre el Pacífico, la nación soporta años cruciales. Campero, el virtuoso, brotado de un friso plutarquino, aparta del abismo a un pueblo aplastado por el infortunio. Reprime la anarquía. Organiza un nuevo ejército después de la derrota. Se esfuerza por crear industrias, acrecentar comercios, elevar el nivel educativo. Envía expediciones a las fronteras. Austero y legalista, rompe la tradición del caudillaje analfabeto, para instaurar la reacción civil. Desprovisto de recursos, luchando a brazo partido por la reorganización nacional, sólo alcanza a dejarnos su grandeza moral, que salva en hora aciaga a la república. Ha comenzado el doble enclaustramiento: Bolivia será una isla en América y cada boliviano una isla dentro de Bolivia.

¿Cómo se vive en La Paz?

Imaginad una pequeña ciudad, más cerca de la aldea que de la urbe. Cincuenta mil almas. El movimiento comercial se hace a lomo de mula o en carretas. Dividida profundamente en sus clases, la sociedad confina al indio en las tareas domésticas y el agro: al cholo le re-

serva las faenas del obrero, del artesano, a veces del profesional; y sólo al blanco o al criollo refinado por la educación les confía la conducción de los negocios públicos. La sociedad conservadora mantiene la tradición colonial, aristocrática y católica. Las grandes fortunas no están en manos de mineros sino en poder de terratenientes, señores del suelo y sus colonos, a cuyo influjo se mueven las finanzas, la política y la actividad mundana.

Isaac Tamayo es un hombre representativo de esa época. Al prestigio de la ascendencia hispana une el brillo del talento. Dueño de extensos latifundios, pasa por uno de los personajes más acomodados de su tiempo. Amigo de Melgarejo, colaborador de Arce, descuella en la política, en la banca y en las letras. Hidalgo en sus actos, a veces su conducta inusitada irrita a las gentes, no siempre dispuestas a tolerar extravagancias, aunque ellas obedezcan a ese desequilibrio social característico de las cabezas fuertes. Estadista y hombre de extraordinaria cultura, estuvo llamado a escalar más altas situaciones, si un extraño episodio no hubiera anclado duramente en su conciencia.

Casó el caballero con una hermosa niña. Ambos de la mejor sociedad: él acaudalado; ella sin dote. Pocas semanas después de la boda, debiendo viajar al altiplano, Tamayo se despide con un altercado que al decir de muchos no es el primero. Refiérese que la recién casada, temerosa de quedar sola mientras durase la ausencia del marido, expresó su deseo de tornar a la casa materna. Tropezó la niña con la voluntad inflexible del caballero, que se opuso a tal deseo. Ríspido el hombre, mimada la muchacha, fué inevitable el conflicto de orgullos.

—Si a mi regreso no la encuentro aquí —dijo Tamayo— estimaré que ha hecho usted abandono de su hogar.

Y partió, entre ofendido y desdeñoso, pensando que la cordura volvería a su cónyuge.

Fuese miedo a la soledad, fuese capricho de niña en-
greída, la joven voló al lado de su madre.

Cuando el caballero regresó quiso arreglar las cosas
salvando el decoro marital, por aquellos tiempos harto
exigente. Hizo llamar a su joven esposa, demostrando
una condescendencia impropia de su temperamento. Re-
plicó ésta que la viniesen a buscar. Mientras se multi-
plicaban los mensajes, aumentaba la altanería de los cón-
yuges. Nadie quiso ceder:

—Que venga...

—Que me busque...

La separación iba a ser definitiva.

Sobrevino entonces lo inaudito, algo jamás realizado
por un miembro de la alta sociedad pacaña. El gran se-
ñor cruza sangre con una mujer autóctona, convive con
ella y nacen varios hijos. Desertando de su clase, olvi-
dando sus obligaciones sociales; por despecho, misantropía o libre decisión, Isaac Tamayo cava un abismo entre
su linaje y la sociedad que no perdonará la ofensa.

El germen del resentimiento brota pues desde la cuna,
cuando el orgullo paterno herido incuba la futura acritud filial. Franz Tamayo es hijo de la soberbia caste-
llana, que se rebela contra el orden social; y del estoicismo indígena, cansado de callar y soportar la humilla-
ción de siglos. Su vida será la culminación del choque
entre el conquistador y el nativo; pero esta vez no habrá
vencedores ni vencidos, porque si el hispano mantiene su
arrogancia indómita al indianizarse, el autóctono se dina-
miza de pasiones y fierezas al trasfundirse en mol-
des arios.

Dejó el señorón de frecuentar los salones de La Paz,
que tampoco se habrían abierto para quien los desdeña-
ba. Sólo en actos oficiales, en casas de amigos íntimos,
solía verse al ex político, dedicado los últimos años de
su vida a la actividad bancaria. Adusto, reconcentrado,

su orgullo lo tornaba menos accesible cuanto mayor era
el desvío de las gentes.

Una escena pinta sugestivamente el proceso que se fué
operando en su psicología.

Entre las pocas personas con quienes Tamayo man-
tiene amistad se cuentan Federico Díez de Medina y
Carlos Ballivián; publicista y hombre de Estado el pri-
mero; afortunado industrial el segundo. Enfundados
en sendos macfarlanes, cruzaban los tres amigos por la
tarde el clásico paseo de la Alameda. Era entonces la
Alameda un paseo seductor. Para nuestros peripatéticos
abuelos, el refugio tradicional de la población. Para nues-
tros padres, la fuente misteriosa de los primeros sueños.

A las cinco de la tarde, terminada la cena, salían las
familias al paseo vespertino. Desde la entrada, la vieja
Alameda daba una sensación de paz; la verja de hierro,
ciñendo el parque cuadrangular, hablaba más de un jar-
dín familiar que del paseo público. Tilos, sauces y euca-
liptus flanqueaban la avenida. Aquí una fuentequilla.
Allá estatuas. Jardinillos interiores. Bancos de piedra.
Palomares en las copas de los árboles. El aire frío que-
brándose en la suave presión del ramaje. Todo tranquilo,
simple, al alcance de los ojos. Sólo a ciertas horas se
abrían las puertas del túnel florido. Viniendo del norte,
bajo la cúpula serenísima de la arboleda, creían los pa-
ceños entrever una catedral gótica. Regresando por el
sur imaginaban una galería encantadora, propicia al
claroscuro, a tibias filtraciones de la luz. Una influencia
bienhechora emanaba del paisaje umbrío. Cayendo la tar-
de, se diría la manera concertada y radiante de un maes-
tro veneciano; al filtrarse la noche, asomaban los tintes
de un tenebrista español. Por ese tiempo sereno, falto
del vértigo moderno y la ansiedad dramática del sino,
paseaban las gentes con grave parsimonia, calmosamente,
sorbiendo a breves bocanadas la fruición de vivir.

Los tres amigos venían de la parte alta de la ciudad,

donde las calles se empinan como corceles indómitos. Altos, erguidos, lento el andar descendían de la Plaza Mayor, cruzaban las calles mal empedradas e ingresaban con empaque a la Alameda. Había allí caballeros de colero y levita, señoras elegantes, jóvenes y niñas bien compuestos. Pero el espectáculo culminaba al avanzar los tres señorones, repartiendo ceremoniosos saludos, sin perder el equilibrio de la antigua urbanidad.

Una tarde otoñal cruzaban el paseo los tres amigos. La conversación giraba en torno a un proyecto de colonizar el oriente.

—Ustedes los banqueros —sugirió Ballivián dirigiéndose a Tamayo— deben financiar la empresa.

—¡Eso nunca! —replicó el aludido.

Díez de Medina quiso evitar la pugna, pues sabía tan apasionado indianista a Tamayo como partidario de la inmigración europea a Ballivián.

—Don Isaac —intervino conciliador—: ¿No cree usted que a este país le faltan pobladores?

—Mire don Federico —fué la respuesta—; de faltar pobladores, claro que faltan... Pero ellos deben formarse aquí en vez de buscarse fuera. Hay que mejorar la raza, estimular la natalidad, porque los indios...

—...los indianismos se los guarda usted para la literatura —prorrumpió Ballivián—. Los indios nos han fregado ya bastante.

Oír esto Tamayo y montar en cólera fué todo uno.

—Señor mío —contestó zumbonamente—; cuando se discute cuestiones científicas, no caben prejuicios emotivos.

Caballeros, caballeros —quiso decir Díez de Medina; pero ya los contrincantes se enzarzaban en fiera disputa.

—Precisamente porque se trata de un tema serio —dijo Ballivián— debemos comenzar por ser verídicos. La desgracia de esta nación es el desorden racial. Las razas...

Tamayo lo interrumpió.

—...razas, razas... ¡Qué habla usted de razas, hombre! No hay más que una raza en Bolivia: la india. Vosotros, los blancos sedicentes, sois orgánica y químicamente tan indios como el pongo que cuida vuestros portales.

—¿Yo? ¿Yo... igual a quien barre mi calle y limpia mis pisos? —barbotó Ballivián—. ¡Está usted loco don Isaac! Poco le falta para sostener que éste es un país de indios y que nosotros debiéramos uncirnos al carro del autóctono!

—¿Y por qué no? Mendigo, labriego, artesano, abogado, político, el indio es siempre el mismo que construyó Tiwanacu.

Ballivián perdió a su vez los estribos:

—Si sigue usted lanzando herejías —notificó indignado— no cabe discutir. La decadencia del indio es total, absoluta, irremediable. ¿Se ha visto nunca tal estacionarismo? Corto de ideas, egoísta, brutal, sólo es resistente para mantenerse en el bajo nivel que hoy ocupa. Raza envilecida, obstaculiza el progreso y debilita a la nación.

—Ésa es obra del blanco —repuso Tamayo—. Cobar-día, desconfianza, timidez, alcohol y palos es todo cuanto le dimos.

—¿Y por qué no regenera usted la indiada de sus propiedades?

—Lo intento más seriamente de lo que usted supone. Pero lo que destruyeron siglos de opresión, mal puede componerlo un instante de libertad.

—¡Al indio hay que exterminarlo, como hicieron los Estados Unidos con los pieles rojas!

—¡A quien se debe exterminar es al blanco, intruso en estas tierras!

Nuevamente Díez de Medina intentó componer las cosas:

—Señores —dijo con serena voz— midan sus juicios,

que se me antojan excesivos. Ante Dios y ante los hombres, todas las razas que pueblan Bolivia son iguales. ¿A qué conduciría su exterminio? La sociología parece aconsejar más bien el cruzamiento, para que la absorción étnica de los débiles por los fuertes consolide un tipo nacional homogéneo...

—... señor don Federico! —imploró Tamayo— déjese usted de sociologías. Aquí no cabe término medio. ¿Por qué olvidar nuestro pasado? El altiplano boliviano, colgado como un nido de cóndores en el delta formado por el tronco principal de los Andes y la grandiosa rama occidental que de él se desprende, es la cuna del aimára; es tal vez, es seguramente, la cuna de la humanidad. E indios somos todos los habitantes de esta parte del planeta.

—Eso sería hace diez mil años —terció Ballivián—. Hoy el indio es incapaz de elevarse a las grandes concepciones morales, artísticas e intelectuales. Es incapaz no sólo ya de gobernar y dirigir, sino de organizarse a sí mismo.

Previendo el desenlace desagradable, Díez de Medina se esforzó una vez más por apaciguar los ánimos:

—Creo que ninguno de ustedes anda en lo cierto. Nuestra historia la construyen blanco, indio y mestizo. No es lícito atribuir toda la acción creadora a unos y el estacionarismo a otros. Acaso blancos y mestizos impriman rumbo político a nuestras sociedades; pero el indio aporta algo muy serio: es el primer contribuyente de nuestra economía interna, el primer productor de nuestros campos. Es el número. Y precisamente, en nuestro acervo espiritual, cuenta su pasada grandeza.

—¡Vaya, usted también se autoctoniza! —arguyó Ballivián—. Pues bien; definámonos! ¿Por qué no calzar "ojotas" y ceñir la cabeza con un "lluchu"?

—¡Porque el indio no es la vestimenta! —tronó Tamayo.

—¿Qué es, entonces, ¿la institución, las costumbres, el modo de vivir...?

—Contra el esfuerzo secular del indio, nada vale el parasitismo del blanco.

—¡Hola! Es por eso que los decadentes blancos deben buscar en el indio la fuerza que les falta. Ya me explico muchas cosas...

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Tamayo.

—Lo que quiera usted comprender —repuso irónicamente Ballivián.

Isaac Tamayo se detuvo un instante, contrajo el ceño hirsuto y secamente concluyó:

—¡Buenas tardes, caballeros!

Ballivián y Díez de Medina prosiguieron el paseo. De pronto, éste, agregaba:

—No debió usted lanzar aquella alusión don Carlos.

—Pero qué quiere usted don Federico, el loco ése me saca de mis casillas!

Al regresar, advirtiendo el silencio de su compañero, Ballivián preguntaba:

—¿Todavía pensando en Tamayo don Federico?

Y la respuesta brotó lentamente de los labios de Díez de Medina:

—No. Pensaba en sus hijos. El drama íntimo de don Isaac Tamayo será una tragedia para quienes lleven su nombre. Se ha malogrado ya un gran talento para la patria... ¿Qué será de sus herederos?

La vieja Alameda no vió pasar más, bajo sus tilos, a los tres amigos.

Infancia. Cuando los hijos de Isaac Tamayo alcanzan edad de ir al colegio, su progenitor contrata profesores, educándolos orgullosamente dentro de los muros de la casa paterna. Y será él mismo, con su vasta cultura, con su dúctil talento, el instructor de profesores y alumnos. El misántropo, rechazado por la sociedad, no le entregará

sus hijos. Antes bien: los formará solitarios, desdeñosos, aptos para proseguir la lucha. Desdén contra desdén. Desprecio por desprecio.

Francisco fué el nombre de pila que el primogénito nunca quiso aceptar; y antes de cumplir diez años se amotinó contra el padre: Franz suena mejor que Francisco. Será pues Franz y no Francisco. El señorón se encogió de hombros, acaso sin comprender que el repudio del nombre españolísimo, más allá de la razón estética, sesgando el ridículo de los apelativos vulgares, en el fondo escondía un secreto rechazo de la herencia hispana; pero como el sentir autóctono aun no ha madurado, en vez de elegir un nombre indio, el niño vuelve la mirada a la Alemania hiperbórea de los ojos azules. Esta elección simbólica da la pauta primera: América parte al encuentro de Occidente, sin razones, sin móviles lógicos, con sólo el poder intuitivo de un corazón infantil.

Es una criatura extraña. Corta estatura. Cuerpo macizo. Ojos negros y vivaces. La piel bronceada delata al aborigen. Del padre vienen la altanería, el amor al conocimiento, la pasión del arte, una voluntad todopoderosa; por la herencia materna brotan el sentimiento místico de la tierra, la pasmosa objetividad, esa capacidad de aislamiento que no comprende el europeo; y un callar que engendra mundos del silencio. Hosco, melancólico, bañado por profundas intuiciones, muda bruscamente del entusiasmo impetuoso a la reserva desdeñosa. Pasan días, semanas pasan viviendo más en los libros que en la vida. Primer contacto con las letras bajo la mirada paterna. Pocos, muy pocos juegos; y en el juego, un querer mandar a los demás. Venera al progenitor. Ama y respeta a la madre. Tolerancia a los hermanos. El sol de la niñez se oscurece al cruzar por esta infancia corta y áspera, que no está hecha del zumo de las risas y los sueños, mas del vino de los llantos y las penas. Con precoz sensibilidad, el niño inicia el doble camino: un inter-

narse en la selva de los hombres; un penetrar la selva de los libros.

¿Qué busca este niño de ojos viejos?

Cuando el padre interpreta Chopin, Franz pugna por contener las lágrimas.

—¡Vete —dice el padre—. Esto es veneno para ti! Y es echado a jugar.

No sale un reproche de sus labios, pero el contraste de su tez oscura y la piel blanca de los hermanos lo llena de inquietud. Caídas y fracasos los guarda para sí. Los éxitos los exagera la imaginación. Acometivo en todo lo que emprende, se critica despiadadamente al terminar su trabajo. Pregunta sin cesar. Estudia. Retiene todo lo que ven los ojos, todo cuanto escuchan los oídos.

Las visitas de Isaac Tamayo sienten la presencia de este niño inquieto, que suele deslizarse por los salones paternos, a veces desconfiando de todos, entregándose a veces al primero que le tiende una mano cordial. Variable, distinto en el trato, pasa de la hurañía aisladora a la forzada sociabilidad que se esfuerza por ser seductora. Parece amar la independencia persiguiendo al mismo tiempo la simpatía de los demás. Fuego y nieve. Esquivez y afabilidad. La niñez engendra las primeras contradicciones, las variaciones del carácter mezclan rasgos de extrema cortesía, con bruscas explosiones de precoz individualismo. Son cosas que no trascienden con frecuencia al exterior; y que sólo el progenitor sospecha con su conocimiento de la psique infantil. Mas no es extraño que un día, un viejo amigo de la casa, profiera:

—Es curioso este niño Tamayo; parece un hombre de cincuenta años...

¿Germen del indio? Ambiciona demasiado. ¿Sustancia del blanco? Se concentra en exceso. Entre los juegos fraternales, las primeras letras y el contraste de las risas y los llantos, es difícil comprender por qué ciertas criaturas son actores y espectadores de su propia infancia.

Aunque la intuición paterna sondea las primeras aguas, nadie invade el fondo submarino de esta infancia, donde se acumulan los bancos psicológicos del gran mestizo.

El primer landó que llega a La Paz pertenece a los Tamayo. Es un vehículo vistoso, de altas ruedas, con su capota móvil y un hermoso tronco de caballos negros. Verlo rodar por las calles mal empedradas, bamboleándose sobre sus flexibles muelles mientras los aros de madera rebotan sobre el pavimento, es un espectáculo allá por los años de 1887.

Acompañado por sus cuatro hijos, Isaac Tamayo salía a dar unas vueltas en coche. El primogénito no se resignaba a permanecer dentro de la caja del vehículo; y montaba al lado del cochero para disfrutar mejor la admiración de los transeúntes. Otras tardes, cuando el señorón quedaba en casa, los niños salían confiados a la custodia del auriga, siendo detenidos por muchachos ansiosos de subir al coche mágico. Iban juntos a la Alameda, jugaban y terminaban casi siempre a capazos, porque los hijos de Isaac Tamayo, orgullosos y despóticos, pretendían imponerse a sus compañeros de juego, vástagos de familias copetudas que se negaban a someterse a los voluntariosos dueños del landó.

Ella... ¿Quién es Ella? La sociedad la ignora. Su nombre no vive más allá de los labios de sus hijos.

—No es una dama —murmuran las gentes, acaso porque no aparece en las reuniones sociales ni se la ve junto a los suyos.

Si para unos es un hecho la ascendencia indígena por línea materna, para otros la versión del indumento vernáculo no pasa de una fábula. La madre de Franz Tamayo probablemente es una criolla, en cuya naturaleza predominan los rasgos fisiológicos y psíquicos de lo indio. Por ella será el hijo fieramente aimará, planta de su suelo y de su raza injerta en tronco hispano. El enigma de su evaporación social, descarta la hipótesis de la mu-

jer de raza blanca. Quedan dos caminos: uno conduce al mestizaje; otro a la autoctonía. La chola o mestiza, criatura de clase media sin la educación y refinamiento de las clases altas, pero aventajando varios grados a la mujer indígena, origina la segunda hipótesis. La tercera se refiere lisamente al extraño caso de una india, elevada desde la humillación de su raza vencida, por el capricho de un gran señor. ¿Cuál es la verdad? Isaac Tamayo y sus hijos no la establecen. Siendo el misterio mayor, parece ser la causa profunda de la desazón infantil que no tardará en convertirse en pasión de resentido.

¿Hubo un hada en esta infancia? ¿Se comunicaron madre e hijos más allá de la relación doméstica? Preguntas sin respuesta... Es sugestivo que en sesenta años de vida y a través de diez libros, no aparezca un pensamiento destinado a exaltar la ternura filial. Franz Tamayo padece en el drama de la desigualdad de sus progenitores, la expiación prematura de un hado adverso. Por eso su genio creador, como el genio cruel y sombrío de Hebbel, verá en el mundo la gran herida de Dios. Una confesión autobiográfica levanta la punta del velo en el cuarteto que dice:

“En el sepulcro no hay bastante olvido
Para aquesta injusticia sin sentido:
Penar por una deuda no debida
Y por la vida que no se ha pedido!”

Cierta vez, jugando en el portal de la casa paterna con otros chicos, el niño escucha, tras una disputa violenta, la frase desgarradora:

—¡Seré un imbécil, pero no un indio como tú!

Una nube roja le cegó los ojos. Quiso castigar al insolente, estuvo a punto de descargar sus menudos puños sobre el rostro provocativo; mas un rubor terrible le asomó a la cara, se aflojaron los músculos y corrió a un

patio interior a esconder su vergüenza. ¡Indio! ¡Indio! ¡Querían rebajarlo a la condición del “pongo” que barre el zaguán, o del “aparapita” que conduce carga sobre sus mansos hombros? En los hermanos la influencia indígena se disimula bajo la apariencia morena; no son más ni menos criollos que los demás. Sus rasgos ni angulosos ni concentrados, les permiten confundirse con otros muchachos sin que el físico destaque diferencias. Pero Franz es otra cosa; otra muy distinta cosa. Absorbe los caracteres kollas con violencia extraordinaria: perfil dominante y agresivo; tez oscura, de un tinte cobrizo indismulable; hirsuto y corto el cabello; los pómulos mongólicos; duro el corte del rostro; el mirar vago y receloso; torpes los ademanes. Un espanto helado sube por las venas cuando buscando el esplendor de un rostro bello, el espejo devuelve la imagen oscura de la faz sombría. Las primeras lágrimas nadie las ve. Si es dichoso el dolor cuyo sollozo estalla hacia fuera, este corazón de niño se tortura recogiendo en sí mismo. La infancia desencantada por el drama racial, secará la ternura infantil trocándola en desconfianza ulterior. Es la primera visita del Destino; se sospecha, sin comprenderlo bien, que sin el tributo de un penar constante, el mundo no admite individualidades a desnivel ni fusión de razas. Todo mestizaje es un desafío al equilibrio social.

—¡Enorgullécete de tu sangre india! —exclama el padre entre indignado y calculador.

El pequeño calla y desconfía. Con ser precoz, su inteligencia no alcanza todavía los designios nativos; y un amargo instinto lo separa de la raza humillada, envilecida, que convive con blancos y mestizos sin participar sus excelencias.

Viajábase por ese tiempo en cabalgaduras. Airosas mulas aguardaban en el portal para partir, de madrugada, al altiplano. Los Tamayo poseían extensas propiedades, casi todas colindantes, cuyos límites sólo era

dable recorrer en varios días. Los indios, en el agro, son muy distintos al indio de la servidumbre urbana. Afables, cordiales, laboriosos, mantienen sus campos bien labrados, viven en paz. Cuando el “tata” vigila las cosechas, los colonos acuden a exponer sus quejas, siendo escuchados pacientemente. Terminada la faena, el señorón, rodeado por mayordomos e “hilacatas” y en presencia de la indiada próxima, administra justicia con severa probidad, ganándose el respeto de los colonos por su acierto para sondear el corazón humano.

—Es cuestión de saberlos entender —decía—. Los indios no son malos.

Pero en las tardes altiplánicas, a la hora del reposo, los mestizos y las mujeres de la servidumbre narran antiguas consejas, cuentos fantásticos, y también hechos verídicos en los cuales el aborigen juega un papel sanguinario. Por boca de las cholas, que perpetúan la tradición popular, los hermanos Tamayo aprendían que el indio es malo, cruel y que sus hazañas contra el blanco constituyen una larga serie de crímenes. Se cuentan las miserias de su cautiverio secular, pero no el rosario de sus fechorías.

—¡Déjenlos libres —decía la vieja Santiago— y nos comerán a toditos!

Y cuando alguien intentaba suavizar los juicios, la chola recordaba las sublevaciones de otros tiempos, la quema de haciendas con los dueños dentro.

Franz advierte la felicidad paterna. Entre los indios del altiplano, su progenitor es dichoso. Una voz, un gesto son al punto obedecidos. Con un sentido tolstoyano de la relación entre patrón y colonos, Isaac Tamayo predica redimir al indio por el afecto, aunque poco pueda hacer en el hecho para cumplir la prédica. Hace construir algunos ranchos para combatir la falta de higiene de las chozas indígenas; pero los colonos, en vez de mejorar sus hábitos, concluyen por rebajar el rancho a la

categoría de choza. Elige los más despiertos, les enseña a leer y escribir. Envía otros a la ciudad para que aprendan oficio; y casi todos, con rara excepción, después de vivir un tiempo en la ciudad, aun habiendo aprendido un oficio, regresan al "ayllu", sumergiéndose nuevamente en el silencio del agro, que hace varios siglos dejó de pertenecerles.

¿Hay algo de misionero en Isaac Tamayo; o su amor por los indios es la revancha contra el blanco que lo excluye de la sociedad?

En la madrugada de la vida, tal vez sus hijos no se formulan la pregunta; mas la fruición del mando, el orgullo del poder, brillan para el primogénito a través de la rígida disciplina que impone este "padre de familias", surgido en parte del rigor bíblico y en parte del absolutismo medieval.

Encaramado sobre un "sunicho" negro, Franz emprende largas correrías por campos y quiebras. Cuando la noche lo sorprende, se orienta por las estrellas y las masas de los cerros. suele regresar calado por la lluvia, ante la expectación de las sirvientes:

—¡El niño Franz, señor! ¡Está mojadito! ¡Hay que cambiarle ropa "ahurita" mismo!

Isaac Tamayo sonríe:

—Dejarlo solo. Padeciendo se forma el hombre.

Un rayo de alegría ilumina la infancia. Las temporadas transcurridas en la finca hacen feliz al primogénito; es libre, manda, recibe el homenaje respetuoso de los colonos. Venerado por los indios a quienes lejos de explotar se esfuerza por ser útil, su padre impera en absoluto. Es un emperador, amo de vidas y haciendas, cuya autoridad nadie discute. Inclinado a resolver pacíficamente las cosas, su voz lenta deja entrever una energía inquebrantable. Franz nota el cambio; en la ciudad el padre se torna nervioso, maligno el genio, revistiéndose de orgulloso desprecio por los demás; en la finca recobra su

verdadera naturaleza; es tranquilo, ecuánime, acostumbrado a mandar sin arrebatos.

Tiempo áureo, de apacibilidad provinciana, prepara el aluvión novecentista. Si la nación, perdido su litoral, vive encadenada al régimen aduanero chileno soportando los gravámenes de la derrota; si política y económicamente más parece una gran provincia de Arauco que una república soberana, el candor de nuestros abuelos inventa el espejismo ideológico para encubrir la realidad. De entonces datan el mito de la raza de bronce, el mito del país más rico del continente, el mito del mejor soldado del mundo; y otros mirajes fascinadores que después de medio siglo todavía perturban la mentalidad colectiva.

Receloso, demasiado precoz de entendederas, el primogénito desconfía del ritmo aldeano que pesa duramente sobre la montaña.

¿Patria es el regimiento que desfila al son de músicas marciales? ¿La efusión romántica de los periódicos? ¿La tricolor flameante? ¿La oratoria campanuda en el congreso?

—Vete a jugar —insiste el padre— y deja de pensar en cosas de hombres.

Los ojos negros centellean de impaciencia. Mandar, mandar un batallón... Organizar a los hombres... La infancia adusta se ilumina, soñando que un indio bronceado puede señorear sobre estos blancos desdeñosos y estos mestizos indolentes que ama y repudia la ambición primera.

A los diez años, Franz Tamayo escribe con rara perfección en español. Lee inglés y francés. Domina el aimára. Enseñanzas todas del padre.

—Al año tendrás profesor de griego y de latín —dice el padre a su hijo mayor— y recién conocerás la verdadera sabiduría.

Sabiduría... ¿Por qué quiero saber? ¿Qué quiero saber? Los hermanos se burlan:

—¡Dejemos al “profesor”. ¡Se está enseñando!...

Brillante improvisador, con una técnica depurada del teclado, el padre pasa largas veladas haciendo música.

—Quiero tocar piano, padre...

Las primeras notas repercuten junto a las primeras raíces griegas. Isaac Tamayo interpreta con exquisito gusto a los clásicos. ¡Qué grácil suavidad en Mozart! ¡Qué ternura en las filigranas schubertianas! De pronto cambia la escena; las teclas modulan estilizaciones de la quena. Música triste, monótona, como la escala sentimental del “jharahui” que evoca el canto de las cumbres, severo y melancólico a un tiempo mismo. El primogénito siente que despiertan sentimientos dormidos en su alma; la pena se desliza como una serpiente de escamas oscuras. Música india que no mueve al llanto, sino a un silencio angustioso que llora sin lágrimas. Adivinando la tortura infantil, el pianista retorna a los mares germanos. Una tempestad brota de sus dedos, poblado la estancia con timbres viriles. Franz vibra de emoción.

—Padre: ¿quién era Beethoven?

Isaac Tamayo frunce el ceño. Medita. Lentamente, las palabras salen de sus labios:

—Era un hombre que convertía las derrotas en victorias.

En vez de echar sus hijos al mundo, Isaac Tamayo los echa al orbe interior. Todo lo que no se encuentra, lo que no se sale a buscar en el contorno, surge de la penumbra íntima. Se diría que el señorón no quiere formar ciudadanos útiles a su colectividad, sino amos de sí mismos. Cada vez más cerca de la naturaleza, de los libros; cada vez más lejos de la sociedad...

—No hay que fiar de las gentes. Busca en ti mismo —es el consejo habitual.

Pero cuando los vástagos quieren encontrar su camino se extravía. Tanto escucharon la voz paterna, tan bien absorbieron su lección, que ya no alcanzan a oír su propio destino. Plantas desviadas al retoñar, crecerán inclinadas al suelo de la incompreensión. El drama culmina a través del primogénito, cuya mayor sensibilidad fué más permeable a la influencia paterna; el hijo mayor será lo que el padre quiso que fuera: un indio que enseñe a los blancos; un blanco que se aíra tras la máscara india.

Andante con *espressione*. Sin hogar equilibrado por la inteligencia de los progenitores, sin amigos, sin comunicabilidad social, la infancia de Franz Tamayo transcurre en un tono grave y melancólico, cargado de expresión.

“Soledad desolada
De un cielo sin estrellas
Sobre un mar sin orillas”.

ALLEGRO ALLA MARCIA

*“Tendida como un arco el alma tuve
Y un deseo como águila que sube.
Partió la flecha, y se perdió en el aire;
Lanzóse el ala, y se perdió en la nube!”*

TAMAYO.

El presidente Arce, tipo del pionero en tierras vírgenes, construye el primer ferrocarril; desde 1892, Oruro se comunica con los puertos del perdido litoral.

Se sueña, entonces, organizar pueblos homogéneos, atrayendo inmigrantes, impulsando la industria y el comercio, reemplazando la turbulencia de las luchas internas por el esfuerzo coordinado de comunidades productoras. El visionario de Huanchaca tiene fuerte el brazo, tenaz la voluntad; su alma ruda de capataz alberga un fondo romántico; las vías de comunicación harán el milagro. Bolivia será, por fin, una gran nación... La locomotora es el instrumento. Inmigrantes y capitales harán de fuerza impulsora. Sin el bagaje humanista de Sarmiento, hiriendo voluntades antes que almas, también Arce comprende la antinomia angustiosa: civilización o barbarie. En la última década del siglo XIX, inicia la insurgencia industrial para batir el latifundismo. Huanchaca y Guadalupe resumen el nuevo espíritu emprendedor, que aspira a reemplazar el arado del indígena por la herramienta del minero. La hegemonía del agro cede paso al reinado de la plata.

Si Campero deja surcos grávidos en el alma boliviana, Arce cruza de caminos y obras audaces el territorio. Aquél despierta la conciencia; éste la voluntad de ser. Son influencias decisivas en la formación de la nacionalidad.

La Paz sigue siendo la gran aldea del Ande.

El comercio ultramarino llega a lomo de mula o en carretas desde Oruro. Aparentemente nada cambia; prosigue el lento discurrir de la vida. Pero adentro fermenta la inquietud. Si para nuestros abuelos se soñó un porvenir de políticos y hacendados, para nuestros padres se imagina un futuro de comerciantes e industriales. La prensa del norte reprocha a los doctores de Chuquisaca su amor al silogismo, sus disputas bizantinas, el ultramontanismo de prédica y acción. Situados entre el llano oriental y la cordillera —se les censura— no podrán dominar el altiplano. Un regionalismo agresivo, emboscado bajo el velo del progreso local, cunde por todo el territorio. El pacto de tregua con Chile pesa duramente; la pobreza fiscal corre pareja con lo exiguo de las fortunas privadas. Un ansia de superación sacude a las gentes, manifestándose por la pugna de las ideas, el culto al positivismo y la tendencia a organizar. Aunque iglesia, aristocracia y tradicionalismo gobiernan, la juventud y las masas vislumbran en el naciente partido liberal la tierra prometida de la dicha colectiva.

Isaac Tamayo, por los años postrimeros de la influencia conservadora, es Cancelario de la Universidad de La Paz, diputado por la provincia Murillo, ministro de Hacienda de Arce. Comprende que las nuevas ideas se impondrán; y como ve alejarse la oportunidad de subir más alto, sea por su falsa posición social, o por discrepancia con los conservadores, se aleja de la política refugiándose en una gerencia bancaria. Pero el sociólogo y el esteta disputarán su senectud; cuando se olvide la actuación política de Isaac Tamayo, todavía se buscará las crónicas de arte suscritas por "Guilliat", los fragmentos de "Sarah Bloch" novela juvenil y las páginas penetrantes y controvertibles de "Habla Melgarejo", firmadas por "Thajmara". Bajo el nombre indio, se esconde, una vez más, el sentimiento del gran señor.

En este medio conservador que se defiende contra la irrupción liberal; junto al extraño hermetismo del padre, cada vez más retraído, transcurre la adolescencia de Franz Tamayo.

Como el padre de Goethe, vigilante y disciplinado, Isaac Tamayo es el mentor de sus hijos.

Urbanidad. Primeras letras. Lenguas, arte y ciencia. Reglas psicológicas. Todo mana de sus labios. Contrata profesores de gramática, historia, geografía, que sólo realizan labor de monitores, con influencia puramente mnemónica sobre los despiertos alumnos. El verdadero profesor de carácter, el pastor de inteligencias, el seductor de almas, es el sociólogo intrincado de "Habla Melgarejo". Tan honda fué la influencia paterna, que al declinar la vida, cuando las sienes se toquen con la nieve augusta de los años, el hijo, a semejanza del progenitor, repetirá la tremenda experiencia: un aislamiento absoluto de los hombres; un silencio torvo y esfíngico.

¿Qué es el genio? Ciertamente: un monstruo de la naturaleza. Violenta las leyes naturales, las desborda para construir sus propias reglas. Biológicamente vence por tramos el curso de la edad; espiritualmente desorganiza y mezcla los estadios del tiempo. La infancia breve. Corta la adolescencia. Si el dolor apunta a los cinco años, la madurez brota a los doce. Fuerte en intuiciones, el corazón anticipa experiencias. Y en época temprana la cabeza cosecha granos que no terminaron de germinar. El genio —dice Lessing— es la originalidad más absoluta, una individualidad todopoderosa, una energía pasional indomable, una sensibilidad siempre despierta.

Isaac Tamayo observa con inquietud a su hijo; su inclinación al conocimiento y al misterio; su fuerte disciplina mental y la reserva de su espíritu. Eros y Anteros arrojan dardos sin medida.

—¿Por qué te apuras? Pareces un reloj al que hubiera que retrasarle las agujas.

Y la respuesta seca, cortante:

—No sé nada. Quisiera saber todo.

La biblioteca, traída en parte de Berlín, Londres o París, en parte de Madrid y Buenos Aires, contiene soberbios libros en varias lenguas y esmeradas ediciones.

Espantado por la voracidad del adolescente, el padre reflexiona:

—Si no fuese tu poder de comprensión, tu anhelo de sentir el mundo, nada avanzarías. El mundo crece en tu interior. ¿Para qué cargar la inteligencia? Los libros y yo sólo te ayudamos a ver.

Parece exagerado; pero ha sido así. No pudiendo enumerar, evoquemos hitos aislados en esta poderosa primavera de pensamiento y sensibilidad.

Homero, Platón, incitan al tipo apolíneo. Shakespeare y Pascal a la conciencia fáustica. Una sonata mozartiana —perfecto rococó— se contrapone al lamento wagneriano, oscura disolución de la forma. Torsos de Miguel Ángel. Lienzos de Rafael. Dramas de Racine. Tallas del Bernini. Sueños de Bramante y del Palladio en la Basílica del Mundo. ¿Quién fué Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado? ¿Y el monje Rogerio Bacon? Versos de Keats junto a prosas de Séneca. Raíces griegas y latinas en gruesos diccionarios. Estética y filosofía. Derecho y matemáticas. Física y estudios filológicos. Sófoeles da la medida clásica; Praxíteles la forma. Gracián y Montesquieu depuran la expresión ya decantada en los textos de Tácito, Marcial y Cicerón. Refranes del Quijote, Cantigas de Gonzalo de Berceo. Un lienzo del Poussin equivale a una sentencia de Virgilio. Fluye el claro diálogo socrático junto al análisis geométrico de Aristóteles. Pasión de Víctor Hugo. Es la comprensión diurna del cosmos.

La música trae las primeras nieblas del "gemüth" germano: Beethoven, sueño y angustia, terror y maravilla. Hay un voltear de espaldas al romanticismo galo;

ni Hugo ni Lamartine ni Alfredo de Vigny. Más bien la estirpe nórdica de ojos fríos y hondísimos que esconden el enigma. Lutero, Leibnitz, Goethe, Novalis, Schopenhauer, Nietzsche, Kant y otros nocturnos que saben toda la ciencia de la vida. Pavor del Dante. Abismos salamandricos de William Blake, Misterio de los Vedas y el Talmud. La trilogía de los novelistas estupendos: Balzac, Tolstoi, Dostoiewski. Y el viejo Ibsen y el áspero Strindberg. Cantos de Ferdusi y Li-tai-pe. Simbología bíblica. Saltos bruscos de Pitágoras a Horacio y del Ariosto a Calderón. Cuervos negros de Leopardi, Poe y Kierkegaard. Palomas blancas de Hafiz. Aterrante capacidad de absorción. Una memoria insondable que todo lo retiene.

"¡Yo era en mi juventud un nigromante,
Que hace oro el plomo y el carbón diamante!"

Es apenas un muchacho de diez y siete años, y ya el viejo Tamayo, contemplándolo con orgullo, piensa conmovido: no tengo nada que enseñarle.

Agosto, mes dilacerante que aleja el invierno, acarrea enfermedades y atemoriza los hogares: es el que mejor caracteriza la adolescencia de Franz Tamayo. Al brillo palpitante del sol hibernal sucede un viento crudo en cielo gris. No nace el corazón a la vida; es la vida que nace al corazón. A la edad en que se sueña con el primer baile, acechan crueles desazones. Pugna con la familia. Pugna con el medio. Pugna con los libros.

¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿Para qué subsisto? Uno entre millones de indios, mestizos y blancos. Los primeros, sucios e ineptos. Traidores e ignorantes los segundos. Falsos y orgullosos los últimos. El color de la piel tira hacia abajo. La ambición del alma busca el cielo. La voluntad mestiza rompería toda disciplina para disiparse; pero la tensión encontrada del europeo y del

autóctono chocan bravamente: no habrá dispersión, sino integración por el contraste.

Primeras escaramuzas. Amigos que se niegan a reconocer el yugo de una mente intrépida.

“Unía el alma a un vuelo de falena,
Una certeza y rigidez de dardo”.

Esto reza con la formación intelectual; no con el ensamble de alma y medio, dualismo trágico desde los arabescos iniciales del raciocinio. No son, pues, diez y siete abriles; son diez y siete agostos gélidos los que vive el adolescente.

—No te pongas esa corbata roja; es de mal gusto.

Sombrío silencio. También la melena incipiente será motivo de crítica o de burlas. El indio —dice un libro— contrarresta la hostilidad del paisaje eligiendo colores fuertes para su indumento. ¿Viene el mal gusto de la sangre autóctona? ¿Es tan difícil alcanzar aquella pulcritud somática, aquella elegancia desaprensiva de los petimetres de sociedad?

Hay dos colegios por aquel tiempo en La Paz; el de los Padres Jesuitas, donde se educa la juventud granada; y el Nacional Ayacucho, de instrucción gratuita para los hijos del pueblo o los jovencuelos que resentidos con los frailes huyen del beaterío y la disciplina.

Por ambos pasa Franz Tamayo contra la oposición paterna; la experiencia no puede ser más breve: veinte días soporta a los Jesuitas y un mes la enseñanza fiscal. Los primeros encuentran excesivo el saber del nuevo alumno; insoportable su desdén por las prácticas religiosas y su osada altanería. El “Ayacucho” no acoge bien a los “futres”. Hay profesores elocuentes que dicen: “¡Aquí está el porvenir de la patria, en estos hijos de mestizos que hacen la mayoría boliviana!” Pero los hijos de mestizos carecen de urbanidad, saben menos

que los hijos de caballeros y son levantiscos de genio. Por ese tiempo, sus profesores no están a la altura de los sabios padres jesuitas. El colegio fiscal ahuyenta al intruso con la misma facilidad que el establecimiento católico.

—Y bien... ¿Qué te parecen nuestros famosísimos colegios?

Franz no confiesa su derrota sino a medias:

—No creo conocerlos bien. Pero a los hombres ¡ya comienzo a comprenderlos!

“Tierra extraña y difícil. Magra, vasta y solitaria. Clima extremado y rudo para la vida humana, de animales y plantas. Faltan aire, fuego, agua. En ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir como en estas mesetas altas; sin embargo, se vive. Tierras rodeadas de colosales montañas escarpadas que son como fortalezas naturales y también como naturales prisiones. Si el acceso es difícil, la salida a través de los montes lo es también. El mar está divorciado de estas tierras por una colosal masa de montañas. A una salvaje grandeza del paisaje, se une la extrema carencia de los primitivos elementos de vida. Un vago sufrimiento atormenta al hombre. Desmesurado aislamiento en altas montañas. Igual que los altiplanos, el alma humana está como amurallada de montañas; es impenetrable e inaccesible. La soledad andina se ha convertido en soledad aimára. Hay un espíritu claustral en la raza. El indio es un deprimido aparente y un comprimido real. Todo el silencio andino ha pasado al alma india. De tanto callar, acaba el indio por no hablarse ni a sí mismo. La tierra hostil hizo la raza desconfiada”.

Este retrato del paisaje andino y de su poblador, escrito en 1912, refleja y no refleja la verdad.

Hace medio siglo la ciudad no ofrecía atractivo, sino incomodidades. La aridez de la hoya pacaña, desprovista de árboles, impresiona desfavorablemente al viajero. Los servicios públicos se mantienen casi como una prolongación de la Colonia, deficientes y abandonados.

La actividad social se reduce a tertulias nocturnas. Si es verdad que el indio es —y sigue siendo— un enclaustrado espiritual, mestizo y blanco, sin disfrutar todas las ventajas del siglo XIX, que llegan desmedradas a La Paz, viven como en cualquier ciudad sudamericana de segundo orden. El medio físico es ciertamente hostil —aunque no en la medida extrema que lo imagina el autor—; mas las gentes no habitan un clima adverso en absoluto.

Esta pintura del Ande, que biológica e históricamente es en parte auténtica, en parte se deforma al ser transcrita por un alma apasionada, que sufre hondamente la rudeza del medio.

¿Es la montaña la que pesa sobre Franz Tamayo? No. Son los montañeses. El adolescente que no pudo convivir con los criollos hispanizantes, sabiéndose por encima del cholo, apenas da —hecho hombre— el perfil simbólico del mundo aborígen. Su versión del paisaje andino es una versión subjetiva, a pesar de su aparente objetividad. Ni fué La Paz tan triste al caer del siglo XIX, ni las condiciones de vida tan extremadamente duras. La planta humana domeñó regiones más desoladas; el corazón soportó silencio más cruento. Pero si el criollo acomodado y el indio disfrutaban de relativo bienestar en relación a sus centros biológicos, el mestizo sufre la triple pugna de tres sensibilidades opuestas: indio, cholo y blanco, a través de su aguda percepción, no se entienden jamás. Se puede hablar tres idiomas, sin comprender cabalmente ninguno.

Siempre más que el individuo, siempre menos que el tipo racial, el divorcio del mestizo con la sociedad es una ruptura previa con el medio étnico. Quien quiera comprender el pesimismo trascendental de Franz Tamayo, su torvo aislamiento de hombre y de artista, debe hundir la onda en el mar encrespado de los primeros años. La descripción desolada del paisaje andino, escrita en el

vigor de la juventud, destila en realidad los agrios zumos de una infancia lóbrega y de una adolescencia atormentada por la contienda con el mundo.

Lo que el adolescente no perdona es la falta de receptividad de las gentes, la petulancia de los señorones, la insolencia de los mozalbetes; ni olvidará que más de una vez, en el fragor de la contienda política, Isaac Tamayo fué gravemente injuriado por sus adversarios. Ese clima de ferocidad y ensañamiento que aun no ha desaparecido del todo en Sudamérica; ese rencor ciego para arrojar por tierra las reputaciones más sólidas, hallaron fácil presa en el orgulloso Ministro de Hacienda del gobierno Arce. Un día Zoilo Flores, famoso panfletario, fustiga duramente desde las columnas de "El Imparcial" al ministro Tamayo, "cuya indignidad para ser ministro consiste en su falta de competencia, en su falta de honradez y en su falta de moralidad". Puede imaginarse cómo impresionaría a los hijos la violencia de tales ataques; y en grado más alto al primogénito, naturaleza huraña y desconfiada, que ha hecho un culto del amor al padre.

El rayo de oro de la novia adolescente no rasga esta niebla prematura. Tampoco se sabe que existiera el confidente, el amigo mejor, sin cuya presencia casi no se comprende la primavera de la vida. Y como el paisaje es sólo un estado de alma, en él vuelca su desesperanza el solitario, a manera de un fiel autorretrato. "En ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir...". No. Es exagerado. Más justo será confesar: "Ignoro, no sabré nunca en qué consiste la dulzura de vivir...". El suelo y los hombres se confabulan para enturbiar la visión exterior.

Por el drama de la sangre, por influjo de su gran genio sombrío, en cualquier región del planeta Franz Tamayo sentiría la fuerza trágica del paisaje.

1898. Un año antes de la Revolución Federal, que

cambiará profundamente la política boliviana, aparece un libro de versos: "Odas".

Dos razones explican el vacío que se hizo al libro: la ausencia de críticos, y el hecho de ser la obra una excepción a la tendencia modernista, a punto de irrumpir en la literatura sudamericana.

El autor esperó días, semanas, meses la crítica justa. Había remitido sendos volúmenes a los directores de diarios, a escritores destacados, a ciertos amigos. Algunos acusaron recibo en cuatro frases. Un periódico ponderó "el esfuerzo intelectual" del novel poeta. Otro se refirió a "la ingenua petulancia" de sus versos. Si leen diez lectores las cien páginas de las "Odas", es mucho. La primera tentativa no es afortunada. Pero cualquier petimetre publica versos insípidos, prosa barata, y acumula elogios.

Todo Tamayo está contenido en su primer libro. Su pugna con la forma, su mística de la tierra, su arrebató lírico, su cultura humanista, sus desigualdades estróficas, su desprecio por las reglas al tiempo que su rígido sometimiento a ellas en cuanto importa disciplina mental. Evitando la efusión emotiva de los veinte años, el poeta se gobierna por la razón. La oda "Obscura Similia" anticipa una comprensión filosófica del cosmos:

"La tempestad es un combate.
El huracán es el clarín,
El rayo espada en el embate,
La nube una legión sin fin.
En los campos del cielo estalla
No sé qué ciclópea batalla.
Se escucha un inmenso bramar,
Se ve brumas ensangrentadas;
Y a las nubes alborotadas
Esepe su onda hinchada el mar!"

El aprendiz ha cometido otro error: querer dictar normas a los dómines. En el prefacio de las "Odas", un

pensador en cierne enjuicia a quienes debían enjuiciar sus versos:

"Este libro se presenta en momento inoportuno; rechaza el espíritu de lujuria que respiran las creaciones modernas, el cultivo descarado de la forma, la preponderancia de la imaginación sobre la inteligencia, el afán febril de originalidad. Hoy el poeta es un libertino y la musa una bacante. Se hace el arte por el arte, y el arte es un fin. El arte en nuestros días, o es inmoral o es falso, lo cual, bien miradas las cosas en su fondo, no es más que una especie de inmoralidad".

Los poetas modernistas, los escritores que simpatizaban con las nuevas tendencias literarias, hicieron la conspiración del silencio al intruso, que en vez de ingresar por las puertas de la cortesía literaria, asomaba por el balcón provocativo de la polémica.

No se llega uno hoy a las "Odas", como no se aproximaron los contemporáneos en la fecha de su aparición. Ahora, como ayer, figuran al margen del tiempo. Pero quien quiera encontrar las raíces de una disciplina clásica, quien quiera medir desde su tensión inicial el vuelo de una juventud lírica, recorra estas páginas desiguales de técnica y sentido, por donde cruzan relámpagos que anuncian la tempestad creadora.

Dicen que algún espíritu despierto anotaba:

—¡Hum! Bastante del vigor de Hugo, algo de la concisión de Horacio... Esta seguridad precoz suena más a desafío de guerrero que a lengua de poeta.

Otros protestan airados:

—¿El hijo de Isaac Tamayo poeta? ¡Vea usted la pretensión! ¡Ahora nos van a enseñar a rimar los "indios"!

Singular es el mozalbete. De baja estatura, ágil el paso, vivo el ademán. Habla con desparpajo, atropellándose, como queriendo imponer sus ideas. Pronto a la réplica, no puede encubrir ese fondo pedantesco que

Goethe señala como característica de una juventud despierta. Como por su cultura y su talento domina en la conversación, los émulos buscan motivos para zaherirlo en la figura. "Esa melenita antipática... ¿Se creará un bardo de verdad?" Un mozo así, arrogante y desdeñoso, es un desafío. "Modos de disimular el complejo de inferioridad" —apuntan los más taimados. Pero el muchacho desmiente las murmuraciones. Le ha costado cambiar la timidez de la infancia en el atrevimiento juvenil; mas, aprendido el secreto no lo abandonará nunca: a los hombres hay que mirarlos así, calándoles el alma, desarmando insolencias; doblegando voluntades.

Anciano ya, Isaac Tamayo recibe en su biblioteca barroca, toda revestida por un fino artesonado de caoba. El señorón ocupa una especie de tarima, se sienta en un sillón colonial y a través de una cortinilla de terciopelo, colocada al centro del cancel que separa su escritorio de la biblioteca, conversa con los visitantes. Antes que personas mayores, por lo general son amigos de sus hijos, mozalbetes ansiosos de saber, que escuchan atentamente, formulan preguntas y no parecen fatigarse de oír al anfitrión. Explican algunos por razones de enfermedad la cortinilla; otros la atribuyen a caprichos de excéntrico. Lo cierto es que Isaac Tamayo se recluye los últimos años en su casa y no se deja ver por nadie; escuchar sí.

Una de las impresiones más vivas que Franz conserva de su juventud, es el recuerdo de estas reuniones, entre familiares y académicas, donde luce la inteligencia paterna en todo su esplendor. Los jovencuelos que acuden a la casona de la calle Loaiza, jamás se retiran defraudados. Llegan alegres y entusiastas; se retiran satisfechos, como disimulando una fuga, sin reciprocarse atenciones, sin proferir frases de obligada cortesía.

"Vienen a nutrirse aquí —piensa Franz con amargura— sin retribuir de su parte".

No los odia, porque comprende que no está en ellos la falta; desprecia más bien a las familias orgullosas que impiden la relación social. Hay razones para recelar de estos primeros "amigos" de la juventud, que el amor a la cultura aproxima y aleja el reflujo del convencionalismo mundano. Amigos... ¡Extraña palabra! ¿Quién es verdaderamente mi amigo? "Lo que a uno le daña, no siempre es lo que le falta, sino lo que le sobra". Con menos voluntad dominante, con menos talento, con menos sensibilidad social, Franz Tamayo acaso habría encontrado un amigo de verdad.

—Ya tienes veinte años. Sabes dos veces más que un bachiller en ciencias y letras. Elige tu carrera.

Por ese tiempo sólo hay dos carreras: médico o abogado. El hijo de Tamayo escoge la segunda.

—¿Te conformarás con ser un picapleitos?

Franz se enfurruña. Tras una breve pausa, su respuesta es categórica:

—No. El derecho es una ciencia; aprendiéndola se aprende la técnica de gobernar.

El padre enarca las cejas:

—¡Ah, político! ¿Y si la política en la montaña fuese algo muy distinto de los libros? Lo que lees en Plutarco o en Carlyle no suele presentarse por el altiplano.

El primogénito calla. Pero Isaac Tamayo sorprende en su expresión adusta un rencor sordo. No es todavía el deseo de organizar un pueblo invertido, sino el anhelo de mandar. "¡Este va por el corazón a la política —suspira el anciano—. Si pudiera desembocar a ella por la inteligencia!"

Eliminados por los conservadores, que aseguran las presidencias de Pacheco, Arce, Baptista y Alonso, los liberales conspiran hasta 1899, año en el cual derrocan al último gobierno conservador enarbolando la bandera federalista.

El pretexto era absurdo. El federalismo equivalía a

la desintegración nacional. Se necesitaba un motivo para arrebatarse la sede del gobierno a Sucre y trasladarla a La Paz, ciudad de mayor población, mayor movimiento comercial y más fácil acceso a las costas del Pacífico. Detrás de ambas causas —aparente una y otra real— existe una tercera, no bien precisada por los historiadores. Es el viraje violento que sufre la psicología colectiva después de tres cuartos de siglo de caudillismo militar y tradicionalismo. El llano aflojó los resortes políticos del país. Los doctores de Chuquisaca, las familias linajudas, la tradición, el clero y la aristocracia no pueden contrarrestar el empuje de los hombres del norte, cuya sangre “kolla” exige empresas más enérgicas para la nación. Los liberales, explotando las tendencias populacheras y dinámicas de fin de siglo, escalan atrevidamente el poder. Si es lamentable recordar que lo hicieron a costa de una lucha civil, no es justo olvidar que el país ganó radicando el gobierno en la montaña y sustrayéndolo a la molición de los valles.

Aunque ningún congreso se atreve a tocar jurídicamente el asunto, La Paz es, de hecho, capital de Bolivia. Cabeza de nación desde tiempos remotos, recupera su sitio bajo la espada de Pando, geógrafo, militar, explorador; y bajo el brazo férreo de Fernando E. Guachalla, alma civil del movimiento, sin cuya enérgica decisión no habría sido posible el cambio de capitalía.

Pocos vieron, por ese entonces, que la atracción centrípeta de la montaña al mantener la unidad y cohesión del territorio “kolla” —como apunta Mendoza— consolidaba la nacionalidad. Entre esos pocos estuvo Isaac Tamayo.

La agitación finisecular da paso a una nueva casta de señores: la casta de los burgueses sin tradición, demagogos, caudillistas, atrevidos, más criollos que hispanizantes, pero con más energía creadora que los últimos representantes de la Colonia. Se repite en cierto modo

y en escala reducida, el drama de los Estados Unidos de Norte América: el Norte, acometivo y emprendedor, desplaza al Sur aristocrático y comodón. Bolivia es más América y menos España, cuando las masas liberales irrumpen entre los reductos chuquisaqueños y arrollan los privilegios de una aristocracia muerta.

Celebrando como “kolla” la capitalía de La Paz, Isaac Tamayo cae políticamente con los conservadores. “Nada tenemos que hacer aquí” —se dice— y parte rumbo a Europa con sus hijos.

Tres años dura la ausencia.

Franz Tamayo no ha escrito las memorias de su experiencia europea. No tuvo, tampoco, a quien contarlas. Apenas se sabe que siguió cursos de finanzas, ciencias sociales, derecho, arte y filosofía. Alguna vez el padre lo sorprende absorto frente a los torsos griegos en el Louvre; o entusiasmado en los debates del Parlamento Británico. Es el choque deslumbrante del alma india con la cultura occidental. Y esta vez no se trata de un Inca Garcilaso, dominado y elegíaco, sino del torrente que se precipita épico y dominador. Es la revancha de la tierra sobre los conquistadores.

Paris. Londres. Roma. Berlín. Madrid. Un socialismo disolvente apunta en la gran democracia francesa. Prusia enarca bayonetas. Gloriosa en sus ruinas históricas, Italia se debate en el caos civil. El Imperio Británico es dueño económico del mundo. España yace caduca y en sopor.

“El solo medio de apresurar la formación de los países sudamericanos, es ponerlos en contacto con el pensamiento y el esfuerzo europeos”.

A tiempo de elogiar y agradecer, el visitante esgrime su estilete crítico. Toma lo que le parece útil y sano de la cultura occidental; rechaza las influencias nocivas. He aquí un pensamiento primordial:

“El daño causado en las dos últimas centurias, en los países que han sufrido intensamente la excesiva difusión de ciertas ideas francesas, es en verdad profundo e incalculable. Nada socava más y sigue socavando la moralidad intelectual de muchos países, en el sentido altamente biológico, que aquella influencia; soltamos este pensamiento desconfiados, tan contrario al sentir común de los americanos y que no será comprendido en América antes de muchos años.”

Sentidas en París, en 1903, estas palabras son escritas diez años después en el Ande.

El joven boliviano ha conocido la fruición del vivir europeo antes de 1914. Pero tras la impresión optimista, los ojos indios desconfían. Despuntan los primeros nacionalismos. Se oyen los clarines de la vanguardia artística. En la cúspide racional, técnica y científica, faltan pocos inviernos para que el Occidente se bañe en sangre. Franz Tamayo fija posiciones: observar, retener todo cuanto sea posible; desconfiar empero de esta supercivilización que entre los desvaríos de la inteligencia y la hipertrofia de los sentidos anuncia descomposición. Pudo el espectáculo de un mundo caduco inducirlo a refugiarse en los estudios helénicos, como lo hiciera el joven Goethe para sustraerse a la anarquía de su tiempo; mas el aprendiz de sociólogo persigue un fin más alto; retornar a la montaña y dedicar sus energías, sus conocimientos, a la organización social de su pueblo. A través de las brumas londinenses, por los bulevares de París, la voz de la tierra apaga el clamoreo cosmopolita.

La lección que no retuvo el boliviano y que al no ser aprendida ocasionará el más injusto de sus libros, es ésta: a partir del siglo XX, sólo hay dos tipos de vida nacional, dos grandes estilos políticos. Uno es el euroyanqui o ecuménico, común a todos los pueblos regidos por la ciencia y por la técnica. Otro el primordial o autóctono, donde los pueblos subsisten como grupos “fellahs”, máscaras vacías despojadas de su antigua cultu-

① *... del biótipo.*
ra. Esto lo ve claramente Sarmiento con su urgencia transformadora; y su tesis de “civilización o barbarie”, responde exactamente al progreso o a la regresión de los americanos. Franz Tamayo, acaso sospechándolo, acaso sin percibirlo; tal vez impulsado por el resentimiento étnico, cierra los ojos a la síntesis racial, no quiere ver la descomposición por heterogeneidad. Aunque su mente, desde los años mozos, se nutre en las viejas instituciones jurídicas y sociales de Occidente, su instinto indio abre cauce a la utopía del estilo autóctono, para diferenciarse de los europeos excesivamente sabios, de los blancos dominantes y altaneros, a quienes los criollos descendientes de españoles representan pálidamente por tierras de América.

Esa juventud robusta y voraz, que rehuye la sentimentalidad y el hastío —venenos de la época— y busca la energía entre los sajones, observa agudamente las flaquezas y las virtudes de la civilización occidental.

“Dos latinos han ahogado su talento en el moderno “pompadourismo” de ideas que reina en Francia: he nombrado al buen Rubén y al excelente D’Annunzio, hombre de buena voluntad literaria”.

Franz Tamayo es quien primeramente habla en Bolivia del orgullo británico, sano por la acción, y el orgullo español, enfermo por la contemplación. Anuncia que el porvenir del mundo está en los laboratorios. Distingue entre la dominación de los antiguos por el arte y la de los modernos por la ciencia. La actual civilización europea —anota— como carácter y como tendencia, es del todo boreal; en esto se contrapone con la de hace dos mil años. Como Baudelaire, comprende a Wagner al primer contacto. Oye una vez las óperas del maestro de Bayreuth y escribe: “no hay probablemente obra humana en que la voluntad haya cometido mayores excesos que la “Tetralogía”. Y otra vez, fascinado por el espectáculo

lo de la vanguardia estética, que aun no irrumpe como fenómeno colectivo, pero que las naturalezas sutiles aspiran en el aire de las ideas, exclama: "todo el arte contemporáneo está afectado de un esfuerzo matemático hacia la armonía".

Las frases anteriores, entresacadas de los primeros "Proverbios", reflejan la perspicacia con que el estudiante boliviano asimiló, desmontó y recompuso la cultura europea, tres veces milenaria. Posiblemente ningún sudamericano se aproximó con más aguda penetración, con esfuerzo más intenso, al mundo occidental.

Otro día se entretiene en juegos lingüísticos:

"El idioma alemán tiene mayor riqueza vocal que el español; el francés más todavía, y el inglés mucho más aún. El color vocal inglés es prodigioso, y es la lengua de los matices por excelencia. En cambio el español supera a todas estas lenguas por su riqueza poliptongal, y sólo le cede al griego que sobrepuja a todas juntas, siendo inferior únicamente al sánserito, que es el océano de los sonidos".

Poco tuvo que aprender de Europa en punto a conocimiento libresco; mucho en ciencia de la vida y organización social. La sociedad humana —señala en otro párrafo— es una de las grandes maravillas del principio de organización cósmica.

Escasos placeres, casi sólo para hacer excepción a los estudios. Son tres años de seminario, de rigurosa disciplina mental, coronados por una breve estadía en Norteamérica.

En el vapor que conduce a los Tamayo de regreso al terruño, se discute las ventajas del Nuevo Mundo sobre la antigua Europa.

—¡Ah el altruísmo americano —dice un señor maduro— herencia del liberalismo inglés!

Los jóvenes Tamayo asisten a la charla sin participar en ella. Escuchan tranquilamente a los mayores. De

pronto el primogénito empuja su silla, y a tiempo de levantarse para abandonar la sala, exclama despectivo:

—¡Hablad de altruísmo en Inglaterra, el país de la conquista sabia, y en Estados Unidos, el país de los monopolios devoradores!

La experiencia norteamericana sacude al viajero. De entonces datan sus reparos contra el moralismo sentimental y su amor por la acción enérgica y tenaz. En vez del precepto clásico "¡haceos sabios!", hay que pensar en el precepto nuevo "¡haceos fuertes!", que como un oráculo delfico habría que grabar sobre las portadas de las escuelas. Es el sentido del siglo que comienza, encarnado en Teodoro Roosevelt, cazador de leones, jefe de la primera democracia industrial del mundo.

1905. Franz Tamayo regresa a la patria al iniciarse la primera presidencia de Montes. Ha corrido mucha agua bajo los puentes. Y muchos vientos soplaron de la cordillera, transformando gentes y costumbres.

Esporádica, reducida, la inmigración afluye a las ciudades: españoles, italianos, franceses, británicos que vienen no en son de conquista, sino a crearse un hogar en suelo andino. El gobierno inicia su programa de construcciones; habrá un gran palacio de justicia, será demolido el antiguo Loreto para construir el moderno edificio del Congreso, la prefectura de La Paz tendrá un local adecuado. Firmada la paz con Chile, se proyectan varios ferrocarriles que serán pagados con el producto de la cesión territorial. Los Bancos aumentan transacciones. Se proyecta la reforma educativa. Técnicos extranjeros organizan el ejército. La burguesía liberal, emprendedora y decidida, reforma las leyes y procura democratizar los usos republicanos. Más que un renacer, es un comenzar a vivir. Bolivia despierta del marasmo del 80.

Del mozo veinteañero no queda rastro. Regresa un hombre joven, que sabe tanto como un viejo. A los vein-

ticuatro años, Franz Tamayo es la hipertrofia de la personalidad: un no-me-importismo soberano, un despreciar los convencionalismos, aires de príncipe destronado, de genial aventurero o gran señor. No pudiendo ser Brummel, Byron ni Disraeli; habiendo emulado con Hugo, Zola y Jaurés, el recién llegado siente la necesidad de actuar en primer plano, revestido por un fiero teatralismo. ¿Teatralismo deliberado o espontáneo? Sorprende con sus trajes ajustados, a la moda parisina; el sombrero agresivo; los colores chillones que para unos son indicio del mal gusto y para otros un desafío a la estética de los salones paceños. Acaso el resentimiento sigue jugando su carta; hay algo de una infancia humillada y de una adolescencia solitaria, en esta insolente juventud que desafía la ética social con el barroquismo de la indumentaria.

La sociedad montañesa sonríe despectiva; conoce el arte de rebajar a su medida a quienes se empujan demasiado. Se critica mordazmente la petulancia del mozo, sus chalecos blancos, el bastoncillo finisecular; y el contraste del sombrero de paja con la melena abundante y mal traída. La elegancia francesa, rebuscada y deformada por el desaliño criollo, suele correr pareja con la excentricidad de la actitud. A un cronista social que ha dicho, simplemente, "regresaron de Europa don Isaac Tamayo y sus hijos", el primogénito lo amonesta.

—Don Franz Tamayo es don Franz Tamayo; no el hijo de su padre.

Irónicamente, los periodistas comienzan a mencionar a "don Franz Tamayo", a quien juzgan, en su fuero íntimo, un petimetre. Pero el "don" queda para siempre; entre burlas y sonrisas, la sociedad pierde la primera batalla.

Un contemporáneo —desafecto— lo describe así:

"Era en ese tiempo, delgado, melenudo y carecía enteramente de gusto. Sus ademanes forzados, su amabilidad

artificiosa. Necio, pretendía saberlo todo. Ególatra, concentraba la conversación en torno a sí. La sangre india afloraba a su rostro cobrizo, sin que la cultura del estudioso bastara a encubrir la ausencia de señorío. Su aspecto chocante; y al ponerse en "tono" de magister, ¡era realmente insoportable!"

Bajo la máscara de la excentricidad, en Franz Tamayo prosigue la sorda lucha de las sangres. De la aristocracia lo separa su familia; del mestizaje la experiencia y la cultura europeas; del indio cinco mil años de humanismo vivo. Ninguno de estos tres orbes cerrados lo admite dentro de sus fronteras. ¿Gentes y hábitos? Poco importan. El hombre debe crear su ley y su figura. Ni gran señor, ni mestizo de clase media, ni célula autóctona. Vivir y obrar como un ser aparte. ¿Soñó en su juventud con el gran mestizo? ¿Vislumbró el destino herético y soberbio del artista? Vivir, obrar como un ser aparte, sería la norma aprendida con el tiempo; pero no sin librar los combates de la juventud, que al comenzar el siglo se aferran al sueño dorado: un sitial en la dorada sociedad conservadora, odiada y ardientemente anhelada a un tiempo mismo.

Para hacerse grato, el recién llegado pone en juego todos los recursos de su afinada sensibilidad. Su inteligencia, sus maneras desenvueltas, su admirable dominio del teclado, le abren salones que pensaron cerrar sus puertas. De otro contemporáneo es este otro perfil:

"Su esmerada educación resaltaba en el menor gesto. Hacía gala de cortesía con las damas, guardando la excentricidad para los varones. Sabía ser fino. Esa astucia finísima que Mantegazza señala como característica del boliviano, fué la llave para ganarse corazones. Nos dejaba en suspenso tocando una sonata. Conversador ameno, rebosante de ingenio y erudición, se granjeaba simpatías, haciéndose perdonar los excesos egolátricos con una dialéctica incisiva, que al cambiar rápidamente

la charla encubría su propia falta tranquilizando a los demás. Era sagaz, astuto y ambicioso, gustando alternar con los mejores y asombrar a las señoras”.

De poco iban a servir talento y sagacidad. Si los hombres provechosos y las damas se solazan con la compañía de Franz Tamayo, la gente moza se resiente de tamaña personalidad.

Dos, tres anécdotas reproducen crudamente esa lucha.

El primogénito de Isaac Tamayo rinde examen de abogado. No asistió a los cursos de la Facultad de Derecho; estudió en su casa. Nadie sabe por qué privilegio se le toma examen. Pero ahí está, altivo, sereno, contestando imperturbable las preguntas que le formula el tribunal.

—¿Podría decirnos cuál es el sistema que conviene a Bolivia: el proteccionismo o el librecambio? —interroga el examinador.

—¡Ninguno de los dos!

El tribunal queda estupefacto. ¿Se está mofando el estudiante? Vencido el estupor, el catedrático insiste:

—¿Tiene usted alguna razón para justificar su respuesta?

—Naturalmente —dice Franz Tamayo—. Y se extiende en una crítica magistral de ambos sistemas, demostrando con abundancia de argumentos que las naciones pequeñas, inorgánicas, no pueden optar por los métodos de las grandes colectividades económicas. Ha sido una lección jurídico-económica para el tribunal. Pero éste se toma la revancha en lo procedimental; el examinado ignora en absoluto la técnica interna de llevar los asuntos legales. No conoce un tribunal de justicia, no ha visitado el bufete de un abogado, ignora las funciones confiadas al procurador. Es la parte oscura, lo menos noble, pero es también lo útil e indispensable de la profesión.

—Concluído este trámite —arguye con voz meliflua

el examinador— ¿el expediente debe pasar al juez de partido o al de instrucción?

El estudiante vacila breves segundos.

—Al juez de partido —replica con énfasis.

Sonrisa indulgente del catedrático:

—Querrá usted decir al de instrucción, joven Tamayo...

—Eso es... Eso es... Al de instrucción —afirma el examinado con el mismo énfasis.

Al calificar el examen, un profesor vota por la aprobación y otro por suspender al estudiante. En el fondo, su seguridad, su sapiencia, su altanería, chocaron al tribunal. Pero el presidente de la mesa examinadora, aunque podría acordar la suspensión, impone una decisión concienzuda. “Su orgullo y su ignorancia del procedimiento —expresa— son pecados veniales. Su talento es cosa seria”. Y Franz Tamayo es abogado porque el azar lo puso frente a un corazón recto.

En otra oportunidad, jugando a las cartas en el Club de La Paz, se produce un desagradable incidente.

Tamayo ganaba cuatrocientos bolivianos, suma considerable para la época. Un rasgo de audacia y el ganador pierde todo en una jugada. Hirviendo de cólera, se prestó diez bolivianos de un amigo y en un golpe de suerte recuperó sus cuatrocientos bolivianos, ganando, esta vez, a otras personas. De pronto un golpe sobre la mesa y la voz silbante:

—Bien; yo me retiro.

Uno de los recientes perdedores, observa tranquilamente:

—Don Franz, no puede ser. Usted nos debe la revancha.

Tamayo no se inmuta:

—Yo no doy revancha a nadie —replica—. Es tarde y me retiro.

—Pero don Franz —insiste el otro— esto no es justo.

Si a usted le dieron la revancha, es claro que también debe dársela usted a nosotros...

—¡Nada! He dicho que me voy y me retiro.

Entonces el interlocutor, perdida la paciencia, lanza esta frase más dañina que un venablo:

—¡Conque no da usted revancha a nadie! Con diez pesos nos limpia a todos y se retira tan fresco. Así se juega en los "tripots" de París, pero no en un club de caballeros.

Narrando la escena, Tamayo cuenta que pensó echar mano a su pistola para castigar el agravio. Se hizo un silencio mortal. Don Franz miró fijamente al ofensor y volteando espaldas se retiró de la mesa de juego. No volvería a poner los pies en el Club de La Paz. Un incidente trivial, que no suele pasar del ambiente caldeado de los tapetes, se convierte, para la epidermis hipersensible del gran mestizo, en ofensa que durará toda la vida.

Duele ver a los indios harapientos y desnutridos, con su recua de llamas que estorban el tráfico. Raza humillada, vencida ¿qué necesita para un resurrección total? El amor que Tolstoi y Dostoiewski sienten por los mujics, prende en los intelectuales bolivianos por el indio. Es todavía un interés epidérmico, que no pasa del tema literario; mas algunos profundizan el problema; y entre ellos Franz Tamayo, silencioso espectador de sus desdichas. Después de cada fracaso, de cada tropiezo social, vuelve al tema obsesionante. ¿Por qué esa absoluta falta de creatividad en el indio moderno? El indio antiguo alcanza la "forma significativa" del arte nazqueño y de la cerámica tiwanacota, que llega al máximo despliegue de la forma en su inventiva creadora. El indígena actual aprende todo lo que se le enseña pero no agrega nada; y los pueblos que dominan —¡es la lección reciente de las Britanias y Germanias!— son los que inventan y modifican; no los que repiten.

Los antecesores de estos indios tuvieron una historia,

una legislación política avanzada, una cultura formal. Lo prueban la arqueología, la tradición verbal, el folklore intacto casi: lírica, danza, música que sobreviven a civilizaciones extinguidas. ¿Cómo volverlos a la actividad civil? ¿Cómo redimirlos económicamente?

Discurriendo a grandes pasos por un patio de antiguas losas, cuando son pocos los años, mucha la ambición y no pocos los desencantos, la imaginación suele llevar lejos. Franz Tamayo sueña redimir a los indios miserables, y a los cholos perezosos e ignorantes... Hay que aprender a mandar para organizar después a esta gente levantisca e indisciplinada. Un pueblo no elige sus gobernantes. Son los hombres los que conforman la multitud a su medida interior. Hay que poner orden en esta diminuta nación en germen. Pero estos sueños no salen de los cuatro muros del patio de una casa de la calle Loaiza.

El abogado tiene la cabeza llena de proyectos. Abrir una escuela de estudios superiores, para enseñar altas humanidades. Fundar un periódico y una revista literaria. Organizar un grupo de juventud con nuevas tendencias políticas. Mas el destino avienta los proyectos y prepara un nuevo drama.

"Extraña fatalidad! Hay espíritus cuyo precipicio es la dicha".

Toda vez que Franz Tamayo estuvo a punto de alcanzar un sueño, sobreviene la caída. Es su sino trágico.

Poco se sabe de sus amores, fuente sellada para el biógrafo; sólo un episodio, que influye decisivamente en su vida, es evocado por quienes lo conocieron.

Contando veintiséis años, el abogado se enamoró de una de las muchachas más lindas de la sociedad paceña. Hay quienes hacen memoria de su atractivo físico y su seducción espiritual. La niña era cortejada por numerosos pretendientes; pero Franz Tamayo, a juicio de las

mamás casamenteras, a no ser su origen, constituía el mejor partido. Inteligente, culto, ambicioso y enérgico, la fortuna paterna acrecía sus méritos. Unos lo señalaban como escritor de provecho; otros como político en potencia; y la misma sociedad que le crea conflictos, no vacila en abrirle sus salones, ganada por la originalidad del mozo.

La niña y el galán se prendaron apasionadamente. Se rumoreaba el próximo noviazgo. Un día, vistiendo su mejor levita y su más fino sombrero de copa, don Isaac Tamayo se presenta en la residencia de la niña y solicita ver a los padres. Invitado a pasar al salón, advierte con extrañeza que sólo está el dueño de casa, mas no vacila en formular el grave petitorio.

—Señor don Juan: vengo a solicitar la mano de su hija Maruja para mi hijo Franz.

Este don Juan, ayer condiscípulo de Isaac Tamayo, pasaba por un señorón acomodado, de rancio abolengo, que calzaba fieros puntos en materia de jerarquías sociales y se le atribuía fina malicia para sortear situaciones.

Socarronamente, como quien envuelve el guijarro, se limitó a responder:

—Muy honrado, señor don Isaac, que su hijo Franz se fije en mi hija Maruja. Pero estas cosas sentimentales... ¿no le parece a usted que mejor las traten "las señoras?"

El visitante se fué sin despedirse. Y es fama que los enamorados no volvieron a verse, abriéndose un abismo entre las dos familias.

Acaso el recuerdo del amor frustrado —que según las apariencias fué el primero —inspiró el septeto maravilloso que dice:

CLARIBEL

“Era real como un astro,
Un sueño vivo!
En rosa y alabastro
Fulgor cautivo!
Sin un lamento
Su tumba el mar! y sólo
La nombra el viento!”

Al cruzar por segunda vez el Atlántico, rumbo a la costa de Francia, Franz Tamayo procura olvidar la desazón amorosa. Dicen que sangra también la herida del orgullo, al verse eliminado de la lucha política. Toda esperanza de dicha se derrumba bajo el ariete demoleedor de los prejuicios sociales.

Desvanecida la ambición de conducir la aristocracia paceña, destruido el sueño del hogar, aplazada el ansia de lucha, el emigrante sufre en silencio su derrota. Parte solo. Nadie sabe el número de sus lágrimas —si las hubo; ni el furor de sus cóleras secretas— si estallaron.

Acodado en el barco, viendo pasar el giro acompasado del oleaje, brota la nueva esperanza: ser primero entre los mestizos y llegar donde llegan los mejores. Política, letras, industria... ¡lo que sea! Llegar... llegar para devolver las bofetadas de la juventud, con el puño poderoso de una madurez triunfante. La venganza es, ciertamente, manjar de dioses. Producido el divorcio definitivo con los blancos, el gran mestizo se apresta a la lucha por las clases medias. Pero el Anteo americano sabe que su fuerza está en tocar la tierra vernácula, en absorber la radiación del suelo; y la estupenda utopía del indianismo comienza a germinar en el cerebro excitado, después de haberse adueñado del dolorido corazón,

Patria, sociedad, familia se disuelven allá en la lejanía,

por la montaña abrupta. Un nuevo sentimiento de la vida florece entre los cardos de la derrota.

¡Montaña, montaña! ¿Por qué te derrumbas sobre los tuyos? Pasión del montañés: ¿por qué te cebas en tu igual? Un alma joven soñaba organizar el fiero tumulto de la meseta. Y he aquí que la meseta le infunde su frigidez. Y los hombres le clavan el dardo de la envidia. La tierra dice: —¡Resiste como yo resisto! ¡Endurécete! Los hombres se mofan:— ¡A qué subir tan alto...! Cuánto más largo es el ascenso, más fácil la caída. Por la montaña no se ama al ambicioso. Voces malditas... ¿Voces malditas? No. Voces fuertes, sangrantes, dolorosas de la vida.

Allegro alla marcia. Toda la sombra del anochecer, sobre los funerales de la juventud sentimental.

“¡No hay miel como el dolor para almas grandes!”

SCHERZO INDIO

*“Mar rosa, monte azul, cielo punzó!
Como el paisaje aquél jamás se vió!
Y aunque espejeo de un país de sueño,
Aquel paisaje espléndido fui yo!”*

TAMAYO.

Las Atlántidas —anota el pensador— son los imperios sumergidos o evaporados.

Mientras se transforma la corteza del planeta, en tanto crecen nuevas urbes sobre el rastro de ciudades desaparecidas, la memoria y la fantasía se transmiten por boca de las generaciones el recuerdo de los tiempos primeros. Para el laberinto reminisciente, no hay patria sin Atlántidas ni tierra sin frontera que no mire a un enigmático pasado. Platón afirma que vivimos para recordar. Los pitagóricos proclaman un eterno retorno de almas y cosas. Lo que hoy es prominencia, puede ser mañana depresión. Las cumbres fueron mares. Los mares cimas altaneras. Mudar, mudar, y siempre retornar es la ley cósmica.

América es la patria natural de las Atlántidas. Si la planta humana ignora el suelo, la memoria desconoce geografías del pretérito. Todo en trance de revelación. Y es cosa admirable que el mundo de Colón, a fuerza de ser el más joven, llegue a ser el más antiguo. ¿Quién atisba el origen? ¿Quién el eslabonamiento de los tiempos idos?

Sólo un clima mítico puede aproximar la edad del continente sur.

En su juego siempre recommenzado, tierras y aguas trabaron fiera lucha. Cambiaron de faz los continentes. Perecieron imperios. Mudaron paisaje y pobladores. Sú-

bitos hundimientos precipitaron la erección de cordilleras jóvenes. El Ande pudo ser el encumbramiento de un sueño submarino indescifrable.

Villamil de Rada, visionario boliviano que padeció la desdicha de no poder imprimir sus manuscritos, es el precursor en esta oceanografía mítica del Ande.

Etnólogo, geógrafo, lingüista, historiador y filósofo, escribió trabajos eruditos sobre temas de investigación científica. Un destino adverso lo persigue a través de su accidentada vida; cuanto escribe es sólo para sí. Arrojado por vicisitudes políticas a playas extranjeras, se quita la vida, sin que Bolivia ni Brasil —donde se refugió— hubiesen reconocido sus méritos. Villamil de Rada ha escrito sobre el sistema de primitividad americana; el poblador de Tiwanacu; prehistoria continental; tecnología científica: los radicales aimáras en las lenguas arianas, etc. Numerosos trabajos acerca de lenguas y religiones primitivas, aparecen mencionados en publicaciones de la época. Hoy sólo queda, perdida la totalidad de sus manuscritos, un libro heterogéneo, desigual y desconcertante: "La lengua de Adán", conjunto de notas que el autor conceptuaba como simples apuntes, y que del naufragio total se salva como testimonio de su genio y de su ingenio.

Este magnífico explorador del pasado americano, que siendo hombre de ciencia fué también un poeta de la historia, resume aproximadamente así su teoría:

Geológica, zoológica, antropológicamente, América es el continente más antiguo del planeta; y el americano el hombre primero. El aimára, la lengua primitiva por excelencia, prehistórica y universal, explica, mejor que el hebreo, las nominaciones bíblicas y los nombres de la antigüedad oriental. Sorata, en la meseta boliviana, fué el Paraíso Terrenal. Tiwanacu era Babel. La lengua aimára proviene de "Ayam-Aru", es decir; levanta y trasmite la palabra. Es la antecesora incógnita del sán-

crito; quiere decir, soy el arquetipo, formé lenguas y naciones, transmití la palabra; de mi voz se nombran todas las regiones y nombres de la tierra; en las lenguas que les conferí están escritos sus dogmas y sus libros.

La mitología grecolatina —según Villamil de Rada— nace del Ande. El paisaje andino y sus metamorfosis geológicas explican toda la simbología pulida y hermo-seada por los griegos. Una Minerva andina o edénica, existe antes de la Palas griega y la Minerva romana. Toda génesis humana nace del Viejo Oriente Andino. "Unanchacha" significa: incisiva y admirable fuerza. El aimára transforma el color en sonidos. La maravilla de simplicidad y significancia o fecundidad del verbo aimára, estriba en el poder de pintar con sonidos la idea o convertir el pensamiento en sonidos, cual se demuestra en el sistema de colorantes sufijos que encarnan la acción y sus fases en el verbo. Esas delicadas y tenues partículas "ta, si, ja, ya, ra, su y ri", o signos de ideas de generalización en el acto de incorporarse en el verbo, son "palabras aladas" que levantan el pensamiento y dan vuelo a la idea y a su significado.

Apoyándose en estudios comparados de la Relación Mosaica, los Vedas, el antiguo Oriente, Grecia y Roma y modernos conocimientos científicos, el estudioso boliviano intenta, en atrevido esfuerzo, explicar la Hélade por el Ande. En complicado análisis lingüístico-fonético, sostiene que Juno proviene de Kjunu; Orco de Orkho; Hércules de Hiruckallas; Aqueronte de Hakoranta; Pitón de Pithuni; Prometeo de Poromtia. El Ramayana sería un poema de origen índico-andino. Viehnu viene de Wicuña, Rama de Harama o desprenderse. La acción aconteció en nuestra cordillera de Gualata y su lago, existentes aún la costado de nevado Illimani; de aquí proviene Walata o Bharata. Valmiki equivale a War-mijk "el afeminado como mujer". Siva, el dios destructor, se origina en Chiwa, la vegetación invasora que

abruma. Olimpo griego y mitología hindú nacen del Illampu boliviano. Nuestras montañas ancestrales —Illampu, Illimani— significan “el centelleante” y “el resplandeciente”. Son pues los arquetipos del acontecer geológico humano. Antiquitas, antiquus o andico es igual: lo antiguo. Hiruckhallas, por ejemplo, quiere decir la remoción por medio de aluviones; de aquí el mito de Hércules. La corte Ilámpica de dioses y mitos, origina la corte Olímpica de los dioses griegos. Esta mitología ancestral —no revelada aun a los investigadores— arranca de la representación simbólico-poética de los fenómenos geológicos, que antes que el Oriente y el Mediodía euroasiáticos, padecieron los primeros habitantes de una América remota.

Estos apuntes —agrega en su temeraria especulación Villamil de Rada— no son mero resultado de la curiosidad filológica. Son la historia del pensamiento humano. No estaba escrita. Nada más etéreo e intangible. Nada más fugaz y delicado que la idea. Por este libro aparece, sin embargo, trazada y desenvuelta por sí misma, vigente o fija, una historia de pensamientos archivados en los sonidos, proclamando sus ecos las lógicas analogías y conexo encadenamiento espiritual; de más vital y profundo interés que todas las ciegas afinidades químicas, son estas atracciones intelectuales, estas maravillosas afinidades mentales, esta vida de la palabra! La primordial lengua conduce al primordial espíritu! Sea en la interna, involuntaria o indeliberada lógica de las lenguas, sea en su estructura gramatical, en sus alteraciones y vicisitudes morfológicas, en sus variaciones fonéticas y etimológicas, o sea, en fin, en su sistemada o fundamental ideología, o en sus divergencias, encuentro siempre: 1º la gravitación concéntrica al aimára; 2º algo siempre de su núcleo, raíz o foco, irradiando a la asombrosa periferia y atrayéndola. El estilo de los Andes era el oriental. Los dos primeros capítulos del Génesis, son de estilo y concep-

ción andinos. El aimára puede explicar la etimología y sentido de casi todas las mitologías del mundo. Es una enciclopedia de ciencia y conocimientos prehistóricos. El aimára es el único que al nombrar la materia la definió: “Ma Hathar”, o sea “fondo semillante”. El verbo aimára vive. Por él todo nombre se transforma en acción. La lengua aimára es verboferente y única.

Hasta aquí el visionario de Sorata.

El andícola histórico pobló la cuenca del lago Titicaca. En sus riberas florecieron las primeras sociedades civilizadas del Ande. Agricultor, guerrero y pescador, se adaptó a un tipo de civilización cerrada como el circo de sus montañas. Relativamente moderna, deja breve huella de su cultura. Pero los fósiles y las capas geológicas, revelan que el andícola prehistórico arranca de la era paleolítica. Aunque ya de épocas más recientes, los monolitos y sus indescifrables geroglíficos hablan de culturas superiores. La cerámica correspondiente a las civilizaciones del segundo y del tercer Tiwanacu, expresa fina educación artística. Y las ruinas del Palacio de Kalasasaya, de los templos del Sol y de la Luna, de Puma-Pucko, Akapana y la Gran Portada del Sol, revelan un genio arquitectónico capaz de elevarse a la altura de la ciencia secreta de los egipcios.

Hubo pueblos remotos en el Ande, ricos y poderosos, antecesores del andícola pastor y labriego, que poseyeron religión, industrias, legislación social y artes avanzadas. El imperio astrolátrico andino, debió ser más antiguo que los imperios solares de Asia y Africa. Pero el misterio de su destrucción sigue insoluble. Como los mayas del Yucatán o los pascuences perdidos en medio océano, los tiwanacus prehistóricos fueron sorprendidos por un cataclismo; y abandonaron sus piedras a medio labrar, único vestigio de un pasado fabuloso.

Tiwanacu es la bruma del origen americano. Según el Padre Cobo, su primitivo nombre fué “Taypicala”, que

significa "piedra de en medio". La tradición dice que este pueblo estaba ubicado al centro mismo del mundo, y que pasado el Diluvio, de Taypicala salieron nuevamente los hombres a poblar el mundo.

José María Camacho, historiador prestigioso, estima que debió ser un gran centro político y religioso y, desde luego, la cuna más antigua del pasado del Nuevo Mundo.

En realidad nadie sabe lo que fué Tiwanacu. Ni soñadores ni hombres de ciencia. Poco es lo que se vislumbra en las escasas ruinas tres veces destruidas por la naturaleza, el conquistador y la república. Hay un desequilibrio incomprensible entre los inmensos bloques pétreos y las pobres armas primitivas de los museos. Nada se sabe, de concreto, acerca del primer, del segundo, del tercer Tiwanacu. El cuarto, más accesible, tampoco manifiesta caracteres definitivos. Los monolitos de arcilla rojiza y los grandes bloques guardan su secreto. Cada día se inventan nuevas significaciones, se bordan extraños simbolismos sobre las cuatro épocas tiwanaquenses. Pero mientras no llegue un visionario a la manera de Schliemann, capaz de tomar contacto con las capas imantadas de la prehistoria y la poética del símbolo, desafiando a los arqueólogos y a los investigadores sistemáticos, poco se habrá esclarecido.

El verdadero Tiwanacu duerme bajo tierra. Sumido bajo dos o tres capas de civilizaciones posteriores, reposa en un osario subterráneo que cataclismos geológicos y devastaciones guerreras hundieron debajo del altiplano. Los escuetos vestigios aislados poco sugieren a la mente. Tiwanacu bascula entre la realidad y la leyenda. El hombre fué un pedazo de piedra —revela el mito andino— que se echó a caminar. Brilló el pedernal y sobrevino la inteligencia. Hubieron sociedades laboriosas, imperios poderosos, hazañas estupendas. Un día la tierra habló con lengua de fuego y tempestades líquidas; fué la destrucción. Todo retorna al estado primordial y confuso

de lo que debe volver a crearse. Hay pueblos que se petrifican. Wirakocha, compadecido de los hombres, deja que subsistan residuos decadentes, hombrecillos minúsculos, junto a los monolitos mutilados por el viento de la puna.

El hombre de Tiwanacu —sostiene Keyserling— era mineraloide. Almas bronceas. No hay nada igual. Estos indios son mucho más antiguos de cuanto se supone. Estepas a cuatro mil metros de altura, áridas y grises, sobre las que se alzan casi otro tanto montañas nevadas, evocan verdaderamente los tiempos en que la tierra se hallaba aún desordenada y vacía. Contemplando este paisaje aterrador se piensa: he aquí el continente del Tercero Día de la Creación.

Otro escritor agrega: en ciertas zonas de América, la sombra del mundo antediluviano es muy densa, se comienza a perder la noción de humanidad histórica, para volver a la antigua manera de conciencia sutil y oscura, no cerebral y vertebrada. Lo que en América es auténticamente aborigen, pertenece todavía a la época antediluviana, anterior al espíritu.

Seres serpentinos brotados del mundo abisal, contemplan a la Magna Mater cara a cara —dice el filósofo. Despojos, residuos vivos de grandezas pretéritas que de tanto obrar y padecer sucumbieron al talón demoledor del tiempo.

El indio calla como el mineral. Fué grande. Pero no lo recuerda. ¿No lo recuerda? ¿Y qué son estos pensamientos penetrantes, escritos por mano india?

“Buscad en el alma primitiva del indio, algo de la simplicidad y grandeza romanas, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del grécule decadente o el hedonismo del muelle bizantino. Se sirve de las fuerzas mentales como de cualquiera otra facultad humana. Pensar es útil cuando es necesario; y basta. Una extraña rigidez y una superior severidad, ha debido ser el fondo de su natu-

raleza interior. Aun en la mayor prosperidad y grandeza públicas, el indio ha debido conservar siempre, ante los juegos y cambios de la vida, esa actitud de que habla Hamlet: "as one, in suffering all, that suffers nothing", y de la cual encontramos hoy señales evidentes en el genio estoico y resignado del indio moderno. Por su organización política, social y religiosa, el Incario, en punto a ética trascendente y a una final eudemonía humana, deja atrás a las repúblicas de Platón y de Roosevelt; y su potencia arquitectónica, conceptora y constructora, literalmente desborda de los límites de la inteligencia europea: ¡Tiwanaqu!

¿Qué es el Kollao, porción extensa, dominante y definiente de la meseta andina?

Roberto Prudencio traza así su perfil. Paisaje metafísico, de trastornadas perspectivas. Impulso y dominio. Quietud y rebelión. La montaña es el límite puesto al horizonte; el cerco gigante que la propia tierra levanta en su anhelo de encerrarse. Simboliza la lucha contra lo ilimitado y lejano. Es el impulso de la tierra por dominar el cielo; por eso el kolla es indócil, tiene el orgullo del que se enseñoorea de la altura y vence la distancia. Es la tierra huyendo de sí misma, en un impulso de rebelión. En este ambiente cósmico, en que se siente la angustia del espacio y la aprehensión del límite, el vértigo de la altura y la sujeción de inmensidad, el hombre es amo de su suelo y juguete de la naturaleza.

Otro escritor paceño expresa: la pampa es la perfecta horizontalidad. Renacimiento. El altiplano, en cambio, manifiesta la verticalidad trunca y multiforme de la tierra, goticismo ancestral del paisaje. Una fatiga dura y lenta erigió estas construcciones ciclópeas, desbastadas a golpe de titán. La meseta andina, antípoda del Tibet, es también uno de los polos de altura del mundo. La síntesis telúrica y estética del paisaje kolla, puede darse en tres palabras: ¡una tempestad petrificada!

Mendoza, el gran viajero, descubre con ojo de escultor

la capital andina. El altiplano —dice— es abrumador. La Paz se alza sobre un agujero vertiginoso. Dijérase una nueva ciudad de Is, puesta al descubierto por el retiro insólito del mar que la cubría.

A este nido de cóndores, empinado a cuatro mil metros de altura, en cuyo ascenso se fatigan las locomotoras, regresa Franz Tamayo después de tres años de ausencia.

Un lago de aguas muertas cubre la segunda experiencia europea. Apenas si una revista sudamericana editada en París, refiere que Rubén Darío, al conocer a un joven boliviano, ha dicho:

—¡He aquí un artista!

—Pero maestro —habrían objetado los curiosos— ¿dónde está su obra?

—No sé lo que haya hecho —contesta Darío— mas admiro su viril juventud llena de sapiencia. Este indio de América hablará para los tiempos.

Es todo. Entre el mozo desengañado que abandona La Paz y el hombre adusto que retorna tres años después, hay pocos puntos de contacto.

"Toda juventud es un error; pero todo error una experiencia". El aprendiz de gran señor, de político y de literaturas, regresa decidido a emprender nuevos trabajos. La gente se sorprende al saber que don Franz Tamayo tiene abierto un almacén de trapos y objetos de arte, donde ejercerá por varios meses un comercio honesto. Se le sabe después administrando las propiedades paternas. Quiere organizar industrias, dar ejemplo de iniciativa. Ha comenzado a estudiar medicina. Para entretener sus horas libres, escribe como redactor ocasional de un diario. El primer año del retorno es de tránsito. Tranquilo, discreto, ni muy retraído ni excesivamente sociable, se diría una vida centrada.

¿Cómo explicar el milagro? El matrimonio puede dar la clave. Junto a la tez bronceada luce la piel blanca de una gentil francesa. Rubia, de tez limpia y ojos claros,

el porte airoso, la muchacha tiene la seducción de las mujeres galas. Sin la cultura del marido, su educación superior y su ingenio suplen diferencias. La sociedad no ve con malos ojos a la recién llegada; aunque no se le abren todos los salones, su presencia agrada. Esta primera victoria, que restaña antiguas heridas, parece influir dichosamente en la intimidad del poeta. Un bufete en la calle Comercio entretiene los ocios del abogado; nunca defenderá un pleito, mas puede darse la ilusión de la responsabilidad profesional, siempre grata, siempre amable cuando transcurre en medio de una vida plácida, negocios prósperos y satisfacciones sociales.

“La prudencia, —el miedo sabio”. De esta época tranquila datan los primeros “Proverbios”, brotados de la extraña fusión de un ardiente dolor y una serenidad mitigante. En la apariencia social todo anda bien; Franz Tamayo bordea la curva peligrosa del buen burgués. Adentro hierve la tormenta; el artista se rebela contra el hombre.

Este primer fascículo de pensamientos sobre la vida, el arte y la ciencia, constituye, cronológicamente, su segunda obra. Más accesibles al público, se leen también más. Hasta entonces, el autor sólo dió muestras homeopáticas de su ingenio; un tomito de versos y otro de pensamientos; pero ambos tan alquitarados, tan ricos de sustancia, que impresionan al lector. No importa que la crítica enmudezca; o que mentes ruines parodien lo que no alcanzan. El hombre se ha humanizado en grado suficiente para comprender flaquezas y tolerar desvíos. “Es una ley que el fuerte dé más de lo que recibe”.

Los hombres cultos, los jóvenes que se acercan a esta hoguera pensante, retroceden cohibidos por el ardor de su llama:

“El pensamiento es como el cielo: sereno y vertiginoso.
El sentimiento como el mar: sondable peso incontenible.

Orgullo, el esplendor de la fuerza. Todo grande hombre es una grande idea encarnada. No está más averiguada el alma de la piedra que la del hombre. Dos filosofías hay en el seno de las cosas: una eterna e inextricable que es la naturaleza misma; otra móvil y poética, que es el pensamiento del hombre. Un grande artista es siempre más grande que su arte. La pasión es un reino sombrío. ¡Fijáos bien: todo es milagro! La más alta prueba del genio, la disciplina. El grande artista sufre el sino implacable; hay que escribir, pintar, fecundar con su propia sangre. Lo demás nada vale. La música es el álgebra de las ideas. Es verdad que la materia es más maravillosa que cuanto hasta hoy se puede imaginar. Existe también una verdad de la forma. La ingeniosa concepción que hace de la física una mecánica molecular, y de la química una mecánica atómica, está basada en un axioma y en una petición de principio. El axioma es que la materia vive; la petición de principio es que todo elemento de vida, que toda fuerza vienen de la materia misma. El hombre es su propia latranza. Todo esfuerzo, toda cultura, todo ideal son en el fondo, por sí y para sí. Gleba misteriosa, misterioso labrador. Ni su locura deja de pertenecer a su hado”.

Vencida la etapa de transición del gobierno Pando, los liberales pisan con planta firme. Montes ha hecho plataforma electoral prometiendo arreglar los litigios con Chile y el Brasil, promesa que cumple sin dilaciones. Por el Tratado de Petrópolis, Bolivia renuncia al Acre y a la goma. Por el Pacto de 1904 pierde su litoral marítimo y el salitre. Hoy es fácil criticar aquellos convenios; mas un juicio imparcial debe reconocer que no cabía otra solución. Campeaban, por ese tiempo, aires prusianos en América. Un mal paso puede significar la liquidación nacional. El país vive con quince millones de presupuesto, reatados los ingresos aduaneros al pacto de tregua que devora todas sus energías. Había que sacarse la argolla del cuello; y Montes lo hace en un gesto que treinta años después seguirá Kemal Ataturk, creador de la mo-

derna Turquía: demos a cada vecino un hueso que roer, y en el territorio mutilado que nos queda hagamos patria.

La primera administración montista —1904-1909— hace época en nuestra historia. La mano férrea del caudillo lo remueve todo. Y el político demuestra, desde el primer instante, aquellas virtudes que lo consagran como el boliviano más representativo en la primera mitad del siglo: visión rápida y penetrante; dureza diamantina en la lucha potencia creadora para la acción. Conductor civil antes que militar, sus condiciones políticas sobrepasan los galones del general. Profesa la religión de la patria; la defiende arma al brazo en el Pacífico y en el Acre, rindiendo la vida durante la campaña del Chaco en comisión de la república. Austero en su vida privada, inflexible en su vida pública, es un gran ciudadano al servicio de la organización nacional. Maestro de carácter desde su mocedad, se tiene abierto el paso a fuerza de entereza y disciplina interna, condiciones infrecuentes en el medio.

—Yo soy positivista —dice el caudillo— en política, en cuestiones económicas y también en espíritu. Dadme solamente realidades.

Realista y zahorí, Montes empieza en 1904 la estructura de la nación moderna. La solidez de su obra gubernativa se vertebra a través de una fecunda administración. Los tratados con Chile y el Brasil, aun significando pérdidas territoriales, son, por dolorosa paradoja, la salvación de un pueblo agotado. Con esos pocos millones de libras que recibe el erario boliviano, el presidente modifica la legislación social, construye ferrocarriles, acomete la reforma bancaria, sienta las bases educacionales, organiza el ejército, abre caminos, funda escuelas, impulsa obras públicas. Su acción renovadora es manifiesta. Aunque la torpidez de los críticos lo niegue, la política liberal abre cauce al republicanismo que no es sino una rama mimetizada del tronco liberal, y a la prédica socialista que arribará treinta años después por la puerta san-

grienta del Chaco. En más de un aspecto las cosas siguen tal como las dejara Montes, si no retrocedieron por incomprensión de sus sucesores, todos inferiores en estatura como estadistas.

Sabiendo que los atributos del poder entran por los ojos, el presidente aplica recursos teatrales de eficaz efecto. Durante las paradas militares, suele vérselo montado en brioso corcel, brava la mirada, enhiestas las guías del bigote prusiano que recuerda la fiera de Guillermo II de Alemania. En los consejos de gabinete imponen un sello de autoridad a las deliberaciones. Frente al parlamento se expide con arrogancia y dominio del tema. Se recuerda que, siendo ministro de guerra, acusado por un diputado que le imputa la comisión de hechos delictuosos, aplastó con tres palabras a su acusador: “¡Miente ese canalla!” Vulnera intereses creados, remueve instituciones, hiere personas. Nada le contiene en su afán de organizar un pueblo inarticulado. Vela con señorío de Gran Maestre de Ceremonias por la respetabilidad de las funciones públicas, jerarquizando los actos oficiales. Mientras ejerce el mando existe un gobierno central, representativo e influyente, que aplica sin contemplaciones el principio de mando y denota en cada uno de sus actos sentido de responsabilidad.

Todo reformador cava su fosa. Montes comete excesos que la oposición denuncia; pero —previsor siempre— reviste de legalidad sus actos parapetándose en las instituciones. Atropella y castiga ley en mano, buscando el código para justificar la represión. Governa como se debe gobernar en Bolivia: mano firme en la acción, cabeza rápida en el concebir, en una suerte de despotismo apto, como pide Bolívar para salvar del caos a los pueblos débiles y desorganizados. ¿Puede existir la “democracia dirigida”? La doctrina lo niega. Montes lo demuestra. Sagaz conocedor de hombres, elige los más aptos para los puestos de mayor importancia. Desafecto al sentiment-

lismo, puede decir, a la manera de Sarmiento: "Yo soy como Melquisedec; carezco de ascendencia en el gobierno; no tengo amigos ni parientes". Los inútiles son reemplazados. Los débiles se avientan por sí mismos. Es tradición que sus más enconados adversarios fueron antes los amigos mejores, aquellos que no perdonan la razón de Estado por encima del vínculo afectivo. Buen soldado, buen gobernante, buen financista, todo lo que hizo Montes lo hizo bien.

Esta figura extraordinaria que en cualquiera patria habría descollado en primera fila, gobierna Bolivia con los dos puños hasta resignar el mando en Villazón. En 1909, mientras el caudillo parte rumbo a Europa, la nación comienza a respirar libremente. Pocos meses bastan para retornar a la antigua molición. Habrá cuatro años de tranquilidad... Sólo un oscuro ciudadano, absorbido por el comercio, las faenas agrícolas, los libros y otros menesteres apacibles, siente crecer irresistible simpatía por el caudillo ausente, a quien no conoce sino por sus actos. "¡En cinco años, Montes hizo más por la instrucción pública que todos los pedantes y pedagogos en cincuenta!"

Nadie sabe, exactamente, cómo ocurrió el hecho. Se dijo, un día, que la francesita abandonaba a don Franz Tamayo para no volver. "Abandonaba" al marido —subrayaban algunos—; "alejada más bien por éste" —replacaban otros. Celos o desavenencias, la noticia dió pábulo al comentario maligno: "¡Una francesa no podía vivir con un indio!"

Es la hora crucial. El genio despierta bruscamente. La figura se modifica airada. Acaso evoca la memoria de aquella Cristiana Vulpius, campesina fresca y avispada, que con su sencillez y sus risas puso más alegría que diez damas en la vida de Goethe. Tal vez siente la urgencia de liberarse de toda esa ambición social, que esclaviza su voluntad. ¿De qué han valido los años de duro aprendizaje? ¡Al diablo las medias tintas de la cortesía, las maneras es-

tudiadas, las reuniones y las charlas! Cae la venda de los ojos: ¿para qué tamaña dispersión? Lo que el pensador y el poeta requieren es concentrarse; lo que el hombre necesita, aprovechar el tiempo y endurecerse para la acción. ¡Adios trabas detestables y horas frívolas! Franz Tamayo no os pertenecerá más.

Muerto el padre, ausente para siempre la mujer legítima, se sueltan las últimas amarras de la vida real. Ha comenzado la vida de leyenda o la leyenda de una vida. Ya nadie penetrará la intimidad del gran mestizo. Y sólo conjeturas, rumores, el cálculo casi siempre malévolo, rara vez acertado, permiten reconstituir a grandes rasgos la verdad nunca totalmente verdadera de los años posteriores.

—Franz: ¿qué ocurre?

—¡Nada, nada!

—Ayer te esperamos para la partida de billar...

—¡No me verán más! Estaba ciego, ciego; totalmente equivocado.

—No comprendo a qué te refieres... ¿Reniegas de tus amigos? ¡Bah, estás fatigado! Descansa los nervios.

—¡Al contrario: recién voy a empezar!

—No comprendo; repito que no comprendo...

—¡Las ranas no escuchan al ruiseñor!

El último amigo se retira para no volver.

Basta de ficciones. Afrontar la vida valerosamente. Derrumbado el sueño aristocrático, el luchador comienza por ordenar su casa. Ya no la esposa ideal que reclama derechos y exige sacrificios; ahora la compañera humilde y abnegada que soporta el peso de la vida doméstica. Matrimonio... ¿A qué el matrimonio? Primero habría que obtener el divorcio. El hombre fuerte es el hombre solo; y cuanto más fuerte más solo. A cada cual lo suyo: si Franz Tamayo escoge una mujer de clase media por compañera de su vida, lo hace con la honrada convicción de que la entenderá y será entendido mejor que por ru-

bias hermosuras. El mestizo, por grande que sea, necesita la compañía mestiza. Luego la independencia, la total liberación de los deberes de casta y de clases; una mujer de clase media lo hará todo sin exigir nada de su parte. La segunda generación repite el cruce dramático, esta vez menos disonante; el gran mestizo está más cerca de una chola o mestiza, que el gran señor de una india pura. Mas lo evidente es que el hijo, como el padre, no van deliberadamente; son empujados por el destino al enlace abismático de las razas.

Tamayo ingresa a la política por el umbral del periodismo. Dirige un periódico que defiende la doctrina liberal. Diarismo combativo, removedor. Tan fuerte fué el impulso, que los bolivianos tardarán treinta años en reconocer la grande enseñanza y el trágico error de su campaña principal: la creación de una pedagogía capaz de forjar un estilo propio a la nación. Cincuenta y cinco artículos editoriales, compuestos en pocas horas, al modo súbito, improvisado, con que Bonaparte realiza la Campaña de Italia, forman este curioso, extraordinario y meritísimo libro que su autor dió en llamar "La Creación de la Pedagogía Nacional".

La escuela pesimista ha dado esta imagen del indio:

De fondo altaico o mongólico, es pérfido, maligno, feroz. Insociable, rechaza la ciudad y se encierra en su clan o "ayllu". Agricultor por necesidad. No tiene iniciativa, amor al progreso, afectos ni tendencia al bien. Es venal, rencoroso, absolutamente egoísta. Vigila su negocio, descuida el ajeno. Pondera el mal. Es hijo del interés y padre de la envidia. Parece que regala y vende. Opuesto a la verdad miente con el semblante. Se juzga inocente y es la malicia misma. Trata a la querida como señora y a la mujer como esclava. Lascivo. Al ruego, se estira; al mando se finge agotado. No quiere a nadie. Se trata mal a sí mismo. Receloso, idólatra, analfabeto. Hace a la devoción tercera para la embriaguez y se vale de ella para

las atrocidades. Parece que reza y murmura. Come de lo suyo lo que basta para vivir y de lo ajeno hasta reventar. Vive por vivir y duerme sin cuidado. Cree en lo falso y repugna lo verdadero. Enferma como bruto y muere sin temor de Dios.

La escuela de los optimistas, que arranca del P. Las Casas y otros misioneros peninsulares, encuentra en Isaac y en Franz Tamayo sus representantes modernos. Su posición se resume así:

"El indio es todo un hombre; se basta a sí mismo. Autodidacto, autónomo, fuerte, es el verdadero depositario de la energía nacional. Produce incesantemente: labor agrícola, minera, trabajo rústico o manual. El 90 por ciento de la energía nacional le pertenece. Constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa, cortador de su propio traje, fabricante de sus utensilios, mercader, industrial y viajero. Concibe lo que ejecuta; realiza lo que combina. En el gran sentido shakesperiano, es todo un hombre. En la cosa inteligida, el indio no ve más que la cosa misma y no sufre de esa dispersión de fuerzas atentivas que tan frecuentemente se halla en nuestra modernidad. Esa unidad de la acción cerebral, que es más hecha de voluntad que de pensamiento, constituye la calidad típica del pensamiento indio. Su salud mental es admirable. Una inteligencia que tiende a divorciar higiénicamente las pasiones de las ideas; lo que pierde en estetismo, lo gana en independencia y fuerza. Lo que hay más moral, más fuerte en Bolivia, es el indio. Después el mestizo. Después el blanco".

Entre imágenes tan extremas flota la realidad del autóctono.

El indio pudo ser, fué seguramente la planta vigorosa del Ande. En la actualidad, por mucho que constituya el poblador más numeroso y el primer productor de nuestra economía, es, por más de un concepto, un factor regresivo de la nacionalidad.

Hombre de tipo elemental —en el sentido spengleriano—

no— es la raza muerta, orgánica y espiritualmente agotada; la raza “fellah” que sobrevive extraña a la evolución histórica. Pensar en su resurrección política y cultural, es tan absurdo como pretender que renazcan el egipcio de la Era Faraónica o el griego de la Época Socrática. Sin ir tan lejos como D. H. Lawrence que profetiza el destino de los indios de América en una sola frase —norteamericanizarse o desaparecer— es lícito afirmar que si el indio no se despoja de la piel seca y estéril del pasado ancestral, para revestirse con el indumento rápido y nervioso de los tiempos nuevos, está condenado a desaparecer. ¿Tiene reservas orgánicas para intentar esa evolución? Éste es el problema.

Con profunda perspicacia Uriel García, pensador cuzqueño, sostiene que América requiere el Nuevo Indio, ese espíritu joven que se rebela contra el uso que ha envejecido las cosas o lo que ha mellado el tiempo. Muerto para siempre lo incaico, sólo subsistirá lo indiano, en pos de nuestro destino. Aquél fué vida realizada; éste por realizarse. El sentido más amplio de lo autóctono, la indianidad, en su esencia histórico-filosófica, abarca a todo habitante de América ligado a la tierra por vínculos afectivos. El pigmento de la piel es sólo un accidente. Nuevo Indio no es pues el indio física e históricamente vencido, sino todo poblador del continente que produce, piensa y lucha para mejorar América.

Negación del vikingo moderno; refractario a la velocidad, a la inteligencia organizada con fines mercantiles, al universalismo cultural, el indio de hoy es una raza declinante que tiende a mineralizarse. Fué. Ya no será. Y sólo se salva, individualmente, cuando logra cholificarse para convertirse, a través de dos o tres generaciones, en un mestizo semejante al blanco y a los criollos.

¿Cómo creer en el indio, productor y parásito a un mismo tiempo del cuerpo nacional? Cada cual aislado en

sí mismo. Hay pasión y fuerza en cada uno; mas no energía. La inercia nativa desmiente a los profetas de un renacimiento indígena. ¿Se ha visto al indio labrar la tierra, construir casas, comerciar sus productos, ejercer cualquiera profesión manual? El recelo, la pereza, el indiferentismo, la falta de responsabilidad social son bastantes para justificar su decadencia.

Entonces ¿cómo la primera mentalidad del Ande se atreve a sostener la utopía del indianismo?

Precisamente por eso: porque el genio acomete las reglas, violenta la historia, quebranta ciencia y lógica. Antes bien, le es grato bracear río arriba, a la búsqueda de una ribera inalcanzable, cuya persecución heroica jamás termina. Los tumultos del corazón y el vuelo de la fantasía, engañarán a la razón. Si Cervantes, saliendo al encuentro de los libros de caballerías tropieza con el hombre en su aterradora multiplicidad psicológica, Franz Tamayo, en busca de la unidad india, se da de bruces con la heterogeneidad boliviana. Quiere hallar al indio resurrecto del tiempo antiguo y sólo encuentra al americano disperso de los tiempos nuevos.

Muchas verdades y gruesos errores constituyen “La Creación de la Pedagogía Nacional”. Obra de un gran talento y de un gran resentido, hay que acudir a los estudios psicológicos de Adler, Jung, Scheler, Lazurski, Marañón, Spranger y escuelas afines al freudismo, para comprender este libro singularísimo. Escrito con la vasta sabiduría de un humanista, es, en realidad, fruto de un sentimiento apasionado. No ve al indio tal cual es, sino tal como quiere que sea. La infancia melancólica, la adolescencia hosea y lacerada, los amores disueltos, el fracaso del hogar, la pugna con la sociedad, los silencios mentales, el desprecio a los blancos que desprecian, vibran por estas páginas escritas al soplo apocalíptico de un Patmos altiplánico.

Lo falso del libro es la desmedida apología del indio.

“El indio se desmoraliza y se corrompe al acercarse al blanco”.

Tamayo no se detiene a medir la gravedad de sus afirmaciones cuando se trata de socavar al blanco. ¿Cómo evitar una sonrisa frente a este juicio absurdo?

“Por borracho que sea, el indio vale más, siempre, que cualquier blanco nativo”.

Es justamente a la inversa. La energía india no puede oponerse, en los últimos cuatro siglos, al esfuerzo del conquistador y del inmigrante. Los hechos aplastan toda teoría. Pero Tamayo no vacila en afirmar que la personalidad del blanco está destinada a perecer en el hemisferio sur. ¡El blanco intrépido creador y organizador de la América moderna!

El autor loa al indio. Desmedra al mestizo. Desprecia y niega al blanco. Posiciones perfectamente injustas.

Por lo que a Bolivia toca, criollos y mestizos hacen toda nuestra historia. La sangre india, lenta y sorda, se estratifica en el mineraloide; resiste, subsiste; carece de fuerza creadora. Blancos y mestizos hacen patria; desde la Colonia hasta la actualidad. Fundan pueblos, abren caminos, tienden ferrocarriles; establecen escuelas, cuarteles, fábricas, juzgados; mueven industria, comercio, letras y artes; dictan leyes, reglan la vida civil, consolidan la república a costa de cruentos sacrificios, sin cejar un instante en su voluntad de ser nación. Política, sociedad, economía, cultura, brotan de las manos presurosas del criollo, a quien corresponde la iniciativa y la ejecución. Entiéndase bien: del criollo, del europeo transformado en americano, del cholo mestizado en europeo, del espíritu indo-euro-mestizo, que es la trinidad indivisible de nuestra composición étnica; no una diferencia de pigmentación, mas una síntesis totalizadora de almas diversas en cuerpos diferentes.

Bolivia es un milagro racial; un puñado de blancos y otro de mestizos hacen de la colonia altoperuana un pueblo libre. Hoy como ayer, si el criollo deja el timón, estamos perdidos. El indio vive al margen de la civilización. “¡Formar bolivianos!” apunta el pensador. Evidentemente; pero esos “bolivianos” ya no pueden sustraerse a las formas vivas de la civilización mundial, que señorea los cinco continentes del planeta. Al exaltar desmedidamente al indio, Tamayo no cuenta con la máquina, que tipifica los pueblos. Una ley de acero da cien veces la vuelta al globo y universaliza a las gentes de La Paz y de Pekín, de Londres y Seattle; el folklore es, apenas, un matiz interno. Así como Unamuno encuentra en Sarmiento no el “mester de gauchería,” ni la argentinidad presunta creada por la literatura, sino la fuerte raíz hispana en el sentir y en el modo de escribir, en Tamayo hay más un pensador ecuménico que una mente india. Su patria nativa el Ande. Su dominio espiritual la humanidad. Él mismo hace el que ignora cuánto debe a la cultura occidental, cuánto a la ascendencia castellana; y lo que tiene de ibero, irreductible, inquisidor, individualista. La soberbia española cuenta más que el estoicismo indio, en esta vida trágicamente iluminada por el destello sombrío de las razas en pugna.

¿Por qué se empeña en crear una fe nacional en el indio, este grávido pensador que sabe que el indio carece de fe, porque no cree ni espera nada?

Treinta años después fracasará la primera tentativa de educación indigenal, como se esterilizará en el futuro todo indianismo clasista, absorbente para sí y excluyente de los demás grupos étnicos.

Un largo y antiguo resentimiento engendra las páginas desiguales, explosivas de “La Creación de la Pedagogía Nacional”. Para comprender la ilógica argumentación del libro, hay que pensar en el discurrir vengativo, autobiográfico, de una vida torturada por la más alta so-

berbia, que hace de la sociología válvula para vaciar su acritud.

Pero junto a los errores de bulto, el libro contiene sabias enseñanzas:

“La festinación y la impaciencia nos aniquilan. La impaciencia lo pierde todo. La ceguera y la precipitación maculan toda nuestra historia de bolivianos”.

Discretamente, como quien no da importancia al caso, fulguran frases sueltas, extraviadas, donde la razón pesó más que las pasiones. El exégeta de lo autóctono, desliza estas afirmaciones incisivas: “el indio es un terreno humilde e irresponsable, cuya inteligencia no es su facultad eminente y dominadora; es más bien una inteligencia secularmente dormida; históricamente, debe estimarse como una pequeña inteligencia y una gran voluntad”. Hay que combatir —concluye— su concentración morbosa y su embotamiento mental.

Las contradicciones no son menos frecuentes. Mientras por un lado anota que es empeño suicida querer destruir al indio, por otro se refiere a su nativa inaccesibilidad, al exilio ideal en que vive, comunicándose aparentemente con los demás, pero eternamente aislado en su yo interior.

Para quien sabe leer, para quien sabe comprender, en Tamayo el sociólogo, el político y el utopista contrapuntean. De pronto una visión certera:

“La grande y asombrosa lengua aimára, es como un castillo de piedra que encierra el rudo y personalísimo espíritu del indio”.

Los dos rasgos fundamentales del carácter boliviano —agrega en otro pasaje— son la persistencia y la resistencia, que corresponden a su lado positivos y negativo. Y el mismo profeta que anunciara la resurrección de la raza, fundamenta con estas sorprendentes palabras la imposibilidad de realizar su predicción:

“El indio es un alma replegada y revertida sobre sí. Esta clausura ideal y sentimental, se traduce en una especie de inasimilación de las cosas e ideas que vienen de fuera. Los demás hombres obran y sienten; pero el calor de esta obra y de esos sentimientos no llega o llega muy pronto hasta el bronce helado que es el indio interior. Su genio reconcentrado y amurallado, su soledad interna, no se rompen en el bullicio nuevo; es una especie de voluntad silenciosa, orgullosa, de ser y quedarse lo que se es y como se es. El indio resiste con la misma tenacidad que persiste”.

Si aconseja encerrar al cholo en un anillo disciplinario, predice que el rendimiento del blanco está muy próximo a nada. En este libro variable y arbitrario, el acierto psicológico más agudo se confunde con el despropósito mayor. “A la inteligencia americana le falta un régimen interior de asimilación y eliminación”. Ciertísimo. “Hay que acabar con el espíritu español que aun domina nuestra historia”. Absurdo.

Cuando el sociólogo de tesis sesga el tema, es cuando mejor se afirma el pensador. ¿Qué estado ha hecho jamás un Kelvin o un Pasteur? —pregunta desafiante—. Para Tamayo el sabio de todos los tiempos se ha hecho siempre a sí mismo. Todo gran hombre es autodidacto. ¿Qué es una educación científica? Una edificación interior, un trabajo que uno hace sobre sí mismo. Cree que la ciencia debe más a los intuitivos a la manera de Bacon y de Lucrecio, que a los sistemáticos y comprobadores. Grecia —sostiene en otra página— es todo el pensamiento humano hoy más vivo que nunca. Inglaterra toda la acción humana, en su grado supremo.

Viene luego la hermosa idea:

“La tierra hace al hombre. Y en este sentido no es sólo el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive. Tiene un genio propio que anima al árbol que germina y al hombre que sobre ella genera. El alma de las razas está hecha del polvo de las patrias; y así el hombre no está menos arraigado al suelo que el árbol,

su hermano. La tierra hace al hombre; en ella hay que buscar la última razón de su pensamiento, de su obra, de su moralidad. Hay una relación generativa entre la tierra y el hombre. Físicamente, el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera. Humus, homo. No existiendo el genio de la especie, existe el genio del lugar. *Genius loci*''

Juzga Tamayo que el indio pide más una enseñanza; y el cholo una educación. Mientras el primero demanda una pedagogía de amor y de paciencia, el segundo requiere otra disciplinaria, regimentativa e intelectual. El mestizo posee inteligencia nativa, pero carece de carácter para educarla y aprovecharla. Si hereda la aptitud intelectual del europeo, no recoge su voluntad característica; por eso la inteligencia en América es un lujo inútil, que si rara vez hace bien, frecuentemente hace mal. Resultado de la instrucción primaria, el cholo es propenso a la inconsciencia política, la pereza y la inmoralidad. Es parasitario; recibe más de lo que da al Estado. Peligroso al orden social, su trabajo es insuficiente y malo. Y luego agrega en un enfoque penetrante:

''El mestizo que sigue siendo ciegamente español de ideas, no lo es más de corazón; punto muy importante de la psicología americana. Todas nuestras ideas son de blancos. Todos nuestros sentimientos de mestizos. El grande mal de que sufrimos es este divorcio de criterios y sentimientos, verdadera disociación de fuerzas interiores y que nuestra moderna cultura a la francesa acentúa y agrava. Nuestra vida es una constante contradicción''.

Es lo que veinticinco años después dirá un observador inglés: el mestizo es una calamidad; está dividido dentro de sí mismo. La sangre de una raza le impulsa a un punto; la sangre de la otra le conduce al contrario.

Vamos ahora al mensaje trascendente de ''La Creación de la Pedagogía Nacional''; a la fuerza actualísima de esta obra vigorosa, que hince su garra impulsora en la entraña de la bolivianidad.

''Si el hombre es el estilo, la nación es el carácter. Hay que enseñar el orgullo personal y señorial, que devendrá más tarde orgullo nacional; el dominio de sí mismo, el culto de la fuerza en todas sus formas. Hay que enseñar el gusto de vencerse, el desprecio de los peligros, el desdén de la muerte y todo lucro enervante de vida; el amor por la acción, combatiendo la pereza secular de la raza; es nuestro lado más vulnerable. Sufrimos una ataraxia crónica y endémica, individual y colectiva, física e intelectual. Necesitamos el culto de la acción innúmera, incondicional, ilimitada. Es la grande acción organizada la que hizo las Romas y las Britanias. Es vano esperar cosa alguna de otro que de nosotros mismos. Debemos reaccionar de la histórica depresión en que vivimos. La raza está deprimida, encobardecida y estupefacta. Nuestras faltas y las ajenas han envenenado nuestra historia, pero debemos vencernos para poder vencer a los demás''.

Es la prédica de los filósofos germanos; la filosofía de Fichte, Nietzsche y Max Stirner, que abrirá campo al materialismo spengleriano y al orgulloso pangermanismo de Guillermo II y de Hitler, caudillo de los nazis. Franz Tamayo, inteligencia fáustica, sostiene esta doctrina: la máxima expansión de la vida, como individuo o como nación. Y es notable cosa que estas palabras resuenen solitarias en la montaña, allá por el año de 1910, mientras Sudamérica vive en un quietismo amable, bebiendo recién las corrientes finiseculares; cuando Bolivia, cerrada en su espíritu localista, subsiste con medio siglo de retraso en relación al mundo. Adelantándose a la dinamia de los caudillos europeos, presintiendo las fuerzas oscuras a punto de esparcirse sobre los pueblos, el escritor boliviano pronuncia estas frases proféticas que rebasando la frontera nacional pueden aplicarse a muchas regiones de América:

''Hay que enseñar la audacia sabia y la osadía inteligente. Las cosas quieren ser dominadas y la naturaleza quiere ser vencida. Nuestros bosques vírgenes y nuestras montañas intactas, nos invitan a la gran batalla del hombre y de las

cosas, de la que tantas naciones salieron ya victoriosas. Todo miente en Bolivia; se debe enseñar el atrevimiento en las escuelas. Antes que la letradura escolar, la formación del carácter nacional”.

Mediterráneo, esquivo, reconcentrado, desafecto a la acción, el boliviano carece de ventanas. Para este pueblo ensimismado; para esta fiereza embotada; para este silencio de siglos; para la inercia colectiva, el pensador no ve otra solución que el acicate de la fuerza, la enérgica voluntad de construir. Si los pedagogos de 1910 se instituyen en apóstoles de belleza y de sapiencia, Franz Tamayo se instituye profesor de energía nacional.

“¡Buscad la energía en vez del oro! ¡Haceos fuertes! ¡Confiad ante todo en las fuerzas vivas de la patria! ¡Osad, perseverad! ¡Sed orgullosos! ¡Amad el atrevimiento!”.

Diríase un Zaratustra aimára, soplando a pulmón pleno el “pututu” andino desde lo alto de un collado, para reunir a la dispersa gente.

Al propugnar la formación del carácter nacional, en un pueblo paralizado por la soledad montañesa, Tamayo hincó el garfio en carne viva. Éste es nuestro problema de ayer, de hoy y de mañana: dinamizar al hombre. Pero junto al grande acierto, el resentimiento sigue dando frutos ácidos:

“Hay blancos y blancos. El blanco europeo, creador y mantenedor de su actual civilización; y el blanco sudamericano, destructor de toda civilización, pobre, vicioso, degenerado, perezoso, chacotero e insustancial”.

En 1910 estas ideas pasan por un delirio mental. Montes ha dado los primeros pasos de la transformación nacional; mas el gobierno pacífico de Villazón, aun realizando cosas provechosas para el país, prefiere el plácido estacionarismo democrático. Será preciso que regresen

los mostachos altaneros del general-doctor, para que la república recupere el ritmo vivo del período 1904-1909.

“La Creación de la Pedagogía Nacional” es un sueño subjetivo. Irrealizable en 1910 es un enigma sin solución en 1940. La aldea indo-mestiza, el yermo altiplánico, las ciudades cholas, no parecen dispuestas a salir de su marasmo secular. Sólo la inmigración europea podría resolver las cosas. Entretanto —como sostiene Carlos Medinaceli— la aldea es terrosa; y esa terrosidad ha terrificado también los corazones. Es el mal de todo nuestro territorio: indiferencia, falta de espíritu social, incomunicabilidad.

Una vez más hay que preguntar; si todo esto es evidente ¿cómo las admoniciones del gran mestizo?

Como el estallido de todo gran removedor de ideas, que anticipándose varios lustros a su época, anuncia los tiempos que aun no han sido, Tamayo ha “visto”, ha “sentido” el despertar futuro. Si su blanco no es certero, porque la raza autóctona no puede ser pivote de un movimiento resurreccional, su flecha podría reanudar trayectoria en busca de meta más exacta. Tamayo es la tierra, hecha hombre, que se pone a pensar, a sufrir, a remover y a organizar. Aunque venga mezclado de contradicciones, saturado de falsas perspectivas, su único ensayo sociológico posee la doble virtud de un testamento ético-político. No es tanto el análisis crítico lo que vale, cuanto la incitación moral. “¡Osad! ¡Perseverad!” —son las palabras pungentes para estas almas en derrota y estos pueblos cóndores del áspero altiplano.

El retrato de 1910 no es todavía muy afortunado. La cara ancha, tanteando el encaje definitivo, acusa rasgos más enérgicos. Una melena romántica, larga y descuidada, cae sobre los fuertes hombros. El habla apresurada e incisiva. Los ojos penetrantes. Bruscos los modales. Un corbatón de amplia moña y un sombrero de paja, se hacen habituales junto al rostro adusto. Quien le oye hablar

sobre Taine o Turgueniev, quien admira sus cálidas improvisaciones sobre un pensamiento de Platón o un verso de Shelley, no alcanza a explicarse el porqué de los zapatos amarillos junto al traje azul, o la nota discordante del sombrero de paja cuando la vestimenta pide a gritos otro de fieltro. ¡Leyes de la etiqueta y del buen gusto! ¿Las conoce y voluntariamente las desafía; o las ignora y se despreocupa de ellas? Los chalecos llamativos de Lord Beaconsfield, no son menos detonantes que los zapatos chillones de Tamayo. Esa discordancia en el vestir, es, para unos, mal gusto indígena; para otros proviene de la sensibilidad. La mente sólidamente organizada, suele complacerse en estas travesuras del gusto, que desorganizan astutamente la armonía exterior para esconder mejor el tumulto interior. Se piensa en la carcajada rabelesiana, estallando como un latigazo sobre la moral burguesa que no entiende estas razones del corazón.

Suele pasear por la Plaza Murillo, solitario, entre la multitud que a los acordes de la retreta circula por las aceras. Cuando la banda se retira y la gente comienza a dispersarse, los amigos se aproximan, sabiendo que Tamayo siempre tiene cosas interesantes en los labios. Define el escritor una institución jurídica de los romanos. De pronto un ligero descuido, y uno de los circunstantes interrumpe:

—No es así, don Franz. La raíz de esa disposición hay que buscarla en el "Pandectas".

Tamayo mide de arriba a abajo al interruptor. Y su voz chillona silba, casi bufa de indignación:

—¡Tamayo no discute. Tamayo enseña!

Se le atribuye excesiva egolatría, un orgullo insensato, sin entender la recóndita ironía en esta inteligencia que juega al gran actor, para emboscar su hambre de espacio, su sed de altura, anhelos primordiales de almas grandes. ¿Cuándo habla en serio Tamayo y cuándo en burla?

"He visto al Illimani de este tamaño" —dice aproximando el índice y el pulgar". Son los días que se levanta optimista. "Vengo enfermo de primaveritis" —exclama cuando el hastío lo importuna. Y para eludir compañías, suele expresar rotundo: "Hoy no cuenten conmigo; tengo cita con Beethoven". A un joven que interroga sobre el nuevo libro, le replica entre burlas y veras: "¡El arte, el gran arte trágico: Sófocles, Tamayo, Eurípides!". De pronto la salida de tono: "La Argentina es un queso recién partido". O el pensamiento profundo: "La raza, históricamente hablando, es como el árbol: lo que está en la raíz está en el fruto y en la flor".

El círculo de amigos tolera las excentricidades, deslumbrado por tan robusta inteligencia. Pero el grueso de la sociedad mantiene antagonismo contra el escritor; se perdona, a veces, el rasgo de ingenio; jamás la afectación. Y como a los treinta y cinco años, cuando la personalidad está en plena formación, subsiste la pedantería juvenil y es frecuente el yerro, Tamayo suscita resistencias.

"En el fondo, nadie sabe por qué quiere ni lo que quiere. Si, como se dice, la libertad es un misterio, la voluntad es un monstruo ciego".

Las campañas polémicas hacían pensar en una brusca irrupción a la política activa; pero aun hubo un paréntesis: la época del profesor, del aprendiz a maestro de almas. Tamayo funda el Centro Jurídico, obtiene la cátedra de sociología en la Facultad de Derecho de La Paz. De aquel tiempo son numerosas conferencias, artículos dispersos y folletos extraviados por bibliotecas particulares que acreditan su labor didáctica. Fué famosa su "Crítica del Duelo", a través de la cual la psicología del honor moderno se reduce a una cuestión de fisiología patológica de las colectividades.

“Los médicos saben cuán bien encastraría nuestro Honor moderno en sus neurosis e historias. Examinad sintomatológicamente un hombre de Honor; es un verdadero “caso”. El moderno sentimiento de Honor, es un signo de pobreza fisiológica en la raza. Una sensibilidad extrema, una intolerancia ciega ante cierto género de impresiones, una reactividad morbosa de parte del individuo dentro del organismo social, reactividad tan excesiva y violenta que todos los resortes y frenos sociales se rompen a su choque; todos son síntomas tan claros y específicos, que indican derechamente una clase de astenia nerviosa de carácter hipersensible, y que si sólo se manifestase individual y esporádicamente, los patólogos y psiquiatras no tardarían en catalogarla entre las enfermedades nerviosas y en el capítulo de las más extrañas desviaciones mentales”.

Un día en que se habla de la clásica “serenidad helénica”, el profesor Tamayo sorprende a sus alumnos con estas frases:

—Muy al contrario, toda la política griega, al través de Tucídides o Xenofonte, aparece exclusivamente como un intenso compromiso pasional. Rivalidades de hombres públicos, de bandos políticos, de ciudades gloriosas, de islas entre sí y con tres continentes, la vida es allí un huracán de pasión que arrastra los destinos privados y públicos y hace del divino archipiélago el más completo teatro histórico posible.

Otra vez el poeta evoca la epopeya nórdica:

—Imaginaos esos boreales que espoleaba una hambre secular, desnudos bajo un eterno invierno, fuertes como osos, hambrientos como lobos, y que presienten en medio de sus brumas y sus nieves, el divino Mediterráneo azul y genial.

De 1910 a 1912, la cátedra de sociología en la Facultad de Derecho de La Paz, es una cátedra de alta cultura. Verdad que el profesor, huraño y arrogante, admite pocas interrupciones; mas es tal su ciencia, tan prodigiosa la memoria, tan cautivante su manera de enseñar, que

los alumnos jamás olvidarán las lecciones del sociólogo-poeta y del filósofo-erudito, de cuyos labios beben más conocimiento que de cien libros.

¡Encantamientos de la gran aldea! Todo está construido en pequeña escala, a medida de gentes pacíficas y tardas. Veinte minutos de marcha bastan para cruzar la parte central; de Challapampa a la avenida Villazón. Bajar a la quebrada de Obrajes es un viaje. Las construcciones fiscales, las nuevas calles, los teléfonos, el cinematógrafo, la multiplicación del comercio no alcanzan a imprimir velocidad a la vida. Se camina sin prisa. Se obra sin premuras. Los bronceos tranvías y los primeros “Ford” suben las cuestas casi tan lentamente como los peatones. Los tranvías llevan dos compartimientos: uno de “primera” para las clases pudientes; otro de “segunda” para indios y mestizos. Por las calles pasan recuas de llamas y de burros. El indígena oscuro y multicolor, se confunde con el cholo y con el blanco, asiste a los templos, se esparce por los mercados, cruza silencioso las plazas. ¡Campo hay para todos! Misas y retretas son el acontecimiento dominical. Los muros de una nueva casa despiertan el interés de la población. No es la ciudad la que domina al hombre; es el hombre quien domina a la ciudad, le impone su ritmo calmo y su señorío. Los negocios, la política, la actividad social crean deberes; pero siempre hay tiempo para sumergirse en la umbrosa avenida Arce, de sauces corpulentos, veredas sinuosas y arroyos a la vera de campos labrados. Una breve caminata... y el campo, tan próximo a la ciudad, despliega su abanico de primores. ¡Melancólica imagen del tiempo que se fué! La gravedad antigua, la pérdida cortesía, el mundo de matices de un vivir sosegado, ya no están al alcance del ser tipificado de la agitación moderna. La urbe descorpora la personalidad, hunde y confunde al hombre en la masa anónima de la prisión urbana. La gran aldea, en cambio, allá por 1912, es todavía el cielo

abierto, el espacio sin fatiga, que se entrega dócilmente; en ella se exalta el hecho humano sobre la máquina y los movimientos de masa. Es la época en que las gentes miran a las gentes; no el color y la marca del vehículo que las conduce.

Distantes el cine y el deporte de las masas, el pueblo se entretiene con la política; la juventud con los clubs y los cenáculos.

El "Ateneo Boliviano" agrupa figuras interesantes: Salamanca, Saavedra, Sánchez Bustamante, Valdés, Iraizós, Camacho, Muñoz Cornejo, Elío, Gutiérrez, Ascarrunz, Vaca Chávez, Tamayo, etc. Era de conferencias, polémicas públicas y certámenes literarios. Cuando la generación del "gran quinquenio" trueca el academismo por la política, entre los noveles diputados existen ya señores del bien decir.

Circulan distintas versiones de aquel tiempo. Tamayo pasa por un "posseur"; extravagante y pretencioso, no puede hablar sin ofender a los demás; su vanidad extraordinaria linda en lo ridículo. Esto afirman los desafectos. Los entusiastas, al contrario, sostienen que a pesar de su juventud el "kolla" se impone a los más viejos por su espíritu original y su ingenio. Juega al ajedrez y discute de política con Saavedra. La sociología lo acerca a Sánchez Bustamante. Cambia sátiras con Gutiérrez y Vaca Chávez. El filólogo Iraizós tiene que batirse en retirada ante sus embates. Sólo el temperamento moderado de Salamanca parece avenirse con la impetuosidad del "kolla". Se respetan mutuamente, se adivinan. El campesino de Cochabamba comprende el drama del pensador andino. Separa todo lo que hay de artificioso, de pasión contenida y resentida en Tamayo; le habla con elevación y prudencia, hasta captar su afecto y con él un principio de confianza capaz de revelar la verdad del artista.

La envidia comienza a desenroscar sus tentáculos:

—Don Franz: ¿conoce Ud. a Mirepoix de Bourgogne? Mirepoix de Bourgogne era un nombre supuesto, ideado por varios ateneístas para demostrar lo que a su juicio podía esperarse de "falsa erudición" de Tamayo.

—¡Un imbécil! —tronaba el aludido.

Miradas maliciosas entre los complotados y otro disparo:

—Y del último libro de Jerzens ¿qué piensa usted?

—¡Insoportable!

Cuando el poeta se aleja, los émulos descubren el juego:

—¡Ya ven! Tamayo finge una erudición que no tiene. Mirepoix de Bourgogne y Jerzens son nombres inventados por nosotros.

Salamanca sonríe discretamente. Ha comprendido el juego del poeta, ha visto con qué astucia, sin afirmar nada en concreto, Tamayo se fingía engañado; ha visto incluso la ironía de los epítetos. Pero... ¿a qué desengañar a los complotados? ¿Para qué desencantar a quienes no alcanzando el sentido interno de estos versos, no entienden al poeta?

"Viste caer los fuertes?

Nada hay como esas muertes.

En el celeste campo

Se apagan las soberbias lampo a lampo.

Una hoz asesina

Siega el junco y la encina.

Cuanto más ruda la embestida,

Tanto más cierta la caída,

Y al fin, bajo el oprobio o los loores,

Los más vencidos son los vencedores.

Pero algo todavía

Rompe mejor el corazón que siente:

Es la verdad que miente,

Es la virtud que pliega, y la agonía

De la ciencia impotente;

Y algo más triste todavía:

El sollozo silente

De la sabiduría!''.

La presidencia de Villazón abre una tregua en el fragor político. Es un gobierno serio, responsable, eficaz. Lento pero seguro, junta la gravedad británica a la tolerancia estadounidense. Villazón es un patriarca. No se le combate porque se cierne sobre los partidos. Encumbrado por los liberales, gobierna con el país. Los montañeses se resienten de tanta calma; no están habituados al orden ni al equilibrio. Su resistencia pasiva al gobierno ecuaníme de Villazón, demuestra que el país no está preparado para vías de progreso pacífico. Un inglés, analizando las administraciones de Montes y de Villazón, expresa: "Montes es el tipo de gobernante que Bolivia necesita por ahora; Villazón el que requerirá dentro de cincuenta años".

Al finalizar la presidencia de Villazón, Tamayo es la figura promisoría en la política boliviana. No pertenece a ningún partido. No ha tenido actuaciones positivas. Pero su campaña pedagógica, sus polémicas, sus versos y sus pensamientos filosóficos le abrieron campo. Aunque unos lo califiquen de "indio" y otros de "loco", todas las fracciones quisieran contarle entre los suyos. El tono dogmático, el imperio de las respuestas, la magnífica impulsividad para la lucha, sorprenden a liberales y conservadores, inacostumbrados a tanta arrogancia. Los estudiantes lo piden como Rector de la Universidad de La Paz. Los políticos quieren verlo de diputado. Los cenáculos intelectuales buscan un jefe. Es el ardiente mediodía. La voluntad —monstruo ciego— vacila en elegir caminos.

Inminente ya el ingreso de Tamayo a la política activa, se intenta desmedrar su figura por el ridículo. Circulan anécdotas retrospectivas, como ésta que aparece en "La Verdad", hoja católica, adversa a los liberales y a sus simpatizantes. Escenario: París. Personajes: Tamayo y Vaca Chávez. Recién llegado el escritor beniano, tropieza con el "kolla" en el Bois de Boulogne. "¡Vaca Chávez,

qué sorpresa; no lo sabía aquí! ¡Véngase a almorzar conmigo!" —exclama Tamayo. Durante el almuerzo, el invitado pregunta: "Y usted, don Franz, ¿prepara algo sobre Francia?". Tamayo ensombrece: "¡Francia, Italia? Países decadentes, literaturas seniles... Vengo de los Estados Unidos. ¡Músculo! ¡Máquinas! ¡Acción! Esto es lo que requiere el mundo". Entonces Vaca Chávez, dolido, expresa que antes de salir de Bolivia ha visitado al gran Baptista en Cochabamba; y que Baptista, anciano ya, le ha confesado después de haber leído los "Proverbios" de Franz Tamayo: "Voy a morir tranquilo. Por fin veo un joven boliviano que en vez de imitar a Rubén Darío y a Gómez Carrillo, sigue a los clásicos". La reacción de Tamayo es instantánea. "¡Cómo! ¡Eso ha dicho Baptista? ¡Ah, esto es otra cosa Vaca Chávez! "Garçon, garçon", une bouteille de Bourgogne!" Y luego, en voz baja, con severo tono, agrega: "He aquí mi último proverbio: "¡El hombre da; la mujer se da!". Vaca Chávez transcribe fielmente la anécdota a un diario de La Paz. Dos años después se encuentran en el Ande los protagonistas. Brusco tropezón. Y la voz de Tamayo vibra indignada: "¡No sé si darle un palo o un abrazo!"

Entre las campañas del sociólogo y las andanzas del literato, florece la más pura poesía. La célebre "Balada de Claribel" pertenece a esa época en que todos reconocen la inteligencia del hombre, confabulándose para que no suba demasiado. Del genio torvo y sombrío, de los labios agresivos y mordaces, fluye un canto celeste:

"En la desolada tarde,
Claribel,
Al claror de un sol que no arde,
Claribel,
Me vuelve el amante alarde,
Aunque todo dice "es tarde
Claribel".

Lleva en sus alas el viento,
Claribel,
Tu nombre como un lamento
Claribel,
Y en vano mis ansias siento
Volar tras aquel contento,
Claribel.

Voz con que pía la ausencia
Claribel —
Saudade, canora esencia,
Claribel!
Añoranza, transparencia
Que la ausencia hace presencia,
Claribel!

Mar profundo y albo monte,
Claribel,
¿Es posible que tramonte
Claribel
Tras el húmedo horizonte,
Y que las nieves remonte
Claribel?

El tiempo es por siempre ido,
Claribel,
Y eres quizá toda olvido,
Claribel!
Mas yo, iluso descreído,
Aun pienso que me has querido,
Claribel!

El pan amargo en que muerdo,
Claribel,
Hecho está de tu recuerdo,
Claribel!
Y el pasado nada cuerdo
Es un sueño en que me pierdo,
Claribel!

Oh mañana azul y rosa
Claribel,
En que te ví mariposa,
Claribel!
Reina y mujer, niña y diosa,
Oro, nácar, nieve y rosa,
Claribel!

Cantaba en el aire un ave,
“Claribel”
Suave cual la suave
Claribel.
Y unía el plumado clave
Dulce risa y lloro grave:
Claribel!

Una música escondida
Claribel!
Eres por siempre en mi vida,
Claribel!
Mana de mi eterna herida
Leche rosa y luz florida:
Claribel!

Vierte mi labio un perfume:
Claribel,
Musgo y clavel que resume
Claribel.
Mirra que eterna zahume,
Óleo que no se consume,
Claribel!

De un nigromante el compás,
Claribel,
Trazó en mi alma “nunca más
Claribel”.
Y así a mis ojos jamás
Como el alba volverás,
Claribel”.

¿Evocación de la hija muerta, del amor perdido, de una adolescencia lírica? La primera hipótesis parece la más probable. La extrema delicadeza de esta confesión sentimental desconcierta aún a quienes creían conocer al poeta. Mal condicen con la fuerza y la adustez del polemista, estos versos dignos de la lira de Chénier. La leyenda del lobo solitario, se desvanece en el céfiro de la "Balada de Claribel".

No tarda en aparecer una parodia del hermoso poema, atribuible a uno de los compañeros de letras. Lejos de incitar a la crítica, los delicados versos mueven a mofa. Y una vez más se cumple el sino adverso: Tamayo se distancia de los ateneístas. No perdonará nunca la ofensa. La grotesca parodia a la "Balada de Claribel" hiere hondamente al poeta y arranca de raíz la flor de la amistad; no volverá a tener amigos en el arte, como no los tiene en la intimidad. Adusto el hombre, solitario el artista, llega la hora del político, endurecido por la experiencia del mundo.

Imaginad un recinto donde se reúne la hez de la sociedad. Abundan los peores. Ralean los justos. Se va por la ambición y el fraude. Se vota sólo por consigna. El mediocre se sienta junto al felón y el pícaro frente al inescrupuloso. Jurar el santo nombre de la patria en vano, es tan frecuente como mencionar la ley que no se cumple. La palabra se prostituye en los labios; la moral se rasga en las zarzas de la acción. Toda iniciativa honrada perece por obra de las famosas "mayorías amaestradas". Pocos piensan; todos vociferan. Acordarse de la comunidad es un milagro. Del festín de egolatrías y perfidias, sólo quedan mendrugos para el pueblo. Todo es comedia, simulacro, ficción indigna: aquí se aprueban los tratados que cercenan, las leyes arbitrarias, la perversión de los tiranos, los empréstitos aniquiladores, las imposiciones injustas; y se persigue al eminente, porque es ley de los esterquilinios rebajar al que sobresale. Un día el tribuno inte-

gérrimo, lanza la frase lapidaria: "La verdad, la única verdad señores diputados, es que todos somos en política unos bribones". ¿Es necesario nombrar al parlamento? Reuniones de feria, espectáculo circense, los parlamentos sudamericanos —con rara, tal vez con ninguna excepción— son la expresión potenciada de la miseria colectiva. El atraso, la corrupción de estos pueblos que se forman, hay que buscarlos en la quiebra del parlamentarismo, servil caricatura de las instituciones de Occidente que jamás alcanzó su grandeza moral ni su capacidad de legislar por el bien público.

Tamayo ingresa al parlamento boliviano como diputado por La Paz. No pertenece al partido de gobierno, pero ha recibido ayuda para su elección y desde sus primeras actuaciones se destaca como defensor del programa liberal.

Todos son liberales por ese tiempo. Lo mismo Ramírez que Salamanca, Escalier que Saavedra. Frente a los líderes conservadores, las filas liberales se compactan con figuras de primera línea. Villazón ha reconciliado al país con el partido de gobierno.

Poco tiempo después de ingresar al parlamento por el voto de los liberales, el diputado Franz Tamayo funda el partido radical, pomposa denominación que jamás pasará del círculo de amigos de un órgano de prensa para defender la doctrina. ¿Celos de los líderes más antiguos? ¿Evasión del espíritu de consigna? ¿Avidez de actuar con mando propio? No era, todavía, un orador de primera fila y ya fundaba un partido. Las gentes se movieron del audaz.

El debut fué desastroso. Ante la expectación de los colegas, se irguió el novel diputado para impugnar un proyecto de tributación agraria. Severo el rostro, contenido el porte, la voz falló desde la entrada. ¿Era Franz Tamayo ese hombrecillo insignificante que se expedía casi con timidez? Las tribunas se impacientaron: "¡Más

fuerte!" "¡No se oye!" El orador, impasible, proseguía el discurso. Los periodistas se estiraban, formando bocina con la diestra para recoger las apagadas frases del orador. "¡Qué diablos dice?" "¡Pero entiende usted lo que murmura este señor!" Cinco, diez, quince minutos. La exposición prosigue a "sotto voce", interrumpida por la protesta del público: "¡Más fuerte!" "¡Tome vigorón!" "¡No estamos en la iglesia!" El orador, imperturbable, sigue su lenta exposición. Según el reglamento nadie puede quitarle el uso de la palabra; pero el público se encocora y estallan las injurias: "¡Imbécil!" "¡Cretino!" "Desgraciado". Generalmente, cuando el tumulto se hace insoportable, el orador calla o el presidente obliga a desalojar la "barra". Esta vez no ocurrió ni una ni otra cosa. Tan aplastador parecía el fracaso del debutante, que nadie atinaba a cortar la escena. Y durante diez minutos más continuó el extraño espectáculo: un hombre tranquilo, inmovible, que expone en voz baja sus ideas, sin que nadie recoja sus palabras; y una multitud enfurecida que brama de impaciencia e injuria sin medida al orador. Cuando el honorable Tamayo termina su larga y susurrante exposición, una tempestad de rechiflas se prolonga durante varios minutos, seguida por los insultos finales: "¡Farsante, aprende a hablar como la gente!"

Los amigos políticos, terminado el incidente, rodearon al debutante:

—¡Pero don Franz! ¿Qué ha sucedido? Achicarse ante la barra... Había que comenzar desafiando.

Relampaguearon los ojillos negros:

—¡Cernícalos! —dijo despectivo el debutante—. La primera batalla del orador es contra sí mismo. Hablé despacio para violentar al público. Ahora sé que ellos no me pueden imponer su voluntad.

1913. La juventud proclama la segunda presidencia de Montes; y al jefe del naciente partido radical —cuya agrupación se suma al movimiento— se le encomienda

ofrecer el banquete. Frente al gran estadista, el jefe radical obtiene la revancha del debut parlamentario. Pronuncia un magnífico discurso, traza un esquema de la primera administración Montes y termina con esta frase histórica:

—¡He aquí el más poderoso profesor de energía nacional! ¡Es la flor de la raza!

La aproximación de Tamayo al presidente es sincera. Admira su dinamia creadora, su espíritu de iniciativa, su férrea voluntad. Para testimoniarle su adhesión, comienza por defender fogosamente sus proyectos bancarios; y en "El Fígaro", órgano del partido radical, atalaya las ideas del gobierno. Complacido por el apoyo, ducho en el arte de conocer a los hombres, el presidente recoge su adhesión guardándose prudentemente de tanto entusiasmo. "Éste ha de ser tan tenaz para la amistad como para el odio" —habría manifestado refiriéndose al autor de los "Proverbios".

Hábil tejedor de intrigas, consumado tramoyista, Montes es, dentro de su seriedad de gobernante, un experto en la técnica de manejar hombres y asuntos. Lo esencial es cuidar la apariencia de la ley. Concede a los diputados la sensación de libertad requerida por el clima democrático; los maneja diestramente, a fuerza de astucia y superioridad mental. Los llama a palacio "para cambiar ideas" sobre temas de interés público; así las leyes salen redactadas de palacio con el asentimiento pre-camaral de los diputados.

Suelen concurrir los jefes de la oposición a estas reuniones, en el curso de las cuales se oye respetuosamente todos los pareceres. Montes es maestro para escuchar a los demás y obligarlos a entregar su punto de vista. Cuando el debate parece agotado, el presidente extrae unas notas de su levita, las tiende con sencillez a cualquiera de los circunstantes y dice:

—Lea usted, señor diputado. Acaso concorra al fin que perseguimos.

Cuando no el propio presidente, es un diputado adicto, previamente aleccionado, el que somete, como suyo, el proyecto del mandatario. Con raras excepciones, los proyectos de Montes son los que mejor convienen al tema en discusión. Hábil psicólogo, el gobernante no se equivoca en su táctica sentimental; los diputados se creen consultados, cuando apenas sirvieron de fácil instrumento a los planes del presidente.

La naturaleza rebelde de Tamayo no se acomoda a estos manejos. Aun admirando al caudillo, no acepta el engaño. Es verdad que el primer tiempo no pudo sustraerse al magnetismo físico de Montes; y que defiende sus ideas en el parlamento con sinceridad. Pero cuantas veces intenta alzarse contra el fino despotismo mental, Montes invoca una razón de Estado, el deber cívico, y desarma al descontento. Como ciudadano, el jefe radical reconoce la política constructiva del mandatario y es atraído a su órbita; como político rechaza ese mando imperioso, ese gobierno férreo de las almas, esa astucia para sobornar conciencias por la persuasión. Un dictador-demócrata ¿no es un contrasentido? Pues bien; eso fué Montes: el autócrata revestido de legalidad. Y así lo comprende Tamayo desde el primer encuentro con el caudillo. Por eso siendo el más sincero admirador sentimental, es al propio tiempo el primer oponente a los sistemas del montismo.

En las votaciones, el jefe radical suele separarse de sus amigos políticos; no siempre acompaña a los liberales.

—¡No puede usted protestar contra los acuerdos de la mayoría! —sugiere provocativamente un diputado.

—No protesto de las resoluciones que adopta la mayoría. Disiento de ellas —replica prudentemente el honorable Tamayo.

A raíz de una información parlamentaria, Montes de-

be reorganizar su gabinete. Se barajan nombres, entre ellos el de Franz Tamayo, jefe radical, líder parlamentario, amigo del gobierno a quien se debe la aprobación de los proyectos financieros. Está llamado a ser un brillante ministro de instrucción pública; es, en realidad, el hombre que debe coronar la obra del montismo en materia educacional, tanto por sus conocimientos cuanto por la osadía de su campaña reformista. “¡Recordemos ‘Creación de la Pedagogía Nacional’”. He aquí el vigía!” —apunta un diario—. Otros hablan de gratitud, de conveniencia política. Los radicales son pocos pero buenos. Franz Tamayo y Tomás Manuel Elío, sus jefes, aunque jóvenes, merecen escalar el ministerio. Pero Tamayo no fué ministro de Montes en ésta ni en ninguna oportunidad.

El caudillo elige sagazmente sus colaboradores. Su instinto le permite perforar la psicología del gran mestizo. “Aquí alienta mucha ambición —piensa Montes—; sobran pasiones, orgullo, resentimiento y voluntad”. Montes quiere el gobierno de Montes, no el de Franz Tamayo. No hay campo para dos. Y como de ambas naturalezas excesivas, Montes es a la sazón la más desarrollada y segura de sí, cautamente, sin confiar nada a nadie, opta por no incluir entre sus nuevos ministros al brioso teorizante de la pedagogía nacional.

El presidente ha rogado a los ministros renunciantes permanecer en sus carteras hasta que se organice el nuevo gabinete. Pasan los días. Rumores por aquí, pullas por allá. La prensa se impacienta. ¿Irá el presidente a quedarse con sus antiguos colaboradores? Sería un bofetón al parlamento. No habiendo quien se atreva a despejar la incógnita, el jefe radical se larga a palacio, pide hablar con S. E. y se produce la ruptura:

—Como periodista, como diputado nacional y como jefe de partido, tengo derecho a saber cómo organizará

usted el nuevo gabinete —irrumpe Tamayo dejando de lado elementales normas de cortesía.

El presidente pasea tranquilo en su despacho. Tal vez ha pensado despedir sin respuesta al insolente; pero jamás se deja arrastrar por el error ajeno. Sereno, sin que la apariencia exterior traduzca su enojo, Montes responde con firmeza:

—Y yo, como Presidente de la República, de acuerdo a la facultad que la Constitución me confiere, me reservo el derecho de nombrar a quienes me plazca y anunciarlo cuando me parezca.

Ambos se miran fijamente. La tensión se prolonga unos segundos. El visitante mide la incorrección de su actitud; acaso ha comprendido —aunque tarde— que no era ése el modo de dirigirse al Jefe de Estado. Una palabra, un gesto y Montes habría aceptado la explicación. Pero el orgullo prevalece. Tamayo gira sobre sus talones, se va para jamás volver al despacho presidencial mientras en él permanezca el caudillo. Una puerta entreabierta y el oído fino de su secretario permiten recoger la anécdota.

El diputado por La Paz intensifica su labor. Los discursos adquieren vigor, llegan con menos dificultad al público. Buen ciudadano, que todo lo exige para su país, Tamayo perfila ya pésimas condiciones de político. Es, en verdad, el reverso del animal político.

Calar la realidad ambiente con esa sinuosa adaptabilidad de quien sabe eludir situaciones difíciles; eso es ser político. Montes y Saavedra lo fueron en grado extremo. En cambio la prédica violenta, sincera, irreducible, casi siempre imprudente de Tamayo, mira más a fines lógicos y emotivos. La figura contribuye a desmenuzar los éxitos. Este hombre soberbio, a veces demasiado intelectual, a veces excesivamente lírico, con algo de socrático en la lógica del discurso y mucho de nietzscheano en la fuerza apotegmática del apóstrofe, violenta a

los demás. ¿Contra quién se dirigen esas miradas desdenosas? ¿Qué ironía se embosca en esa metáfora? Mientras Montes se mete la gente al bolsillo, callando y escondiendo su inteligencia para que los demás ignoren cómo los maneja, Tamayo sale descubierto el pecho, desafiante la mirada, hablando con lengua y postura de magister. Los líderes maduros, los Calvo, los Vázquez, los Saavedra, los Paz, los Ramírez, los Sánchez Bustamante no admiten tamaña insolencia. En el parlamento, como en toda institución humana, existen jerarquías morales y sociales que a nadie es lícito desconocer. Cuando alguien solicita el voto del diputado por La Paz, se estrella frente a una respuesta altanera.

—Yo vengo a votar solo. No soy hombre de consigna.

En justicia, no son los diputados los que dejan aislado a Franz Tamayo. Es él quien se distancia de los diputados. Sus actuaciones parlamentarias originan los primeros adversarios; no adversarios políticos —Tamayo no representa ninguna doctrina, no simboliza sector alguno de nuestra historia política, como no sea el del más puro individualismo— sino los primeros adversarios personales, aquellos que no perdonan su excesiva arrogancia, la personalidad arrolladora. ¿Qué es eso de querer transformarlo todo imperativamente? Y esos latinajos, esas citas griegas ¿qué significan en un parlamento mestizo? ¿Por qué hablar en inglés o en galo donde sólo se oye la lengua de Cervantes? La inmensa confusión del humanismo, la estética trascendental del artista, son habla muerta para la ignorancia criolla.

Tamayo no supo —no sabrá nunca— dosificar la manifestación de su cultura. Es torrencial. Su palabra trae el gladio a las gentes. Cuando arde en las sienes es vertido al exterior: discurso, arenga, crítica, polémica. Al arrojar a la vida pública el ardor mental de su juventud, se arroja él mismo a la hoguera de la maledicencia, donde todo exceso se purga cruelmente, porque los que me-

por practican la ciencia de ofuscar al prójimo, son quienes más rápido caen bajo la mordedura de los ofuscados.

¿Qué es el partido radical en Bolivia?

Apenas una ramificación, una suerte de liberalismo más avanzado. La misma escuela científica y positiva. Idéntico espíritu democrático en el fondo; el mismo anhelo de transformaciones sociales y económicas en la forma. Mientras los liberales, bajo el puño férreo de su caudillo y con menos apego al dogma, conducen el país por rumbo próspero, un puñado de radicales, intemperantes como su jefe, cree poseer la panacea de los vicios políticos. "El Fígaro" emprende briosa campaña reformista, atacando las principales obras de Montes. Todo está mal para el radicalismo: la red ferroviaria, la política externa, la instrucción pública, el ejército, las policías, las leyes bancarias (defendidas otrora por su propio jefe), el sometimiento de las Cámaras, la presión secante del Ejecutivo, etc.

Montes no dice una palabra. En la plenitud de su energía, se reserva el zarpazo final. Cerca de veinte diputados forman el bloque radical. En pocos meses, mediante una labor de zapa disociadora, el Presidente se gana la mayoría de los radicales, mediante cargos y favores oficiales. Antes de un año, el radicalismo queda reducido a la insignificante minoría de cuatro diputados, un órgano de prensa y escasos electores. Más ha tardado en nacer, que en disolverse en los dedos acerados del caudillo.

Es la primera derrota política; la que Tamayo jamás perdonará, porque derrumba sus sueños de comenzar venciendo. Al verse abandonado, se acrecienta su temperamento combativo. Su oposición al montismo, fruto de la intransigencia juvenil y del ardor figurativo, se fué transformando insensiblemente en el centro de su vida. Hacia él convergen, durante varios años, sus fuerzas creadoras, sus anhelos íntimos, sus más caras esperan-

zas. El día que el "indio" Tamayo volteee de un hondazo al caudillo, tendrá su mejor recompensa.

Pero Montes está bien sentado en la silla presidencial y resiste todos los embates. Sin alterarse, seguro de su poder incontrastable sobre un pueblo inorgánico, sin disciplina, donde nadie sabe lo que busca ni la manera de realizarlo, el jefe liberal prosigue su obra constructora contra la animadversión de los émulos.

El diputado por La Paz lanza tremendas admoniciones contra el estadista. ¿Quién habló de "flor de la raza"? Eso fué en el pasado. Ahora hay que combatir al "déspota". Censura los actos del caudillo, ataca sus ideas, suele rozar asuntos íntimos. Aun llega, vencido por el odio, a la burda demagogia:

—¡El indio está desnutrido y el cholo vive analfabeto —truená Franz Tamayo— pero hay grandes latifundios que producen para sólo un explotador!

Los diputados liberales van con el cuento a palacio. "Señor: Tamayo ha hecho acción demagógica esta tarde. Se refirió al latifundio; la alusión a Taraco no pudo ser más clara. Habría que evitar estos ataques, que impresionan al pueblo".

El presidente sonríe sin inmutarse. ¿Taraco? ¿Y el honorable Tamayo no tiene fincas más extensas? El asunto no tiene importancia, señores. (Y extendiendo un nuevo proyecto ferroviario sobre la mesa, prosigue irónicamente): "Mientras ellos estén hablando, nosotros estaremos haciendo".

Aun combatiéndolo, aun ridiculizándolo por todos los medios, los diputados envidian la cultura, el fuego oratorio del representante por La Paz. Los periodistas rabian por su erudición y su prédica tempestuosa. La sociedad tan pronto acoge como rechaza al exótico personaje de los chalecos extravagantes, la melena descuidada y el gesto brusco. El "tiene talento" es tan frecuente como el "¡qué necio!" Mas la visión certera, corresponde al

odiado rival. Dicen que el presidente Montes, cierta vez que se comentaba los ataques del jefe radical, se limitó a expresar:

—¡Déjenlo tranquilo! No es necesario combatirlo. Políticamente, éste se devorará a sí mismo.

Años después, acaso para justificar el fracaso del radicalismo, que sólo fué, en rigor, el sueño desvanecido de la ambición tamayana para superar al montismo, el pensador dirá entre amargo y satisfecho:

“Una afectividad exquisita o una inteligencia suprema, son casi siempre ineptas para la acción. La acción es el dominio de la mediocridad; y vivimos en la era de la acción”.

Otra causa del odio a Montes reside en la selección de los hombres. El presidente había empezado temerariamente su reforma hacendaria, reconociendo la desigualdad impositiva. “Mientras los más infelices pagan mucho, los que verdaderamente pueden hacerlo no pagan nada”. No se ha reconocido todavía el valor de la política económica del montismo, su trascendencia social, que vulneró muchos intereses estableciendo —al menos teóricamente— la igualdad de los contribuyentes ante la ley. Precursor involuntario del socialismo de Estado, enemigo del gran latifundismo improductivo y de los feudos industriales, Montes organizó la hacienda pública con prescindencia de categorías sociales. Para llevar adelante sus planes, requirió no el concurso de los mejores, sino de los “necesarios”. Sus colaboradores, entre los que no faltaron varones ilustres, provenían en buena parte de la media burguesía y aun del medio mestizo. Al caudillo liberal se debe la doctrina famosa: “Gobernar con los suyos”. Es decir; ni excesiva inteligencia, ni demasiado brillo; más bien la dorada mediocridad de las mentes y un dócil sometimiento de las voluntades.

El honorable Tamayo habría luchado con menos encono contra personajes de mérito. El talento y la educación superior siempre le merecieron cortesía, pero su furia acrecía al ver la inversión de los valores. En el parlamento, nunca los mejores sino los más listos. Rodeando al gobernante, jamás los más aptos sino los más rendidos a la voluntad presidencial. Había que transformar la vida nacional, volver las cosas a su cauce lógico, restableciendo la escala de valores. Por ella lucha el jefe radical.

Al amparo del positivismo comptiano, de las doctrinas de Tarde y de Guyau; con algo del individualismo liberal inglés, recordando a Spencer, Stuart Mill y Adam Smith; aportando frecuentes rememoraciones de jurisprudencia grecolatina, Tamayo propugna la plenitud democrática. Contra el férreo autocratismo del presidente, exige la absoluta libertad ciudadana, defiende los derechos civiles, pide reformas económicas sin dar respiro para la ejecución práctica.

¿Por qué no fueron secundadas, por qué no se impusieron sus ideas? Porque todo cuanto gana el filósofo lo pierde el luchador. El diputado por La Paz ama la imposición violenta; la buena lógica revestida de sapiencia; el orgullo vaciado en fiera. El reformista puede arrebatar a su auditorio; no alcanza a conservarlo para la batalla final. Aunque el artista subyugue al público, el mal político traiciona al luchador. Por su rebeldía, su orgullosa vehemencia y su desnuda sinceridad, Tamayo es el primer enemigo del diputado por La Paz.

“Horacio y el Arte Lírico”, la pieza crítica más completa salida de pluma boliviana, aparece en 1915.

He aquí un fragmento fundamental, que permite apreciar la huella de un hondo pensador:

“Para Horacio lo fundamental es decir cosas inauditas en latín; violentar la sintaxis, para obtener efectos poéticos más extraños y líricos. En Horacio un arte sabio pone la

esmeralda junto al oro y los zafiros tenebrosos junto a los diamantes imperiales. Las amatistas se ciñen de platino helado y los berilos traen el recuerdo del mar lejano. Ese fulgar del estilo, ese esmalte que cobran las palabras por el solo hecho de juntarse de cierta manera, esa magia envolvente y conquistadora que se desprende de ciertos ritmos y ciertos sonos, es la mayor ciencia técnica dentro de la más grande simplicidad”.

Este libro es una clave para comprender la mecánica interna del verso tamayano; y un curso completo de estética. El crítico opone a la epifanía cósmica de la lírica helena, la música polifónica e iluminista de las líricas modernas; a la expresividad del mundo fenomenal, la fuerza sugestiva del cosmos interior. Con penetración no superada en tierra americana, Tamayo dice, refiriéndose al artista contemporáneo, o sea al grande artista del siglo XIX, antes de sobrevenir la disolución de los “ismos”:

“El misticismo medieval, el subjetivismo y un romanticismo invencible, hacen que el genio creador ni pinte ni esculpa; musicaliza. Si Horacio manifiesta: “Ut pictura poesis”, la lírica moderna responde: “Ut musica poesis”.

La lírica no como color, mas como sonido. Ha nacido la lírica “fáustica”. Tamayo emplea el vocablo en toda su acepción aterradora, varios años antes de Spengler lo universalice en su famosa “Decadencia de Occidente”.

Este sutil análisis de la estética clásica en parangón con la sensibilidad moderna, tampoco es comprendido por la crítica. Hay hombres cultos, espíritus despiertos que pueden exaltar la nobleza del libro; pero la política absorbe la atención de los periódicos, y se presta mayor atención a las polémicas del periodista y a los discursos del tribuno, que a las creaciones del artista. ¡Cuánta sabiduría, cuán noble hermosura destilan estas frases sobre las lenguas clásicas!

“Si me fuese dado hacer una comparación, compararía yo la lengua griega, bajo el punto de vista estético, a una hermosa selva del trópico, donde las plantas y los árboles no tienen más destino ni más tendencia que variar infinitamente sus formas, sus flores y sus frutos y donde el empuje de la vida es tal, que las savias y los jugos estallan en el más fabuloso derroche de paisajes, de cambiantes luminosos y de esencias. El latín es como un bosque del norte; grandes árboles severos y potentes, más hechos para derramar sombra que para combinar y variar la luz, más crecidos para dar madera útil que fruto deleitoso, y que pronto revelan en su aspecto la periódica visita de los cierzos y las nieblas hibernales. Lejos estamos de la inagotable floración de formas y la incansable eclosión de sonidos. No hay Iliadas ni Epinicios en el latín arcaico, como que por otra parte no estaba el romano destinado a inventar formas y formas de la inteligencia; y como la lengua es el espejo más claro y más directo del hombre interior, el latín estaba destinado a ser la lengua de un pueblo de conquistadores y legisladores, no de una raza de artistas y pensadores”.

Tamayo abomina de las malas traducciones. “¿Qué es de Homero en manos de Hermosilla o Bitaubé? Desaparece la majestad natural de la lengua griega; su prodigiosa variedad epítética no existe más, la riqueza conjuntiva de su verbo no está; esa infinita ductilidad con que las palabras pliegan sus desinencias, en medio del relato recto y correcto, a las necesidades del número y la armonía, está del todo ausente; la música poliptongal del lenguaje de Jonia se ha desvanecido para siempre”. El boliviano confiesa aspirar a la gloria de haber escrito tan sólo la “Oda a Licinio”, donde la más grande ciencia técnica se reviste de la mayor simplicidad: “¡Jamas el pensamiento voló tan alto, ni obra de hombre fué tan humana! Diríase la concisión de nuestro Gracián sobre los labios de Sófocles”. Para él cada oda horaciana se presta no sólo al análisis poético y retórico, mas a uno de estética trascendental. ¿Cómo se juzgaba el gran venusino? Tenía tan profunda y silenciosa cons-

ciencia de su genio y de su grandeza intelectual, que nada le importaba lo que dijese sus contemporáneos y la posteridad de sus libérrimas costumbres. Espíritu libre y superior cuanto cabe, la inteligencia de Horacio va por la línea genial y caprichosa que le trazan su genio y su capricho; pero justamente de esa libertad mana su profunda sabiduría. ¿Dónde ubicarlo? No entre Lucrecio y Virgilio, sino entre Ticiano y Tintoretto, los dos reyes del color, porque la "Epístola ad Pisones" bien puede servir de manual para una academia de pintura.

"Para terminar, debo preveniros sobre las dificultades que rodean su estudio. Poeta refinadísimo y sapientísimo, Horacio requiere, para su plena comprensión, una verdadera labor de filólogo, una preparación de erudito y un gran sentido estético. Sólo así se puede llegar a apreciar debidamente ese legado lírico de la antigüedad, en el que parecen sonar dulcemente una zampoña de marfil, una lira de ébano y de bronce, y una trompa de cristal".

"Horacio y el Arte Lírico"... ¿Quién lo leyó? ¿Quién bebió sus enseñanzas? En el Ande, la palabra del escritor se disuelve sin eco. El crítico, a su turno, soporta el frío aislamiento que antaño sufrieran el poeta y el sociólogo. Es el quinto libro; y todavía tarda en llegar el lector capaz de amar y comprender al artista. ¿Amar y comprender dijisteis? ¡Bah! el estupendo Schopenhauer recién fué descubierto a los setenta...

El indio magnífico está en pleno poderío de la personalidad. Incursiona por todos los campos: política, ciencia, periodismo, artes, filosofía, crítica social. Si Salamanca, Ramírez, Iturralde, Saavedra y Sánchez Bustamante son los líderes del parlamento, Tamayo es —él solo— el partido radical. Sin arraigo popular, sin maquinaria política, sin figuras de primera fila, el radica-

lismo es capaz de abrir brecha en el bastión liberal; le basta la audacia combativa de su jefe.

Es intensa la actividad del honorable Tamayo. Interviene en la discusión de las grandes cuestiones nacionales, plantea la reforma constitucional del régimen parlamentario. Combate el monopolio bancario. Exige la reforma educativa. Proyecta leyes de bienestar social y disposiciones económicas. Ataca los intereses creados. Cuando se le hiere con armas vedadas, replica en el mismo terreno demostrando formidables dotes de libelista. Yerra, da traspiés como cualquiera, mas se repone prestamente: aquí un debate internacional; allá una exposición de derecho público; luego el proyecto financiero y la crítica política.

La actividad del orador corre pareja con la agilidad del polemista. "El Fígaro" emprende campañas por el bien colectivo. El día que un biógrafo paciente revise los redactores parlamentarios y los diarios de la época, recién podrá medirse la utilidad de esa labor. El jefe radical no da tregua a sus anhelos reformistas; centenares de discursos, millares de artículos y crónicas, revelan el poderoso envión. Los mejores años de su juventud se insumen en la lucha civil. El ciudadano Tamayo, más afortunado que el político, puede dar muchas lecciones a su pueblo; sirviendo a la causa común es como mejor se enaltece la condición humana. Si el jefe radical fracasa prácticamente, subsiste, todavía, el eco de sus campañas cívicas.

La interpelación al ministro Zamora, es uno de los capítulos más interesantes en la vida política de Tamayo.

Chuquisaqueño de origen, hombre fino, distinguido y extremadamente simpático, aunque no muy versado en letras humanas, Julio Zamora era el ministro predilecto de Montes. Tenía algo de Briand; una inteligencia despierta, sutil, casi olfativa, pronta a comprenderlo todo aunque no fuera muy profundo el dominio de la mate-

ria. De palabra fácil e ingeniosa, solía desvanecer con irónicas alusiones el ataque del adversario. Ducho en recursos, maestro para sortear el vado de las dificultades, Zamora aunaba todas las condiciones del político: energía, poder de adaptación a la realidad y rica imaginación. Desempeñaba el ministerio de hacienda, cuando fué interpelado por el representante por La Paz.

Tamayo no se detiene a contar probabilidades de triunfo. Los liberales puritanos acaban de fundar el Partido Republicano con Salamanca a la cabeza y Saavedra como dialéctico, para desarrollar formal oposición al montismo. Crece la resistencia al absolutismo liberal. Conservadores, republicanos y radicales bien pueden dar un disgusto al gobierno, aunque éste conserva mayoría en diputados. Pero el cálculo no entra en la acometividad del jefe radical. Son los amigos de Tamayo y los enemigos de Montes los que avizoran promisorias consecuencias al iniciarse la interpelación al ministro de hacienda.

El honorable Tamayo ataca violentamente al ministro Zamora en varias sesiones. "¡Es el ministro-zapatero!" —exclama despectivo. El ministro de hacienda poseía en verdad el monopolio de la fabricación de zapatos y la única fábrica del ramo en ese entonces, llevaba su nombre. Reconocíasele una particular habilidad financiera; y es de aquí de donde Tamayo arranca su crítica.

—¡Un miembro del gobierno no puede ser, al propio tiempo, mercachifle, accionista de varios monopolios, gestor de negocios con el fisco y ministro de Estado!

Zamora se negó a tomar en serio la interpelación. Contestó brevemente levantando los cargos que se le hacían; y cuando creyó haber ganado la opinión camarál, comenzó a pitorrear al interpelante:

—Lo que pierde a los bolivianos —dice burlonamente el ministro— es su espíritu de desconfianza; ese recelo

general, esa disposición a la crítica malévola e inopinada, ese amor a ver palotes torcidos donde sólo hay líneas rectas. El hombre de bien se inclina a pensar bien de su prójimo. El cholo encuentra mal toda obra ajena. ¡No es verdad señor Tamayo? Cuando se carece...

(Tamayo interrumpiendo) —...¡yo no soy cholo; soy indio! El cholo es Morales (señalando con el índice a un colega que dormita en una banca próxima).

La honorable Cámara estalló en carcajadas. El diputado Morales era un hombre de actuación desteñida, que se pasaba el tiempo esforzándose en encontrar defectos a sus colegas.

Prosiguió subiendo de tono la interpelación. Tamayo encuentra nuevas fallas en el ministro interpelado. Demuestra que un hombre de negocios no puede cuidar sus intereses sin descuidar los del Estado. Censura la distribución de cargos a imperio del más desenfrenado despotismo. Habla de especulaciones peligrosas destinadas a enriquecer a los amigos del gobierno y al propio ministro de hacienda.

No se alteró el aludido por la violencia del ataque. Serenamente, refutó a su impugnador. Los negocios de don Julio Zamora nada tenían que ver con las cuestiones fiscales. Su fortuna era anterior al ministerio, nadie podía probar que él aprovechaba del gobierno para acrecentarla. Su fábrica y sus negocios habían sido confiados a distintas personas; y el ministro de hacienda estaba en absoluto desligado de su marcha.

—¿Puede el señor Tamayo citar concretamente un caso de especulación? —pregunta el ministro con inefable tranquilidad.

—¡Lo probaré! ¡Y dos, y tres! —replica Tamayo desafiante.

Pero la prueba no llega a producirse. Porque no hubo delito o porque la pasión política exageraba la magnitud de los hechos.

Poco a poco, la interpelación fué buscando su cauce natural. La acusación al ministro de hacienda se convirtió en una tremenda requisitoria contra el gobierno. Todo estaba mal bajo la administración Montes; y este cambio de eje en el ataque, determinó el fracaso. Los diputados comenzaron a sospechar que no se trataba de juzgar los actos de Zamora, sino de voltear al ministro de hacienda para provocar una crisis de gabinete. Entre republicanos y conservadores, muchos son amigos personales de Zamora; otros no se atreven a romper abiertamente con Montes. El auditorio, que comenzó abiertamente al lado del acusador, inicia el cuarto de conversión hacia el acusado.

Zamora, a su vez, orienta con habilidad el debate. Sin perder la línea, explica fácilmente sus actos. Los ataques más audaces de Tamayo, los desbarata con cuatro chistes. En lugar de discutir teorías financieras —como inútilmente busca su adversario—; en vez de argumentar jurídicamente la no-incompatibilidad entre gobernar y ciudadano particular; lejos de rebatir desde un plano político-social las críticas, el ministro de hacienda opta por una triple táctica: primero la explicación neta de sus actos; luego la defensa del gobierno; y finalmente la ironía, la burla insistente que saca de quicio al honorable Tamayo. Sabiéndose débil en los dominios de la ciencia y la cultura, soslayando la oratoria solemne y trascendental, Zamora se hizo fuerte en los campos del pitorreo y la paradoja, dispersando entre sonrisas la dura arremetida de su impugnador.

—Qué busca el honorable Tamayo: ¿Voltear al ministro de hacienda? ¿Un éxito parlamentario? ¿El derribo del gobierno? Siento no poder darle gusto. Volveré a vender mis zapatos cuando el diputado aspirante a ministro regrese a vender sus quesos...

Tamayo bufa; protesta la sinceridad de sus intenciones; esfuérzase por restituir a un clima de seriedad

el debate. Ya es tarde. En el curso de la discusión, arrastrado por el ardor de la lucha, ha herido a diestra y siniestra; palo al liberalismo, palo al espíritu de consigna, palo a los conservadores, palo al conformismo republicano. La batalla que debió librarse contra el ministro de hacienda, degeneró en arremetida contra todos; lógicamente, los vapuleos se apiñaron contra el agresor.

La acción absorbente del ministro de hacienda, era entonces —aun sigue siendo— una fuerza sin control. Los encargados de esa cartera son, con raras excepciones, verdaderos dictadores. ¿Cuál es el ciudadano que no golpea esa puerta? ¿Quién el político que no requiere esa ayuda? A tal necesidad, en cierto modo vital, hay que agregar la poderosa influencia del montismo, entonces en su apogeo político; la incontrastable mayoría camaral; y el hecho no por secundario menos decisivo, de que mientras en Tamayo concurren todas las circunstancias para despertar la resistencia ajena, en Zamora convergen todas las cualidades para desarmarla.

A pesar de la excelente exposición jurídica; no obstante la sólida argumentación moral; aunque todos quisieran dar, en el fondo, la razón al diputado por La Paz, la cobardía colectiva y el sometimiento a los de arriba hacen su obra; el resultado es lógico, si lógica puede haber en la política criolla: la censura al ministro de hacienda se rechaza por sesenta votos contra uno. Tamayo queda solo.

Es la segunda derrota política. Se esfuma el sueño de voltear gabinetes y encaramarse por la audacia al gobierno. Pesarosos, los amigos inquieran:

—Don Franz: ¿qué le ha pasado a usted? Las batallas hay que prepararlas con cuidado, para librarlas sólo cuando existe seguridad de vencer.

—¡Horror! —replica el honorable Tamayo—. Más

vale perder con honra que ganar por cálculo. Esta nación agoniza porque nadie quiere arriesgarse.

La derrota ha sido dura; pero el jefe radical no se da por vencido. Sigue fustigando al gobierno, promueve ruidosas polémicas, dicta conferencias en los centros universitarios. Incorruptible a la seducción oficial, riñendo aún con sus propios partidarios, Tamayo viene a ser un símbolo de lucha. A mayor desacierto, mayor altanería. Puede errar el político; mas el hombre, adusto y desdeñoso, se yergue contra el medio, tanto más agresivo cuanto más honda la caída. Cierta vez, comentando las campañas de "El Fígaro", un contemporáneo traza este juicio incisivo: "¡Qué radicalismo ni qué niño muerto! Aquí no hay sino una voluntad aimára que nos quiere gobernar".

Scherzo indio. El kolla dominador y vigilante espolea su medio. Desecha la sobriedad para entregarse a la pasión. Desconoce la medida y se desborda en la ebriedad de la obra múltiple. Es un golpear sin tregua de la voluntad contra el destino. Cuatrocientos años antes, un Atahuallpa así, de fiera estirpe andina y elástico zarpazo, acaso habría evitado la disolución del Incario.

"Como vuelven las hojas
Tras el deshoje,
Y un sol que sobrecoje
Tras las congojas,
Vuelve un amauta
En mí que ya fué antes
Un argonauta!"

PRESTO APPASSIONATO

*"El ábrego y sus vórtices veloces,
El mar y sus vorágines atroces,
Todo conmigo va, ya que en la lira
El mundo compendió todas sus voces".*

TAMAYO.

"Los grandes hombres y sus obras son como las altas montañas: nadie las ignora, y sin embargo pocos subieron hasta ellas".

La poesía de Tamayo participa tan extraña condición: todos la hollaron; nadie se empinó sobre su cima. Enigma estético, introduce la confusión en las mentes que la juzgan. El crítico que califica sus tragedias líricas de "obra un poco y un mucho pastiche", se rectifica agregando que con anacrónica simbología helénica, expresan el "pathos" andino. Tamayo —dice otro— es un caso de cerebralismo y tropicalismo reunidos; y a renglón seguido añade: pero tiene estrofas maravillosamente sintéticas. Se le tiene por el más alambicado de los poetas modernistas. Háblase de un "color aimára" en su poesía. Para ciertos dómines, es un epígono del simbolismo. Los epítetos se acumulan y contraponen. Clásico. Romántico. Revolucionario. Alto barroco. Un humanista, un filósofo perdido en la maraña de las estrofas líricas. Para muchos oscuro y denso; para casi todos indescifrable. ¿Qué no se dijo del verso tamayano? Vaguedades, juicios o epígrafes ligeros, pérfidos análisis, surgidos mucho tiempo después de la aparición de cada libro; y un denominador común para todos; cuando no luce desembozado, se adivina el propósito de ridiculizar al hombre a costa del artista.

"La Prometheida o las Océánides", "Nuevos Ruba-

yats", "Scherzos", "Scopas"... ¿Quién leyó tan prodigiosa poesía? ¿Quién extrajo sus savias hondísimas y fuertes?

Tiene "La Prometheida" celestes claridades. Diríase la infancia divina y terrible de un niño que juega el puro juego de la pura poesía:

"Fué en uno de esos días
Tan silentes y claros
Que la onda es más honda
Y el mar parece amar".
.....

"Hay un imán en el dolor que plañe,
Rosa de sangre de un letal aroma
Que embebe aleva al viento que lo bebe,
Y el alma ulcera que lo aspira pura".
.....

"Embriágase de amor si besa exánime
El raso rosa de tu risa róscida!".
.....

"Es el pasado que revive efímero,
Espuma o bruma que se esfuma en suma".
.....

"Torrente errante y riente
Que al matinal reclamo
Fuiste el resol del sol
Y el donaire del aire
Vocal y musical".
.....

Coro sonoro y lírico,
Lloro y oro canoro!".

Tamayo es, ciertamente, un enigma estético.

Producto químico de extrañas y variadas influencias, se expresa como el gótico por la multiplicidad de sus líneas nerviosas. Clásico y romántico a un tiempo mismo, tiene las estrofas más perfectas y las más desaforadas.

Apolo y Ares Un celoso guardián y un destructor de la forma lírica.

Extravagante genial, de audacia deliberada, su poesía rezuma en un sentido estilístico mágicos aromas y ácidos fatales. Adormece a los tontos y ofusca a los pedantes. Poeta sin marco, teje sus leyes, el orbe personalísimo de su naturaleza pánica. Juega con el idioma y con la lógica. Infunde nueva vida a una lengua enmohecida por los siglos. Como Esquilo, como Shakespeare —conservando la distancia necesaria— está por encima del gusto y de las reglas; y sus deformidades son inherentes a su misma elevación. Su secreto hay que sospecharlo en la sima oscurísima donde se mueven los grandes creadores; magos de la idea y del idioma.

El soplo de cuatro culturas cruza su hirviente poesía: la oriental; la grecolatina; la medieval; la sincrética o renacentista. A veces, sin saberlo o sin quererlo, transparentase la quinta: la cultura euroyanqui o contemporánea —electro-mecánica-mercantil— que expande al límite la naturaleza fáustica y exaspera el nerviosismo ancestral del alma humana. Y más allá todavía, en el reducto apto para las ciencias especulativas, propicio al poeta y al filósofo, que debe mucho a la rica herencia de la sangre inca al decir de Mantegazza, el cantor del Ande embosca la fuerza atlántida del mito.

Tamayo no representa un pueblo, una raza, un continente. Síntesis de humanidad, su lírica sabia habla a las edades, para tiempos sin principio y sin acabamiento:

"Piensas, y ése fué el mal de Prometheo".
.....

"¡Oh achaque humano, solamente humano!
Sonambulismo en que perece el hombre,
Cazador insensato de su sombra,
Buscador incurable de sí mismo!"

Salvando excepciones, Tamayo ignora la perfección del alto clasicismo. Cruza de Esquilo a Eurípides, sin detenerse en la moderada transición de Sófoeles. Es la fuerza lírica del tiempo mítico y la angustiada energía del racionalismo científico.

“Yo soy el grito extático
Y el sacro soplo pítico!
Yo soy el arco tenso,
Yo soy la lira viva,
Y en mi propia garganta,
Dulce, inmortal arcano,
Treme el dardo de oro
Y el cordaje de plata.
Yo soy el arco tenso,
Yo soy la lira viva!”

.....
“La ninfa exalta el sibilino mito:
Eres el arco y a la vez la flecha!”

La rebusca de la imagen y el vocablo inusitado, constituye una necesidad interna en el poeta andino. La expresión ultrabarroca, torturada, pulida y retorcida debe entenderse, en ciertos casos, como manifestación bárbara del alma racial, educada en el espacio informe de la sierra, de abrumadoras cumbres y cavidades abismáticas. Sin embargo, la ruda bocina que desbasta crudamente las estrofas, se convierte en la flauta armónica de “Psiquis” y en los delirios de “Melifrón”, ¿Se concibe el cantor primordial y desmedido, en la misma bóveda que devuelve el manar de las Limniadas?

En un estudio crítico, dice el poeta:

“El hipérbaton latino, especie de monstruo gramatical o de maravilla sintáctica, es la más perversa invención retórica, si por perversidad se entiende, en arte, la rebusca sutil de nuevos agujones del gusto, el voluntario apartamiento de lo natural en vista de obtener nuevas sensaciones, la consciente destrucción de las primitivas dianoéticas, para obtener

así una fuerte originalidad. Es un proceso de condensación y concentración, en vista de producir el fenómeno estético. Este procedimiento sabio y sistemático, por razón de su complejidad y astucia, aumenta el goce del placer intelectual”.

El anterior juicio, autognóstico y certero, debiera bastar. Mas los criticastros de tierra adentro que ignoran la lingüística, el griego y el latín; que nada saben de ciencias humanas y artes del corazón; que apenas balbucean un español caduco despojado del antiguo esplendor, mal pueden entender la lengua sabia, deliberadamente artificiosa y alquitarada del cantor andino.

Tamayo juega con el idioma cual con cosa viva, susceptible de perpetua renovación. ¿Se arguye ausencia de buen gusto, extravagancias, desafinamiento, durezas dilacerantes, licencias excesivas? Un maestro toca todos los registros; lo injusto es olvidar que entre asperezas y hontanares, corre una lengua álgida que carece de secretos para el poeta. En cierto sentido, podría hablarse de un “wagnerismo lírico”. Esos recursos puramente intelectuales y artísticos ¿no reflejan los oblicuos soles de una suprema decadencia? Y la suprema decadencia ¿no es un dominio espantable de las formas expresivas?

El furor sonoro o arrebató lírico desconcierta al lector. ¿Por qué esa musicalidad insensata? Cuando Tamayo afirma que una psicología complicada, a veces teratológica, está en la base de toda lírica moderna, contraponiéndola al alma pagana, infinitamente llana y eudemónica, ha vuelto a definir su poesía. Pero los dómines de gramática parda no alcanzan el misterio unimismante de las formas y la esencia; y frecuentemente salta la sorpresa.

¿Cómo es posible que el autor de estos versos límpidos y fáciles:

"Apolo es el dios lúcido!
En sus ojos se enciende
La estrella matutina
Y el bólido nocturno".
.....

"Oh hermana es el milagro
De los ojos de Athena.
Con sus saetas aureas
Apolo dora el día;
Mas con su honda mirada
Palas la noche azura.
Oh hermana, es el misterio
De su pupila gláucope!"

sea el mismo fabricante de estos otros intrincados versos?

"Oblicuo eloquio, umbrílocuo deliquio".
.....

"Como exfoliar de nardos
Sobre el escollo undifrago".
.....

"Es un barco encantado
De cárbasos sedefios
Y proales orgullos".
.....

"Harmonía, armonía! Liras, rosas!
Oda que escande es una flor sonora,
Y oda fragante la corola en flor!
La cifra misteriosa escribe el iris
De la lira heptacorde, oh Heptamenio!
Lo que trasfunde un vuelo arquitectónico
De Laomedón a los sillares móviles
Es el lírico son. Números, almas.
La piedra torpe se destila en música
Como el carbón en luz. El son es sacro.
El alma sorda que no cela abscóndito
Canto, es la bestia ya sin la inocencia.
Harmonía, armonía! Eter infuso!"

Un griego del siglo XX habla por los 4037 versos de "La Prometheida o las Océánides". Si alguna afinidad estética se busca, su encuadre se aparta de la sobriedad dórica y de la esbeltez del jonio, para manifestarse por la riqueza del orden corintio; mas un corintio alterado, transformante, que mezcla sus líneas finas y graciosas con el rasgo torturado del agonismo fáustico. Serenidad en la tormenta. Tempestad en la quietud. Y bruscamente, cubriendo el éxtasis de las violas doloridas o la embriaguez de los pífanos risueños, el bramido pánico del órgano por cuyos tubos numerosos sube la naturaleza entera.

Toda la vida persiguiendo cosas simples y claras. Toda la vida realizando complejas y atormentadas empresas. El artista no escapa a la norma contradictoria del hombre y del político. La regla apolínea y la ley dionisiaca, disputan palmo a palmo territorios. Quien busca a través de estos versos el genio heleno, retorna defraudado. Quien escudriña el "pathos" desordenado de la lírica moderna, se ve deslumbrado por un orden severo que aun dentro del tumulto conoce sus caminos. Es un arte plural, de múltiples raíces, compuesto y constelar, como sólo suele darse en las viejas sofías ancestrales.

"La Prometheida" es una hermosa tragedia lírica, de profunda inspiración pagana y rica fibra fáustica. Alterna la perfección clásica con la explosión moderna. Línea y volúmenes, color y musicalidad se dan en superposición de planos, acusando la técnica endiablada de un compositor contrapuntístico. Rehuyendo la clausura de un estilo, es una "summa" de estilos contrapuestos; así, lo que disuena, es contraste voluntariamente elegido; y aquello que se excede, simbiosis maestra del tono y sus acentos.

La voz de Psiquis se alza en un zureo de paloma:

"Sobre el invicto Cáucaso
 De erectos riscos rígidos
 Y hondas cavernas lóbregas,
 Luz blanca y fresco orvallo
 Funde el naciente día.
 Héos en el oriente
 Es aún la rosa pálida
 Que ignora los carmines.
 Sobre el cristado monte
 Leves vapores vuelan,
 Y al viento matutino
 Son cendales de nieve
 Con fimbrias de coral.
 Anfitrite a lo lejos
 Sus coros sinfoniza;
 Los pávidos Temores
 Y los confusos Sueños
 Hacia el ocaso huyen;
 El día va a nacer!
 Oh, rumor, oh tremor
 Del ondulante llano,
 Del bosque centenal!
 La tierra siente el roce
 De unos dedos de rosa,
 Y el éter arde en oro:
 Salve, tithonia Aurora,
 Salud, titanio Sol!"

El tema es una variación del mito prometeico: el episodio de las Oceánides, las tres mil hijas de Tetis y de Océano, consolando al titán en desgracia. Construida de acuerdo a las reglas clásicas en su estructura formal, el poeta las violenta por el rapto expresivo. Psiquis, Palas, Athena, Apolo, Ares, Iris, el Coro de las Oceánides y Melifrón, ruiñeñor invisible, son las personas dramáticas. Prometeo no aparece en escena; pero su sombra titánica se proyecta por la tragedia como un viento tempestuoso que todo lo refiere a su vorágine:

"Odio los montes, odio!
 Toda altura es funesta.
 O es pedestal de gloria
 O es peana de suplicio,
 Todo igual! Mas el hombre,
 Trasunto de ave, pájaro
 Que en vez de volar piensa,
 Miró siempre nostálgico
 Al sol y a los azules:
 Tal su amor de la altura".
 Prometheo tenía
 Menos de dios que de hombre
 Cuando entre humanos iba;
 Y era más dios que humano
 Cuando hablaba a los Dioses".

Para un enfoque argumental o episódico, "La Prometheida" es el triunfo de la Lira sobre Thanatos. Después de lamentar la caída del titán, muere Psiquis; pero su canto hace inmortal a Prometeo. El alma redime al cuerpo lacerado y a la voluntad exangüe.

"Canta en la Prometheida Prometheo!"

"Prometheo y la múltiple Oceánide,
 (Olas del mar, lenguas del mar, miríadas),
 Son el mismo cantar, el mismo éxtasis:
 Un amor y un dolor, un duelo, un cielo!"

"Es más, es más. En la irisada cumbre
 Donde el dolor es éxtasis, y amor
 Es agonía y la belleza un sino,
 Psiquis es ya la eterna Prometheida,
 Carne celeste, femenil estrella,
 Tangible ensueño, doloroso mármol,
 La rosa sexual y el beso púdico,
 El rocío de luz en flor de llamas,
 Un soplo humano en un divino cuerpo,
 Una mujer, una mujer, oh éxtasis..."

“Un sueño y un dolor! La Prometheida...
Una mujer, una mujer, oh éxtasis!”

Pero una es la estructura apariencial y otro el simbolismo trascendente. Como el Gilgamesch, como el Apocalipsis, como el segundo Fausto, como el Zaratustra, el poema de Tamayo obedece a un plan vastísimo y oculto. Se capta su trama objetiva; jamás la urdimbre total de las significaciones. Debilitada en la ansiedad moderna, Mnemosine ignora la ciencia de comprender profundamente. No es el poema el oscuro. Es el lector, habituado a la niebla de la rapidez.

En “La Prometheida” rezuma el poeta toda su ciencia de la vida, su conocimiento de la naturaleza, su intuición de la historia, su sentimiento estético del mundo, con sus moradores, sus fenómenos y cosas:

“La línea esquivia las divinas formas,
Y el ritmo escande las eternas músicas.
No es la hoguera del sol; lo que ilumina
La tierra es la sonrisa de los Dioses”!

“Un aire que es espíritu del aire,
Y un agua que es el alma de las aguas.
La hora paladial! En las honduras
Adquieren una voz las mudas cosas
Y despiertan los fósforos dormidos.
Ortos y vidas son que al sol se apagan,
Y a la sombra se animan espectrales.
Noche sacra! Su sombra ya es asombro;
La nocturna sordera es ya sordina!
La hora paladial! Athena impera!”

“Toda alma es un vibrar sutil,
Que es mudez antes y después silencio!”

“Como un cáliz floral es el oído
Con siete estambres vivos y vibrátiles;
Pero no hay astro como el ojo sacro!”

Se diría una epopeya religiosa, que nos aproxima al problema insoluble del hombre y su destino, alcanzando la perfección por el dolor.

Coloquio de un alma con los Dioses de la Grecia eternal, trasciende las normas ciegas del cosmos; y en el estrépito de la civilización mecánica, se oye el son de una remota sabiduría, porque estas voces que hablan detrás del misterioso simbolismo de los versos, son aquel sabeísmo americano que a través del rigor de las formas toma contacto con las manifestaciones esotéricas del mundo, elevando el espíritu sobre la infinitud de los fenómenos.

El ditirambo a la Esperanza, diosa de las manos intáctiles, es un rayo de luz sobre el largo y penoso camino del hombre:

“Espera y calla; calla
Y espera: ése es el arte
De vivir, y mis dedos
Conocen aquel nudo
Que anuda toda cosa.
Yo te diré el secreto
Que callan Dioses y hombres.
¿Conoces la Esperanza,
La Dea misteriosa
Que emerge de las ruinas
Y de agonías vive?
Nada el milagro iguala
De sus manos intáctiles,
Ni la constancia vence
De su silencio insomne.
Su magia envuelve al mundo
Como nimbo invisible
Donde beber parecen
Su peso los planetas

Y los soles su lumbré.
 Nadie ha visto a la Dea,
 Pero todos la saben
 Honda, remota, íntima,
 Presente y fugitiva.
 Sus incorpóreas palmas
 Llueven sobre los seres
 Un manjar infinito
 E inefable que es menos
 Que viento y más que pan.
 Cuando todas las luces
 Se apagaron, sus ojos
 Contemplan todavía,
 Y cuando al fin callaron
 Todas las voces, todas,
 Sus oídos sin fondo
 Quedan aún escuchando.
 Su cara tiene el gesto
 De la vida, sus trazas
 Miman la muda mímica
 Del Destino; en sus ojos
 Mira la eternidad.
 Es ella si las huesas
 Resucitan en flores,
 Y cuando el viento aparta
 Las semillas, y esparce
 Favilas que ya fueron
 Fragantes frondescencias.
 Es ella, es ella, es ella,
 Cuando el árbol hiemal
 Funeral y espectral
 Sus nudos negros brazos
 Tiende hacia una invisible
 Remota primavera.
 Señora de los ortos
 Y de los perigeos,
 Tiene en su mano el radio
 Del círculo y la oculta
 Clave de la parábola,
 Y así en la tela viva
 Del tiempo traza el rumbo

Para las eutanasias
 Y la curva proyecta
 De las palingenesias.
 Yo conozco a la Dea
 Y he tocado el sutil
 Flujo de sus imanes.
 La vi sin verla un día,
 La sentí sin sentirla.
 Llegaba inmensa y honda
 Como las primaveras,
 Y en el silencio íntimo
 Con que la nieve cae.
 Su ser indefinible
 Cual un efluvio mágico,
 Fluctuaba en la leve
 Sombra de Prometheo.
 Tenía la indecisa
 Realidad de los éteres;
 Fugaz e intáctil era
 La carne de un ensueño,
 La sombra de una sombra;
 Y así inmaterial era
 Más vivaz que la vida.
 Más eterna que el mundo!"

Un poeta, un filósofo y un erudito se dieron la mano para componer esta obra monumental, tan rica de sustancias y significaciones, que sólo está al alcance de humanistas versados en la tradición indo-greco-latina-occidental.

En cierto modo es un nuevo cuño de la lengua castellana, oreada por las brisas bruscas del genio indio; mas el verso indómito y flamígero, sabe la ciencia de transmutarse en tierna música de amor:

"Ninfa que fuiste el sueño de los lises!
 Morbidez de jazmín, tez de azucena,
 Curvas cicneales, anforales sesgos,
 Lirado torso, oval y uval turgencia!
 Blancor de luna en la apolínea pierna

Y albor de perla rosa en las mejillas:
Tal emergías al claror del día
Sobre el móvil tapiz del agua verde
Y bajo el palio azul del cielo tinto!"

¡Se comprende el alma apolínea en la urna de un corazón dionisiaco? ¡Tremendo destino! Fausto y Apolo se despedazan todos los minutos. De esa lucha inaudita, de la fusión inverosímil de ángeles y demonios, nace "La Prometheida", lengua tenebrosa y seráfica, que bajo el velo de un mito griego, canta la grandeza desgarrada de los ásperos filos andinos, el dolor de una raza que se hunde en el olvido, y el trágico sino del hombre americano, planta sin raíces, que mirando el poniente crece inclinada al orto:

"Son que desgarran el labio que lo canta
Con un vibrar de liras y puñales!"
.....

"Sólo llorar un hado que ni entiendo
Y sufrir un dolor que ni merezco!"

De pronto el Ande, con la sensación vivaz de sus montañas:

"Y fué el eterno monte
Sacrosanto y terrible
Con sus riscos soberbios
Como erectos orgullos,
Con sus lóbregos cóncavos
Sonoros como cajas
De liras colosales!
Y el viento en las aristas,
El eco en las cavernas
Y aquel terror divino
Que habita la montaña".

"La Prometheida" evoca —por analogía— el clima sacro de las grandes epopeyas. Alienta el fuego intré-

pido en que parece que vive devorándose la honda poesía. Épica, lírica y dramática se confunden por sus versos. Tiene la profundidad metafísica, la majestad sonora, la epifanía cromática de los mundos poéticos totales, que por el contrapunto de los giros y las imágenes realzan la sublime variedad de las ideas. Sus estrofas fulgurantes traen resonancias de los Vedas, de Homero y de Virgilio, del Ferdussi y del Tasso, del Dante y del Ariosto, de Schiller y de Goethe, de Kleist y Zaratustra —genitores del espíritu moderno— sin que les falte una ciencia del corazón que las emparenta con Cervantes y los clásicos de Castilla.

Tamayo no buscó modelo para componer esta hermosa sinfonía de humanidad y de belleza. Bebió la "leche de leonas", se saturó del aire primordial y sempiterno; y a semejanza de los maestros antiguos, trascendió en la lira su comprensión del cosmos. Por donde escuche el oído, recoge un verbo inmarcesible:

"¿Qué sordo son invade la llanura
Como remoto trueno tras los montes,
Como tumbo del mar lejano? Es Ares!
Eres tú que te anuncias agitando
La espumante cuadriga de tu carro.
Rasga el aire el clarín como una espada.
Las notas de su canto en los escudos
Que bruñe el sol encienden llamas vivas
Y enarcean la cerviz de los caballos.
A su aguijón sonoro se desbordan
Terríficos torrentes. Canta el bronce.
Tumbos, asaltos, choques. Gime el suelo.
Volar de ruedas férvidas. Los carros
Trenzan el sibilante vuelo. Cintas
de llama. Espesa cáligo de polvo
Se alza. Se oye el chocar de las corazas
Y las espadas: fraguas de la sangre!
Vasto clamor ondula en la llanura,
Como la sábana del mar sonante.
Ares triunfa! Clarines y clangores!"

Si el plan de conjunto escapa al ojo, no es difícil desmontar piezas aisladas, creaciones maravillosas de un gran poeta. Así el saludo a la Aurora, que inicia la tragedia; el ditirambo a la Esperanza; el arribo de Ares; la exaltación de la Sangre y de la Lucha; la elegía al Dolor; los cantos de Psiquis y su despedida de la Vida; la invocación a Apolo; la aparición de Athena; los lamentos del Coro; el gorjeo de Melifrón; el suplicio de Prometheo evocado por Psiquis, son pasajes de admirable plasticidad, piezas que por sí solas constituyen síntesis artísticas.

Un mago de la forma juega sobre el viejo mar de las ideas:

“Reconozco la voz maravillosa
De mi viejo dolor maravillado.
Mas ¿fué siempre dolor el dolor mío?
Oh rara alquimia, tenebrosa magia!
Esto sin nombre que palpita en mí.
Antes fué sueño y fué después dolor.
Tanto era sueño que fué, al fin, dolor.
Y es tal dolor que me parece sueño.
Tanto es dolor y tal que llega a sueño!”

Hay síntesis filosóficas de grave significación, como aquellas que aluden a Prometeo devorado por su propio pensamiento; o las que, en alada alusión, bucean profundidades submarinas de la conciencia. Una vez más, el político y su experiencia viva sirven la técnica emoliente del artista, porque sólo quien padeció en grado extremo la miseria de los hombres, pudo expresar en versos tan justos verdades tan cabales:

“Vana es la sed de gloria
Que no se abrevó en llanto,
Y el grito de una boca
Que no es boca de herida!”
.....

“Un corazón se mide
Por la hoz que lo arranca”.
.....

“Sólo el hombre oye al hombre,
Ni hay puentes ni senderos
Sobre el piélago azul!”
.....

“Misterio de misterios,
Que estupeface bestias
Y encoleriza Dioses!
Una miel luminosa
Los leves labios unta
Del hombre, y es su verbo.
A su conjuro sacro
Rompen rejos de oro
Las tenebrosas rocas,
Y aran quillas de plata
Los turquesados piélagos!
Los mármoles letárgicos
Cantan las formas vivas
Y los carbones sordos
Se hacen cristales líricos”
.....

“El solo imperdonable
Pecado, la grandeza”.

La pasmosa pedrería de la espuma verbal, no apaga el frescor de una inspiración siempre lúcida. Es el canto de una cultura que declina. Dos, tres, cinco mil años de ciencia y de arte se vierten por esta penumbra sinfónica; y aunque el ojo es menos que la esfera, el hombre, fragmento del cosmos, integra al universo con sus seres. He aquí la Noche:

“La sombra es enigmática y divina.
¿Será la noche
Más divina que el día y más potente?
Ascua diurnal de los rubies ígneos!
Llama triunfal de los diamantes vígiles

Cantad la gloria de la luz que duerme
Cual una esencia en los zafiros negros!
La noche empapa allí sus alas lóbregas
Cual en taza de místicos cristales,
Y el vuelo de sus plumas silencioso
Tiende, como cendal de sombras lúcidas,
Visionario sopor sobre las cosas!”

Luego la redención del alma por el dolor:

“Serenidad! Ni viento ni torrente
Quiebra el rayo de luz: dardo de oro
Perfora infrágil, ilumina inmóvil
Cataratas y vórtices. ¿Qué sabes?
Un corazón que sangra es que florece!”

Ahora las frases acuñadas con el áureo relieve de la
cumbre:

“La espuma hierve en cuencos de zafiro”
.....
“Palacio especular de jade límpido”.
.....
“Su cabellera azúrea esparce al viento”.

Y después la elegía sencilla y condensada, donde el
viejo tema reverdece de ternura:

“Dolor, dolor, dolor!
¿Conoces el dogal
Que anuda las gargantas
Que se dicen adiós?
Y el silencio sin lágrimas
Con que se entierra un sueño
Muerto en el corazón?
Tremor de despedidas,
Verano que se parte,
Valle que muere ya!
Mustias sombras errantes
De las melancolías;
Funerales tambores
De los otoños pálidos!

Crepúsculos supremos!
Tristeza de tristezas!
Decidme la congoja
De un sueño que se entierra
Muerto en el corazón!”

Cuando el hechicero ha embrujado la mente con sus
maleficios —perversidades retóricas, lidias eufónicas,
giros inauditos— suelta los vientos que alelan el oído.
Así el gorjeo sutilísimo de Melifrón, ruiseñor invisible:

“Oílo, oílo, oílo
Tremar como un pistilo
Erétil y vibrátil.
Era el misterio umbrátil
Sutil, sutil, sutil,
Gentil como el abril
Y hostil como el reptil.
Era el misterio errátil,
Volátil y versátil!
Roto el fatal sigilo,
Oílo, oílo, oílo,
Oílo, oílo, oílo!”
.....

“Y reílo, reílo, reílo.
Mi pico cual un filo
Punzón de oro afilo,
Y en él como un cairel
Baila el misterio aquél,
Y es el secreto hilo
Que en mi trinar deshilo.
Oh son que el bosque cela
Y ulula, alela y vuela!
Rompí el fatal sigilo
Y reílo, reílo, reílo!”
.....

“Hilo de agua tranquilo
Que en la sombra deslíes
Mis dulces frenesíes
Y el cristal que destilo!

Hilo de agua tranquilo,
Si sabes el sigilo
Que en mis trinos instilo,
Oh dilo, acuátíl hilo,
Dulce hilo, dilo, dilo!"

.....
"Tilo en que el nido asilo,
Alto coposo tilo,
Si sabe tu suave
Follar mi verbo de ave,
Tilo en que el nido asilo!
Al hombre que intranquilo
Sabe que nada sabe,
En su lóbrego silo
Oh tilo, dilo, tilo, dilo, ti-
lo, dilo, tilo, dilo, tilo, dí!"

¿Por qué este desorden analítico, esta deliberada confusión al vagar por el océano lírico de "La Prometheida"? ¿Por qué no el análisis metódico, conforme a plan, de una crítica precisa? ¿Por qué la dispersión y no la síntesis panorámica?

La tragedia de Tamayo obedece a un esquema geométrico, de técnica impenetrable. Pitagorismo ancestral, posee un sentido interno de la forma que sólo se atisba a través de la cambiante vibración de sus ritmos y sus metros estróficos. 4037 versos eslabonan un himno solemne que bascula peligrosamente entre tumbos ideales y retumbos idiomáticos. Como la música de los grandes maestros, requiere el oído ejercitado y el gusto alerta. Un pasaje, una estrofa, apenas dan la llamada de la hoguera que conciertan las imágenes. Como toda epopeya, como todo gran poema lírico, "La Prometheida" yergue una imponente arquitectura. Es la catedral gótica, de mil agujas agresivas y torres mutiladas; por sus veredas aéreas se pierde el lector; atendiendo al detalle se esfuma la perspectiva; mirando al con-

junto se disuelven los contornos. Un griego resurrecto, un europeo escéptico y sapiente, un indio americano indómito y estoico, anudan sensibilidades en la fiera lid poética. El pensador da el zarpazo interno a las cosas. Sueña y se eleva el poeta. Define el filósofo. El hombre da su sangre. Su música el lirida. Y al fin el artista, criatura de Apolo y de Dionisos, arroja el triple dardo centelleante: neogriego, fáustico y andino.

Con lengua apotegmática, el poeta apostrofa al mundo vivo. El Coro saluda la llegada de Apolo; y en fibra heroica, relíevase el fondo semillante del politeísmo:

"Yo canto el quinto cielo!
Recóndito poder que geometriza
En la flor, el cristal y los zodiacos,
Fauna astral! Tú las cataratas abres
Del mar opalescente y latescente
De la idea, y en él te miras! Labras
Las formas vivas, escultura eterna,
Y el sueño arquetipal de sus contornos
Sobrevive a las cosas. Te obedecen
La línea y el instante. Tú compasas
Nadires y zeníts, y tú edificas
Las trigonometrías genitales.
Por ti hasta en lo aritmico hay un ritmo
Desconocido o superior. Lo que anda,
Lo que serpea o lo que vuela, todo
Responde a un logaritmo que hace estrofa!
Por ti las mentes prenatales trenzan
Sus fijas criptogamias que más tarde
Serán epifanías. Diste el radio
Del astro y la pupila. La naranja
Como el cielo circuíste en doce partes,
Fruto sacro. Contó en tu mente el mar
Sus olas, cual sus pétalos el trébol.
Tu diste al cráneo pensativo el molde
De la bóveda astral..."

"La Prometheída" es la inmortal historia del alma inmortal. Es el maravilloso periplo de las almas todas, el tránsito angustiado del pensar y del sentir. Por eso Psiquis se pierde en la lejanía, como se pierden las almas, a la caza siempre de sí mismas. Acaso éste es el sentido último de la tragedia de Tamayo: un transmutar la metafísica en símbolos líricos. La historia de un alma ¿no es el drama de la naturaleza? Y al cabo el poeta buscando definir lo indefinible infunde el soplo divino a sus criaturas, como lo enseñaba la sabiduría antigua: la verdad, ha de enseñarse sólo por transparencia; y el sino de las almas, magno misterio de la creación, puede ser entrevisto, pero no explicado.

Nadie sabe cómo se transfunden los carbones en cristales. Ni su incógnita geometría. Ni su radiar nocturno y misterioso. Pero podemos ver cómo fulge un ascua del gran diamante negro.

"Oh infinita epopeya
Del vasto mar genial!
Yo he visto los embates
De las salobres aguas
Y las apoteosis
Del piélago cantor!
Los matinales tumbos
En que se lava el día,
Las trombas espirales
Cual torres de esmeralda,
Las marejadas nómadas
Como palacios ebrios
Y el regio orgullo que hinch
La vasta pleamar!
Yo sé la faz de esfinge
De los verdes escollos
Y el florecer de mármoles
Que son los archipiélagos.
Yo sé el nidai de nácares
De las borrascas gélidas,
El rencor tumultuoso

De las resacas álgidas
Y las corrientes sordas
Como ríos traidores!
Yo sé el falaz espejo
Bajo el bajel sonámbulo,
Y en la noche letárgica
Los imanes recónditos,
Los fósforos fugaces
Y los rumores mágicos
Del pérfido cristal.
Yo sé el canto del nauta
Sobre las proras frágiles,
El verde sortilegio
Del agua en su pupila,
Y el alma que tremola
De ola en su barcarola!
¡Oh vértigos y vórtices!
Yo he bebido, he vivido
El poema del mar!"

Dejemos ya este filtro de culturas, inabarcable como el "Fausto", la "Commedia", las visiones de Patmos, distintos siempre a la interpretación del lector. La fusión imposible de Apolo, Fausto y Wirakocha, espera todavía la ciencia definente de un crítico sagaz. Ojo profético que recoge mundos desvanecidos y anticipa orbes incógnitos, "La Prometheída" es el diamante negro de la poesía americana. Es también la clave más intrincada y más completa para aproximarse a un grande artista; estética, psicológicamente, no hay mejor autorretrato de Franz Tamayo.

La primera tragedia lírica es una victoria y una derrota; victoria interna del artista; derrota exterior del hombre y del político, rechazados cada vez con más fuerza por el medio.

Tamayo tenía dicho: el pensador americano debe usar dos lenguajes; uno infantil, casi pueril, para hablar a sus demás coterráneos; y otro viril y completo para hablar a sus demás coetáneos. La experiencia iba

a demostrar la regla ensanchando sus límites. Todos callan ante el libro estupendo.

En 1917 se agotan mil ejemplares de "La Prometheida". A excepción de Daniel Sánchez Bustamante que la comenta con inteligencia, los bolivianos enmudecen. Faltan varios años para que un crítico alemán la señale como un monumento de la lírica española. Entretanto ¿cuál es la cosecha para el sembrador? Se requiere la experiencia directa del medio aldeano; una idea general, siquiera aproximada de lo que fué la vida paceña hace un cuarto de siglo, para comprender, a la distancia, el drama del escritor.

Largos días, semanas de silencio. De pronto los clásicos "acuses de recibo" de los diarios, que se "reservan para más tarde el estudio detenido de la obra". Aquí una pulla. Allí la alusión malévola. Tácitamente, los criticastros se entienden; no es por consigna, sino por resultado lógico en la atmósfera de tierra adentro, que los libros excelsos se convierten en presa fácil de los Zoilos criollos. Se juzga —cuando se juzga— una obra por el primer capítulo; a veces por el título. Las ideas del autor apenas sirven para que el crítico elucubre pensamientos marginales. Prolonguistas y enjuiciadores a la manera de Valbuena o Bonafoux, son las dos plagas de la literatura sudamericana. Se habla de lo que no se conoce; se define lo que no se comprende. Cualquiera patán, con trazos de humo, pretende borrar lo que está escrito con sangre. Cuando la naturaleza concede al crítico algún talento, se aplica en la apreciación unilateral; a destacar siempre los defectos, jamás las excelencias. La Paz, en 1917, es una aldea grande; y como todo ambiente provinciano, tiene sus críticos estrechos y enconados. Todos hablan, casi nadie escribe; al fin y al cabo, la lengua hace más daño que la pluma. ¡Eterna crueldad humana; quien no pueda ascender a un asunto, lo rebaja al nivel de su propia mediocridad!

Un día, el rencor vengativo de un émulo forja el arma que más daño causa al poeta, ahondando la incompreensión del medio. "Tamayo —dice en un artículo de prensa el Zoilo— es un "olímpico" que sólo trata con los Dioses. ¡Infelices bolivianos! ¿Cómo podrían ellos, perezosos, incultos e impreparados comprender al Zeus de "La Prometheida"? Tamayo desprecia lo americano, olvida el pasado legendario de Bolivia, prefiere refugiarse en el orbe heleno. Es un desertor!"

La intriga cunde fácilmente, Tamayo debe ser un poeta enloquecido por la ambición. Anónimos, epigramas, chascarrillos circulan por doquier. Las caricaturas políticas, presentan al genial mestizo vistiendo la túnica griega en plástica con los dioses del Olimpo. Cuando la "barra" es opuesta a sus discursos, saltan los insultos: "¡Fuera Júpiter! ¡No queremos oír a Prometeo!" Aquellos que por curiosidad o esnobismo compraron un ejemplar del libro, lo abandonan a las primeras páginas; y es claro, cuando hay dificultad para comprender, lo más cuerdo es sumarse al descontento general: "La Prometheida" debe ser obra de un chiflado, de un ególatra que se juzga superior a su medio.

Los diarios sugieren una campaña de nacionalización literaria. ¡Carta de ciudadanía al espíritu! "Hay que estimular a los poetas bolivianos de ética y de estética —sostiene un periodieucho—. No podemos exaltar a los tráfugas olvidando a los leales. Necesitamos bardos más auténticos, más humanos, menos artificiosos, que no dialoguen con los Dioses, sino con seres humanos".

Clausurado "El Fígaro" por disidencias internas, Tamayo funda "El Hombre Libre", tribuna de combate que prosigue la defensa de la doctrina radical. Desde la dirección del nuevo diario, el poeta sonríe despectivo. Sabe que su tragedia calza espuelas de oro. No ignora que tarde o temprano subsistirá del naufragio de las pasiones. Calla, sonríe y espera. De cuando en cuando,

como única respuesta, publica cartas del exterior, voces aisladas que sin desentrañar la obra, manifiestan franca admiración.

La segunda batalla se libró en el campo de las suposiciones. El plagio, mejor dicho la acusación de plagio —tan frecuente en medios incultos— fué el arma favorita de los adversarios. Tamayo no replicó a sus enemigos. Los pretendidos plagios se desvanecieron por sí mismos, sin mellar al poeta, mas dejando maltrecho al hombre. “Tamayo se viste con plumas ajenas” —fué el reproche de los tontos.

¿Es tan fuerte este hombre, tan sólido su orgullo, que puede resistir todos los ataques? No; hay un resorte que todavía no se ha tocado. Tras una campaña sistemática de difamación, los adversarios libran la tercera batalla, con una táctica “quintacolumnista” que haría honor a los procedimientos totalitarios.

Cansados de parodiar los pasajes esenciales para ridiculizar al poeta; fatigados de urdir acusaciones por supuestos plagios, los enemigos deciden herir al hombre en su punto más vulnerable: la soberbia, talón de Aquiles de todo grande artista.

Cierta mañana, sobre la mesa de redacción de “El Hombre Libre”, aparece un sobre misterioso: dentro viene una crítica de muchas cuartillas, hablando de la incomprensión ambiente, de la genialidad del poeta y —lo que es más— analizando lúcidamente los valores éticos y artísticos de “La Prometheida”. El meritorio estudio lleva un seudónimo por tratarse de un hombre modesto —dice la carta que lo acompaña— que no puede comprometer su cargo yendo contra la corriente. Tamayo se sorprende por la erudición, por la sagacidad del comentarista. No es un estudio completo de su poema; pero aun abarcando sólo ciertos aspectos, revela conocimiento, criterio madurado y sensibilidad literaria. La desconfianza india apunta en su pecho.

—No la publicaremos todavía...

Pasan dos, tres, cuatro días. Los redactores alzan el grito al cielo. Algunos amigos protestan. “¿Vamos a permitir que prosiga la difamación? Hay que dar una lección a los rivales. La crítica es excelente, justiciera, digna de “La Prometheida”; y debe publicarse para honra no de su autor, mas de las letras bolivianas”.

Vencido por la insistencia, Tamayo reproduce el comentario. Dos días después un diario adverso al radicalismo, registra con grandes caracteres la acusación: “Tamayo, maestro de simulaciones”. No hallando críticos espontáneos —dice el anónimo denunciante— para su artificiosa obra, Tamayo los fabrica por sí mismo, eligiendo nombres supuestos a fin de autoelogiarse. ¿Quiere pruebas el lector? ¡Pues allá van! Y entre ellas ésta, contundente, agobiadora, irrectificable; la célebre crítica publicada en “El Hombre Libre”, no pertenece a ningún imaginario “Pertinax”; es una hábil mimetización de los conceptos fundamentales vertidos por Saint-Victor acerca del mito prometeico, en su libro “Las Dos Carátulas”, monumento del teatro clásico. Todo lo atribuido al poeta boliviano —cambiando palabras y situaciones— pertenece al crítico francés, sagaz discriminador de la tragedia esquiliana. “¡Admirables recursos de la vanidad literaria! Magnífica superchería —concluye el denunciante— digna del genio de un gran farsante!

Tamayo ignoraba la existencia de la inmortal obra de Paul de Saint-Victor; he aquí explicado cómo pudo caer en la indigna celada de sus adversarios. Pero la reacción fué categórica; herido en su dignidad de hombre y de artista, el poeta prohíbe toda defensa. Fácil le habría sido demostrar que el anonimista de “El Tiempo” era el mismo urdidor de la “crítica” reproducida por “El Hombre Libre”; mas cerrándose en un mutismo helado, no vuelve a cruzar palabra sobre su tragedia. Por obra de la envidia, “La Prometheida” es

destruida social y literariamente, cuando comenzaba a vivir. Su genitor la sepultó en lo más recóndito del alma, allí donde no llegan los zarpazos de la bestia humana.

Muchos años después, en plena sesión de Congreso, defendiéndose de ataques políticos, el hombre recuerda con amargas frases la desventura del poeta.

—Para mí —declara Tamayo— las explicaciones están de más. Soy fatalista. Hace más de quince años publiqué un libro. En esos momentos hallábame empeñado en luchas políticas, como lo estoy ahora, contra una mayoría que me abrumó con su voto. En esa hora salió mi poema. Y la pasión, no pudiendo coger al hombre vivo, tomó la obra para destrozarla. Yo permanecí callado. Me estuve quieto, a pesar de contar con un diario propio. Y cuando alguien me aconsejó defender “La Prometheida”, debí responderle: “La obra de arte no se defiende. Si es mala se hunde en el olvido. Si es buena, a pesar de todo será pedestal para su autor”.

He aquí la trágica historia de la más insigne obra poética brotada de pluma americana.

Los años siguientes pertenecen al político. En 1917, al asumir el poder Gutiérrez Guerra, nada deja entrever la ruina liberal. Existe un partido de oposición, fuerte y activo; hay descontentos, como siempre; pero cuando Montes resigna el mando por segunda vez, deja las cosas en orden. La gran minería, convertida en la primera fuerza del país, marcha de acuerdo con el partido de gobierno. La fuerza política, la potencialidad financiera, las Cámaras dóciles, todo contribuye a sostener la hegemonía liberal. Cuando las cosas se descomponen más de lo preciso, el estado de sitio —vicio americano tan nefasto como necesario— pone a cada cual en su lugar recordando el poderío de los que mandan. El 5 de diciembre de 1917 se lleva a cabo la célebre acusación al ex presidente Montes. Hay tiros y heridos en

la plaza Murillo. Gran alboroto en las Cámaras. La crueldad montañesa, no contenta con atacar al político, se ensaña con el hombre: los opositores acusan a Montes de haberse llevado los muebles del palacio y otros latrocinios indignos del caudillo. Montes se defendió con entereza; levantó uno por uno los cargos que se le hacían; y terminó apostrofando —ya simple ciudadano— a sus enemigos: “¡Yo piso y paso!” La frase hizo época mas no bastó para conjurar la tempestad. Sobrevino el estado de sitio, desterróse diputados, se clausuró diarios y la acusación se desvaneció. Una vez más el liberalismo dominaba la tormenta.

¿Qué papel juega el jefe radical en la ofensiva contra el montismo?

Con el ultraje inferido al poeta, crece el orgullo despreciativo del hombre. Existen anécdotas incisivas de ese tiempo en que, sin resignarse al aislamiento del artista, Tamayo, aun combatiendo políticamente a los liberales, acentúa su pugna con el medio.

Los universitarios quieren atraer al fuerte pensador de “La Creación de la Pedagogía Nacional”, mas sus esfuerzos son vanos. Las respuestas bruscas, las salidas de tono, le restan simpatías en la masa estudiantil. Otras veces su cólera se desfoga contra personas respetables, como ocurre en cierta ocasión que, disertando sobre un tema cualquiera, el orador es interrumpido por un curioso que oyó mal:

—¿Cómo...?

Y la respuesta estalla como un latigazo:

—¡Tamayo no repite!

La juventud goza con esta vitalidad robusta, con este andar de puma, siempre dispuesto al salto, que se da de zarpazos con el medio. Pero los felinos son difíciles de amansar. Y así como un abismo se abre entre la ingenua admiración juvenil y la madura experiencia del pensador, un río de aguas profundas corre entre

la universidad y la política. Enseñar... ¿Qué? ¿A quiénes? ¿Y por qué? No acabamos de terminar el aprendizaje de nosotros mismos, y habríamos de perder energías en educar a los demás. Dictar una cátedra, bien. Dirigir, formar generaciones, es empresa de apóstoles no de luchadores. Derribar al liberalismo será cosa más útil. Y acaso... acaso haya campo menos estrecho para el sociólogo que sueña en convertirse en derribador de gabinetes.

Tres años de intensa lucha política. Rechazando enérgicamente toda proposición revolucionaria, Tamayo lucha, como siempre, solitario. Respeta la ley, las instituciones; se somete como ciudadano al gobierno legítimo; combate como político, sus métodos y sus errores; combate de frente, sin hacer acción demagógica. Por eso, cuando llega la hora de ajustar cuentas, el gobierno deja tranquilo al intransigente admonitor de "El hombre Libre", cada vez más agrio, más acometivo, que después de fugaces escapadas a las fincas del altiplano, para vigilar sus cosechas, retorna con renovado brío a la brega.

En los años posteriores se inicia la escisión liberal. Radicado el caudillo en París, Gutiérrez Guerra carece de energía para imponer el orden. Hábil banquero, aun teniendo dotes de estadista, le falta esa férrea voluntad que es lo único que afirma a los gobiernos criollos. No es en el sentido profundo del término un político, sino un hombre de negocios inacostumbrado a manejar grupos y pasiones. Los capitanes de la minería y de la industria comienzan a combatirse con encono llevando su división al propio gobierno. El caso "de los alcoholes", hizo crisis de la descomposición interna. El liberalismo, que ya ha soportado el cisma de los republicanos, se ve frente a una nueva y más peligrosa escisión; divídese el partido en liberales-patiñistas y liberales-antipatiñistas. Apoyan los primeros la política

del rey del estaño, los monopolios, el predominio inmoderado de la grande minería. Sostienen los segundos —bajo la apariencia del interés fiscal— la necesidad de equilibrar el juego de las fuerzas económicas, para imponer nuevos monopolios y permitir que otras influencias contrarresten la hegemonía minera. En el mismo gabinete, hay ministros patiñistas y antipatiñistas. La cuestión alcoholera ocasiona los primeros discursos socialistas en el parlamento boliviano —1918-1919— pronunciados por liberales: Tejada Sórzano y Martínez Vargas, atacan rudamente el monopolio concedido a Patiño, defendiendo la conveniencia fiscal. ¿Hasta qué punto fué sincera esa actitud y hasta qué otro representaba la resistencia contra la política del patiñismo? La historia despejará la incógnita. Sin esa fractura en su organismo interno, que aparejó la confusión ministerial, el debilitamiento de las mayorías parlamentarias, la lucha económica y la división de las ideas, el liberalismo acaso habría prolongado su permanencia en el poder.

Aprovechando la anarquía del adversario, hábilmente estimulada por influencia de otros magnates como Aramayo y Escalier, a quienes resultaba pesada la sombra de Patiño, la oposición arreció fuegos. El tribuno Salamanca en el parlamento, el sociólogo Saavedra en la prensa, abren brechas en la confusión liberal. Los pueblos sudamericanos son veleidosos, aman la mudanza; aunque no hubiesen existido razones de grave descomposición interna, veinte años de liberalismo era mucho soportar. En nombre de una libertad que no entendían, combatiendo un despotismo provocado por su misma intransigencia, los republicanos fueron ganando terreno en el pueblo.

Había otra causa, que la oposición supo explotar oportunamente: Montes era "practicista". Desde París, pide Tacna y Arica —puertos peruanos detentados por

Chile— para Bolivia, en tanto que los republicanos enarbolan el pendón de la reintegración marítima de nuestro litoral; recuperar todos los puertos bolivianos perdidos en la Guerra del Pacífico. Quien no participe del ideal “reivindicacionista”, es un “vende-patria”, según la prédica opositora. Y el pueblo, como siempre, se deja engatusar por el señuelo utópico y romántico.

El jefe de los radicales juega un papel activo en el derrumbe liberal. “El Hombre Libre” es una batería certera contra las posiciones del gobierno. De los epigramas sarcásticos, de los artículos tendenciosos, de las críticas muchas veces injustas, arranca la profunda enemistad que le profesaría el general Montes. Caen gabinetes bajo la enérgica admonición del tribuno. Tamayo gana muchas batallas parlamentarias y polémicas que otros aprovechan. Cuando la caída es inminente, faltando pocas semanas para que el edificio se derrumbe, el gran mestizo cesa de golpear. A otros queda reservada la misión del chacal.

El 12 de julio de 1920, un cuartelazo liquida el régimen liberal. El partido republicano sube al poder. Y sigue lo de siempre; manifestaciones callejeras, persecuciones, brotes de rencor. Terminan veinte años de privilegios para unos y se inician diez para otros. La Junta de Gobierno comienza por desplazar de la administración a los liberales y los reemplaza con republicanos. Nuevos órganos de prensa. Declaraciones optimistas. Meteóricos programas de reconstrucción nacional. Las revoluciones criollas sacuden el alma colectiva. Poco importa que los programas queden en el papel; los pueblos han vivido días de emoción intensa; y la ilusión, cuando es sincera, también tiene su valor psicológico.

En la casona de la calle Loaiza un hombre mira desde su conciencia. ¿Qué significa la revolución republicana? Había un programa; extirpar el fraude electoral, devolver su independencia al parlamento, garantizar los de-

rechos individuales contra el abuso de los gobiernos, moralizar la administración, sanear la economía pública y privada. “El sistema republicano —proclama Saavedra— es un régimen de libertad; hay que devolver al pueblo el gobierno de la nación”. La intención no pudo ser mejor. Pero frente a ella están veinte años de paz y actividad. Los liberales han puesto las bases de la nación moderna: escuelas, ferrocarriles, ejército, caminos, industrias, comercio. Es verdad que al último el progreso material se empaña por la perversión de los hábitos; política y socialmente el liberalismo se ha descompuesto desde adentro. Ausente el caudillo, se aflojó todo el tejido conjuntivo del sistema. El poder corrompe —dicen los antiguos. ¿Habrá llegado la ansiada redención? Dos ligeras sombras oscurecen el horizonte; también los republicanos han cometido fraudes electorales; también sedujeron al ejército y lo mezclaron en la lucha civil. ¡Ironías del destino! El partido de la depuración nacional sube con las manos sucias. ¿Pero qué son dos lunares en la aurora naciente? La razón dice: “Es el triunfo de los descontentos”. El corazón dicta: “Son los reformadores; confiemos en su acción”. ¿Quién irá al gobierno? ¿Salamanca, el tribuno insigne y austero? ¿Escalier, el patricio radicado en Buenos Aires, médico, político y hombre de fortuna? ¿Ramírez, el famoso “pico de oro”, orador, polemista y abogado? ¿Saavedra, jurista y sociólogo, panfletario y nervio de la revolución? Cualquiera que sea... La cuestión es renovar ideas y sistemas; cambiar personas. Que un Tamayo pueda ser ministro de Estado. Que los mestizos y si es posible que los indios se sienten en el parlamento al lado de los blancos. ¿Es la revolución social? ¿Exactamente: la revolución social! ¿Con quiénes gobernará el republicanismo? A excepción de dos plutócratas y algunas figuras políticas de prestigio, en realidad las élites militan al frente. Se acaba-

ron las castas familiares y la perpetuación de los cargos. ¡Rotación, rotación! Detrás de los líderes republicanos, detrás del jefe radical, que tuvo su parte en doce años de lucha contra el liberalismo, acude el pueblo, la nación toda. ¡Pero quiénes fueron Pando, Saavedra, Salamanca, Ramírez, Tamayo? Ex liberales, productos del cisma. Entonces ¿contra quiénes va la revolución? Contra los amigos de ayer trocados en adversarios. ¡Bah! Eserúpulo vano. La política es la política. La mente humana, organismo vivo, está sujeta a constante mudanza; sólo el mineral persiste. ¡No! La revolución va contra la aristocracia nueva creada por Montes: la aristocracia del dinero, la burguesía adocenada y servil. El liberal ha sido el hombre de consigna. La revolución destruye al hombre de consigna para imponer al ciudadano consciente y responsable de sus actos. ¿Es un mito la democracia? Tampoco; ahora comienza su realización práctica. Un diputado podrá fulminar, con un solo discurso, todo un gabinete; un periodista hará tambalear al gobierno que se sienta más seguro; y el pueblo elegirá (¡suprema virtud!) a los mejores, rechazando el billete de banco y las seducciones engañosas. Ahora podrá don Franz Tamayo imponer su célebre principio de ética política: en materia electoral, ni compro ni vendo. El voto debe ser libre, austeramente democrático.

El soliloquio se interrumpe. Por la puerta entreabierta llegan voces infantiles. El hombre sale de la biblioteca y regresa con algo entre los brazos; es un pequeño envoltorio, por cuyos pliegues asoma la carita morena de un infante. ¿Hay algo más delicado que una criatura? Los ojos menudos miran sin comprender, vagan sobre las cosas; a veces las mejillas se pliegan en la ternura de una sonrisa; sonidos entrecortados brotan en adorable confusión. Los otros niños juegan en el patio. Este es el tercero, el más tierno, el más urgido de pro-

tección. La paternidad ¿no es una larga y constante protección? Al cabo ¿por qué se lucha, para quién se lucha? Puede un artista olvidar temporalmente sus obligaciones familiares; el hombre no tarda en refugiarse en ellas. Son la sal de la vida. La política misma ¿no es un anhelo de mejorar la sociedad para los que vienen después? Los hijos, los hijos... ¿cuánta promesa venturosa! Estos tres aguiluchos no crecerán en la soledad; irán a la escuela, se confundirán con los demás, escalarán su puesto en la sociedad no por el rechazo sino por la simpatía. Educación de príncipes; trato de gente modesta. No hay que echar réprobos al mundo, sino almas sencillas. El arte, el gran arte: tragedia y poesía... la política, ciencia de gobernar a los pueblos... y el tercer enemigo, el más difícil; la convivencia con los demás. ¿Por qué la tierna gacela se trueca en león? Nacido para la bondad, el hombre termina siempre cruel. ¿Qué? ¿Lágrimas...? ¿Lágrimas sobre la faz del indio indómito? Franz Tamayo no se doblegó jamás ante el destino. Pero esas voces que suben del patio, ese sol que invade la estancia, este pequeño envoltorio entre los brazos, esa vaga presencia de los peligros que acechan a los futuros ciudadanos; este orgullo mezclado de sobresalto, esta ternura revestida de fiereza, ¡vamos, tonterías! La puerta se abre con violencia:

—¡Llévate a los niños!

La Junta de Gobierno recuerda al antiguo compañero de luchas. Juntamente con otros personajes, Tamayo es designado Delegado de Bolivia ante la Sociedad de las Naciones. Planteará, en Ginebra, la reintegración marítima del país.

Nada obtuvo, hasta entonces, en un sentido práctico, el reformador. Nada el sociólogo. Nada el jurista. Avasallado por la contradicción mestiza, el político debió ceder al artista. Cosecha estéril —dirán los émulos:

discursos, papeles, conferencias, ensayos, ¡bah! ¿Y la siembra de ideas?— replican los admiradores. El sudamericano es polígrafo y versátil. Si Tamayo no ha dejado un cuerpo sólido de doctrina, su intervención en la vida pública ha removido muchas cosas. Ahora se sabrá si el demoledor es capaz también de construir.

“Tamayo —juzga un observador imparcial— se extravió por los caminos de un cuerpo nacional desarticulado. Su voluntad, su energía se gastaron en la fricción con los hombres. Su inteligencia creadora, orientada a fines de organización social, ha debido embotarse contra la indisciplina y la abulia colectivas. Veámoslo actuar ya desde un alto cargo, con responsabilidad propia”...

Un ser en perpetua contradicción consigo mismo. ¿No descubre el enigma “La Prometheida”? Psicológicamente, el artista debe imponerse al político, porque tiene todas las virtudes de aquél y ninguna de las maldicias del segundo. Una vez más, la contradicción realiza su obra: en 1920 si no el político, el espíritu civil vuelve a derrotar al artista. “El signo más agudo de la vida: la pasión”. Con esa pasión impetuosa característica del genio romántico, Franz Tamayo, jurista y diplomático, parte a Europa, para defender los derechos de su patria. Es el tercer viaje transatlántico.

—Don Franz —inquiere uno de los compañeros durante la travesía—: ¿se le ocurre algún otro argumento jurídico? Habría que reforzar el alegato...

—¡No! La causa es justa. Huelgan argumentos después de los que ya reunimos. Pero se me antoja que será difícil hacer entender el lenguaje de un pueblo chico, donde todos son grandes.

La mediterraneidad de Bolivia fué planteada en París, poco tiempo después de los 21 puntos wilsonianos. “He aquí —comenta Mr. Pichon— una prueba de fuego para la Liga!”

Pese a la clásica desarmonía interna —jamás desmentida en nuestra historia diplomática— la delegación boliviana se desenvolvió discretamente; no podía aspirar mejor recompensa en medio tan complejo. La victoria final debía esfumarse detrás de la discordia de las grandes potencias.

“La demanda boliviana es tal, tan cierta —subrayó “Le Temps”— que de su resolución depende la vida, la estabilidad misma de la Liga de Naciones”. Tan evidente fué la previsión, que desde el punto en que se pasó a una comisión el alegato boliviano, con el propósito deliberado de encarpetarlo, la Liga de Naciones decretó su propia ineficacia. Veinte años tardaría en derrumbarse.

Los delegados bolivianos retornan con las manos vacías. ¡Justicia... Derecho...! ¡Palabras huecas! El mar sigue infranqueable a la montaña.

Es duro volver con la derrota; pero cuando se ha puesto pasión ardiente en servir al terruño, es más doloroso caer apuñalado por la espalda. A los pocos días de volver a La Paz, un diario publica la “nota reservada” que uno de los delegados remitiera a la Cancillería, censurando la conducta del señor Franz Tamayo. ¿Qué se critica? La independencia de carácter, las excentricidades, la inteligencia superior del hombre representativo que no puede someterse a sus impares. ¿Y por quién? Precisamente por el colega más extremo, por el menos capaz de los miembros de la delegación. ¡Perfidia altoperuana!

¿Qué ha ocurrido entretanto en el Ande?

La Junta de Gobierno estaba formada por Saavedra, Escalier y Ramírez; un kolla, un expatriado y un chusquisaqueño. A juicio de los círculos políticos, ninguno debía ser presidente; el poder correspondía a Salamanca, jefe de la oposición. Correspondía... Pero el kolla, astutamente, tendió sus redes; y cuando sus colegas

de la Junta quisieron reaccionar era ya tarde; no se llama al pueblo para elegir nuevo presidente, acudiéndose al voto de la Convención; Saavedra, encargado de la Cartera de Gobierno, ducho en politiquismos, logró mayoría en su favor. El primer presidente republicano entra a palacio suplantando la voluntad popular. La nación tiene un nuevo caudillo.

Antes de asumir el poder, el republicanismo soporta la cisura inicial; habrá republicanos saavedristas y republicanos "genuinos". Saavedra queda con un puñado de amigos y una gran masa popular en La Paz. Salamanca y Escalier agrupan a los descontentos, y sumándose a los liberales, desenvuelven, durante cinco años, la más enconada oposición de que hay memoria en nuestra historia. Subsisten liberales y genuinos, programas y jefes diferentes, mas la meta es una sola: derrocar al nuevo caudillo.

El jefe radical tiene el pudor de los soberbios. La derrota diplomática lo hiere en lo vivo. Los primeros meses transcurren en el retiro familiar; nada indica si se sumará a las huestes oficiales o a los núcleos de oposición.

"Ayllu" —dice el sociólogo— es la familia andina de tipo patriarcal, cerrada como un electrón, que, aprisionada entre un rincón de montañas, subsiste como expresión eterna de prehistoria, acechando el drama de la evolución americana, en el cual no participa.

Tal vez las palabras anteriores puedan aplicarse, en cierto modo, a la intimidad hogareña de Tamayo.

Hay mucho de aislamiento, de disciplina y desconfianza indias; algo trasciende al "ayllu" milenario, en este enigma todavía insoluble; nadie conoce el medio familiar del poeta. Mujer e hijos viven aislados del mundo, bajo la férrea vigilancia del señor del "ayllu", cuya individualidad solitaria rechaza la intrusión externa. Su hogar es cosa aparte. Los visitantes que se

retiran ganados por la fineza del anfitrión, nunca han visto en sus salones a los familiares. Las células del "ayllu" crecen mirándose entre sí. Para la sociedad no existe la familia de Franz Tamayo. Para Franz Tamayo no existe la sociedad.

Cuarenta y cinco años; madurez física y mental. Terrible juventud del alma, devoradora voluntad. Hay una etapa de transición. El poeta prepara sus libros, el sociólogo estudia, el político se disciplina. Los admiradores discrepan:

—Este don Franz... Tiene un modo de acertar en el nudo de las cosas. Nunca dice cosa que no sea aprovechable. ¿No es admirable? ¡Y cómo interpreta a Beethoven...! Yo no entiendo de música, pero la pasión con que toca me sacude. Y al lado de todo esto ¿cómo explicar sus rarezas?

—Se puede ser un maestro para los demás, y un destructor de sí mismo.

¿Qué se sabe, por aquel tiempo, del adusto pensador andino? ¿Qué se conoce hoy mismo? Su fuerza y su medida apenas se sospechan. No hubo, no habrá mayor enigma humano en la montaña. ¿Qué energía bárbara, qué pasiones contrapuestas, qué pozo de sapiencia! Viéndolo cruzar erguido y rápido, con ese andar felino del aimára, sin haber alcanzado aún el porte señorial de la senectud, un contemporáneo juzga estremecido:

—Si éste llega a manejar el país, nos eleva al rango de potencia o nos precipita al abismo...

¿Cómo pueden los jóvenes comprender tamaña ambición en marco tan variable? Tampoco los coetáneos entienden ese descontento superior que no se satisface a veces, de ningún bien material, ni del amor ni de la gloria, ni de la propia creación artística. El hombre atraviesa períodos de hurañez. Días que se sustrae a todo contacto. "A veces la fuerza consiste en no obrar". ¿Qué hace el gran mestizo, cerrado entre los muros de

su casa, guardado por los libros o mirando largamente al horizonte desde su empinado balcón?

Un doble resorte de impulso sincero y de astucia efectista yace en el fondo del artista. Tamayo mira para ver y para ser visto. Si todo pensador es, simultáneamente, objeto y sujeto de su acción, todo artista es a un tiempo mismo escultor y escultura. Franz Tamayo, asomado a su balcón en los crepúsculos del Ande, erguido y fiero como una estatua india, todo él reconcentrado e impasible, es —ha sido siempre— un símbolo viviente de la patria montañesa. Una extraña sensación de fuerza retenida emana de la figura solitaria. Se diría que pueblo y tierra duermen en la soledad y en el silencio. Enmudece y resiste Bolivia. Tamayo la retrata. Treinta años se ha visto al indio magnífico, clavado en su balcón como un peñón del Ande, sin aprender la lección. En 1920, como en 1940, el paceño mira indiferente al "loco de la calle Loaiza". Cuerdo o trastornado, para el boliviano apenas existe.

El retorno al parlamento se produjo a invitación del gobierno, que desea contar con el radicalismo para "reorganizar el país", según la irónica fórmula inventada por los partidos que llegan al poder. Tamayo ve en Saavedra a un estadista. Como ayer con Montes, la enemistad comienza en simpatía. Quiere contribuir al nuevo edificio político-social que erigen los republicanos; mas como entre las intenciones del político y el giro de los acontecimientos se alza casi siempre el destino, no tardó en malograrse el propósito.

El parlamento republicano agrupa algunos personajes de primera línea y numerosos de segundo y tercer plano. El caudillo ha elegido bien su gente; salvando las naturales excepciones, las "ovejas" saavedristas son tan dóciles como el "ganado" montista. Sólo con mayorías camarales dóciles se puede gobernar la montonera criolla. Saavedra lo sabe; por eso no le incomoda que brillen

algunas luminarias, cuando tiene en sus manos la mayoría de los votos.

La reaparición del jefe radical fué una sorpresa. Siempre el mismo fuego, la misma lucidez de exposición; pero un carácter más dueño de sí, más dúctil a hacer concesiones, pudo dar una impresión favorable a los diputados. Tres, cuatro intervenciones oportunas, discretas, sin la antigua egolatría, sin el exhibicionismo anterior, bastaron para captarle momentánea simpatía; el honorable Tamayo de 1922 parecía ser muy otra cosa que el honorable Tamayo de 1915.

Poco iba a durar el sortilegio por obra del azar; y el azar vino esta vez encarnado en la figura de don Ricardo Jaimes Freyre, que no cedía fácilmente en punto a elevación de alma y gobiernos del mundo. Gran poeta y gran señor, político, humanista y educador, hombre representativo en toda la extensión de la palabra, Jaimes Freyre es un contrincante adecuado para dirimir supremacía.

Mientras ambos fueron diputados, guardáronse consideraciones. Excelentes oradores, ganaba tanta admiración el discurso académico del uno como la prédica ardiente del otro. Al hablar de la renovación del gabinete, los diarios señalaban a Jaimes y a Tamayo como presuntos ministros. Así debía ser, en buena lógica. Mas como la política es la ciencia de las posibilidades imprevistas, no hubo sitio para el segundo en el nuevo gabinete. Y aquí terminó la cortesana deferencia de los rivales; al incorporarse Jaimes Freyre al gobierno, como Canciller de la República, fué bruscamente interpelado por el diputado por La Paz, cosa inusitada en los anales parlamentarios, que suelen recordar el acto interpelatorio como crítica a la política ya en marcha de un ministro de Estado, es decir cuando ha transcurrido el tiempo suficiente para apreciar la bondad o los defectos de su obra.

¿En qué consiste la interpelación de enero de 1922?

Siendo diputado Jaimes Freyre, pocos días antes de subir al ministerio y en el curso de una sesión reservada, se había manifestado partidario del famoso "Dictamen de los Tres", documento emanado de tres juristas de la Liga de Naciones que rechazaba, por impracticable, el reivindicacionismo integral boliviano en el Pacífico. Naturalmente que tales opiniones, vertidas por el diputado Jaimes Freyre en sesión secreta, nada tenían que ver con la futura orientación de la Cancillería en manos del ministro Jaimes Freyre. Pero Tamayo disponía de un excelente caballo de batalla: la reivindicación marítima, que sirviera a los republicanos para derribar al liberalismo; y montando con presteza el corcel, acusó al flamante Canciller "por sus opiniones contrarias al buen derecho patrio en el asunto con Chile".

Del 10 al 26 de enero se enfrentan los oradores. Espectáculo sin par: "La Prometheida" contra "Castalia Bárbara". Dos cimas de América.

Tamayo inicia el acto con una alusión histórica al combate de Fontenoy, donde ingleses y franceses se disputaron el honor de tirar en segundo término.

—Yo recuerdo haber estado en Fontenoy. Y vos también habéis estado señor Ministro —dice con persuasiva elegancia, invitando al debate elevado.

El diputado por La Paz plantea el debate jurídico-político. Sostiene el reivindicacionismo integral, contra la tesis practicista. Arguye que no puede haber dualidad de persona jurídica y persona privada; que lo que una sostiene, está obligada a compartir la otra, por lo que, el ministro de Relaciones, no tiene otro camino que ejecutar las ideas del diputado Jaimes Freyre.

En el fondo, todos eran reivindicacionistas. La historia, telón de fondo de la voluntad, no es otra cosa que una pugna de vanidades; bien mirado, muchas veces vale más el pretexto generador de los hechos que el suceso

mismo. Así, de un asunto nimio, surgió la batalla de dos rivales en las letras y en la oratoria, que disputaron palmo a palmo jerarquías.

Si el interpelante mantiene una actitud arrogante y amenazadora —pese a la cortesanía de los primeros floreos verbales—, el interpelado ingresa al recinto en son de desafío, altanera la mirada, desdeñoso el gesto. Tras una réplica incisiva, suele atusar las erizadas guías del bigote y clavar la mirada en las tribunas, como si poco le importara la actitud del adversario.

Tamayo sólo espera ocasión de herir a su contrincante, después de haber expuesto la argumentación jurídica. Jaimes, a su vez, aguarda que lo hieran para agredir a su turno. Si al pacheño le bailan los ojos de malicia, al potosino las venas se le hinchan de impaciencia. Peleadores de raza, ambos tienen, como medio, la discusión doctrinal; como gimnasia y como fin la derrota del contrincante.

Aun siendo cabal la primera intervención del Canciller, el interpelante se dió mañas para prolongar el debate. Hizo un análisis constitutivo de la Liga de Naciones y del Pacto de Versalles. Algo más: obtuvo, en el curso de la discusión, que el Ministro de Relaciones manifestara su franco repudio a la tesis practicista. Con esto debía terminar, lógicamente, la interpelación. Pero el diputado por La Paz, maestro en casuística, logró desviar el asunto a un plano exclusivamente técnico —si cabe el vocablo— dejando de lado la orientación diplomática del país, para ocuparse sólo de la capacidad jurídica de su piloto.

—El ministro Jaimes es un gran patriota, un gran ciudadano, pero un malísimo abogado! — y con este argumento, comprobado mediante citas oportunas de jurisprudencia y filosofía social, hace saltar en su asiento al Canciller.

Jaimes Freyre debió apelar a toda su calma —que

no era mucha— y refrenar todo su orgullo —que era excesivo— para soportar las pullas del adversario sin perder la compostura. No obstante, siguió refutando serenamente la impugnación del adversario.

—El ministro de Relaciones —dijo— que no acaba de posesionarse del cargo, mal puede explicar a la Cámara la orientación de la Cancillería que ha de fijarse de acuerdo con el Presidente de la República. Mas puede, sí, asegurar a los representantes nacionales, que las ideas personales del diputado Jaimes Freyre, vertidas en sesión secreta, en nada influirán cuando convenga fijar aquella orientación. El hombre de Estado se adapta a las conveniencias políticas de la nación, por encima de las ideas circunstanciales. Todos somos, aquí, reivindicacionistas. El Canciller también.

Tan hábil expositor como Tamayo, más sereno en el decir, el ministro tuvo más de una vez la batuta en la diestra, aunque su delicada posición lo ponía en desventaja respecto a su impugnador. A la cita latina, replicaba con el aforismo heleno. A la reminiscencia histórica con la disquisición filosófica. Todo parecía indicar un lógico equilibrio, cuando el interpelador provocó un incidente desagradable.

—Ya dije que el ministro de Relaciones no es practista —manifiesta Jaimes Freyre— pero si el señor diputado insiste en creerlo así, allá él con su errada y su porfiada insistencia. El señor Presidente de la República y el Canciller que habla, mantienen y mantendrán con entereza la reivindicación total en el Pacífico. Esta es la verdad.

La réplica no tiene nada de ofensivo. Mas el tono presuntuoso con que fuera dicha, el ademán desdeñoso que la subrayó y esa arrogancia de gran señor que sacaba de quicio al interpelante, unidos a un cerrado batir de palmas femeninas, provocaron el traspíe.

—¡Eso no es verdad! —vociferó el honorable Tama-

yo—. Anoche visité al señor Presidente y en el curso de una extensa charla confidencial, el doctor Saavedra me manifestó estar en desacuerdo con el ministro Jaimes Freyre.

—Es muy grave la afirmación que acaba de soltar el señor diputado —contestó sin arredrarse el aludido— y pongo en duda sus palabras, porque no hace una hora, antes de venir a este recinto, el señor Presidente me ha ratificado la plenitud de su confianza.

—¡Yo no miento nunca! —truená Tamayo.

Salieron a relucir testigos, se cruzaron frases violentas, alborotóse la “barra” y el presidente de la Cámara tuvo que suspender la sesión.

Al siguiente día, calmados los ánimos, el gobierno ampara al Canciller y deja mal parado al honorable diputado por La Paz. Es la justa sanción a la imprudencia de revelar una “charla confidencial”. Tamayo no ha mentido; pero la indiscreción es bastante para desmejorar su posición en el debate.

Recuperando la serenidad, el honorable Tamayo sostiene que no ha pretendido lapidar al ministro de Relaciones.

—Es sólo un recurso lícito de vieja práctica parlamentaria —explica— combatir las ideas de los que gobiernan cuando nos parecen erradas.

La reserva diplomática, su función de conductor de la política externa, colocaban en visible desventaja al Canciller. El diputado podía decir cuanto se le ocurriese. El ministro sólo aquello que fuese prudente. Mas don Ricardo posee el magnetismo vivo del gran señor; no le será, pues, difícil reemplazar con su gallarda presencia y con artes oratorias, las deficiencias de su posición.

—Esta es una cuestión académica —expresa— en la que todos estamos de acuerdo: no hay disidencia respecto a la reivindicación marítima que la nación reclama. La

oportunidad y forma de hacerlo, acaso puedan más que los discursos.

En la discusión surgió otra brasa viva. ¿Cómo debe gobernarse en Bolivia? El honorable Tamayo, dirigiéndose a los representantes nacionales, exclama entusiasmado:

—¡Sois vosotros, señores diputados, los que debéis gobernar! La tesis parlamentaria es la forma de gobierno adecuada a la democracia.

El ministro de Relaciones no duerme. Y con idéntica firmeza, aunque más sosegado, contesta prontamente:

—Los gobiernos sudamericanos son presidencialistas, sin que ello suponga desconocer la función constitucional del parlamento. La tesis del poder central ejecutivo, respaldado por los legisladores —nunca sometido a éstos— es la única científica y racional. Alguien debe mandar. Vosotros estáis aquí para aprobar, disentir o censurar. Legiferar es hacer la ley; no ocuparse de aplicarla.

Tamayo sigue impugnando el fantasma practicista que carece de defensores; y al advertir cierta fatiga en el auditorio, imprime un nuevo giro al debate: el problema portuario no debe plantearse en el terreno diplomático sino en el jurídico.

Muchos diputados intervinieron en la discusión; casi todos oficialistas, admiradores del Canciller, “No haré manifestaciones aparatosas ni alegatos jurídicos” —dijo uno. “Seré más modesto —anotaba un segundo—; eso de Fontenoy disuena en un parlamento criollo. Aquí estamos entre Chocata y Churubamba y huelgan snobismos”. Un tercero censuró “el exceso de vanidad de ciertos ciudadanos”. Quien más, quien menos, lanza su pulla al honorable diputado por La Paz. Apenas si, un colega radical, ensaya una alabanza: “Reconozco en el señor Tamayo a uno de los valores intelectuales y políticos más altos del país” —para agregar seguidamente; “pero no estoy de

acuerdo con su infundada crítica al gobierno en punto a materia internacional”.

Quince sesiones, algunas tormentosas, otras apacibles, todas animadas por el doble soplo de la cultura intelectual y la maestría oratoria, constituyen la memorable interpelación de 1922, henchida de enseñanzas para políticos y legisladores.

Después de una extensa exposición doctrinal, Tamayo cierra el acto:

—¡Es por el derecho, no por la habilidad diplomática, como se ha de rescatar el litoral! Si no se obtiene un resultado positivo de este ya largo debate, al menos hemos alcanzado una superior finalidad: la definición nacional en el problema portuario. He terminado.

Para quien lee el resumen escueto, mal redactado y casi siempre trunco del “Diario de Sesiones”, quien triunfó es el honorable Tamayo. Para quien asistió al debate, el mejor parado resultó el Canciller. Físico, expresión, maneras señoriales y desenvueltas; todo favorecía al ministro de Relaciones, mimado de las damas, respetado por los políticos y casi maestro de la juventud. Tamayo, en cambio, se yergue solitario con su adustez aimára y su insolencia sabia. Su verbo punza como un estilete. La interpelación a Jaimes Freyre “debía” terminar como la interpelación a Zamora: Tamayo queda solo. Se rechaza la censura al Canciller por abrumadora mayoría.

Al retirarse del congreso, los amigos se esfuerzan por atenuar la derrota:

—¡Estuvo usted brillante, don Franz! Y Alvístegui; ¿qué le pareció la intervención de Alvístegui? Lo ha colaborado bien, doctor.

David Alvístegui hacía por entonces sus primeras armas en el parlamento. Intervino en el debate sin convicción, sin argumentos, sólo para atraer el interés de la prensa. ¡Alvístegui figurando entre Tamayo y Jaimes Freyre! Pero el gran mestizo no se dejó ganar por la

pretensa "colaboración" del partidario; aunque éste había hecho cuanto pudo para captar la simpatía del tribuno, Tamayo replica desdenoso:

—¡Un falderillo! ¡Un falderillo en una lucha de leones!

Fué el único reconocimiento a la capacidad del adversario.

Un año más tarde —ironías del destino— don Ricardo Jaimes Freyre, Embajador de Bolivia, cumpliendo instrucciones de la Cancillería del Altiplano, confiada a la sazón al más insigne de sus diplomáticos, don Eduardo Díez de Medina, plantea la revisión del Tratado de 1904 al gobierno de La Moneda, sobre principios jurídicos. Una vez más, el perdedor vence después de la derrota. Contrastes paradójales en la vida política de Tamayo, cuyas victorias siempre llegan tarde. La razón parece asistirle, aun dentro de la injusticia del ataque. La realidad le escamotea el triunfo para brindarlo a otros. Así las brillantes actuaciones parlamentarias, que en la proximidad palidecen sospechosas de ambición y personalismo, a la distancia fulgen con luz nueva. ¿Qué fueron Zamora y Jaimes Freyre? Figuras circunstantes. Quedan en pie los soberbios discursos sobre moralidad administrativa y reintegración marítima fundada en el derecho.

El diputado por La Paz advierte su falsa posición; hasta ayer un aliado tácito, un ex camarada de lucha, un amigo del Gobierno; hoy el adversario, que se ha echado encima gabinete, parlamento y prensa oficial, enfriando relaciones con el Presidente. Saavedra reconoce, no obstante, el valor del tribuno, recuerda las antiguas jornadas de lucha; y aunque el equilibrio político le impide ofrecer una situación descollante al interpelador de su Canciller, deja pasar unos meses, aprovecha el viaje de Jaimes Freyre como Embajador a Chile y la designación de un nuevo Canciller, para ofrecer un cargo a Tamayo;

será Consultor de la Cancillería, asesor jurídico en las cuestiones fundamentales.

No es la situación directiva, responsable, que sueña el político. Mas bien la subordinación al jefe de la cancillería. Pero el luchador, cansado de acometer y demoler quiere demostrar su capacidad constructora; y como el sorteo camaral lo releva de sus deberes de legislador, acepta la invitación presidencial. Es la placidez burocrática, que duele al reformador y satisface al hombre normal.

Marañón resume en sobrio juicio su teoría del resentimiento, reacción de los sentimientos de inferioridad que no se pudo eliminar. Es una pasión social —sostiene— en cierto modo impersonal, que no va contra determinadas gentes sino contra la suerte, contra el destino. Como el resentido posee una memoria contumaz, inaccesible al tiempo, sus reacciones tardías suponen larga incubación entre la ofensa y la vindicta. Ente sin generosidad, el resentido no es malo ni bueno; es simplemente un agraviado por la sociedad a la cual achaca todas sus desgracias. No acepta el fracaso de su ambición. Todo, para él, alcanza el valor de una ofensa o la categoría de una injusticia. El alma preterida por la infancia solitaria, por imperfecciones o diferencias físicas, por desigualdades sociales, por adversidades del azar, esconde su acidez interior. Pero debajo de su disimulo se hace, al fin, patente el resentimiento. Cada uno de sus actos, cada uno de sus pensamientos, acaba por estar transido de una indefinible acritud. Pasión de grandes ciudades y por lo general de inteligencias bien dotadas, su llama se aviva no sólo con fuertes contrariedades, sino con simples palabras, con gestos vagos y hasta con las distracciones de los demás. El fracaso social, que es la derrota ante el mundo, es incurable. El resentido mira el mundo por la lente de su decepción; atribuye a todos la causa de su desdicha. Creyendo castigar a los demás con su desprecio, se penitencia

en realidad a sí mismo. Su grandeza es la expiación sempiterna del orgullo. Su miseria la falta de generosidad para comprender la vida, olvidar los contrastes y superarlos por el padecimiento que depura.

Franz Tamayo, alma grande en virtudes y defectos, es una típica expresión del resentido-superior.

La superioridad que la inteligencia le concede sobre los demás, se transforma en complejos inferiores al contacto con el mundo. Se sabe más fuerte, más capaz que todos. Ignora su debilidad social. Recibe, admite trato, pero sólo hasta cierto punto. Una admiración distante, un afecto silencioso lo cautivan. La amistad excesiva, el amor arrebatado que indaga en trance de conocer más, lo tornan desconfiado. En el conocimiento pasajero suele ver un alivio. En la permanente amistad enemigos potenciales. Los mejores amigos, los admiradores leales, son ahuyentados por esa desconfianza instintiva, obstinada, que ve sombras en la luz y un adversario en potencia en todo ser humano.

Ya era un suplicio tener que pedir instrucciones al Canciller, por sagaz que fuese el trato de éste; concurrir a horas determinadas al despacho, no para impartir órdenes, sino para recibirlas; sentirse pospuesto en los banquetes oficiales. Tamayo no asiste a las fiestas oficiales; sabe que otros altos funcionarios le disputarán precedencia. ¿Qué es, en suma, un consejero, un asesor jurídico? El funcionario técnico, a quien todos consultan pero a quien nadie teme ni obedece. Desprovisto de autoridad política, despojado de mando, es una ruedecilla del engranaje burocrático. Raro es el Consejero de Estado que encuentra su Weimar y su Carlos Augusto.

El asesor de la Cancillería llena sus deberes cumplidamente. Más de una vez habrá de encomiarse, en consejo de Gabinete, sus dictámenes sagaces. Nada deja entrever el interior desencanto. Pasan los meses. El

comentario público da por terminada la carrera política de Tamayo: "Saavedra ha limado las uñas al león".

Pero el león dormía con un ojo abierto y pronto pudo demostrarlo.

En el despacho del Ministro de Relaciones, conversan afablemente dos hombres: el Canciller, don Román Paz, patricio integérrimo y experto estadista cuya conducta se impone al respeto general; y el consejero de la Cancillería don Franz Tamayo. Tratan diversos asuntos, están a punto de coincidir respecto a un problema de límites, cuando bruscamente, detrás de los pesados cortinajes que esconden una puerta situada a espaldas del Ministro, asoma el rostro de Jaimes Freyre, que acaba de regresar de Chile en uso de licencia. Es de advertir que el Canciller y el Embajador en Chile son amigos desde la infancia, amistad que les permite, entre otras, la libertad de entrar a sus respectivas casas u oficinas sin previo anuncio. Esto hacían, esto hicieron durante cuarenta años don Román Paz y don Ricardo Jaimes Freyre, a quienes una íntima confianza dispensa de todo protocolo.

Ver Jaimes Freyre a su adversario, comprender que está de más y retirarse fué todo uno. Mas aquí sobrevino lo extraordinario; Tamayo se paró de su asiento y con el rostro alterado despidióse del Canciller.

Dos días después, sorprendido por la intempestiva despedida, el Ministro de Relaciones, que aprecia a su Consultor, tropieza con éste en la calle:

—¡Hola don Franz! ¿Qué le pasó el otro día? Me ha dejado usted en plena charla...

Ceñudo y sombrío, Tamayo calla unos segundos.

—Usted sabe qué ha pasado, doctor Paz —replica al fin.

—¿Yo?... ¿Que yo sé lo que ha pasado? —inquiere entre afable y sorprendido el Canciller—; sólo sé que usted cortó la conversación cuando había mucho por tratar.

—Usted me hacía espiar.

El patricio se alteró ante el agravio.

—¡Cómo! —repuso cambiando el tono—. ¿Me cree usted capaz de semejante villanía?

—Sí señor. Su amigo Jaimes, oculto detrás de la cortina, escuchaba nuestra charla y...

—¡Basta! —dijo perentorio el Ministro de Relaciones—. Hemos concluido.

El consultor de la Cancillería ha perdido para siempre la consideración de su jefe.

Alejado de los círculos políticos, desligado de actividades sociales, el hombre va revelando su acritud. Invitado a un ensayo teatral del Círculo Futurista, donde hay jóvenes que habrían escuchado su consejo, en vez de prevenir el mal lo precipita: “¡Esto es un falansterio! ¡Desastroso!” A un caballero corto de vista que no lo vio pasar, le quita el saludo. A otro, por estar distraído mientras él habla, lo incluye injustamente entre los émulos. Cuando los jóvenes se acercan, ansiosos de conocer su obra, los esquivo con prontitud: “Agradezco su amabilidad; pero más le agradecería que no se ocupe de mí ni de mis libros. Cada vez que mis compatriotas lo hicieron, fué sólo para ponerme en ridículo”.

Alma de rechazo y de agresión, Tamayo padece hambre de amor. Rompe con quienes no se someten a su voluntad. Aleja las almas, creyendo que son ellas las que se distancian. Tiberio, cruel con los demás, no supo esta tortura lacerante de la crueldad consigo mismo. Destruyendo en sí la capacidad de amar, el gran mestizo no puede —o no quiere— comprender la bondad ajena. La niebla que flota ante sus ojos está forjada por los vapores del recelo. Al aproximarse a los cincuenta, el réprobo no acepta su condena. “¡Setenta años tuvo que aguardar el estupendo Schopenhauer para que se le haga justicia!” ¿En qué proporciones se mezclan el rechazo exterior y la huraña interna, El resentimiento tamayano es de

psicología complicada. No es fácil discriminar cómo se superponen lo natural y lo artificial. Deliberada o involuntariamente, el alma que no acepta su desgracia concluye por ignorar a las demás. Socialmente, Tamayo es una fuerza negativa; y es en la segunda mitad del quinquenio saavedrista —de 1923 a 1925— cuando se afirma ya en su altanera plenitud la misantropía. Puede creer, por esos años, en su fracaso como político; no hay porvenir para el radicalismo, reducido a la unidad: jefe y subordinado de sí mismo. Un asesor jurídico, un técnico, un consultor, qué son: Tornillos de la maquinaria administrativa, políticamente nada. La energía retenida, que no puede actuar en la pugna civil, se desborda entonces en la lucha social; pelea a brazo partido con las personas, no pudiendo pelear con los partidos. Y como la tolerancia es virtud que bordean los ególatras, despierta cada vez más encono, por sus críticas y desdenes, entre todos los que le tratan. Renuncia, una, dos veces, la asesoría de Relaciones. Conciliador, Saavedra las rechaza y sólo frente a una tercera renuncia, tan inmotivada como las dos anteriores, en un momento de malhumor le da curso. Está decretada la enemistad entre ambos “kollas”.

Sin la visión perspicaz de Montes, sin su carácter elevado que se sobreponía al medio, Saavedra es una de las mentalidades más recias que dió el Ande.

Sociólogo y doctor, catedrático y tribuno, es el prototipo del caudillo criollo. Demagogo, despótico y oportunista, no mide los medios para alcanzar su meta. Es el político por excelencia, gobernador de muchedumbres, presto a sacrificarlo todo por el éxito inmediato. En el fondo, tiene mucho del capataz rudo y tiránico que requieren estos pueblos de turbión; pero un capataz avizor, ilustrado por los libros y los viajes, que íntimamente anhela el bien de su pueblo. Defensor ardiente de la libertad desde “La Democracia en Nuestra Historia”, formidable requisitoria contra la oligarquía liberal, no

tarda en convertirse en persecutor del régimen democrático, clausurando congresos, amordazando a la prensa y encarcelando ciudadanos. Saavedra es la contradicción personificada; la intransigencia en el rencor; la voluntad de organizar contra todos los obstáculos.

Patriota de intenciones, hombre de Estado en toda la acepción del término, impulsa con mano fuerte la nacionalidad. Frente a una oposición terrible que cada semana trama un cuartelazo y lo arroja hacia la plebe, el caudillo no se desalienta. Devuelve golpe por golpe; retrocede un paso para avanzar dos. Liberales y genuinos se complotan para recuperar el poder. Entonces el caudillo, comprendiendo que en un suelo despoblado y sin capitales nada podrá hacer sin ayuda exterior, suscribe el empréstito Nicolaus, teóricamente tan funesto como el contrato Spayer del gobierno Montes, pero que prácticamente beneficia con muchas obras útiles a la colectividad. Dicta las primeras leyes sociales en amparo de los trabajadores; inicia el ferrocarril a la Argentina; sienta las bases de los servicios aéreos; quiere militarizar las escuelas; acomete trabajos de saneamiento y modernización de las ciudades principales. Para dar jerarquía continental a Bolivia, emprende la transformación de su capital: la gran aldea del Ande, La Paz, debe a Saavedra ser hoy una urbe. ¿Que la sociedad le niega el concurso de los mejores? Perfectamente; gobernará con los demás. ¿Que militares y civiles conspiran? Poco importa; hay cárceles y territorios distantes para confinarlos. El estado de sitio se prolonga largos meses. Atropellos, errores, arbitrariedades no deben imputarse sólo al mandatario; la oposición, al combatirlo sanamente, justifica, en buena parte, la dureza represiva del gobernante. Saavedra encumbra a la burguesía inferior, halaga a las masas, divide a las clases sociales. Pero la nación, aun dentro del alarde demagógico, impuesto por la violencia de las pasiones, prosigue organizándose.

Si Montes cuida la apariencia de la ley, para justificar su gobierno, Saavedra ejerce el mando con prescindencia de la Carta Constitucional. Jurista y sociólogo, para las relaciones externas, reviste de seriedad los procedimientos públicos; en lo interno se atiene a la idiosincrasia ambiente. "Mi programa serán mis actos", proclama el caudillo; y esta frase que lo pinta de cuerpo entero, demuestra, una vez más, que en la montaña las doctrinas cuentan poco y el hombre todo.

Receloso primero, después indignado, Tamayo contempla la tarea "nefasta" del nuevo destructor de la democracia. Cierra los ojos al progreso material. Los oídos sólo recogen el clamor de los oprimidos. Hay que derribar a este hombre enérgico, irascible, vengativo en sus rencores, que está disolviendo los principios democráticos. El ex diputado por La Paz lo combatirá como ha combatido siempre; solo, dentro de una oposición legal, al margen de revoluciones, sin otras armas que su corazón y su pluma.

El mestizaje —flor de resentimientos— vuelve a jugar rol decisivo en las críticas de Tamayo. Si algunas campañas enaltecen su civismo, otras se recienten de animadversión personal. Frente a Montes y a Saavedra mantiene la misma conducta: primero una esperanza firme, un deseo de ayudar, una colaboración sincera; luego los celos, la ruptura y la censura excesiva. Tamayo no reconoce superioridad a los dos caudillos, que le fueron verdaderamente superiores en ciencia de manejar hombres y pueblos. De ambos, ninguno lo hace ministro. Ninguno le tiene de consejero privado. Ninguno le otorga ese afecto íntimo que muchas veces suple la altura de los cargos. Calculada o instintiva, la negligencia presidencial influye en el opositor recalcitrante; el pensador paceño será el primer adversario de los caudillos "kollas". Hasta que un día, en la exasperación del odio a los rivales

afortunados, lanza la frase memorable, injusta, indigna de su genio:

—¡Quiera el cielo que no haya más presidentes pacheños! ¡Pando, Montes, Saavedra, todos bandidos!

En 1924 aparecen los nuevos "Proverbios", sobre la Vida, el Arte y la Ciencia.

Todo lo que el político ha perdido, debió recuperar el pensador con este hermoso libro. Pero es tan hirviente la lucha entre el gobierno y la oposición, que a nadie interesan las obras literarias. Los segundos "Proverbios" pasan desapercibidos.

Síntesis morales, humanistas, dignas de aquel Séneca que fué maestro de Nerón, del solitario de Sils-María, o de cualquier alto filósofo moderno, estos pensamientos denotan profunda disciplina mental, una intuición poética pasmosa, un conocimiento sistematizado de la ciencia clásica y contemporánea. Hasta el lector llega otra vez, en toda su estatura, la grandeza del pensador:

"Subyace bajo el arte del sonido, uno que podría denominarse el arte del silencio. Este es más difícil de conocer y aun de ejercitar. A veces un espacio insonoro dice más que la nota vibrante. Siempre lo inexpresado será más que lo expresado".

El relativismo einsteniano le sugiere esta idea:

"No es tanto la matemática pura que dará la última razón a Einstein, cuanto los Upanishads, el capítulo de Kant sobre estética trascendental y los primeros capítulos del Timeo".

La filología sigue siendo pasatiempo favorito:

"Un legado indo y pensativo hay en Alemania, y otro semítico y religioso en las Rusias esclavas. Las lenguas son como los árboles. Unas se desenvuelven plenamente cerca de sus raíces, como el griego y el sánscrito; y otras muy lejos de sus raíces como el castellano y son todo epifánico follaje".

El crítico salta en cada página, revelando un poder de captación nada común:

"La modernidad conoce todo menos la medida. La necesidad de los antiguos era saber; la de los modernos, poder. En Francia la locura se envuelve de futilidad y en España la locura se envuelve de gravedad. Como en América aprendemos de Francia y heredamos de España, sólo alcanzamos la futilidad de los unos y la locura de los otros".

Ciertos fragmentos de Tamayo, a la manera de algunos pasajes novalianos, tienen vida propia, respiran fuerza dramática como los personajes shakespearianos —según la curiosa figura de Klabund— constituyendo fases completas en la objetivación del cosmos. He aquí tres pensamientos que calan una madurez filosófica:

"La mayor sed del espíritu humano es de unidad, y para alcanzarla se inventó la muerte. Una tristeza inenarrable se desprende del pensamiento puro, como el frío de las altas cumbres. Cosa triste y maravillosa: detrás de la verdad, siempre aparece otra verdad más verdadera".

Pero entre tanta ciencia condensada, entre tan agudo sentido crítico, siempre la sombra del despecho:

"La decadencia prematura de la América Española viene de indisciplina. La América Indígena edificó los imperios más regulares. La indisciplina es pues de origen español".

En seguida el análisis autobiográfico:

"El pensador se consume en sí, como la cera, alumbrando. Una de las mayores penas de la vida es que, según se avanza, todo se desvaloriza, hasta el arte. No hay venganza como el olvido".

El esteta no es menos lúcido que el filósofo. Juzgando a los clásicos, enjuiciando a los modernos, el pensador boliviano es impar. Examinemos dos pensamientos admirables:

“Tan hondo fueron Homero y Shakespeare en la naturaleza, que desaparecieron. ». La arquitectura de la música moderna es un trasunto esquemático de nuestra vida intensa, múltiple, excesiva, toda de industria gigantesca, de política hipertrófica, de razón forzada, de superproducción sabia y de lucha máxima. Impresionar el sentido y ahondar la sensación: eso es la grande música moderna”.

El pensador profundo y original, monologa sus ideas. Con la poesía —ha dicho alguna vez el crítico— como con la música: las mayores obras son las menos entendidas, y el vulgo-legión sólo admira de oídas. Es toda la tradición crítica respecto a los libros de Tamayo, poéticos o en prosa, que también su prosa es poesía. ¿Quién comprende el lenguaje astuto y sabio del político trocado en pensador? En verdad pocos, muy pocos leen estas páginas; casi nadie les concede importancia, ignorando su noble transparencia:

“No ama la suerte a los apurados, y es ancilar toda premura y señorial el reposo. ». A veces en un mismo hombre, el hombre de los afectos es inferior al de las ideas, o viceversa. Y otro tercer hombre, el de la acción, difiere de ambos. Polyanthropos. ». La necesidad es sentida de todos y entendida de nadie. De ella vienen todo mal y todo bien; se aumenta con la ignorancia y es fuente de toda ciencia. No hay mayor desdicha, y por ella nace toda felicidad. Los dioses y los hombres, la ciencia y las religiones, todo está bajo su férula; y es tan absoluta y ubicua que parece ser la esencia íntima, la “ultima ratio” de todas las cosas. ». Mejor se vive de sí mismo que de los demás, pues así se acaba viviendo para sí mismo y para los demás. Y éste es el más alto fin”.

Entre los atisbos más geniales de los segundos “Proverbios”, hay que destacar estas frases acerca de la poesía:

“La maravilla de la poesía consiste en esto: siendo una alta forma de acción humana, es toda interior, y debiendo ser como todo lo interior, invisible, es sin embargo la mayor

epifanía. Alcanza la apariencia de los fenómenos materiales sin su caducidad, y el esplendor de los ensueños y de las ideas sin su evanescencia e inconsistencia. Es la mayor tentativa de inmortalidad, y marra menos que la ciencia en la tarea de divinizar al hombre. Las pocas e incompletas victorias de la vida sobre la muerte se alcanzaron por manos de la poesía. ». Tiene la poesía un dominio oculto sobre el espíritu, ilimitado por impreciso e incoercible, como el del aire y la luz. Ni el estado compulsor, ni la religión inquisitiva y ambiente, ni la ciencia convencedora y convicta pueden sobre las almas lo que en silencio y en libertad la poesía. Comprendiólo Platón legislador; y con ser el mayor poeta del entendimiento humano, decretó el exilio de toda poesía como el de la mayor fuerza turbadora del buen gobierno, y ésta es una de las más grandes paradojas platónicas cuya clave es tal vez un misterio. Participa la poesía del carácter de ciertas fuerzas cósmicas como la gravedad o el amor; y si en apariencia nadie se cura de ella, desquítase probándose accesible y accesa a todos. Su mayor fuerza es que nadie la teme, y su mayor prueba que sobrevive hasta a la ciencia y más allá de los imperios caducos”.

El profeta y el sociólogo ensayan un augurio:

“En América las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta”.

He aquí un perfil goethiano que envidiaría el más consumado biógrafo y el más exigente de los estilistas:

“No da a Goethe la mayor grandeza su universalidad a la manera de Aristóteles o Voltaire, ni su solidez mental a la manera inglesa, ni su propio dominio a la manera romana, sino su fulgurante creatividad que le hace un contemporáneo de Benvenuto y Leonardo. En ese punto culmina sobre todos los hombres de su siglo. Y si es menos profundo que Kant en la especulación pura y menos vibrante que Heine en el fervor lírico y menos morbosos y volcánicos que Beethoven, guarda sobre estos creadores aquella superioridad propia de la naturaleza: la plenitud en la serenidad”.

Y por fin la queja amarga del incomprendido:

“Tratad de cultivar una tierra que responda siempre.
Nada hay peor que laborar en vano”.

1925. Centenario de Bolivia. Para quien llega de fuera, el Ande persiste en el retraso; se vive con veinte años de tardanza en relación al mundo circundante americano. Para el que no abandonó el agujero montaños, la vida cobra un ritmo inusitado. ¿Cuándo se vió al Presidente de la República, montar en brioso corcel e inspeccionar las obras públicas? Seguido por su comitiva, el jefe del Estado visita todas las mañanas los trabajos. Faltan pocos meses para la visita de las embajadas extranjeras. La Paz se transforma con rapidez, pero aun falta mucho por hacer; y la energía de Saavedra quiere hacerlo todo a la vez: obras sanitarias, calles y avenidas, arborización, pavimento, alumbrado, cuanto contribuye a la estética urbana. Una zona industrial en ciernes se empuja por el norte. Sopocachi y Miraflores se convierten en barrios residenciales. La avenida Arce pierde su carácter rústico para asumir categoría de paseo occidental. Los diarios ya no se imprimen en caja, sino con linotipos; su aire provinciano se cambia por la atmósfera más ágil de la información mundial. Las estaciones aumentan el tráfico de mercaderías. Se prohíbe el tránsito de indígenas por la plaza principal. No hay un hotel de primera categoría, un buen teatro, colegios-modelo, hospitales bien dotados, academias científicas y culturales ni lugares de recreo, pero ya La Paz, con sus 150.000 habitantes deja de ser la gran aldea para empezar a ser ciudad. El pacheño de 1900, bendice en su interior a Bautista Saavedra, propulsor del progreso colectivo, que ha dado rango a la capital jerarquizando al país. El pacheño acaudalado, burgués, artesano, blanco o mestizo, profesional, empleado u obrero disfruta del progreso colectivo; el indígena, que sigue irredento y olvidado, más bien excluido, en nada

se beneficia, en nada comparte la actividad general. Y este señor de rostro adusto, que desde un balcón de la calle Loaiza, fieramente erguido, mira el ir y venir de las gentes, aunque todo parece indicar que está con los primeros, en realidad quiere inclinarse por el segundo. ¿Progreso, bienestar material, actividad? ¡Bah! Ya hubo otro caudillo que para hacer andar al país sojuzgó conciencias, conculcó leyes, hipotecó las rentas nacionales, gobernó con los suyos y descompuso la comunidad. ¿Descompuso? ¡No fué más bien un organizador? ¡No lo es también este otro mandatario que recorre las calles convertido en capataz para servir a su pueblo? Montes... Saavedra... Dos voluntades constructoras del Ande. ¿Constructoras? ¡Bah! “Todos bandidos”. La ciudad se transforma; el mestizo sigue vicioso y analfabeto; el indio abandonado en su campo. Sólo un puñado de blancos y un montón de criollos amestizados y aburguesados disfrutan bienestar. ¿Entre quiénes se cuenta don Franz Tamayo? La educación, la disciplina, la sabiduría lo alejan del mestizo. La conciencia y la sensibilidad fáustica del indio. La soberbia del blanco y de los criollos dominantes. ¿Con quiénes gobernaría Tamayo si el destino lo llevase al poder? ¡Hum!... Entre los indios inaccesibles, silenciosos y huraños, entre los mestizos indolentes y pérfidos hay poco que escoger. ¿Recurrir a los blancos, degenerados e ineficaces? ¡Jamás! No: “¡La Creación de la Pedagogía Nacional” no ha sido un mito! Hay que tañer ese “bronce helado” que es el indio interior y hacer una nación autóctona de la republiqueta mestiza. ¿Qué quieren, qué buscan estos nuevos inmigrantes que vienen a apoderarse de la montaña? ¡Diantre! La vida es sabia y señala a cada cual su camino. Basta de políticas y asuntos públicos. ¡A los libros, a la grande poesía! Y el hombre cierra bruscamente su ventana, mientras frente a ella pasa la comitiva presidencial.

Años de concentración. De Cuba, del Perú, de México

llegan voces pidiendo consejo. De entonces datan los espléndidos "Mensajes", verdaderos textos de moral social, ayer patrimonio de generaciones mozas, hoy extraviados en diarios de la época sin que los bolivianos hubieran reparado en ellos. Corta compensación al silencio de medio siglo; un atisbo de renombre continental. ¡Fugaz ilusión! El pensador americano es flor de un día.

En la bullada polémica acerca del "meridiano intelectual de América" que pensadores hispanos y argentinos quieren situar en Madrid y Buenos Aires respectivamente, interviene Tamayo con tres sesudas cartas. Su opinión es terminante: el meridiano intelectual de América hay que buscarlo en México, Bolivia o el Perú, en la América India o mestiza, que es lo auténtico y permanente, no en la cosmopolita que es lo artificial y transitorio.

El día que varios libros reúnan los escritos dispersos de Franz Tamayo, sobre temas políticos, históricos y sociales, recién podrá medirse la magnitud didáctica y apodíctica de su obra, que aun siendo fragmentaria y ocasional, puede dar bases para un curso de ciencia política, otro de moral social y acaso trascender a un método experimental del pensamiento sudamericano.

La república celebra el primer centenario de su independencia. ¿Qué linaje de independencia? Políticamente indios y mestizos siguen sometidos a un puñado de blancos. Económicamente el suelo produce para los mercados del exterior. Culturalmente se vive con los ojos puestos en Francia y el corazón en España. Se halaga los oídos con esta frase: "Bolivia es la Suiza americana". ¿Suiza? La analogía del paisaje montañoso es epidérmica. En el fondo, Suiza es un organismo vivo de cultura, con su tradición de siglos, su economía orgánica, su admirable organización social. Geográficamente difieren los cantones, idiomáticamente se bifurcan las lenguas, mas el tipo nacional se unifica por el equilibrio de la vida colectiva. ¡Cuán otra cosa es Bolivia, perdida en la inmensidad de

su territorio, donde la naturaleza abrumba al poblador! Millares de indígenas mudecen y subsisten en un orbe propio. Las masas cholas se desintegran por la indisciplina y el alcohol. El puñado de blancos sigue porfiando en organizar la nación. ¿Es que hay, verdaderamente, un denominador común de nacionalidad? Pero este pueblo desarticulado en su apariencia exterior, invertebrado en su composición social, apiña sus moléculas en la más honda intimidad. Si el entendimiento colectivo es difícil, el individualismo profundiza las almas; cuando se cultiva y se hace sapiente, no hay alma de mayor intimidad que la boliviana. ¡Qué políticos, éstos, que hacen brotar principios de orden del caos! ¡Qué artistas y pensadores que producen sin recompensa! ¿Sabe el montañés su fuerza potencial? Antisocial, antihumanista, puede convertirse, súbitamente, en un removedor de ideas, en un agitador de pasiones. El secreto estriba en dar con ese punto invisible que lleva de la quietud al movimiento. Como pueblo nada todavía. Como individuos acaso demasiado; por eso la fuerza de unos se destruye o se desgasta contra la energía de los otros. Quitad la máscara de indiferencia y de silencio al montañés: hay todo un hombre.

¿Existen diferencias sustantivas en la naturaleza andina?

De cuantos exploraron el ámbito geográfico, nadie vió con mayor penetración que Uriel García, pensador cuzqueño, para quien hay cuatro paisajes fundamentales: el "antisuyo", el "cuntisuyo", el "kollasuyo" y el "chinchasuyo".

Aplicando la teoría del maestro del Cuzco, al territorio humano, puede verse ya, en el gran mestizo del altiplano, los rasgos salientes de esos cuatro paisajes fundamentales del Ande. Hombre-síntesis del suelo, Tamayo posa la fiera planta en todos cuatro.

Del paisaje "Anti" arranca la exuberancia, la plenitud vital, un ardor de selva inviolada. Trae la fuerza

primitiva del caos telúrico, anunciando la Amércia virgen y salvaje que late más allá de las montañas, entre inmensurables bosques y torrenteras colosales. Es la trompeta bífona de la primordial prehistoria y del futuro grandioso apenas presentado.

Del paisaje "Cunti" o corazón de los Andes, tiene la fiera vertical, desconfiada y aisladora. Es huracán como la raza que subliman sus versos. Solitario, melancólico, agresivo en la pugna con el medio, vive como el habitante de la puna, en eterno desafío a las fuerzas naturales. Domeñador de la montaña, hijo del pueblo cóndor, siempre en tensión de altura, de visualidad desmesurada, en perenne sobresalto, cumple la ley antigua: dominar o perecer. Azar y peligro endurecen al habitante de las tierras inclinadas. Tamayo expresa el Cuntisuyo por el tumulto de sus pasiones, la voluntad intrépida y tenaz, la ambición perdurable cual una cadena de montañas. Su pensamiento se nutre de la entraña andina, de la tradición y la historia del paisaje, del inmenso desgarramiento que oprime al montañés.

Del paisaje "Kolla" o altiplano, toma la profundidad metafísica, la voluntad conquistadora, el sentimiento trágico del espacio y la premiosa movilidad en el tiempo. Extrae la magia recóndita de los brujos y hechiceros kollas y la vierte en sus poemas. Su mente descubre el Oriente en el Kollao; y es de la asimilación de este mundo panspérmico o hillozoísta, de esta inmensidad huidiza donde naufraga la voluntad débil, de donde arranca el pensador sus más hondas energías, porque el fuerte se realiza devorando obstáculos. Espacio desolado, cruenta lucha, reserva ancestral, concentración, conciencia elemental de la naturaleza. Es el mundo que huye dilatando. Fausto en América.

Del paisaje "Chincha" o costero, toma la ironía, la sátira pungente, esa extraña plasticidad tornadiza del emigrante, alma dúctil al cosmopolitismo, ingeniosa para

transformar y estilizar. No crea por ella; modifica, elaborando variaciones. Sin su modalidad chincha, artista y hombre serían incompletos. Es la parte liviana, decorativa, la morbidez de la curva que sensualiza y dulcifica el perfil agresivo de su poesía.

Tamayo resume, pues, en su triple función de hombre, de pensador y de artista, los cuatro tipos definientes del paisaje andino; la fuerza misteriosa, primaria y promisoría del Antisuyo; el vuelo petrificado de las altas cumbres del Cuntisuyo; la energía dominadora y desolada del Kollao metafísico; y el alma plástica y sensible del Chinchasuyo que enriquece —sin engrandecerla— la tríada del anti, del cunti y del kollasuyo, sustentáculos raigales del Ande.

¡Cuán distantes viven los bolivianos del grande hombre! ¿Quién sigue al político? ¿Quién al pensador? ¿Quién al artista? Treinta años de lucha por el dominio del mundo; los círculos políticos y la sociedad siguen considerándolo un intruso. Actuar como el anillo, cerrado en su propia interioridad. Sentir en carne viva el rechazo del blanco, la incompreensión mestiza, la inferioridad humillante del indio; semejante a todos, dispar de los tres, a todos los contiene sin identificarse con ninguno. ¿Cómo no ha de turbarse el juicio ajeno? Desatinados... A una actitud airada dicen: "Ya saltó el indio", cuando en verdad es el blanco que se empuja sobre el medio. En los silencios prolongados se quiere ver actitudes de gran señor: es el estoicismo autóctono. Al mestizo, al gran mestizo, nadie lo comprende, porque allí donde se manifiestan con mayor vigor la pasión humana, la soberbia y el resentimiento del solitario, se atribuye las extravagancias, los estallidos y las bruseas transiciones de la naturaleza moral al indio exasperado y al blanco desdeñoso, cuando sólo hierven sangre y soplo del mestizo, eterno divorciado de sí mismo, planta natural del

suelo, autor de la emancipación política y del cautiverio espiritual americanos.

—A veces se me antoja que este gran amargado nos expresa con mayor fidelidad que nuestros hombres representativos —apunta un observador.

—¡Quién! ¡Tamayo? ¡Naturalmente! —replica un émulo— ¡es la encarnación viva del caos boliviano!

En la acción como en la idea, vigoroso de impulso, áspero de forma, porque expresa el alma en perpetua gestación del altiplano, Tamayo como Sarmiento, y otras almas afines en la naturaleza racial, es hijo fiel del “andinismo”, ese modo singular del espíritu que irrumpe cual un alud; siempre desigual, brusco y sorpresivo. En la ficción social, hecha de artificio, no de autenticidad, el “andinismo” disuena; el desgarramiento se toma por provocación, la forma desigual por insolencia. Así en el primer centenario de la república, el hijo más eminente cruza solitario por la selva donde bullen tres millones de bolivianos. Algo acomete desde adentro, impulsa, quiere disparar a la lejanía venciendo el espacio agorafóbico. La tierra perpendicular estalla de energía. “¡Un deseo como águila que sube!”... Pero la voluntad estoica del “kolla” predomina: calla, realiza, espera. Desde el campo prominente del orgullo los ojos negros fulguran de impaciencia. Ni el vértice agresivo de la cumbre ni el estrépito del mundo. También crecen cordilleras y se abren abismos submarinos desde el fondo silencioso de la idea. La vehemencia exasperada, la verticalidad altanera del Cuntisuyo, se petrifican en un éxtasis de piedra.

Saavedra entrega el mando a Siles, joven juriconsulto que asciende como todos los presidentes de Bolivia: nimado por la fama y los elogios; para descender como todos: envuelto en la difamación y el odio sin perdón de los rivales.

El cambio de gobierno, en la montaña, es una pri-

mavera de las almas. El nuevo gobernante tiene la virtud de alentar esperanzas y ahuyentar penurias. El hombre nuevo es un símbolo de progreso, como el que baja otro de confusión. Acaso porque el pueblo pide en exceso a sus conductores, a mitad de camino éstos se agotan. ¿Pero qué importa lo que venga? Una sonrisa auroral brota en las bocas; se muda de conductores como de esperanzas; y al fin la vida es más bella cuanto mejor se truecan los anhelos. La pretensa deslealtad del montañés, el transfugio del sol que muere al sol que nace, es en el fondo anhelo de superación. Todos se cansan del que manda. Todos quieren creer en el que comenzará a mandar. Montañés hasta la médula, Tamayo es el eterno intransigente de la política y el eterno ingenuo de la fe que se renueva sin desmayo. A través de cada presidente vive el proceso emotivo: idolatría, decepción, combate sin cuartel. En los días de total retraimiento a los libros, cuando el retiro del mundo parece ya definitivo, un cambio de gobierno lo sacude de raíz. ¿Qué entienden los demás de estas oscilaciones? La lucha civil bien vale el sacrificio del refugio estético. Un mucho por la patria, un mucho por el sincero deseo de ver triunfar al nuevo conductor, un mucho por ambición, Tamayo se suma al alborozo colectivo. Cada cambio de gobierno es un acto de fe para su conciencia cívica. ¿Cómo podrían comprenderlo críticos y adversarios? El político es el fénix de la voluntad. Cualquiera mudanza exterior modifica sus decisiones; cualquier pretexto espolea sus pasiones. La piedra, adentro, se hace porosa y mana sangre cálida. ¿Político?... ¿Artista?... ¡Hombre al fin, mudable, transitorio, vehementemente!

Todo indicaba que Siles llamaría a su lado al hombre de derecho, al experto parlamentario; aun se afirma que quiso hacerlo. Pero las cosas sucedieron de otro modo. En sus cuatro quintas partes la administración Siles fué transitiva, abierta a todo género de combinaciones

políticas y sorpresas de posición. El quinquenio saavedrista había sido excesivamente duro; la reacción contra el caudillo y los suyos fué violenta. Todos disputan a porfía la confianza del nuevo gobernante: los liberales preparando su retorno; los genuinos ensayando predominio; los jóvenes trayendo el gladio por primera vez frente a las facciones tradicionales. Las fuerzas económicas creen encontrar un puntal. Las nuevas generaciones una bandera. Aun perdiendo terreno, los saavedristas defienden tenazmente sus posiciones; Siles les debe el poder y aunque la opinión les es adversa, no es fácil romper el vínculo electoral. Emprendedor y previsor, el gobernante deja que los políticos se despedacen entre sí; no necesitó dividir para reinar; los halló tan divididos, que repartiendo sonrisas, equilibrando poderíos en las cámaras y el gabinete, pudo trabajar eficazmente por el país.

Invitado a desempeñar las funciones de asesor jurídico de la Cancillería, Tamayo considera estrecho el cargo. Comprende que el gobierno sólo quiere arrojarle un hueso; así, royendo un hueso, el viejo luchador dejará tranquilo al mundo oficial...

Cuando se trata de ofrecerle algo más alto, los áulicos se oponen; exponente rezagado del conservadorismo para los jóvenes, los viejos no acaban de perdonar su avasallante voluntad. No queriendo ir contra las pasiones, el gobernante se abstiene de apoyarse en el político pacheño. Entonces los meses hacen su obra; y el resentimiento se abre paso en el pecho ansioso de ayudar a la organización colectiva.

Siles arma al país, previendo la lucha en el sudeste. El empréstito Dillon Read le permite impulsar ferrocarriles y adquirir armamentos. Acomete la reforma hacendaria; las leyes Kemmerer crean el Banco Central y otros organismos de fiscalización administrativa. ¿Reforma hacendaria! ¿No había hecho lo mismo Montes?

Cuán fácil habría sido al polemista y al doctor en finanzas vulnerar la política presidencial... Mas ¿quién escucha al antiguo jefe radical? No; intruso no. Que se repartan situaciones y responsabilidades los viejos de ayer y los jóvenes de hoy. Siles impulsa el deporte, inicia el primer Estadio Nacional, desvía a la juventud de la inercia y la dinamiza por la cultura física. Sin dejar de apoyarse en figuras representativas, abre la administración pública a los jóvenes. No descuida la instrucción. Fomenta la industria. Busca la liquidación de los litigios de fronteras. Todo está bien; al menos la primera mitad de su administración, cuando no existía ese famoso Partido Nacionalista, grandeza y miseria de su gobierno.

—Don Franz —tenta un descontento—: Siles es un buen administrador, pero carece de dones políticos. ¿Qué rumbo sigue el país? ¿A dónde vamos? Tan pronto vacila entre los conservadores como entre los jóvenes. No queda otro camino que la revolución.

—Desconfío de las revoluciones —contesta Tamayo— y espero sólo en las instituciones. Sólo el momento que éstas sean lo suficientemente fuertes y sabias para contener todo banditismo gubernativo, sólo entonces la república podrá reposar tranquila de su estabilidad y fuerza.

En otra ocasión, censurando el excesivo centralismo presidencial, agrega:

—Es un grave error hacer reposar las instituciones en sólo las virtudes de los gobernantes. Absurdo y grotesco hacer depender la vida, la hacienda y la libertad de millones de bolivianos, de las virtudes o defectos de un solo hombre.

Tamayo. ¿Quién es Tamayo? Un señor que compone tragedias, versos, proverbios. Un orador de renombre, un buen polemista. Fué diputado y diplomático; debió ser ministro. Radicalismo ¿qué ha sido el radicalismo? El torbellino humano pasa y se renueva sin cesar. ¿Qué

contacto puede haber entre la juventud de 1928 y los políticos maduros? Liberales y saavedristas no olvidan que Tamayo contribuyó a derrocarlos, a desconceptuarlos con su crítica. Los jóvenes, a su vez, emplazan batallas sobre posiciones ajenas a la antigua lucha: ideas pre-socialistas, anti-imperialismo económico, exaltación de la cultura física. ¿Qué tiene que ver con todo esto el autor de la Pedagogía Nacional? Al educarse deportivamente, la juventud olvida que el primer profesor de carácter fué Franz Tamayo; nadie se encarga de recordar el consejo de 1910: "¡Haceos fuertes!" Pero todos lo realizan.

Agriado, cada vez más receloso, el gran mestizo se despoja de los últimos restos de sagacidad mundana; se vuelve desconfiado, torvo, irritable e irritante. Si un día felicita al Mandatario por un acto de buen gobierno, otro se resiste a concurrir a palacio donde fué especialmente invitado. Va perdiendo los amigos que aun le quedan —que no fueron muchos ni muy buenos— por causa de sus arbitrariedades. Saluda a quien quiere y cuando quiere. Cortés y amable en contadas ocasiones —acaso para demostrar su fina educación— atropella violentamente las reglas de urbanidad cuando le viene en gana; así se libra de importunos y acrecienta la legión de los enemigos.

¿Se concibe un Disraeli, menos paciente, menos resignado, alejándose del medio siglo? Político y artista como el organizador del Imperio Británico, también el luchador andino contempla cómo se escurren los años mientras se aleja la victoria. Es la primera mentalidad boliviana. Ha demostrado condiciones de hombre de Estado; pero el medio sólo le permitió escalar una banca en el Parlamento, en tanto centenares de advenedizos llegan al rango de ministro.

Hay que profundizar el drama de esta soledad; mirar el pozo sin fondo de una conciencia que se desgarraría

a día en la impotencia de actuar dentro de la lucha civil, para comprender el resentimiento tamayano. Verdaderamente: no sólo por su genio, también por su cruel destino humano, el patriota tiene derecho a ser un amargado. Si la historia y la crítica no lo comprenden, la biología y las ciencias psicológicas lo justifican.

El político mira atrás; ni gloria ni provecho. Aislamiento social. No hubo ecos para el pensador ni satisfacciones para el hombre de mundo. Ignorado el poeta, incomprendido el sociólogo, negado y escarnecido el artista. ¿Cómo responder al rechazo del mundo? El ibero se encastilla en sus torres de soberbia; el indio persiste en su dureza ancestral; el mestizo, fatigado de la simulación ambiente, se entrega al juego desigual de su malignidad. Cincuenta años —siempre el clamor dionisiaco de la música y el pensar occidentales, frente a los silencios aterradores de la cordillera— no han resuelto el equilibrio. Desengañado de todo y de todos, el hombre mira impasible la rotura de los diques; que todo se desborde. Y son los desaires inmotivados, las actitudes injustas, las sátiras crueles, el desdén por las personas. Todavía no se enclaustra, como lo hará en los dinteles de la ancianidad, mas si convive con las gentes es a condición de que toleren su despótica voluntad. Desconfía de los mejores. Se divierte con los majaderos. Ofende a quien no le hizo daño. Saluda al que no merece su saludo. Es la hora demonial: negado por todos, ignorado por la juventud, rechazado por el mundo, tiene derecho a suponer que su destino de hombre linda en el vacío. ¡Tanta y cruenta lucha para nada!...

Adentro sigue la pelea; las dos almas se baten fieramente. El blanco, rebelde, añora el campo voluntariamente abandonado. ¿Por qué inmovilizar tamaña energía y valor tan joven? El indio, indómito, se esfuerza en retornar al silencio milenario de la raza. Luchar ¿por qué y para qué? El confinamiento en sí mismo es

un retorno al "ayllu"; mudecer como la tierra y como la tierra persistir sin gestos vanos. De 1928 a 1930 el gran mestizo señorea irresistiblemente las dos almas en pugna. De esa eufórica manifestación de un mestizaje físico, mental y psicológico; de ese contrapunteo del sentimiento y de la acción —muchas voces, razones opuestas para afrontar cada problema— brota la leyenda negra de la locura tamayana. Hay que repetirlo, porque se ignora o no se puede comprender hasta qué punto el rechazo exterior influye en el resentimiento interno.

Un salto... Un sueño... Como el mirar de Goethe sin fronteras, la lira del poeta boliviano rueda por el universo.

El oído ejercitado en la música de Píndaro y Horacio, del Petrarca y Hölderlin, de Chénier y Vigny, tiende su hilo finísimo al Oriente. Sutiles voces fluyen del caracol sonoro: Saadi, Hafiz, Omar Khayyam, Kisaï, Ferideddin-Attar, robador de aromas a las rosas y silbos melódicos a los pájaros.

¿Qué son los "Nuevos Rubáyát" de Franz Tamayo? En el verso del poeta andino se dan las polarizaciones del oriental místico-mágico y del occidental racionalista-definente. El Ande emigra a la grave melancolía de la lírica oriental. Un Omar Khayyam menos diáfano, menos resignado, pero más hondo y desgarrado, vierte su saber estremecido:

"Mar de la pena, valles del olvido,
Montañas de la gloria —yo he corrido
Toda esa geografía delirante,
Y hoy falta el orbe ya a mi pie rendido!"

* * *

"Afán de eternidad, sueño del roble,
Sed de durar, anhelo necio y noble!
Pasar, pasar! es la lección ubicua
Que todos rezan hasta el monte inmóvil!"

* * *

"Fué la sabiduría una cadena
Donde cada eslabón era una pena.
Y antes que jugo de sus nudos brote,
Cantó el peñasco y floreció la arena!"

* * *

"Para siempre! es el canto de la vida.
Y todo son es son de despedida.
Brota un adiós de cada boca abierta,
Y es toda boca en flor boca de herida!"

* * *

"Al agua digo, al viento, ayer como hoy:
—Pasáis como un alud que fuese un sueño!—
Mas yo ¿de dónde vine y dónde estoy?
—Como agua vine y como viento voy!—"

Si el poeta es todo sentimiento cuando dice:

"Pupilas de la viña florecida!
Rubias de luz y sol, claror de vidas!
De sólo verlas se abren los capullos,
Y su miel cierra todas las heridas!"

* * *

"La rosa transmigrada que respiro
Ya fué radiante estrella en raudo giro,
Corazón de dragón, boca de novia,
Y hoy cáliz ebrio en que de amor deliro!"

El pensador es todo escepticismo:

"Toda vida es un pájaro perdido
En un desierto oceano de olvido.
Si al soñar nadie dice "estoy soñando",
Nadie al vivir recuerda haber vivido!"

* * *

"Todo así es vano y cuanto vive fuye,
Todo, suicida triste, se destruye.
La vida es polvo y el destino viento,
Y ni la muerte al fin nada concluye!"

* * *

“De tan secreto afán ya dió la clave
Bailando al aire, ebria de luz, un ave:
Amar, cantar, volar! y el resto es nada!
Alma que sabe más pues nada sabe!”

Omar Khayyam es la exaltación pagana de la vida. Un lloro diáfano del júbilo perdido. Místico del más hondo sensualismo, canta el amor, el vino, la vida plena y feliz. Su pesimismo proviene de un sentimiento epicúreo del mundo; de no poder prolongar la vida y los goces de la vida. Por sus versos el alma es la caza de la dicha; y el fatalismo mágico trasunta casi una renunciación al espíritu, para afirmar el ser vivo y los placeres que manan de los sentidos. Por analogía estética, se piensa en los preludios de Bach: serenidad dentro del dolor, hondura en la sencillez.

Contrariamente, el Tamayo de “Nuevos Rubáyat” se trueca en prototipo del pesimista-heroico. Su verso no descende al lamento; es siempre afirmativo, desafiante en la derrota. Áspero, rebelde, varonil, se amotina contra el Destino. Su fe es la voluntad de combate. Su pabellón la fuerza que cae sin rendirse. Pensador antes que versificante, sacrifica la flexibilidad eufónica a la tensión de la idea. La filosofía de sus meditaciones alcanza honduras desmedidas. Fausto, en redomas orientales. No un lloro; mas un penar de músicas terribles que exaltan y desgarran. El arco, tenso, cruje en el aire. Nadie sabe dónde se detendrá la flecha. Son las postreras sonatas y los últimos cuartetos de Beethoven: un sentimiento trágico de la vida, el tumulto en el dolor, la exasperación expresiva. El hombre sosegado del tiempo clásico, ha sido sustituido por el hombre atormentado de la era fáustica. A través de los vapores mágicos, hierve el eterno fabular del espíritu:

“En husos de marfil vellón de oro
Hilé mi juventud, y el fiel tesoro
Cual se deshila en lluvia estiva nube,
Se agotó canto a canto y lloro a lloro!”

* * *

“Ese puñal que el corazón te punge
Y en lloro y sangre tu vivir compunge,
Míralo bien: es un cincel que labra
Un milagroso icón que en luz se unge!”

* * *

“Nevaba el mar riendo sus añiles
Que encandecía el sol como candelas.
Mas, llamas y zafiros y azahares
Sólo eran mi alma esparramada a miles!”

* * *

“Este plañir de fuente que en mí siento
Como linfa quejándose en el viento,
Tiene al fin su recóndita caricia,
Cual música fluyendo de un tormento!”

El verso que a veces cobra dureza roquera y estridencia de águila; el verso disonante y desigual, que desconcierta a los críticos de vara y pesa, se melifica al herir la suave pulpa del amor.

“Luz de la tarde, tórtola que añora,
Plañir del mar, otoño que se dora!
Nada hay más dulce ni más triste a un tiempo
Que ese amor de mujer que ruega y llora!”

Traicionando los recursos de un saber excesivo, que canta en griego sin habitar la Jonia, y vibra en persa lejos del Irán, estalla la voz de la tierra, el Ande, en fin, aprisionado por el aro azul de los rubáys:

“Llanura estupefacta, altiplanicie
Como un espejo muerto que no esquivie
La faz que ya pasó! Tal mueren mundos
En paz letal y trágica mollicie!”

Compuesto químico de la decadencia occidental injerta en tronco clásico, como aquel genitor del "Zaratustra", filósofo y poeta que fundía maravillosamente el símbolo y la forma de la idea, el cantor andino es un pensador hondísimo:

"Al fin de tanto errar me penitencio:
Sólo el olvido es fuente de Juvencio;
Sólo la noche es manantial de soles;
Sólo es raudal de vidas el Silencio!"

No tiene este canto la horizontalidad del flujo clásico; antes el verticalismo desigual del alto gótico. De aquí lo disparejo de los cuartetos, que junto a estrofas impecables, acuñan versos inarmónicos, giros disonantes que hieren el oído:

"Los ríos amo en que el vivir se cifra.
Nadie su oscura música descifra;
Nadie su sempiterno fluir detiene,
Mas sólo el Dios posee la contracifra!"

* * *

"Necio parpadear de las estrellas
Guiñando cual proféticas doncellas!
El Hado saben, mas jamás lo dicen,
Y una lengua hay sin traducción en ellas!"

¿Para qué destacar mayores arbitrariedades? Suele Tamayo trocar la lira por la trompa; entonces gritos, alaridos, ahuyentan melodías. El viento de la puna suelta sus bocinas. En el "Tristán", en la pintura expresionista, hay que buscar la razón analógica de estos desvaríos del gusto, cosa del alma y no de lógicas. Las debilidades de todo gran creador, constituyen sus virtudes. Y el balance final es siempre favorable al cantor del Ande: por un carbón apagado, cien chispas diamantinas.

El panteísmo de los míticos germanos; perfumes del jardín inmaterial de "meister" Eckhart; patético

lirismo del alma mágica; un zurear de torcaz en medio-día y a la vez el pensar sitibundo que recuerda la hondura humanísima de los pensadores castellanos; voces que saben a Ilíadas y Upanishads; torrente de geniales intuiciones. He aquí "Nuevos Rubáyat" de Franz Tamayo, cima de la lírica hispana, que decirlo de América fuera poco.

Por la metalisteria de estos "rubáys" andinos, brilla el rico imaginismo de los sasánidas. Pero no es sólo un arte como suspendido del ensueño el que vibra por estos breves organismos estróficoes. A la magia sugestiva, evanescente, al clima de lejanía y confidencia, Tamayo agrega el soplo brusco y fuerte de un lírico Ashaverus; soplo trágico del trágico altiplano, que habla de pánicas melancolías y ancestrales tristuras submarinas:

"Alma precipite en la abrupta escarpa,
Sangraba al sino herido de su zarpa!
Y así vencida, lacerada, inulta,
Pasaba al mundo como errante harpa!"

* * *

"Todo el Deseo lo ilumina y dora
Como las formas en sopor la Aurora.
Una mujer, estatua empedernida,
Sólo al sol del Deseo canta o llora!"

* * *

"Por breve vida de pecado llena
Guarda un infierno sempiterna pena.
Antes que el pecador ya era el pecado,
Y aun antes de nacer hay ya condena!"

¿Quién dijo, en cuatro líneas, conceptos tan cabales? Más allá de la hermosura poemática, Tamayo sabe el secreto de condensar, en pocas palabras, síntesis filosóficas de sugerencia numerosa. Estos "rubáys" bolivianos, hijos de una indómita pasión, de una arrebatada

da fantasía y de un señorío idiomático espantable, que en cañas persas modulan sonos de zampoña india, guardan más ciencia de la vida que un texto sacro. Y junto al perfume asiático y al agrio vino aimára, las tiorbas crueles de un dolor tan antiguo como el mundo, que impreca y se desgarra en lengua sin fronteras.

El octavo libro del poeta se pierde en el silencio de los siete anteriores. Doce años después, un crítico dirá que "Nuevos Rubáyát" poseen el escepticismo trascendental, el pesimismo filosófico por el valor de la existencia y la certeza de la incapacidad de la inteligencia humana para penetrar el misterio del Universo y la existencia de Dios; condiciones que caracterizan a la lírica de Khayyam. Admite la identidad de criterio, la afinidad en el sentir entre el poeta oriental y el cantor del Ande. Pero Tamayo está para entonces tan distante de sus "rubáys", que probablemente ignora la crítica tardía.

Suelen visitar curiosos, admiradores impenitentes al solitario de la calle Loaiza. El dueño no siempre los recibe; de cuatro veces, sólo una se abren sus puertas. Mas siendo plácido el humor, accede a escucharlos. ¿Escucharlos? ¡A dejarse escuchar!

—Don Franz: venimos a rogarle que sea usted Rector de la Universidad...

—...¡ni una palabra más, señores míos! Tamayo no quiere discípulos.

Los visitantes, sorprendidos, insisten:

—Pero señor, usted es un maestro de la juventud.

—¿Cómo...? ¿Maestro de la juventud? Está desprestigiado el título. ¡Cada cual es el maestro de sí mismo! La palabra más profunda de todas las lenguas es: ¡yo! Ahondar, ahondar el propio interior. ¡Y basta! Crear conciencias. Los maestros vendrán después.

Los jóvenes salen desconcertados. El Schopenhauer indio, pastor de pesimismo, también como el filósofo

germano y por paradojal que parezca, esparce torrentes de vitalidad en su redor.

Afuera la lucha arrecia. El nacionalismo, perdiendo su tensión idealista, ha degenerado en el poder; sólo interesa el medro personal, la perpetuación del mando. La sorda batalla por el favor presidencial toca a su término; viejos y jóvenes cavan el abismo que los separará por muchos años. Un sentido histórico de la política, un instinto biológico de la realidad, impulsan al presidente Siles, en las postrimerías de su gobierno, a buscar el apoyo de los jóvenes relegando a segundo plano a los partidos. La conducción de la política externa ha prestigiado al gobernante. Siles evita la guerra con mano firme sin mengua de la dignidad nacional. Áulicos y jóvenes lo empujan a la prórroga. Se habla de empréstitos forzosos, de próximas transformaciones sociales. Entonces esas mismas élites que fueran palancas de apoyo del mandatario, se tornan contra él, e invocando el respeto a la Constitución fraguan su derrocamiento. A Siles lo derriban el tradicionalismo, los militares y las fuerzas económicas. Justo es confesar, empero, que el movimiento de juventud mal dirigido y peor realizado, iba a justificar en parte la revolución. Sin programa definido, desprovisto de una técnica operante para aplicar las nuevas ideas, vagamente orientadas hacia un socialismo de Estado, el meteórico partido busca la prórroga presidencial para impedir, en el fondo, el regreso de los liberales, que pasan a ser los conservadores de 1929.

Pocos meses antes del movimiento, no se escucha el nombre de Tamayo. Nuevos tiempos. Nuevos hombres. ¿Hubo urgencias éticas y artísticas? Hoy sólo interesan móviles políticos y cuestiones deportivas; la juventud que acude a los estadios, ignora a Homero y a Platón. Extinguida la antigua influencia de los hombres representativos por la edad y la experiencia, se

ama a los líderes jóvenes, audaces y realistas. El ex jefe del radicalismo, gran romántico de la política boliviana, queda excluido. La universidad hace política. Los jóvenes vociferan. Pontifican los intelectuales. El gobierno sabe que algunos editoriales de la oposición son escritos o al menos sugeridos por el ex diputado por La Paz. ¡Qué! ¡El misántropo saliendo de su cáscara? No hacerle caso. ¿Quién sigue a Franz Tamayo? Nadie. Demasiado bien escritos, sus artículos no llegan al pueblo; sapientes de doctrina política y ética civil, se pierden en el fragor de las pasiones. Hay un ansia de mando en la juventud, y una vehemencia de persistir en los hombres maduros. Se agrupan todos para mejor defender sus posiciones. ¿Qué vale un hombre solo por grande que sea? No es raro escuchar frases de esta índole:

—Reforma educacional... ¡Hombre! ¿Y no sería Tamayo el llamado a emprenderla?

—¿Tamayo? ¡Tamayo se acabó!

Para el concepto público, hay el recuerdo de un antiguo político opositor de los gobiernos, defensor de las instituciones. Para la masa popular sólo existe un señor hosco y desdeñoso, que reparte su tiempo en administrar fincas, educar a los hijos, hablar contra el gobierno y escribir artículos que nadie entiende.

La fuerza moral del indio —ha dicho un sociólogo— no es el placer sino el dolor; el dolor activo, fecundo, beligerante. Por eso la arquitectura —voluntad de poder, metafísica en piedra— refleja la grandeza del indio antiguo mejor que la moral estática y femenina del agricultor. De la dolorosa lucha interior; del amargo afán por señorear el medio; de los prolongados silencios y la profunda concentración, surge fortalecido el nuevo indio de América, aquel que superando la línea antropológica y de sangre, encarna en el espíritu, en la actitud frente a la vida. Dolor, odio y silencio

fecundan la vida americana, donde indio, mestizo y blanco conjugan sus tipos de individualidad a desnivel, sin alcanzar aún la unidad psicológica y social.

Cuando los bolivianos juzgan definitivamente caduco a Franz Tamayo, el gran mestizo tensa los músculos para el salto mayor.

Presto Appassionato. Elabóranse las acciones maduras y los libros futuros. La voluntad se ejercita en el dominio de sí misma. Bajo la aparente resignación externa, bulle un turbión volcánico. El felino del Ande se mueve entre sombras, su andar digitigrado no se oye. Presta al zarpazo, la garra se retrae; la fábrica maravillosa del sistema muscular se lubrica en el silencio. El ojo mira la caverna y perfora la tiniebla. Todo dispuesto a la acción. Como su montaña, el indio espera que los astros den la señal. Y los versos proféticos que dedica al monte tutelar, pueden serle revertidos en esta hora grávida de la espera:

“Ese monte blindado
De hielo eterno,
En su entraña, cuidado!
Lleva un infierno!
La nieve intacta,
Si hablara fuera piélagos
Y cataracta!”

LARGO E MESTO

*“Tintas de otoño cual sangrante herrumbre!
Bajos vientos de mesta dulcedumbre!
Partir así, con un adiós de bronce,
Tañido en bronce a la broncinea lumbre!”*

TAMAYO.

Geográficamente, la Cordillera Americana es la mayor cadena de montañas del planeta.

Corre de norte a sur, quebrando sus líneas desde la península de Alaska hasta las aguas del Antártico. Fractura sus vértebras como una serpiente colosal. Cambia de nombre, muda de apariencia. Aquí el galope continuado. Allí un reposo intermitente. Las Rocosas, la Meseta Mexicana, el Altiplano Central, los Andes son variaciones del tema monumental: un eslabonamiento atormentado de la tierra, que se prende cual un garfio demilunar a la esfera terráquea.

Para distinguirla de otras regiones montuosas de la cordillera andina, que a través de Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina son afines a la nuestra, llamamos a la meseta boliviana: el Ande.

Dos caras tiene el Ande; fresca y sonriente una; hosca, indescifrable otra. Como la nube andariega, el viajero sólo recoge la visión coloreada del instante; altos montes, costumbres típicas, figuras pintorescas. El poblador, en cambio, habituado al padecimiento del suelo irrisorio, conoce —aunque rara vez llegue a expresarlo— el drama integral de la tierra, beligerante a la planta humana.

La llanura suele andar sola. También la sierra torna a sí. Fuerzas contrarias, se repelen. Una apunta al poniente; otra al cenit. Pero en el Ande —paradoja

cósmica— pampa y sierra marchan lado a lado. El altiplano se dilata como un mar. Precipítanse los montes; pinas pendientes, quiebras desgarradas, muros de basalto perforando los cielos. El aire fulge. Estallan los colores. Arriba: vientos de tormenta. Abajo: el vértigo. Por un collar de cimas que galopa kilómetros, la cordillera enarca ventisqueros; azul cobalto, ocre, ultramarino, tintas róseas, jade, púrpura, oro vivo. ¡Alteza y pesadumbre de cumbre: la montaña!

Es la faz apolínea, el sentimiento estético del paisaje. Veamos ahora el rostro báquico, la fisiología intrincada de este centro solar de civilizaciones milenarias.

El Ande es trágicamente plástico; ninguna fuerza viva escapa a su poder transformador. Si el organismo físico debe soportar los rigores climáticos —altura excesiva, aislamiento, frío, rarefacción del aire, lentitud en los procesos fisiológicos— las almas sucumben por la soledad, el silencio y la incomunicabilidad de las ideas. El metabolismo de los alimentos es penoso; complicada la digestión de las pasiones. No hay hombre más refractario a la definición psicológica que el ando-montañés. Este retrato fantástico debe tomarse como algo circunstante, sujeto a revisión, sin dejar por ello de ser veraz; pero como el ando-boliviano es una psique en formación, a pesar —o tal vez a causa de ello— de su fuerte concentración interna, el escorzo, la sugestión temática, encuadran su enmarque mejor que los esquemas sistematizados del sociólogo. ¿Qué es el ando-boliviano? Un caos organizado a su manera, como el suelo que lo contiene. Alma de muchos registros, su tónica esencial escapa al observador. Quien habló de la doblez altoperuana, carece de oído afinado. La multiplicidad psíquica del mestizo, es más efecto de las sangres mezcladas y del suelo convulso, que causa de ensimismamiento. Estudiado aisladamente en sus características raciales —como indio, como cholo y como

blanco— el ando-boliviano espera todavía al intuidor que lo defina, separando y recomponiendo su imbricada morfología.

Examinemos, por ejemplo, uno de los muchos ingredientes químico-éticos de la sociedad montañesa.

Son gentes de naturaleza volcánica, como la tierra que los sustenta. Apagados los cráteres cordilleranos, el fuego se ha transferido al poblador. El boliviano esconde en su pecho lava y fuego. Es pronto al rencor, al odio y la venganza. Persigue sin necesidad; hiere sin reparo. Quinientas revoluciones logradas o frustradas ensangrientan su historia. El despotismo pervierte a los que mandan. La intransigencia injusta envilece a los que obedecen. El caudillo iletrado como Belzu, Melgarejo y Daza, es tan irascible como el caudillo civil a la manera de Santa Cruz, Linares o Saavedra. Avivadas por la combustión de la espera, las pasiones se desbordan al no hallar su válvula de escape. ¿Qué partido político subió al poder para organizar desde el primer día? Las horas mejores transcurren persiguiendo a los caídos. Casi siempre la acción es un valor en sí, camino sin brújula, aventura sin fe, donde se disuelven las mejores energías del individuo en desmedro de su colectividad. La llama interna del ando-boliviano crece y se apaga sin leyes; combustión mágica, pertenece más a un orden emotivo que a los reinos de la razón. El rencor ígneo del montañés, es más peligroso que el acecho quemante del llanero. Éste advierte. Aquél socava. La energía nacional se esteriliza por la hurañía de los hombres y la inútil violencia de los odios. Cada hombre un volcán: piedra, lava y fuego contra piedra, lava y fuego. Se puede esperar en silencio desde la sombra; o estallar en el impulso eruptivo. Poco importa. El montañés ejercita su fuerza atacando al montañés.

El alma del ando-boliviano tiene siempre su réplica

contradictoria. En este caso, a la naturaleza volcánica, al impulso plutónico fermentado por los siglos, cuya elaboración lenta y concentrada es el nervio de nuestra infusa cultura nacional, se opone una frialdad de mármol. Pocos pueblos más refractarios al entusiasmo que el boliviano. El fuego devora al individuo; la comunidad es un rescoldo que declina. Dispuesto siempre al brote pasional, el montañés es indiferente a su destino como pueblo. Es típica de ese indiferentismo popular, la siguiente anécdota, recogida de la calle:

—¿No vas al mitin? —pregunta un obrero a otro.

—¿Contra quién es? —replica el interpelado con desgano.

—Contra nadie. Vamos a pedir la nacionalización del petróleo.

—¿Ah... No me interesa!

Presto a destruir por la violencia, el boliviano ignora la técnica de organizar con disciplina. El suelo trágico ha impreso al poblador su trágica dislocación. La dislocada geografía, la historia desgarrada y turbulenta, la confusión de razas, el enclaustramiento lejos del mar y las mutilaciones territoriales, son fenómenos causales que acrecientan la invertebración política, el desquiciamiento social, la incoherencia económica, la soledad psíquica, manifestaciones naturales de la tendencia a fragmentarse. La ley de los contrastes rige al suelo; un divisionismo psicológico al poblador. Se habita una tierra paradójica, extraña, indefinible: mientras el escudo predica la norma fraterna de las almas, la ley de la montaña divorcia los espíritus y los confina en un aislamiento de siglos. Y la verdad, la dura verdad es que hay más de una razón para que cada boliviano sea una isla de resentimientos. Subir, en la meseta, es prepararse a la caída. Honra y consideración sólo retornan al fúnebre son de los tambores de la muerte. Cavando sepultura en vida a los mejores, este pueblo amargo se

desgarra día a día, justificando la frase dolorosa del crítico avizor: "¡País de montañas tan grandes para hombres tan pequeños!" El boliviano sabe morir como león, pero sólo alcanza a vivir como chacal —añade un político. Y en todas las bocas florece la misma queja angustiosa: "¿Dónde nos lleva esta tormenta de pasiones?" Todo marcha a la dispersión. Grandes figuras vilipendiadas componen nuestra historia; ese puñado de odios, traiciones y venganzas que del primer imperio autóctono nos ha llevado al último sitio de un continente.

—¡Qué terrible responsabilidad ser boliviano! —exclama un hombre de Estado—. Todos tienden al desorden; nadie a la disciplina de conjunto. Y la paradoja de siempre; se lucha por la organización del país para que lo despedacen a uno.....

Cielo del Ande: terciopelo azul. Terciopelo transparente, como no lo fabrican mejor las tejedurías de Francia y Manchester. La resplandeciente constelación de Orión se cierne por lo alto. El viejo y astuto cazador inicia sus correrías nocturnas por los campos dilatados del cielo. Su amplia armadura. Su cinto centelleante. Su espada al cinto. Más allá, hacia el Sur, Sirio; el perro fiel, husmeando acaso las huellas de Gur. ¿Sabéis quien era Gur? Bahram tampoco lo sabía; pero lo sabe ahora. Bahram aparece en el libro de los Reyes. Es un personaje legendario de la mitología iránica. Como todo dios que se respeta, Bahram es valiente, audaz y cazador. La presa que más codicia es Gur, el famoso asno salvaje. Pero Gur es también el sepulcro. Y Bahram anda, sin saberlo, en busca de la misma muerte.

Por este suelo despojado de la capacidad de amar, brilla fríamente el mito iránico: cuanto más se acerca el boliviano al boliviano, con mayor fuerza es rechazado a la soledad. El Kollao disuelve en la tierra todoparidora las mejores energías. ¡Pueblo trágico; se quiere

ser el amigo de los montañeses y sólo se termina en víctima de los propios montañeses! ¿Qué exigimos a nuestros conductores? Que sean dioses, arquetipos de sabiduría y santidad. Las figuras eminentes pasan oscuras por la calumnia ante el ojo espantado del investigador. La montaña es dura, impenetrable, inaccesible en un sentido social; segrega crueldad pétrea. Si las almas pudieran petrificarse como la faz del indio ¡mejor! Nada de ambiciones excesivas, por nobles que sean. Donde sobresale una eminencia, acude el rayo; donde luce una testa insigne, se quiebran coléricos relámpagos. Pero el hombre, el hombre humanísimo, virtuoso e imperfecto a un tiempo mismo; el hombre integral, es planta exótica. El hombre, gloria y escoria del Universo como pide Pascal; carne y hueso y contradicción perpetua como clama Unamuno; voluntad, energía cambiante y dispersa al modo bíblico; el hombre diverso que se transforma a través de las mutaciones multiformes de la personalidad, casi no tiene cabida en este circo de montañas. ¡Ay del aspirante excesivo! La pasión favorita del hondero andino consiste en descabezar cumbres; o soñar que las descabeza.

Cuarenta presidentes en un siglo. La mayor parte acaba en forma dramática; probablemente todos presa del resentimiento. Antes de bajar a la tumba, los estadistas de la montaña reciben el zarpazo de la ingratitud colectiva; aquel que partió el brazo de Sucre en el motín de Chuquisaca y que persigue siempre a los constructores de patria, para templar su civismo en el infortunio. Muchos perecen de muerte violenta; otros en el exilio. ¿Cuál es el destino de los presidentes de Bolivia en lo que va del siglo? Pando muere asesinado. A Montes se le niega la fábrica de la nación moderna. Villazón se extingue como un abad en el olvido. Gutiérrez Guerra perece desamparado en el ostracismo. Saavedra pierde sus mejores energías luchando contra los

bolivianos, para fallecer también en el exilio. Siles quiere transformar el país y se le premia incendiándole la casa. A Salamanca nadie lo comprende, hasta que se elimina como un estoico. Tamayo se empareda vivo después del golpe militar que anula su elección. Tejada purga con la renuncia forzosa su civismo, muriendo en el destierro voluntario. Si Toro ve frustrado su anhelo reformador, Busch, el hijo de la selva, sólo es grande al expiar su violencia en el suicidio.

Los montañeses, heridos por montañeses, siguen la ruta de Bahram, a la búsqueda de Gur, la presa codiciada. ¿Sabéis quién era Gur? ¿Sabéis lo que simboliza bajo el cielo andino? Es la pasión de crear entre montañas. Pero Gur es también el sepulcro. Y los montañeses, sin saberlo, avanzan a la vida por los caminos de la muerte...

Después de esta fugaz introducción al suelo que aniquila, se diría menos enigmática la figura de Tamayo, el más alto resentido de nuestra historia, cuya vida de perpetuo combate consigo mismo y con su pueblo, es un símbolo viviente de la tragedia boliviana.

1930. Otra revolución después de diez años. La Junta Militar convoca a elecciones y se reúne el congreso, formado por hombres descollantes de los partidos: liberales, republicanos, genuinos. La juventud es casi totalmente excluida. La nota insólita la da un candidato a diputado, que propone a sus electores la "ley capital" para terminar con las tiranías.

En el continente —dice y escribe el candidato— donde flaquea tanto la democracia, los solos destructores de la democracia son los gobiernos. Sus salvadores son los pueblos mismos y sus juventudes. La república debe tener instituciones de tal naturaleza, que una espada incontrastable esté siempre en manos del pueblo para caer en un solo golpe sobre la cabeza del gobernante perjuró y traidor. Mientras institucionalmente la

fuerza no se ponga al servicio del derecho, jamás habrá democracia. ¡El tiranicidio es una necesidad social!

En el congreso del 30 los grupos miden fuerzas antes de afirmar posiciones. Salamanca, el integérrimo, será ungido sin discrepancia por los pueblos; pero aun falta saber si los genuinos se apoyarán en liberales o en republicanos para gobernar. Las primeras sesiones, nerviosas y confusas, anuncian la pugna futura. Entonces los tres sectores dominantes, para asegurar la neutralidad de la mesa directiva, eligen presidente de la Cámara Baja al autor del famoso proyecto de la "ley capital" que no pertenece a ninguno.

Dos, tres sesiones, y la cámara comprende el acierto de su elección. El presidente maneja a los diputados con admirable tino. Aplica el reglamento de debates con rara precisión. Oportuno, sagaz, enérgico cuando el caso lo requiere, sortea obstáculos sin mengua de la dignidad de que está investido. Sabe encauzar las discusiones. La cámara está satisfecha de su presidente, hasta en los casos que recibe su amonestación. Aun se recuerda la curiosa doctrina de los "co-legisladores".

—¡Señor presidente! —protesta un honorable a quien la constante rechifla del público incomoda más de lo preciso—. ¡Exijo que se haga callar a la "barra"!

El presidente agita la campanilla, restablece el orden y dirigiéndose al honorable que demandó auxilio, replica:

—También el pueblo legisla, señor diputado. La "barra" es co-legisladora; por lo tanto, tiene derecho a exteriorizar su aprobación o su disgusto.

¿Qué fué el referendum" de 1930? Planeado por los jefes liberales, para unos significaba justificar la revolución; para los menos fué la maniobra tendiente a debilitar el poder central y fortalecer al parlamento. El plebiscito popular para reformar nueve artículos de la carta constitucional, iba a ser, en todo caso, ocupación

principal del congreso del 30. He aquí sus tópicos centrales: descentralización administrativa, autonomía educacional, creación de un consejo supremo de economía, tecnificación de ciertos cargos públicos, recurso de "habeas corpus", mayores garantías al parlamento, etc.

Iniciado el debate, liberales y republicanos defienden el "referendum", no porque responda al ideario de la revolución, sino para tener un arma eficaz de control frente al gobierno. Los genuinos, a su vez, admitiendo la urgencia de algunas reformas, aconsejan prudencia al aplicarlas, porque comprenden que ellas van contra el partido llamado a gobernar. Flojas fueron las primeras sesiones; defensores e impugnadores del plebiscito cambian argumentos sin herir la sustancia del problema. ¿Está el país preparado para acometer tamaña transición? "¡Sí!" —dicen los liberales—. "Todavía no" —contestan los genuinos—. Pero los autores del "referendum" cuentan con el apoyo de los republicanos, de la prensa, de los núcleos económicos y estudiantiles. Prometed mudanza al pueblo, cualquiera que ella sea... ¡y es el éxito! Dábase por descontada la derrota del grupo genuino, cuando un incidente inesperado vino a caldear el ambiente.

Una tarde, tras declarar reiniciado el debate, el presidente de la cámara, con esa voz enfática que causa envidia a sus colegas, profiere la siguiente invitación:

—Ruego al señor vicepresidente de la cámara ocupar el sillón de la presidencia, porque el diputado por La Paz desea intervenir en el debate referendario.

Se produjo un revuelo en las tribunas. Agitáronse los diputados. Hubo vítores y rechiflas en la "barra". ¿El presidente de la Cámara? ¿Qué tiene que ver el presidente de la Cámara con el debate referendario? Se le ha elegido para presidir y encauzar las discusiones, no para terciar en ellas. Pero cuando el autor de la "Ley capital" abandona la presidencia y con paso firme

se encamina hacia el antiguo pupitre del diputado por La Paz, el público estalla en aplausos; después de cinco años de silencio, el león ha vuelto a la arena.

Seguro de su fuerza y su talento, el luchador es ya el maestro de sí mismo. Veinticinco años de experiencia política, medio siglo de pugna con el mundo, milenios en los libros y en el arte, forjan un tronco vigoroso, ¡Planta humana, más profunda cuanto más madura! ¿Quién reconoce al antiguo combatiente en este señor del gladio? No hay rastro de la vehemencia excesiva, ni del exotismo pretérito. Ahora el encuadre es perfecto: hombre y político lucen pariguales. En vez de la melena romántica y el gesto despectivo, una testa bronceína se acompasa con una diestra persuasiva. En lugar de la explosión, el equilibrio. Mar en quietud, cuando Tamayo vuelve a hablar con su pueblo, domina toda la gama del sentimiento popular.

—No me alisto en ninguna bandera —comienza el orador—. A mis años se sirve a la patria y basta. Soy ajeno al juego subterráneo que hace del “referendum” un arma política para combatir o afirmar gobiernos. Poco valen las doctrinas; mucho el método seguido al aplicarlas. La política, ciencia de organizar a los pueblos, comienza en la ética y acaba en el derecho. ¿Estamos preparados para reformar bruscamente la carta constitucional? ¿Es lícito, es prudente precipitar el voto popular sin discernimiento de las responsabilidades que entraña? He aquí el problema: no es tanto una cuestión doctrinal, cuanto un caso de conciencia.

La “barra” liberal, oportunamente aleccionada, interrumpe con rechiflas al orador. La ingratitud de los “co-legisladores” no puede ser más manifiesta. “¿Que se calle Tamayo!”. “Que se le aplique la ley capital”. “¿No ofreció al pueblo libertades y mejoras? ¿Que explique su conducta!”

El orador mira imperturbable a la “barra”:

—Yo no explico mi conducta —dice con firme voz—. Dejo a la historia, al tiempo, a mis electores para que fallen. Vengo a cumplir un deber; y fuerza alguna podrá apartarme de su cumplimiento.

Nuevas rechiflas. La presidencia toca el timbre de orden, amenazando desalojar al público.

—Que se cansen ellos de gritar —profiere el orador—; yo no me cansaré de esperar.

Inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho, severo el rostro pero sin afectación, dijérase una estatua india en el parlamento. Cuando el clamoreo se apaga, el orador retoma el hilo de su discurso:

—Las ideologías políticas en Bolivia —manifiesta— sólo sirven para engatusar al pueblo, y llegar al poder. Así pasó en 1899, en 1920; así pasará en 1930. En nuestra vida pública, la captura del poder sólo se hace por dos formas: a la manera de Melgarejo, revólver en mano, retrotrayendo el tiempo paleolítico; o —cuando se carece de valor para hacer la revolución, exponiendo el pellejo al modo heroico— desorganizando astutamente el país mediante promesas engañosas. Procedimiento este último astuto, inteligente, pero criminal. Por la violencia o la desorganización. No hay otro dilema. El “referendum” que buscan la Junta Militar y sus asesores, pertenece al segundo modo. Es la más astuta maniobra para desorganizar el país, hasta capturar el poder. Logrado éste, no habrá ya referendum y volveremos al régimen de los territorios vendidos, los tesoros dilapidados y todas las calamidades de los últimos veinte años.

La reacción liberal es inmediata; hay que aplastar a Tamayo en el primer golpe. Y para enfrentarlo se elige a Tomás Manuel Elío, notable abogado y político que se halla en la plenitud de su capacidad tribunicia. En un extenso discurso, Elío impugna la crítica de Tamayo; hace un estudio comparativo de las constituciones

européas; analiza la evolución de la ciencia jurídica y establece la urgencia de las reformas sociales.

—Pido disculpas a la cámara —concluye el líder liberal— por la extensión de mi discurso; pero era necesario demostrar, con los textos en la mano, que el “referendum”, lejos de significar innovaciones peligrosas es la consecuencia lógica de la evolución política y social de la sociedad humana. Bolivia necesita reformar su carta magna, para equipararse a las naciones civilizadas. No podemos seguir en el retraso y el desorden.

Tamayo no se arredra. A la brillante exposición del líder liberal —teóricamente irrefutable— replica con breves palabras:

—El “referendum” significa destruir la Carta de derecho representativo, encaminando al pueblo hacia la democracia pura. Si bien es cierto que ciertos estados europeos apelan al referendum popular, lo hacen dentro de tales limitaciones y seguridades y en tales condiciones, que están aún muy lejos de la democracia directa y absoluta. El plagio de estas reformas europeas en Bolivia, sólo representa un inverecundo engaño al pueblo.

Las sesiones posteriores suben de tono. A la pugna doctrinal siguen las injurias. Diputados jóvenes, deseosos de ganar popularidad, acometen furiosamente al orador:

—El señor Tamayo es el eterno contradictor de sí mismo. ¿No habló de gobiernos parlamentarios? ¿Por qué se opone ahora a reducir la hegemonía del poder central?

—Tamayo llamó a Montes “flor de la raza” y luego “déspota”; a Saavedra “político medular” y en seguida “tirano del quinquenio”; a Siles “jurisconsulto constructivo” y después “el bandido que ciñó la medalla de Sucre”.

—¡Es un transfuga de todos los partidos!

—¿Qué ministerio le ha ofrecido Salamanca?

—¡Vendido a los enemigos del pueblo!

—Ataca el referendum porque sabe que con sus nueve puntos el pueblo obtendrá la libertad.

—¡Fuera los gendarmes disfrazados de juristas!

Una “barra” debidamente aleccionada rechifla y vocifera sin descanso. El grupo genuino calla. Acosado por los abogados liberales, los líderes jóvenes del parlamento y las maduras exposiciones de sus contradictores, Tamayo soporta, como siempre, solitario la tempestad. “El hombre fuerte es el hombre solo; y cuanto más fuerte, más solo”. Pero los tiempos son otros; y el luchador también. El orador espera que se apacigüen las voces. Cuando se levanta de su asiento, desconcierta a los rivales por su aplomo. La voz clara y firme, el gesto enérgico, sin vanas jactancias, Tamayo actúa en la cúspide de su carrera parlamentaria.

—Hay hombres que no necesitan defenderse —responde impertérrito despreciando risas y rechiflas—. Mis contradicciones...

—...¡son más numerosas que sus versos! —interrumpen desde la barra y sigue un prolongado clamoreo.

El orador mira fijamente a la “barra”. No se mueve un músculo en la tez bronceada; no tiembla una pestaña. Su tranquilidad sorprende y exaspera. Es la fuerza, la verdadera fuerza del hombre fuerte: nada lo hará estallar. Vencido por la sangre fría del insultado, el pueblo calla y escucha:

—Decía que mis contradicciones —prosigue impávido Tamayo— no son de carácter moral —cosa realmente censurable— mas se relacionan con ideas de orden superior y tienden a las buenas y justas prácticas institucionales. La política —lo dicen los tratadistas— es la ciencia y el arte de lo posible. En su poder plástico

deben buscar los hombres públicos la posibilidad de los negocios humanos.

En otra sesión, el orador arremete contra la autonomía universitaria —uno de los nueve puntos del referendun— profetizando que será el flagelo que acabe con la instrucción pública. Se ha echado encima la antipatía de los estudiantes.

El diputado por La Paz enjuicia severamente las reformas referendarias, analiza sus defectos, critica su inoportuna aplicación, descubre sus peligros y cierra su intervención en el debate con estas palabras que son acogidas en medio de un silencio glacial:

—El referendun popular no es bueno ni malo, dependiendo su eficacia de la forma honrada como se le lleve a la práctica. No es posible prescindir de esta cuestión de procedimiento. No se ha tenido la intención honrada de votar las nueve reformas, sino se ha ejercido el alto derecho de convocar a un plebiscito directo para modificar la Constitución. La democracia directa, absoluta, hacia la que estáis encaminando al país con las reformas que debatimos, es cosa tan grave y seria que no la sospecháis. ¡Es la ley de Lynch, señores diputados! La verdadera democracia directa, es la mayor explosión de fuerzas populares cuidadosamente contenidas por instituciones sabias. Ahora bien; escuchadme atentos: el día próximo o lejano, cuando ese pueblo engañado por promesas falsas, se convenza de que lo estáis engañando una vez más, ese día, señores diputados referendistas, tendréis vosotros mismos monedadas las cabezas!

La cámara aprobó las reformas referendarias por abrumadora mayoría. Y el diputado por La Paz reasumió la presidencia para hacer cumplir, democráticamente, las decisiones de la mayoría.

Salamanca llega demasiado tarde al poder. Enfermo envejecido, con mucho de la soberbia de Tiberio y bas-

tante de pesimismo aldeano, de nada valdrán su honestidad su talento frente a un pueblo en mudanza que se desgarrar por hallar una expresión. El hombre de la lógica se despedazará en la contradicción boliviana. ¿Cómo gobernar con la ley y la razón donde imperan el instinto y el desorden? Inteligencia fría, nada sentimental, que ama las abstracciones y reduce los problemas a enunciados teóricos; discípulo de Baruch Spinoza, a quien sigue en el método geométrico de las ideas y el discurso, descomponiendo el mundo por el rigor del dogma lógico-matemático; mente intelectualizada en exceso, con desmedro del territorio emotivo, Salamanca es el magíster antes que el caudillo. Ha prometido tanto en treinta años de opositor; zarandéó tan despiadadamente a los gobernantes; sus metáforas cavaron tan hondo la conciencia pública, que cuando asume el mando el pueblo piensa que un mesías regirá sus destinos.

Sin el instinto realista de Montes, sin la pasión removedora de Saavedra, desprovisto de la fiereza ordenadora de ambos, Salamanca ocupa el timón el momento menos indicado: vísperas de tempestad. Frente a la amenaza paraguaya en el sudeste, a los fermentos comunistas, a la crisis económica, a la evolución política y social, se requería un alma dúctil; más bien un carácter que una inteligencia excesiva. Clásico en sus ideas, lógico y conservador en sus actos, el líder genuino es el intelectual convertido en político. En lo ético encarna las virtudes de la ciudadanía; en lo político su incapacidad de coordinar el conjunto y de adaptación a la realidad. La demagogia de Saavedra y el absolutismo de Montes, causaron menos daño que la soberbia salamanquista, disfraz que encubre la violencia vengativa de un gran despecho. Minado por el rencor secreto de un arribo tardío; demasiado perspicaz para no comprender que la prédica democrática del opositor debe

transformarse en una suerte de despotismo apto si se quiere gobernar estos pueblos de turbión; frente a la extrema pobreza fiscal y a la borrasca interna, el tribuno ve perdida la partida antes de empezarla. Tiene un conocimiento profundo de la realidad boliviana, pero ignora el modo de resolver prácticamente sus problemas. Su moral rígida, de orden cerrado, su concepto académico de la política, le impiden entenderse con los demás. Colaborar a Salamanca es entregarse íntegramente a él; la soberbia intelectual —la más peligrosa de todas las soberbias— no admite crítica ni reproches. El nuevo prisionero del Palacio Quemado es, desde el primer instante, el prisionero de sí mismo. ¡Dichoso Montes, que gobernó con recursos a un pueblo relativamente dócil! ¡Afortunado Saavedra que apoyándose en las clases medias y los empréstitos pudo salvar el quinquenio tormentoso! Ambos crean para el futuro arremetiendo contra el presente. ¿Qué herencia dejan al tercer caudillo liberal, trocado en jefe genuino? En verdad, el orden de los factores parece haberse invertido: primero debió ser Salamanca, el lógico; luego Saavedra, el impulsivo; por último Ismael Montes, el organizador. El destino dispuso lo contrario. Tras el realismo tajante de Montes, sobreviene la furia de Saavedra que remueve muchas raíces de la vida nacional; y cuando arriba Salamanca la nación vive ya tiempos plutónicos; es tarde para componer las cosas por la legalidad y la persuasión. ¿El "caudillo" Salamanca? Pocos meses de gobierno destruyen la leyenda. Quien debió ser conductor de juventudes, fracasará comoidad de pueblos.

La guerra del Chaco es la prueba de fuego para Bolivia. Si en lo particular explica muchas fases del gobierno genuino, en lo general resuelve la persistencia de la nacionalidad. Este es el acierto de Salamanca: con razón o sin ella, calculador o intuitivo, despertó a

los pueblos hacia una meta vertebral. Poco importan la derrota y la mutilación. Bolivia se ha visto en el espejo del Chaco después de muchos años. El conductor que fracasa en la conducción de la campaña, es el guía salvador aún contra su propio pesimismo. Salamanca perderá la guerra, pero su error político salva la unidad histórica del país. Antes del Chaco somos nadie en América. Hoy la voluntad de ser nación, el sacrificio inmenso, nos abren sitio en el continente, y —lo que es más importante— sacudieron de raíz al poblador y al territorio.

Durante cien años el Paraguay ocupa la margen occidental del río que le da nombre, invadiendo sistemáticamente el desierto chaqueño. Bolivia se limita a esgrimir sus títulos coloniales y a enviar expediciones esporádicas. Prácticamente, medio Chaco es paraguayo en 1931, teniendo por línea básica de abastecimiento el río, ferrocarriles ligeros que penetran al desierto y colonias diseminadas en territorio boliviano. Los doctores del altiplano acuden al derecho; en las escuelas se enseña que las tierras comprendidas hasta la confluencia de los ríos Bermejo y Paraguay —¡o sea hasta las puertas mismas de Asunción!— pertenecen a Bolivia. De esta doble perspectiva falsa, que histórica y geográficamente nos nacía consentir señores de un territorio escamoteado ya de nuestras manos, arranca el fracaso del Chaco, obra no de un hombre, de una generación determinada, sino consecuencia natural de una imprevisión centenaria. Dueños legítimos del Chaco, los bolivianos no fueron nunca poseedores de hecho de su inmenso territorio. Y ésta es la razón fundamental que determinó su pérdida, iniciada un siglo atrás, al amparo de la absoluta desarticulación entre el altiplano y el sudeste.

Salamanca ha predicado "pisar fuerte en el Chaco"; fué su caballo de batalla en largos años de opositor; ló-

gicamente, será su carta decisiva en el gobierno. Apurados se verán los historiadores para dilucidar este punto: ¿fué una convicción patriótica la que impulsó al presidente a la guerra; o un recurso desesperado para evitar la anarquía interna y dar un sentido a su gobierno en descomposición?

Con razón o sin ella, previsor o desesperado, Salamanca prepara durante el primer año de su administración la conquista pacífica del desierto. Quisiera tener la vitalidad de Roca, —el argentino que domó el desierto— para dirigir personalmente la campaña civilizadora; pero su mala salud lo induce a confiar a los militares la obra. Su programa consiste en comunicar las zonas de Puerto Suárez, Ingavi, Camacho y Arce —hasta entonces aisladas unas de otras, al punto de exigir el mantenimiento de cuatro ejércitos en caso de guerra— para tener una primera línea vital en la defensa del Chaco. Simultáneamente apresura el contacto del altiplano y de los valles con el sudeste. La empresa colonial se basa en esta prudente táctica: evitar a todo trance el encuentro con las tropas paraguayas. El Chaco es un territorio inmenso; podían evitarse los fortines que ambos países iban diseminando como puntos microscópicos en su vasta extensión. Aunque la penetración metódica del Paraguay continúa, el gobernante del altiplano piensa que obrando con cautela, preparando la vertebración del territorio, será menos dificultosa la tarea de afirmar la soberanía cuando los hechos lo requieran. Acaso el programa presidencial comprendía los cuatro años de su período; mas el destino truncó los planes del presidente, precipitando el desenlace en hora aciaga. Para entonces, Salamanca tendrá en Tamayo su mejor apoyo.

¿Cómo se aproximan estos dos grandes soberbios, estos dos resentidos, estas trágicas expresiones del alma boliviana?

Desde los años lejanos del republicanismo y la cruzada radical, ambos se comprenden y respetan, manteniendo cierta identidad de principios democráticos. Si Salamanca admira en Tamayo al luchador y al artista, éste devuelve afectos al tribuno y al intelectual. En 1915, agradecido por la espontánea solidaridad con que el líder cochabambino le acompaña en el fracaso de la interpelación a Zamora, Tamayo dedica un soneto "A Don Daniel Salamanca", delicadamente alusivo al señorío del político. Frente a Montes, a Saavedra, a Siles, ambos ocupan posiciones afines, respaldado siempre por su fría autoridad el uno, agarrándose a zarpazos con el mundo el otro. Midiendo recíprocamente su capacidad; sospechando la hondura del resentimiento mutuo; con pocas palabras, sin efusiones cortesanías, Salamanca y Tamayo se entienden fácilmente. Dos islas prominentes del aislamiento boliviano, se contemplan veinte años. Pero sólo cuatro bogarán juntas, compartiendo los rigores de una tormenta submarina.

Cuando Salamanca es informado de la batalla por el referendun, piensa para sí: "He aquí el hombre para situaciones críticas". Tamayo es tratado con fina cortesía por el presidente, que le confía sus proyectos y le habla de sus libros, recitando pasajes de "La Prometheida", con lo cual se gana la fuerte emotividad del poeta. Nada de promesas, ofertas tentadoras ni arreglos de trasmano. Los grandes se entienden sin palabras. El aimara sabe que su destino está junto al quéchua. Consultado, oído muchas veces en las altas responsabilidades públicas, el diputado por La Paz escucha estas palabras de labios del presidente:

—Malos tiempos vienen don Franz. Voy a necesitar de usted. Pero esperemos; esperemos que se gasten un poco estos personajes de primera fila, que son la espuma de los gobiernos nuevos.

Tamayo hace una inclinación y sonríe. Ha esperado medio siglo estas palabras.

Los "Scherzos" abren tregua a las luchas políticas. Antes de conducir los negocios externos como Canciller de la República; antes de orientar las deliberaciones de la Cámara de Diputados en plena guerra, el artista gana una victoria deslumbrante al hombre de Estado.

¿Qué son los "Scherzos" de Franz Tamayo?

Primero un preludio fulgurante, clave simbólica y filosófica del libro, compuesto en tercetos endecasílabos. Mas no el terceto clásico, pesado y quejumbroso, sino un endecasílabo tripétalo, vibrante de fuerza y de armonía alterna, como ese juego de explosiones y espacios insonoros que ondula por la orquesta beethoviana. El poeta dinamiza el metro clásico hasta lograr una ficción de forma nueva:

"Siembra el Horror de estrellas y placeres
Un puño demonial. Hasta en la muerte
Se oye un dulzor de voces de mujeres!
Su espondeo y su dáctilo solerte
Marida el ritmo. En un deleite místico
Se funde el aire negro al verbo fuerte".

.....

"Sólo el laúd zafira las zozobras
De vivir y pensar, y filtra mágico
Tañer de abriles de un silbar de cobras.

Trae la Primavera en su mirada
Terribles confidencias. Nadie sabe
Por qué el Amor fué siempre puñalada!"

.....

"Nauta que rige escollo de neblinas
Fué todo alto poeta! Un ojo inerte
Mira en lo hondo y en silencio omína!

Supe, canté, y callé la ciencia fuerte!
Pero sé de agonías estupendas
Y de unas músicas que dan la muerte!"

¿Conoce el poeta boliviano el "hokku" nipón, los libros de imágenes de Utamaro, las prietas síntesis de Matsuo Bascho, las sutilezas de Li-tai-pe?

Con modelo o sin él, Tamayo se impone en los "Scherzos" la más ruda disciplina: calar el alma fáustica hasta la expresión más condensada. Por eso elige la antigua seguidilla castellana de siete versos consonantados, de monótona simplicidad, cuya pobreza eufónica bastaría para frustrar a millares de poetas, dinamizándola por una técnica sabia que posee el sentido interno de la eufonía idiomática. Pintura miniada de una paleta opulenta, en cuatro rasgos aprisiona la plenitud del tejido cromático.

"El pecho heroico sabe
Que es solitario,
Y el árbol centenario,
Y el val y el ave.
Todas son islas
En un mar sin caminos
Y sin penínsulas!"
"Hasta en el viso escuálido
Del monstruo triste
Como un ensayo pálido
De ritmo existe.
Con hábil ala
Toda fealdad asciende
Su oscura escala".

Registro vivacísimo de la naturaleza, donde lo que sugiere es siempre más de lo descrito, toda la ciencia del arte y de la vida fluye sapiente por estos septetos inmortales. ¿Quién dijo cosa más profunda del mago de Bonn en tan pocas palabras?

BEETHOVEN

"Jamás dolor más noble
Vibró en la fibra!
Así insonoro vibra

El alto roble!
Era Beethoven
Dolor siempre sonoro
Y siempre joven!"

Sobre las fuerzas eternas del amanecer, la primavera, el pájaro que canta, el aire, la alegría, el pensamiento, la embriaguez, el fuego y la muerte, urde el poeta los signos de un pentagrama lírico impar. Dijérase un Goya del verso, voluntarioso y egocéntrico, inagotable e insaciado, polifacético y sensual, a la caza de revelaciones inauditas, mientras la vara taumaturga se esfuerza en convertir la roca en manantial. Una vez más, el viejo y cansado universo, florece al conjuro reproductor del hechicero.

"Con su compás de normas
Y de armonía,
Sólo escultor de formas
Impera el día!
Sólo a su tacto
Brotó el mundo perfecto
Y estupefacto!"

.....

"Lo más sutil y eximio
Muere más pronto.
Todo lo arrasa el ponto
O el cielo nimio.
Adiós contornos
Y hechizo de las caras
Y los dintornos!

"En riscos que son arpas
Solloza el viento:
Almas sin cuento
En las escarpas!
Porque escondida
Todo soplo es un ánima
Y el aire es vida!"

.....

"Toda silueta brota
De árbol o piedra,
Con tal fiereza inmota
Que el ojo arredra.
Hiere fulmínea
En los seres la fuerza
De cada línea!"

A excepción del "Scherzo Sinfónico" que son septetos aislados entre sí, sobre 126 temas diversos, los nueve scherzos del libro constan, cada uno, de sesenta septetos. Sin mudar de metro poético, sin cambiar el molde rígido de los siete versos consonantados, Tamaño alcanza supremos contrastes de expresión. Si el "Scherzo del Ruiseñor" o el "Scherzo de Primavera" narran la alegría embriagadora de vivir en cortas explosiones de color, que sugieren intenso movimiento de líneas, jocundidad emotiva, riqueza de fondo y de expresión; el "Scherzo de la Muerte", en versos graves y sombríos —dentro del mismo linaje métrico— sugiere la inmovilidad letal de lo perecedero y tenebroso, el pausado acabar de cuanto existe:

"Todo es cual si no fuera.
Toda luz huida;
Sin lumbre el sol; sin vida
La primavera!
Es una lápida
El raso azul, y un páramo
La tierra sávida!

Extraño continente
Que un sueño ahonda:
No hay en esa redonda
Tiempo presente!
Faustos ni mestos,
Allí se habla con signos
Menos que gestos!"

"Cobra un precio infinito
Lo inapreciable.

Se siente lo inefable
Y lo inaudito!
¿Quién siente? Nadie.
Un nadie que es más que alguien
Que un algo irradie!

En un callar de activa
Nieve que cae,
A una que se sustrae
Luz pensativa,
Fluyen fluviales
Eternas unas horas
Intemporales!"

Desdeñando el fácil recurso de la variedad estrófica, el poeta andino encierra en cotas semejantes la embriaguez y el éxtasis, el vértigo y la inmovilidad. ¡Suprema disciplina: la variación en la igualdad! ¿Qué seguidilla hispana puede leerse sin fatiga, después de un centenar de versos? "Scherzos" consta de más de 5.000 versos, acuñados en el fiero molde del septeto consonantado; pero la rígida prisión formal jamás deviene monotonía, porque el poeta sabe la técnica sutil de animar lo inmóvil y dilatar lo breve. Tamayo es un mayo de la síntesis. He aquí tres septetos que resumen la estética de los "Scherzos":

SIGNUM VITAE

"Dintorno cordiforme
Del virgen suelo!
Dió en horóscopo el cielo
Rúbrica enorme!
Délfico y pindio
Será el compás de Apolo
En puño indio!"

CANON

"Apolonida américo,
Tente en ti mismo!
Sólo harta el propio abismo,

No el exotérico!
Con alma toda
Opón el canto eterno
Al canto en moda!"

COTA DE MALLA

"Desdeña, artista euríndico,
La fácil obra.
Sólo en viril zozobra
Se ara el val pindico!
Cinge a tu talla
Regla y rigor como una
Cota de malla!"

¿Se concibe el viento del Ande, dentro de la urna angulosa de una violenta alfarería? Homeópata, astuto, el pensador destila sus pociones por filtros microscópicos. Sólo afinando los sentidos a un grado extremo, se alcanza a percibir la música secreta de estas cuerdas tensas, que recuerdan el caso paradójico de los "cuartetos sinfónicos": dentro de la mayor economía de instrumentos, la grandeza demoníaca de la orquesta. Los cuartetos "Rassoumoffsky" en melos nórdicos, los "Scherzos" en lírica austral, suponen, analógicamente, la mayor ciencia técnica dentro del sentir más concentrado. El Alighieri en lengua itálica, Schiller en habla germana, no fueron superados en concisión de pensamiento ni en variedad de tonos; se ignora el esplendor latino y tudesco, mientras no se ha penetrado, en su propio idioma, el sentido interno de la forma poética del Dante y de Schiller. Mas quien lea con detención los "Scherzos" de Franz Tamayo; quien absorba sus juegos condensados, habrá de comprobar que el cantor andino, en un sentido lexicográfico, raya a la altura —si no los supera— de los maestros del Siglo de Oro. Mayores ingenios para elaborar criaturas y situaciones dramáticas, Lope y Calderón habrían recelado de esta lengua compuesta, tejida en trama hispana por la ur-

dimbre cambiante de otras lenguas. Varios grados más allá de Góngora, el castellano de Tamayo es un centro solar de sapiencias idiomáticas. Resuelve centenares de enigmas; plantea miles de problemas. Y es sólo a través del verso macerado, de la reducción cruel pero estupenda de la línea, como se atisba la soberbia escultura del idioma-madre: "La lengua más hermosa del mundo" —como decía el clásico.

Quien disfruta el perfil ceñido de estos septetos:

"Rosal que mudo llora
Pétalo a pétalo,
Cual llanto polipétalo
Que en vano implora!
Su algor no alterna
Tras las rosas caducas
La rosa eterna!"

"Mas todo instante quiebra,
toda hora es dúplice.
Sesga la dicha súplice
Como culebra,
Y aun en los cálices
Llora el rocío, y lloran
Plorantes sálices!"

no alcanza a comprender el malabarismo idiomático, que pone estridentes notas en el armonioso juego estrófico, de estos otros singulares septetos:

"Tras sus vértices árticos
Y acmés antárticos,
De ejes ígneos saatea
Orbe o idea!
So el zarco cielo
De dáctilo o binomio
Conduce el vuelo!"

"Elixir y nepenthe
En róseos vahos
Reconstruye el demente
Prístino caos.

A cuanto vive
Abreva en negra fuerza
Infero algibel!"

La ciencia del neologismo que maneja Tamayo, no ha sido superada. Se permite todas las licencias, porque antes practicó toda disciplina. Con un adiestramiento filológico, humanista y filotécnico, se puede discernir la complejidad de esta poesía, su atrevimiento conceptual, sus audacias sintáxicas, la dureza a veces necesaria de estos versos que suelen mutilar la forma dardeante en beneficio de la idea. Recordando la sutil apreciación de Muzzio Sáenz-Peña sobre el estilo joyceano, es lícito afirmar que algunos septetos de los "Schérzos" dan la sensación de que el español se estrella contra los arrecifes idiomáticos de un mar nocturno. Tamayo navega con una nueva brújula. Siete puntos cardinales. Y la ruta ¿dónde queda? Es la vorágine. Tamayo mismo sabe más de dónde viene que a dónde va este misterioso "gulf-stream". Es un caos organizado y administrado. Cúspide y abismo. Mas no cabe reproducir las excentricidades inundadoras en un retrato de conjunto, que mira a lo acabado de la obra, no las genialidades pasajeras del brujo del idioma, entretenido en juegos altamente intelectuales.

El filósofo da siempre las notas incisivas:

"Sabor que sabe a muerte
Por eso es vida.
Sólo sabio por fuerte
El mal no olvida,
Y enseña eterno
Que el cielo es sólo cielo
Porque hay infierno!"

"Un transmutar solerte
De leves cáscaras,
Un diálogo de máscaras:
Eso es la muerte.

Juego y nonada.
Tras los féretros áridos
Hay todo y nada!"

.....
"En un país sin hora
Y sin aurora,
Do un algo sin medida
Es más que vida,
Y en voz no trunca
Dice que siempre es Siempre
Y nunca hay Nunca!"

La raíz boliviana en esta poesía, es el sentimiento estético del Ande. Dentro de su turbulencia sabia, Tamayo expresa el caos organizado de las altas mesetas. Es el alma proteiforme de la tierra y del pasado, que brinda al poeta sus mil fuerzas dispersas; así hay versos vibrantes, que anhelando el laurel pítico, ciñen el penacho indiano. Mitos, historia, ética y estética confunden sus caminos:

ATLAS

"En minas de diamante
Y ríos de oro,
Amasó su tesoro
El rey atlante.
En sangre hespérica,
Lo que sorbió el océano
Devuelve América!"

POIESIS

"Una escultura invicta
Signan los montes.
Pide al tiempo horizontes
Su norma estricta!
Tras nuevas lumbres,
Nuevo escultor de formas
Lee en las cumbres!"

FATUM

"A humanizar la piedra
Fué el hombre nuevo.
El neomundo es un huevo
Que al diablo arredra.
Allí en misterio
Lo imposible es posible,
Mágico imperio".

Más que un color aimára; antes que un deslumbramiento occidental, en el verso Tamayo alienta un clima mítico, que arranca de las antiguas teogonías. Un guiño... Un signo... Veladas sugerencias... Finísimo matiz... Cosas imperceptibles, que viven larvadas en la línea lírica. Irrumpe el Ande, con sus Dioses Secretos, sus remotas tradiciones, sus seres y sus cosas impalpables. Ese clima mítico no tiene la redondez de lo concreto, antes evoca la evasión evanescente de la sugerencia. Perfiles siempre en fuga. Por este canto indómito y veraz, sospechamos que Tiwanacu duerme bajo tierra. Por estas voces proféticas sabemos que la meseta andina cobijó sucesos estupendos, dignos de una trompa de cristal.

IMPERIUM

"Bajo este cielo mismo
Floreció un cetro:
Sopló un destino tetro,
Y fué el abismo!
Fénix sin serlo,
La misma Cruz celeste
Volverá a verlo!"

Nadie caló más hondo, en síntesis más prietas y cabales, la interpretación autóctona. Tamayo es el drama indio. Arúspice del pasado irremediabilmente muerto, el poeta rompe un silencio de cuatro siglos; y a su conjuro insólito vuelve el clamor de los remotos pobladores de la tierra andina:

PACHAMAMA

“Lo que cifra y clarece
El mito aimára
Fué alta ciencia tan rara
Que se esvanece.
Un son, un signo,
Y aun ausente el espíritu
Es fidedigno!”

WILLKA

“Es el sol, dios y padre.
A él se rinde
Bajo el azul sin linde,
La tierra madre.
Como a su centro
Va a él la raza porque
Lo lleva dentro!”

STUPET

“Cuando el puñal ibero
L’hubo transido,
Ese mundo agorero
Dió un alarido!
Después, papura,
Y un estupor de siglos
Que aun dura, aun dura!”

LAS KHANTUTAS

“Regia flor escarlata
Del Ande innata,
Su tinte en que el sol brinca
Consagra al Inca.
Toda doncella
De fiera sangre india
Renace en ella!”

También la sátira danza, bajo los siete velos crueles
del desprecio:

DIDASCALIA

“No engendra el cóndor grajos
Ni escarabajos!
Da el alma rasgo a rasgo
Su mayorazgo!
Nunca tan cúpidos
Me nacieran discípulos
Ni tan estúpidos!”

EL FILISTEO

“Tu historia son historias,
Tu cuenta cuentos.
Disfraza de aspavientos
Tus pepitorias
La musa cambia;
Mas no tu castellano
De churubamba!”

Si obedeciendo a oscuras voces atávicas, el bardo atisba
el orbe indio, poco tarda en volver al castillo místico de
la literatura universal. Por un timbre autóctono, Tama-
yo devuelve diez ecos esferales. El pensador cosmopo-
lita, es de todas las patrias y de ninguna.

Algunos septetos del “Scherzo del Fuego”, tienen res-
plandores de upanishads. ¿Quién dió llamarada tan fan-
tástica, al cantar la epifanía de Ignis? Voces escapadas
de un himno védico, se conciertan y torturan para exal-
tar al padre de toda teogonía:

“Tras de todo arde ubicuo
Su ojo conspicuo.
Habla en auges y menguas
Con diez mil lenguas.
Si su aura aspira
El mundo toma todo
Forma de pira!

Sólo el fuego es sin ripio
Fin y principio.
Sólo él sin intermedio

Corteza y medio.
Igual se crispa
En la estrella la chispa
Como en la avispa!

Sólo él tiende en oscuras
Arquitecturas
Sus Andes como puentes,
O Alpes potentes!
En pétreos filos
Talla sus megalíticas
Hecatompilos!

No rige el cosmo incóndito
Canon recóndito.
Mas patente intelecto
Es su arquitecto.
Todo se engarza
En fuego, y es toda alma,
Flagrante zarza

Porque el sílice es fuego,
Fuego en sosiego.
Y el tiempo es fuego agílmo
De ardor sutilmo.
A sus cauterios
Ni los bronceos perduran
Ni los imperios!

Demiurgo siempre listo
Y trismegisto
Miente en sus lenguas súplices
Intentos dúplices.
El padre fuerte
De toda vida es padre
De toda muerte!

En su faz que aparece
Y desaparece
De una suma entelequia
La gloria obsequia.
De pensamientos
Arde la llama y de hórridos
Altos intentos!

Del fuego que deslengua
Vino la lengua
Y de su lampo horrífico
Ojo mirífico.
Es sin sentirse
Todo pensar humano
Un consumirse!

Sufren igual milagro
Cisne u onagro,
Cuando funde en sus ascuas
Pestes o Pascuas.
Ni ley ni cisma
La llama sufre, que ella
Es la ley misma!

Traba el mundo su nave
D'ignita trabe,
Y en armazón de brasa
Su barro amasa.
Impronta pírica
Sella todas las cosas
De arte espagírica!

Este himno de ascuas-plumas
Lavas y espumas,
Ya ardió en labios extraños
Ha diez mil años!
Su llama inquieta
Volverá en otro siglo
Y otro poeta!"

De "La Prometheida", de "Nuevos Rubayats", de "Scherzos" brotan músicas tremendas, terrores y suspiros, victorias, caídas, tropeles de ideas y sentires, de formas y colores, dentro de la más universal epifanía lírica. ¿Cómo reproducir fragmentos del "Scherzo Matinal" o del "Scherzo del Aire"? Son frisos perfectos que no es dable mutilar. Franz Tamayo, poeta y pensador, no tiene cuna. Viene del remoto Ganges, del ínclito Helicón, de la meseta Iránica, de la urbe Romana, de las riberas del Rhin, del mar Boreal; y se baña en la "luz

seráfica" del Illimani. ¿No es un hijo de Orfeo el citado que pulsó estas cuerdas?

HELLAS

"Madre, célica madre!
Nadie a tu genio
Alcanza aunque el milenio
Bárbaro ladre!
Aguende el Tibre
Polymnia aun sueña en jonio
Y canta en libre!"

OFELIA

"Sol cimerio, aire nubo
Y en la saucedá
Selene, esa moneda
Cara de rublo!
En la laguna
Flota la virgen hecha
De nieve y luna!"

Contra la opacidad expresionista, que refleja la confusión moderna, el poeta andino opone la línea resaltante de las cordilleras: alta, angulosa, violentamente quebrada, interrupta y colérica, lejos de toda curva mórbida, porque en sus vértices dardea la angustia de lo decisivo. Es —en cierto modo— la América primitiva de la danza telúrica y el canto vegetal, manifestándose por una lengua enérgica que retiene astutamente su fuerza, su ansia de espacio y libertad. Por un proceso metamórfico que aun no fué estudiado, los "Scherzos" encierran la expansión occidental en redomas indias. ¿Cómo un indio adusto y sombrío pudo sentir esa cosa pagana y maravillosa que vibra en el "Scherzo del Ruiseñor"? Sólo a través de su poesía pitagórica que relampaguea en el perfil emboscando las esencias, se alcanza a sospechar la potencia del alma americana, gobernadora del silencio, que de tanto callar y persistir, redujo a saetas

de energía su aprehensión del mundo y su afán de inmensidad.

Leyendo estos "Scherzos", cuya superposición matemática escala el esplendor del estelión, un crítico argentino exclama: "Franz Tamayo es ciclópeo. Voz de voces. Es lo más grande de América en poesía".

El poeta ignora este juicio. En 1932, la guerra con el Paraguay aleja otra oportunidad para que la crítica se aproxime a sus creaciones poéticas. Nadie dirá nada. "Ciertos libros son como lámparas mágicas: sólo alumbran para la posteridad".

¿Cómo estalló la guerra? Bolivia y Paraguay se culpan mutuamente. La penetración de las patrullas de ambas naciones en el Chaco, debía terminar en un encuentro armado; como siempre, el azar nos encontró desprevenidos. Lo que se juzgó escaramuzas, iba a convertirse en una lucha de tres años. ¿Fué el gobierno civil o fué el ejército el responsable? Poco importa: la ceguera fué conjunta. Uno y otro perdieron el sentido de la realidad. Nadie quiso ver que mientras Bolivia apenas comenzaba la exploración del Chaco, el Paraguay lo señoreaba en sus dos tercios; que una reducida fuerza semicolonial, difícilmente abastecida y comunicada con el altiplano, no serviría ni para una acción defensiva, dadas las dificultades físicas y la impreparación económica. Producido el incidente de Laguna Chuquisaca, la fiebre bélica invade los espíritus; hay que tomar la represalia. Pero la represalia se prepara en gran escala. Gobierno y militares se precipitan. ¿Faltan caminos, son miles de kilómetros desde la meseta al desierto chaqueño? "¡Hay que salir seis meses antes!" —dice el Presidente. ¿Los guaraníes son raza de guerreros y conocen el terreno? "¡Bah, a látigo los haremos correr hasta Asunción!" —manifiestan militares impreparados. Las voces prudentes se pierden en el remolino chauvinista. Un pueblo educado cien años en el "axioma" del Chaco totalmente

boliviano, se apresta a defender su territorio. ¿Pero quién conoce el desierto? Sólo algunos militares y la escasa tropa diseminada en su extensión oceánica. Para la mayoría nacional el Chaco sólo vive en los labios; y esa trágica ignorancia es causa primordial de la derrota.

Los primeros fracasos militares imponen cambios en el gobierno. Tamayo es invitado a la cartera de Relaciones.

—¿Tamayo? ¿El “indio” Tamayo Canciller de Bolivia? —clama la oposición.

Lo cierto es que el “indio” Tamayo fué un “señor Canciller”. Circunspecto, patriota, previsor, grave equívoco fué alejarlo de los negocios externos, que empezara a orientar con mano firme; y donde habría evitado los errores funestos de esos otros cancilleres de opereta —Alvéstegui y Canelas— que, simples títeres en manos de Salamanca, llevarían el país al aislamiento.

Para considerar una respuesta a los Neutrales, que intentaban solucionar pacíficamente el asunto, el Canciller Tamayo invita a ex presidentes y ex ministros de relaciones. Acuden todos, menos Montes, el caudillo septuagenario que dirige las finanzas desde la presidencia del Banco Central, quien se limita a poner con lápiz rojo, al margen de la invitación: “Don Ismael Montes no concurrirá a la Cancillería mientras esté confiada al individuo que hoy la conduce”.

El Canciller penetra al salón rojo, saluda a los presentes y ante la sorpresa general manifiesta:

—He recibido esta “esquela” del ex presidente señor Montes, la que será leída por el señor secretario, para que los caballeros aquí presentes juzguen dónde está el patriotismo y dónde la malacrianza.

En treinta años, es la primera vez que el jefe radical toma revancha sobre el caudillo; y acaso la única en que Montes fué más pequeño que su oportunidad histórica.

¿Qué puede hacer un Canciller, por experto que sea

frente al desvío externo y a la obcecación interna? El presidente juzga que la causa boliviana es tan justa, que no requiere de aliados. Su Canciller, más realista y mejor psicólogo, ve con angustia cómo se forma una malla de intereses opuestos a la nación del altiplano. Hila delgado, cautelosamente, para no herir el cerrado belicismo de Salamanca, no incurrir en derrotismo, ni precipitar rupturas peligrosas. Desconfiado, Tamayo no explicó a nadie su plan diplomático; pero algo bueno habría resultado de no ser tan breve su paso por la cancillería.

Un día el Ministro de los Estados Unidos recibe la visita del Canciller boliviano. Don Franz Tamayo, irrepudablemente vestido de negro, departe por espacio de dos horas con el diplomático extranjero. ¿Ha sondeado una mediación americana? Nadie lo sabe; la entrevista fué a puerta cerrada. Al despedir a su visitante, Mr. Feely, que es un “gentleman” y a la vez diablo y medio para “tirar la lengua” al prójimo, frente al soberbio espectáculo del Illimani, que resplandece bajo el oro vespertino, insinúa con delicada perfidia:

—¡Qué hermosa montaña tienen Uds., señor Ministro! Cada vez que la miro me causa una sensación tan rara...

El ministro de relaciones, que está a punto de partir, mira fijamente a su interlocutor; luego voltea la cabeza en dirección al monte cano, se saca el sombrero y saludando con toda gravedad a la montaña, replica:

—¡No hay otra en el mundo, salud!

Y partió, dejando absorto a su interlocutor.

Un sino adverso persigue al político: siempre que está en inminencia de afianzarse, los huracanes del azar le arrebatan el timón de las manos para confiarle otra nave. Así el Canciller Tamayo, que pese a sus zapatos amarillos y a los chalecos llamativos, tuvo entre manos la solución diplomática del pleito chaquense, cuando aún

no estaba perdida la partida, es llamado a defender al gobierno en el Congreso.

—La pelea es más dura por dentro —dice Salamanca— y ahora lo necesito a usted. Daremos la cancillería a otro, a quien yo asesoraré directamente.

Tamayo acepta sin vacilar. Leal a Salamanca, es antes de nada un patriota; su deber está en el puesto que se le confíe. Regresa a la presidencia de la Cámara de Diputados, para defender los actos del gobierno. ¡Y qué difícil es defender a un gobierno impopular, que está perdiendo una guerra, afrontando la anarquía interna, luchando con dificultades económicas y acechado por todos los ángulos! Cuando Salamanca quiere organizar gabinetes de concentración nacional, los partidos exigen carteras que representan la suma del poder. Fracasado el intento conciliatorio, los políticos reavivan la enconada oposición que terminará con el destierro de Saavedra, el estadista descendido a demagogo, en cuya actitud negativa encarna —por esta vez— la turbulencia boliviana. Ciertamente: Salamanca pudo cometer muchos errores. No fueron menos graves las faltas de sus adversarios. Nadie pensó en Bolivia. Todos en la disputa del poder. Entre la imprevisión de los de arriba y los desbordes de los de abajo, no era difícil presumir cómo terminaría el conflicto. Pero en la hora crítica, comprendiendo que sólo cabe cooperar con el gobierno constitucional, el diputado por La Paz alcanza el cenit de su trayectoria civil.

Es la edad de oro para el político. Dirige los debates con rara maestría, valorando sagazmente hombres y situaciones, despejando crisis con pocas palabras y resuelta actitud. Como el reglamento prohíbe que la presidencia intervenga en las discusiones, Tamayo encuentra un recurso para defender la acción gubernativa; hábil sofista, experimentado argumentador, pretexto observaciones de procedimiento, aclaraciones marginales, cual-

quiera cosa, para extenderse en sesuda exposición que nadie se atreve a interrumpir, porque la ciencia tribunicia y la elegancia del orador han madurado en grado tal, que estudiantes y catedráticos de la universidad acuden a escuchar estos cursos de derecho público. La consolidación del orden interno, la disciplina militar, la financiación económica, el prestigio ya bastante mellado del gobierno, peor habrían andado de no existir en el parlamento esta zarpa de tigre, dispuesta a defender la autoridad constituida. Frente a los jefes de la oposición, que acechan implacables la oportunidad para arrojar sobre el gobierno, Tamayo es el freno natural, la fuerza que impide la caída del régimen. Responde golpe por golpe. Ataca sin dar tregua, desarmando al adversario. Su valor civil no tiene par.

Nada dice, hasta entonces, el gobierno, de la sucesión presidencial. El ejército está descontento porque Salamanca interfiere en los comandos. La oposición baraja nombres; cualquier ciudadano representativo y mejor un militar, con tal de concluir con los "genuinos", que encarnan todos los vicios de la oligarquía conservadora —sostienen los enemigos del gobierno. Los diarios atacan violentamente: "¡Movilización con cuentagotas!". "Por economizar pesos se sacrifica millares de vidas". "El gobierno no da libertad a los comandos militares". "Se persigue a los combatientes y a los familiares de los opositores". "Aislados diplomática, política y económicamente en el corazón de América, estamos a punto de perder la guerra". El gobierno se defiende a su vez: "Se trata de una campaña semicolonial, donde hay que conservar las fuerzas y no comprometerlas en una sola acción. El ejército tiene libertad; lo que le falta es disciplina... y capacidad profesional". "Se les ha dado todo —afirma Salamanca—: armas, municiones, equipos, camiones, víveres y ropas. Cabeza no les puedo dar". Soberbia contra soberbia, los odios se avivan a

cada incidencia. Gobierno y oposición cavan la fosa común con inconsciencia suicida. El "quéchua" prosigue la guerra como él la entiende: un pueblo debe ser guiado, en la guerra como en la paz, por su caudillo político. La Constitución le reconoce el grado de Capitán General del Ejército en tiempo bélico, pero Salamanca no se resigna al título exigiendo todas las atribuciones del mando. Su salud le impide dirigir las operaciones en campaña; mas su cerebro de lógico se desvela estudiando los movimientos de las tropas. Desgraciadamente, era tan mal táctico como buen orador. Sus errores políticos y diplomáticos, son tan infortunados como la mala estrategia militar. Una vez más, Bolivia será víctima de sus conductores, de la anarquía interna, del clásico divisionismo altopperuano.

Los errores de Salamanca pueden ser de buena fe. Mas al atribuir a la "semiciencia de los comandos" el desastre; al divorciar la administración civil de la dirección militar; al implantar los mismos métodos oligárquicos que no atienden crítica ni reciben consejo, el gobierno da la sensación —falsa o verdadera— de no estar defendiendo la integridad del territorio, sino la estabilidad de sus gentes. Y este vendaval de pasiones lo soporta sin desmayo el diputado por La Paz, ariete de combate en el parlamento, que entre los pocos hombres honestos y capaces que rodean a Salamanca, es sin disputa el único en aptitud de acometer y frenar a los numerosos enemigos del gobierno.

Con estos antecedentes, se explican las palabras del mandatario, una noche en que comentando nuevos contrastes, el aimára y el quéchua miden la dura responsabilidad que les dió el destino:

—Usted tiene que sentarse en esta silla don Franz...

No se altera un músculo en el rostro bronceado. La respuesta brota al punto:

—No es hora de pensar en tales cosas, presidente. Salgamos del atascadero y salvemos el sudeste.

El receloso campesino que habita el alma de Salamanca, queda complacido. Le agradan la lealtad y el desprendimiento.

1934. Prosiguen los contrastes militares. Conatos revolucionarios. Exáltanse los ánimos y se pide la renuncia del Mandatario. Cruje el gobierno. Todo parece a punto de desmoronarse; flaquean los propios amigos del gobernante. Pero Franz Tamayo abandona su sitial de Presidente de los diputados y desde su escaño de diputado por La Paz, afronta la situación más crítica de su vida pública.

Sesión memorable. Una asamblea hostil escucha al orador. ¿Qué dice Tamayo? La guerra marcha de mal en peor. Ni sofismas ni oratorias pueden ocultar el fracaso. Los ánimos están tan exaltados que en el tumulto de las voces no se oye al orador. Diputados y espectadores insultan al defensor del gobierno. La oposición ha preparado bien sus redes; Tamayo debe sucumbir a la avalancha que se le viene encima. Cuando se apacigua el vocerío, (nadie ha oído claramente la defensa de los actos del gobierno) el orador afronta con entereza la situación:

—¡No habéis querido escuchar el proceso de esta guerra infausta. Pues bien: ahora sabréis la verdad! Las logias políticas y militares preparan la ruina de la patria. Se quiere enarbolar un indigno regionalismo, enfrentando el valle contra el altiplano para disolver a Bolivia. ¡Acuso a la prensa de La Paz y a los políticos pacheños por este delito de lesa traición a la patria! En momentos...

(Un clamoreo sostenido interrumpe varios minutos al honorable Tamayo).

—...en momentos que el enemigo invade nuestro

suelo, toda pugna interior es fratricida; y más todavía: es la disolución! El pueblo paceño...

Una voz tonante parte de la "barra":

—¿Y usted no es paceño señor Tamayo?

Entonces el indio magnífico recupera el brío de los años juveniles; se yergue altivo contra el tropel de pumas en acecho que lo acosa; y alzando la voz casi hasta el grito, contesta iracundo:

—¡Sí lo soy. Pero antes que paceño son boliviano! Y si los paceños yerran, mi deber es denunciarlos.

Grave acusación. Primera vez que en el parlamento un "kolla" acusa a los "kollas". Los montañeses no perdonan la ofensa; menos a uno de los suyos. Tamayo pagará este rasgo de valor civil; mas la osadía con que descubre el juego de las logias, paraliza a la oposición: el gobierno se salva del derrumbe. Al abandonar el recinto, después de cuatro horas durante las cuales un hombre ha devuelto golpe por golpe la acometida de tres partidos, soportando la violencia de cincuenta diputados y los insultos de un público exasperado, un líder opositor, que detesta personalmente al diputado por La Paz, confiesa a regañadientes:

—¡Diablo de hombre! Su coraje ha salvado al gobierno. (Y luego, con un suspiro de alivio). Pero está cavada la fosa política de don Franz Tamayo.

En el fragor de la responsabilidad civil el gran señor no olvida sus deberes sociales. El Presidente de la Cámara de Diputados está obligado a concurrir a los actos oficiales. Un día, quebrantado de salud, llama al oficial mayor de la cámara:

—Alcázar: conteste Ud. esta esquila al señor Embajador de España. Excúseme de asistir a su comida. No me siento bien.

A los pocos minutos regresa el oficial mayor y entrega al presidente la respuesta, concebida en la trivial terminología epistolar. Tamayo lee la esquila, y sin decir pa-

labra se dirige a la "Underwood". Sus manos corren presurosas sobre el teclado. De una corrida sustituye la respuesta del subordinado.

—Esta es la manera de contestar una esquila diplomática. ¡Tome el espíritu!

"Don Franz Tamayo presenta el homenaje de sus respetos al Excmo. Sr. Embajador de España y está a los pies de la Sra. de Prat, en la pesadumbre de no poder asistir al banquete que ofrecen hoy, por impedirlo su incompleta salud. Todos sus homenajes".

Poco tiempo después, presionado por Salamanca, el partido genuino proclama candidato a la presidencia de la república al ciudadano Franz Tamayo. "Es la gratitud del quéchua al aimára" —piensan unos—. "Tamayo se ha labrado la sucesión presidencial sirviendo con coraje y con lealtad a Salamanca" —dicen otros—. Se habla de la vieja ambición satisfecha del luchador; de la necesidad de elegir un mandatario paceño; de la astucia salamanquista buscando un aliado que le cubra la retirada a la hora de las responsabilidades. ¿Qué no escudriña la opinión, que no conjeturan los diarios? La exaltación del gran mestizo cae como un bólide: es un desafío —pregonan los opositores— a la nación. Pocos, muy pocos saben que Tamayo rechazó dos veces la honrosa invitación, habiendo sido precisa una tercera y la influencia personal de Salamanca para decidir su aceptación. Las palabras que quiebran su resistencia son éstas:

—Señor —dice Salamanca, con ese tono patético que revela su desolación ante el fracaso— he pensado en el país, no en las personas. Las cosas andan mal. Terminada la guerra, vendrá la anarquía. No hay otra mano que la suya para reprimirla. Quien supo ser leal a sus convicciones, sabrá serlo también con su patria. Bolivia le pide su asistencia en este trance.

—Señor —contesta Tamayo conmovido—, no he desertado nunca del deber. Si la república requiere mi concurso para salvar las instituciones, acudo a su llamado.

“Caeremos juntos” —ha pensado el aimára—. “Ningún otro iría tan lúcidamente al sacrificio” —reflexiona el quéchua.

Cuando Tamayo es proclamado Presidente Electo de Bolivia, la oposición tacha las elecciones, alegando que la mayoría del electorado, combatiente en las trincheras, no participó en el voto. Con anterioridad, el ejército había pedido que se aplazara el plebiscito. El gobierno se limita a contestar que el estado de guerra no suspende las leyes fundamentales de la república, y que ha cumplido su deber al realizar las elecciones dejando libertad de voto al pueblo.

Próximo a los sesenta, más fuerte y acometivo que nunca, el político pisa el umbral de la antigua ambición: mandar y organizar, crear y remover en un país convulso, donde es tan fácil subir a los mediocres y tan difícil mantenerse a los mejores. Pero la vieja ambición se colma tarde. ¿Contra quién irá la lucha? Muerto Montes, enfermo Saavedra en el destierro, martirizado por el fracaso Salamanca, ya no existen las grandes figuras representativas capaces de encarnar una época. De la montonera del Chaco brotan voces airadas, supremas rebeldías. ¿Habrà que reprimir la indisciplina militar y la insurgencia juvenil? Y los partidos ¿aceptarán el predominio genuino? Aun falta concluir con decoro la guerra, prácticamente perdida en sus tres cuartas partes. Luego vendrá la descomposición postbética. Cerradas nubes se acumulan por el firmamento patrio. ¿Mas no fué destino de luchador caer peleando? Tamayo sabe que no hay fuerzas tras de sí. El capital desconfía de un gobierno que expropia sus divisas y le impone fuertes tributaciones de guerra.

La oposición civil es cada vez mayor. En el ejército fermenta un espíritu revolucionario. Siguen los contrastes en el Chaco, la penuria de las poblaciones. Tampoco los genuinos perdonarán al ex jefe radical que los haya suplantado en el favor de Salamanca. Entonces el viejo luchador acepta el combate, al modo antiguo: uno contra todos. No habrá cuartel. Derrotas o victorias poco importan. Lidar con honra, con bravura dignifica al hombre. Lo demás... ¡polvo transitorio!

El discurso-programa del Presidente Electo es una bomba.

Fiel a su destino trágico, eterno destructor de sí mismo, Franz Tamayo se despedaza políticamente al desnudar su pensamiento. Ante miles de ciudadanos —amigos y adversarios— que se agrupan para conocer las ideas del futuro gobernante, éste expone con crudeza su criterio. Denuncia el peligro del militarismo, al que atribuye la responsabilidad de la derrota. Ataca a los partidos tradicionales, anunciando que les pedirá cuenta de sus errores. Amenaza a la juventud por su turbulencia. Perfila puntos de evolución económica y social que inquietan a los plutócratas. Ofrece redimir al indio por una educación agraria. Establecerá la regimentación mestiza. ¿Cómo se ganará la guerra? “¡A talegazos no; a cañonazos sí!” Previene severas penalidades para los revoltosos; hay que terminar con “la anarquía boliviana”. El hombre que siempre respetó la ley sabrá hacerla respetar con máximo rigor.

Esta actitud revisora unifica la opinión pública. “Si Salamanca es el trágico empecinado —dicen todos— Tamayo es más peligroso porque es el loco lleno de fuerza”. Nadie ve lo que hay de sano, de promisor, en este programa que si excesivo para un político boliviano, es poco para un reformador del Ande. Prometeo llama a los buitres para que le roan las entrañas.

De vez en cuando los íntimos sugieren:

—Todavía es tiempo, Franz. Mejor sería renunciar...

—¡Renunciar a qué! ¡Al mando legal de los pueblos! ¡Jamás! No busqué la situación. Pero tampoco soy del linaje de los desertores.

Se ve venir, se siente llegar la revolución. El presidente electo cumple sus deberes, cerrando oídos a la tormenta. Asiste a los consejos de gabinete, aporta iniciativas, compone artículos de prensa, redacta manifestos. Desgraciadamente, su soberbia lo aproxima en el error a Salamanca. Ambos quieren acabar bien la guerra; darían sangre de sus venas para lograr el triunfo; pero careciendo del don de la humildad, de la generosidad consigo mismo que es el primer paso para entender al prójimo; incapaces de admitir sus propias fallas para intentar la reconciliación con políticos y militares, Salamanca y Tamayo piensan que la guerra debe hacerla el país sin esperar estímulo del gobierno. Pueblo y oposición, a su vez, consideran que el aislamiento y el orgullo de los que mandan son la raíz de todos los fracasos. Una anécdota histórica traduce fielmente el divorcio de las personas y las ideas. Un personaje, condolido de la pugna interna, sugiere en cierta ocasión al Presidente de la República: —“Señor: sólo hay dos cerebros políticos en el país (esto era en las primeras semanas de la guerra): Salamanca y Montes. ¿Cómo es posible que se mantengan ustedes distanciados? Cuando la madre está en peligro deben tenderse las manos de los hijos en torno a su lecho. Yo creo que si Ud. invita al señor Montes a tomar una taza de café, una charla amistosa desvanecería toda desinteligencia. ¿Por qué no hacerlo?” Salamanca, por toda respuesta, con ese tono socarrón y abacial que recuerda la agriedad de Luis XI, musita apenas: “Yo no tomo café, señor”. Y es en este clima de incomprensión, de intransigencias, de orgullo mutuo, como se desenvuelve la

guerra. Una vez más, el andícola es fiel a su ley sociológica: el boliviano es el primer enemigo del boliviano. La guerra se perdió en La Paz; luego en el Chaco.

Hay algo más suave todavía; las derrotas militares destruyen el mito de la “raza de bronce”. Si el blanco fracasa en la conducción de la campaña, indios y mestizos comprueban que no somos una raza guerrera. No ignora el presidente electo que ha de gobernar un pueblo en trance de agotamiento bélico, desquiciado por el mestizaje, la pluralidad de lenguas y vicios raciales. Mas con sombría lealtad sepulta dudas en su conciencia y se apresta al sacrificio.

Ministros, diputados, industriales, periodistas, amigos, desconocidos, visitan la casa de la calle Loaiza. Aunque corren rumores de rebelión, pocos pierden la coyuntura de vincularse al futuro mandatario. En la montaña es hábito rodear a los que suben; voltear espaldas ingratas al que baja.

Esas pocas semanas que median entre su elección y el golpe militar que anula el voto del pueblo, son la cúspide en la vida pública de Franz Tamayo. El mundo, rendido, se entrega a sus pies. ¿Dónde está la desconfianza india? ¿Dónde el resentimiento mestizo? Los visitantes salen encantados; un gran señor los recibió. No hay rastro de la antigua insolencia. Penetrado de su alta responsabilidad, el estadista luce en todo su vigor y señorío. Prepara los primeros decretos. Esboza un plan reformista para el país: un gobierno de americanos para americanos. Ya no la lucha de razas; la fusión recíproca. Si la ciencia política y la técnica administrativa imponen el vasallaje de las naciones pequeñas a las grandes, la orientación social y la cultura interna pueden dar un estilo característico a los pueblos, un sello propio que los distinga de la civilización común. Hay rasgos delicados que revelan un alma grande. Políticamente, el presidente electo truena y

amenaza como un profeta escapado del Antiguo Testamento; es la explosión lógica del carácter, la reacción frente a los peligros que lo acechan. Personalmente el hombre no se ensoberbece; antes bien: devuelve afable los saludos, recibe importunos, escucha la opinión ajena. El presidente de los bolivianos busca el entendimiento, esa aproximación de las almas que su concepto rígido de la política y su lealtad a Salamanca le impiden realizar a tiempo. Tamayo no solicita, no pide; pero acoge y escucha. Y esto es mucho, dada su hosquedad natural. ¿Habrá aún mayores sacrificios? Tal vez... Tal vez ceñir uno de aquellos uniformes que hacían las delicias de Sarmiento, y bajar al desierto, no con la pretensión de enseñar táctica —que no se sabe— sino sencillamente para dar ejemplo en el cumplimiento del deber.

Este americano, sal de la raza, apto como ninguno para intentar una experiencia nacional con instrumentos occidentales, pudo ser la oportunidad perdida, como pudo ser el desastre. Nadie sabe dónde nos habrían llevado el genio y la violencia creadora, la sapiencia jurídica y la capacidad organizadora, el saber político y la experiencia administrativa, el resentimiento moral y el divorcio de las sangres, la soberbia intelectual y el paganismo estético, el ensimismamiento, la pasión, la energía sin límites, la ambición, la prudencia tardía, la férrea disciplina, la desconfianza, la sagacidad y la intransigencia simultáneas, el orgullo, la astucia, la egolatría y todo ese tumulto de sentimientos y saberes que jamás cupieron en pecho "kolla". Hay antecedentes que inducen a juzgar con benevolencia; cuantas veces fué requerido por el destino para desempeñar altas situaciones, Tamayo respondió dignamente, con olvido de agravios y pasiones. Quien fuera un gran Presidente de los Diputados, un excelente diplomático y un señor Canciller de la República, probablemente

habría sido todo un Jefe de Estado. Mas como toda experiencia insoluble en la hora decisiva, la presidencia de Tamayo queda confinada en lo enigmático y esfíngico. Hombre, poeta, luchador, político y artista mudan de antifaz; y al fondo ríe la Musa, emboscando el secreto tras la mueca dolorosa de la tragedia, que es vida palpitante y no ficción estética.

Producido el desastre de "El Carmen" que cierra el cielo de las derrotas bolivianas, Salamanca viaja al Chaco para cambiar comandos y destituir a los jefes responsables. El 27 de noviembre de 1934, los militares cercan al presidente y exigen su dimisión, haciéndolo responsable del fracaso bélico. El mandatario resiste: —"Es el único "cerco" que les ha salido bien..."— dice irónicamente disponiéndose a imponer su autoridad legal. Pero la amenaza de guerra civil es inminente; la mayoría del ejército está con los jefes rebeldes; el enemigo, a las puertas de la zona petrolífera, sabría aprovechar la lucha interna. Sería el fracaso total. Entonces en un gesto que lo redime de todos sus errores, Salamanca resigna el mando en su vicepresidente, don José Luis Tejada Sorzano, a quien confía el destino el milagro de la reacción boliviana sobre el filo del abismo.

El golpe militar anula la elección presidencial. El 27 de noviembre de 1934 comienza la dominación de los galones. Con ella se clausura un largo ciclo de bonanza civil, que pese a sus desaciertos representa la etapa organizativa de la nación moderna: el ciclo que abre Pando, caudillo liberal, en 1900, y que será cerrado por otro liberal, Tejada Sorzano, en 1936, salvando la nacionalidad con prudencia, energía y patriotismo.

Midiendo la caída irremediable, el abandono de los amigos, la saña de los adversarios, Tamayo ciñe la toga del romano; le cosen alma, nombre y renombre a puñaladas, mientras él da por terminada su carrera pública.

Un silencio sepulcral es la respuesta a la tempestad de limo y barro que quiere devorarlo.

Salamanca se refugia en una finca de Cochabamba; pero como el gobierno sigue en La Paz y en ella se desarrollan los principales acontecimientos, el desborde popular recae sobre el hombre que simboliza la herencia salamanquista. En vez de los laureles del mando, piedras coléricas trizan los vidrios de su casa. La prensa vuela torrentes de infamia. Como siempre, la cobardía colectiva se ensaña con el grande que baja. Tamayo es una esfinge. No ha buscado siquiera el refugio de sus fincas, una de las cuales es saqueada e incendiada. Altivo y desdeñoso, se amuralla en su hogar. La compañera fiel, los hijos y los libros constituyen su refugio. A veces dos, tres amigos, aprovechando las sombras de la noche, visitan al caído. Acaso ni esto esperaba el hombre. ¿Presidente...? ¿Simple ciudadano...? ¿Qué más da! El hombre, el hombre de verdad, es siempre más que su representación social. Una vez más, en el fracaso, el político enseña a su comunidad; descender como se sube, con idéntico señorío, con altiva dignidad. "Ni lloro trágico, ni heroica risa. No soy alud; ¿por qué vivir de prisa? La vida, heroica desdichada, tiene un refugio supremo: la sonrisa!" El blanco se angustia y desespera en la derrota; el aborígen, fatalista, calla y resiste. Y ahora, en la última caída, Tamayo vuelve al ancestro; un silencio indio, que habla de cumbres altas, espacio desolado y desprecios abismáticos.

El fracaso político de Tamayo labra su grandeza humana. Se diría la estéril agonía de Goethe, luchando medio siglo por el teatro de Weimar para que gentes menguadas le arrebatan el éxito final; o la desencantada amargura de Disraeli, subiendo al poder cuando declinan las energías. Mas si los europeos conocen la miel dorada de la victoria, el andícola sólo abreva en páteras amargas donde el deseo y la ambición col-

mada jamás se tocan, porque su sino dramático reside en perseguir lo inalcanzable.

El kolla adusto no ha conquistado corazones, sino envidiosos de su fama. Desconoce el arte de domeñar a los hombres; arte bilingüe, mitad lisonja, mitad hipocresía. Su vida pública tiene la violencia del alud: siempre el encumbramiento fulgurante o la caída vertiginosa; a veces la entera reserva expectante; jamás la media tinta. Después de cuarenta años de lucha, su renombre político se esfumaría en el olvido, si no fuese un centenar de discursos y un puñado de artículos polémicos. Un ritmo de tragedia clásica preside esta vida. Es la voluntad que se destruye a sí misma, porque en ella reside la culpa. ¿Cómo un alma sin dueño quiso dominar a las demás? ¿Tuvo la isla el sueño unificante del archipiélago? ¿Medio siglo de luchas, en vano intento para convertir al solitario en dominador del mundo! Medio siglo, queriendo convertir al artista en conductor de pueblos... ¡Admirable, inútil empeño! Y es simbólico que a quien mejor practica los deberes civiles, a quien con mayor fe se consagra al ejercicio de la actividad política y social, se le juzgue con esta frase lapidaria:

—¿Franz Tamayo? ¡Pésimo político! Es un desaforado.

Su retiro a la vida privada, en plena posesión de su fuerza, no importa un desertar. Es la certeza filosófica de que terminó la lucha con el mundo; sólo queda por cerrar el devorante círculo de las ideas: el arte ha de tezar las energías postreras del titán. ¿No ha dicho Sófocles: "En mi pecho llevo las estrellas de mi Destino?" Esta lucha dramática consigo mismo; este convencimiento íntimo de la oportunidad para ascender y el gesto digno para retraerse en la caída, dan la clave humana de Franz Tamayo, grande artista en cosas de

la inteligencia y del sentido; varón libre y violento para los trances de la voluntad.

Tamayo no acuerda nunca con su tiempo. Mente de alto voltaje, vive con prisas demoníacas o llega demasiado tarde. Cuando Bolivia se abre al individualismo liberal, él proclama los rigores de una ética radicalista. Defiende la democracia contra los autócratas. Al romanticismo latino opone la profundidad del "pathos" nórdico. Clava la bandera indianista en plena burguesía comercial. Su reforma educativa desecha el sistema para sondear el hombre; pero el racionalismo positivo del Novecientos mal podía comprender ese giro psicoanalítico. Queriendo ser el indio más auténtico, es el ibero integral, egocéntrico y soberbio. Demócrata en la doctrina, es aristócrata en moral. Altanero, desdeñoso, acometivo, para la juventud fué llama viva; para los hombres maduros un peligro desplazador y desplazante. Conductor atrevido, no se le sigue porque lleva al filo del abismo. Sabe mucho; remueve todo. En la plenitud eufórica del talento, nadie lo comprende. ¿Sabiduría en la montaña? La tierra calla; el hombre enmudece. Y para hacerle expiar su fanfarronería castellana, su señorío a veces cruel, a veces displicente, todos se complotan hiriéndolo con las armas del ridículo, que es lo que el indio soporta estoicamente, y lo que el español padece con desgarramiento de la vida. Casi siempre tuvo que estrangular al reformador que llevaba dentro. Programas sin partido, sus ideas cunden a destiempo. Sus acciones no van al contorno sino a la interioridad del alma. Al derrumbarse el parlamentarismo —Tamayo es siempre la excepción de la regla— da el postrer espectáculo de la grande tradición tribunicia. Autor de los libros más serios que se escribieron en América, suscita los comentarios más endeblés: "Es el Pilcomayo de nuestra cultura" —dice un criticastro, escondiendo en la burla la impotencia

de comprender. ¿Qué es, en verdad, Franz Tamayo? Maestro sin escuela. Pensador sin doctrina. Caudillo sin masas. Artista sin discípulos. Escritor sin lectores, Tamayo es la contradicción pura que se forja y se disuelve por sí misma. De cuantos sueños desmedidos persigue en la lucha con el mundo y con el alma, sólo queda el clamor jadeante de un titán herido: versos como relámpagos, polémicas coléricas, sapientes discursos, prosas incisivas, ideas impares que se pierden como un vuelo de flechas por el cielo andino.

¿Indio magnífico, gran mestizo? En la última derrota surge con brusca majestad el ibero, el gran señor inexorable con el mundo y consigo mismo.

Lo español —sostiene un ensayista— es el arte de bien morir. Lo más sustancialmente español es esta sabiduría de la muerte. La vida española está henchida de gravedad metafísica. Nuestra muerte esculpe nuestra vida. España no puede ser liberal como Francia e Inglaterra. Es o no es. Soldado de Dios o nihilista. Vivir es saber morir por un afán. Vivir es desvivirse. Así el indio formidable del Ande, emparedándose vivo los últimos años de su existencia, cumple el sino trágico: Prometeo agoniza mientras el ojo sapiente horada la tiniebla de la muerte. Saber morir, prepararse a la muerte, es requisito hispano. El indio resiste. El español porfía y acomete; hasta en su silencio hay un bramar de tempestades. Y al decretar su propio cautiverio, para expiar su soberbia, su ignorancia en el arte de manejar hombres, el luchador kolla se emparenta con los grandes capitanes del tiempo heroico, que trocaban la tizona del guerrero por la cogulla del asceta.

En junio de 1935 flotan rumores de paz. Los ejércitos del Chaco han equilibrado de tal modo sus fuerzas, que se neutralizan en un punto muerto. Pero preparar la paz significa restituir las instituciones que

la sancionen; y el ejército boliviano, que en realidad gobierna detrás del mandatario civil, presiona al Congreso para elegir al sucesor de Salamanca, cuyo período legal debe concluir el 6 de agosto.

En ocho meses, Tamayo no ha dicho una palabra. Cuando los amigos más próximos instan a la lucha, el presidente electo responde:

—Mi consigna es verdad y silencio. La verdad es que fui depuesto con Salamanca. El silencio, mi respuesta a los malvados.

Corrió por esos días una versión insistente: se aseguraba que el presidente electo se presentaría al Congreso, haciendo valer las credenciales de su elección, para exigir que lo proclame jefe del Estado. La prensa, totalmente adversa al político caído, urdió mil variaciones al rumor, desatándose en injurias y reproches encendidas. Tan grande fue el escándalo, que el 7 de julio, rompiendo su silencio, Tamayo se dirige a la nación con estas frases, que constituyen un solemne desmentido a sus detractores y la última lección de dignidad cívica a su pueblo:

“Muy a pesar mío escribo estas líneas tan sólo por respeto al pueblo boliviano que ninguna participación directa ni indirecta ha tenido en los acontecimientos políticos de los últimos siete meses, y que por las inexactitudes que sobre mí se publican puede llegar a ser inducido a error. Declaro que todo cuanto los periódicos me atribuyen sobre renuncias, transacciones y otras actividades políticas, es falso, completamente falso. Por lo que veo y leo, hay muchos políticos interesados en saber si yo renuncié a mi título de Presidente de Bolivia, y no quieren darse cuenta de la verdadera significación de los hechos y de mi actitud política. Tendré que puntualizar, de manera que no haya dudas gratuitas. Yo no me he considerado ni me considero ya Presidente Electo de Bolivia desde el 27 de noviembre de 1934, fecha en que un motín militar depuso al Presidente Constitucional de Bolivia, y que por ese solo hecho destruyó una vez más la Constitución Política de la República. Los

dos Presidentes, el actual y el recién electo, fuimos derrocados conjuntamente con el régimen legal. Así lo he entendido yo, y así han debido entenderlo todos los juristas de América para no hablar de los nacionales que pueden estar influidos de pasión patriótica. Tan cierto es esto, que hoy mismo, en todas las manifestaciones de la política nacional, todos hablan de la necesidad de constitucionalizar el país. He aquí por qué desde esa fecha yo no he dicho una palabra ni consumado un solo acto que de parte mía signifique mi pretensión al honroso título. Muy al contrario, he sufrido en silencio y en paciencia toda suerte de hechos tristes, tales como el que paso a referir. Hace dos meses, un corregidor liberal, al mando de soldados de línea y so pretexto de buscar omisos militares (que no los había) fué a mi casa, le puso fuego y la quemó, a más de cometer los mayores atentados contra los habitantes de mi propiedad. Debo confesar honradamente que las autoridades militares de este distrito a donde fui a pedir justicia, procuraron hacérmela, y ordenaron la captura y prisión del corregidor incendiario. Luego entregaron el proceso a un juez civil, liberal también, y éste, cuyo nombre no escribo por no manchar esta página, prevaricó, dando inmediata libertad al malhechor, y más aún, lo devolvió a su Corregimiento. La sola vez que me he visto obligado a hablar he expresado el mismo concepto jurídico, la misma comprensión histórica que estoy señalando. Así en marzo, a la hora del primer Congreso Extraordinario, mi palabra fué bastante clara. Yo no dije entonces al Diputado que me interrogaba sobre su conducta que “había que proceder de conformidad con la Constitución”, porque ello habría supuesto todavía la existencia de la Carta fundamental de Estado. Yo le mandé textualmente “Salvar la Constitución”, lo que en buen romance quiere decir que yo la consideraba muerta ya o pereciendo al fin. Desgraciadamente muchos políticos saben leer pero no entienden lo que leen. Entonces ¿de qué renuncia mía se está hablando? ¿Qué he de renunciar yo si nada tengo que renunciar? ¿Acaso la revolución de noviembre no me ha devuelto a la masa anónima de los ciudadanos, quitándome el título que legítimamente el pueblo boliviano me había dado, es decir rompiendo la Constitución que era su único fundamento y justificación? Reiterando para los que no entienden o no quieren entender: yo no soy ya Presidente Electo de Bolivia, y si hoy pretendiese, por encima

de las ruinas de la Constitución, alcanzar el poder público, temo que sería un simple usurpador del mismo, lo que no haré, ya que tal crimen no manchará mi frente, gracias a Dios limpia de atentado contra las leyes de mi patria. Y es así como está completa ya la teoría de necios que pasa a trechos por la historia de Bolivia: Linares, Frías, Salamanca y yo. Deseo que estas declaraciones sean tomadas como son hechas: en verdad y sinceridad, pues jamás he mentado; y como las hace un hombre que nada pretende, nada pide y nada quiere, sirvan al menos para tranquilizar en parte a los comités políticos que como de costumbre, siguen echando los dados sobre la túnica de la nación”.

Cuando el Congreso vota la prórroga de Tejada Sorzano, cuarenta diputados genuinos votan en blanco, significando así su protesta contra la rebelión del 27 de noviembre, contra la reelección de Tejada Sorzano y contra el ejército. No hay una voz para defender la elección legal de Tamayo y con ella la Constitución. Nadie vota por él; esta unanimidad en la traición, típica de la psicología montañesa, es el golpe más rudo para el político que debió suceder a Salamanca. Tamayo estaba convencido de haber sido depuesto; pero la ingenuidad humana confiaba en un rasgo de valor civil; alguien debió haberle hecho justicia en el parlamento. No se alzó esa voz y el resentimiento volvió a morder el pecho herido.

Algo después, un telegrama de Cochabamba anuncia la muerte de Salamanca. ¿Enfermedad, vejez? Una carta familiar revela el drama: el gran tribuno, amargado por el desastre del Chaco y su fracaso político, se ha eliminado acudiendo a un tóxico. Si la traición de sus amigos políticos fué la puñalada por la espalda, el suicidio de Salamanca es la estocada al corazón. Tamayo estrecha el enclaustramiento. Sólo dos, tres amigos y algún pariente tienen acceso a la casa de la calle Loaiza.

Cuatro años más tarde, cuando los grupos tradicio-

nales convocan a una Convención de Partidos para combatir los gobiernos de facto, Tamayo, invitado a concurrir, envía su famosa respuesta:

“La Paz, 4 de diciembre de 1939. — Sr. Dr. Demetrio Canelas. — Pte. — Señor. — El doctor Tamayo, impedido, me manda comunicar que no se ocupa de los asuntos que trata usted en su carta de 28 de noviembre ppdo. Es cuanto tengo que informar. Con el mayor respeto, soy su atento servidor. (Firmado) Jaime R. Tamayo G., secretario”.

No juzgando digno de una respuesta personal al jefe de la Concordancia de Partidos, “manda” al hijo-secretario, mozo imberbe, que responda la tardía e impertinente invitación.

1939. El extranjero que indaga por Franz Tamayo no halla rastro de su paso en esta urbe de trescientos mil habitantes que crece y se transforma sin cesar. Nuevos tiempos. Nuevos métodos. Nuevos hombres. La garra civilizadora imprime su marca decadente en una sociedad que tiene los refinamientos y los vicios de las modernas babilonias. Los grandes ciudadanos se recogen en la intimidad. Una juventud pedante y falsa señorea el ambiente. Automotores, cemento, vidrio, cromoníquel, radio y cinematógrafo, deporte y diversiones; signos de la época. El mensaje debería ser: dinamizar al boliviano, echarlo a recorrer sus ignorados territorios. Para superar la ficción político-social, asegurando la patria orgánica del futuro, habría que atravesar, poblar y fecundar los suelos diversos del diverso territorio. Padecemos hambre de poblaciones. La vastedad del suelo aniquila al habitante. Todo nuestro drama nacional se reduce a la escasez de almas —lucha de razas— y a la falta de riqueza circulante —conflicto de clases. Codiciada por sus tesoros vírgenes, Bolivia es prácticamente un país pobre y en desorden. Las grandes almas como las cumbres: ma-

jestuosas, solitarias, pero pocas. Los capitales al modo feudal: en manos de unos cuantos a costa de la miseria colectiva. Mas... ¿quién repara en estos problemas? Los pueblos de la nueva humanidad viven de prisa, sin escala de valores, ajenos al examen de conciencia.

¿Quién recuerda en Bolivia al moralista de los "Proverbios"? ¿Quién al crítico del materialismo que escribiera "El Reinado de la Bestia"? ¿Dónde está el pensador de los "Mensajes a la Juventud"? Y el tribuno que dictaba cursos de derecho público en pleno parlamento ¿vive todavía? Hubo un sociólogo que trazó la estructura de la "Pedagogía Nacional". Un crítico acerado. Un grávido humanista. Un clásico y un romántico injertos en tronco indio. Discursos, ensayos, conferencias y polémicas; actuaciones políticas; creaciones líricas y dramáticas... nadie parece recordar. ¿Quién fué el arquitecto de "La Prometheida"? ¿Cuál el pincel de "Nuevos Rubáyát"? ¿Dónde el escultor de los "Scherzos"? ¿Y la lección viviente de universalismo? ¿Y el hombre singularísimo en el verbo y en el gesto? Y el indio solitario, el mestizo acometivo y el blanco soberbio y retraído ¿qué se hicieron? No es fácil encontrar "un hombre" en el remolino de autómatas de la ciudad moderna.

La Paz. Cuatro mil metros. Vida febril, presurosa, que sopla como el viento en la oquedad andina. Por la calle Loaiza, arteria comercial, vibra el temblor del tráfico. Gentes y vehículos se mueven con rapidez. ¡Vivir, vivir de prisa! De pronto un silbato paraliza el tráfico; se apiña el gentío. ¿Un accidente? No. Es un vetusto automóvil que con brava maniobra pugna por salir de un estrecho portalón. Se ha detenido el tranvía, agópanse los carros y los transeúntes se aglomeran. ¿Qué pasa? Un hombre maduro, vestido de negro, tocada la cabeza por un sombrero de paja, dirige el viejo automóvil. "¡Debe ser un "foreque" del año uno!" —dice

despectivo un pilluelo. Impasible a los murmullos, sordo a la protesta de los demás conductores, el intruso tiene algo de la dureza de Sarmiento y mucho de la insolencia de D'Annunzio; mueve enérgicamente la cabeza, mientras brazos y piernas accionan con rapidez. ¡Ya está! El gastado motor responde por fin. Las gentes ríen, lanzan saetas de burla. Pero un poco de gas, bocina, gritos y el viejo carro arranca bruscamente. Un pintor, curioso, inquiere: —"¿Qué cabeza expresiva! ¿Quién es?" Y cualquier chusco replica desgana-do: —"El "loco" Tamayo que se va a su finca".

Nadie ha visto la altivez del hombre que pugna por servirse a sí mismo; nadie la viril energía, el sereno desprecio del solitario. Como ayer frente a la obra maravillosa del artista, la multitud se mofa del hombre sin respetar su arisca senectud. ¡Un "loco", el hombre más sapiente! Sarcástico final... El episodio callejero, refleja la tensión del drama humano. "Alma que sabe más, pues nada sabe!"

Siete años de silencio. Desde 1932, en que aparecieron los "Scherzos", nadie ha vuelto a oír el nombre del poeta hasta que un diario anuncia, en su columna bibliográfica: "Apareció "Scopas", tragedia lírica por Franz Tamayo".

¿Tragedia lírica en 1939? Los hombres de hoy sólo admiten el conflicto del obrero con la fábrica, del individuo con la máquina, del puño prieto con la diestra erguida. Suenan los clarines de Ares. Apolo y Eros huyen al confín. Extraño caso el de un político, un sociólogo y un luchador, que al otoño de la vida reanundan coloquio con las musas.

"Scopas" consta de dos partes: un preludio; y la tragedia propiamente dicha.

"Adonais" —el preludio— canta la muerte del hijo predilecto, Ruy Gonzalo, un bello adolescente en quien cifrara la dicha postrera del poeta. Ciento y un ter-

cetos endecasílabos, al modo clásico del Alighieri, forman este poema desgarrador, vitalizado en su forma lírica por un dominio certero del idioma:

“En torres de cristal campanas de oro
Repicaron el alba de tu muerte.
En estuarios de luz el sol su lloro”.

.....
Hora sutil que canta en ledos giros
Tan honda dicha que a desdicha alcanza
Como hasta a negra luz hondos zafiros”.

.....
“País sin sol, desierto sin fronteras
Donde el sueño sativo medra en flores
Más negras que esas fúnebres praderas”.

Clásico en el metro estrófico, barroco en la rebusca del vocablo y de la imagen, pero un barroco indiano, antes zarpa felina que talla de artífice moroso, “Adonais” narra la última desventura del poeta: “Dilectissimi Manibus Filii Et Amantissimi R. G. T. G. Dolore Cruciatu Pater. F. T.” —reza la dedicatoria.

“Adonais” simboliza el triunfo de la juventud y la belleza, sobre la miseria de las cosas perecederas. Una lengua gongoriana entona el laude al que se fué; y es tal su pesadumbre, que mana el sentimiento por encima de los recursos del artista. Por la ciencia técnica con que está construída, “Adonais” es una de las más notables elegías en lengua castellana. Este hermoso preludio, que los preceptistas clasificarían dentro del género elegíaco, rezuma un dolor viril, sapientísimo, que llora sin quebrarse hasta rozar el linde de lo épico. Última confesión de un grande artista, no evoca el lamento quejumbroso de Chopin, mas el “crescendo” de una marcha fúnebre beethoviana. Rebelde y agresivo, el poeta impreca y deplora, solloza y desafía. Auro D’Alba ha dicho cosas maravillosas en tono menor, expresando

la ternura de un padre desolado. Pero Franz Tamayo, filósofo, mistagogo y poeta, que conjuga sangres latinas con bruma nórdica y magias de aire indio, refiere lances inauditos con el tono mayor de un humanista, volcando su saber en el cáliz del dolor paterno. Y a la partida final, el arte gana la puesta con el mundo:

“Ya sólo el canto de la lira es cierto!”

“Scopas” consta de 1503 endecasílabos y cuatro septetos. Carece de la monumentalidad, de la rica vibración rítmica, de la poderosa variedad de “La Prometheida”; mas su acción es tan concentrada, que a despecho de la menor estructura alcanza mayor intensidad dramática:

“Mira en redor cómo un vital aliento
Lo cambia todo sin trocarse nada.
Las cosas casi son como personas.
Hojas se animan como orejas trémulas;
Un ojo brujo en cada piedra se abre,
Y un verbo sin palabra el aire llena”.

Tres personajes hacen la tragedia: Scopas, el escultor, arquetipo del artista; Doris, hetaira, imagen del amor sensual; Aglaé, hetaira, espejo del amor espiritual. Esfinge, Ekhidna, Pandora —estatuas— sólo intervienen al final. En cambio la presencia invisible de la Musa, que sólo irrumpe transformada en Moira a los ojos de Doris, señorea toda la tragedia; es, en verdad, su “deus ex machina”, inspiradora demoníaca y celestial de toda acción. De sus ojos brota la luz para el divino Scopas, el abismo para Doris la apasionada, un sacro respeto hacia la casta Aglaé. La Musa gobierna la tragedia con esa fatalidad inexorable que arrancada al mito esquiliano, Sófocles traslada al corazón humano.

Tamayo mismo habla por boca de Scopas:

“¿Conoces la agonía del artista
Al instante fatal que inspira y crea?
Fluye su genio como sangre vívida

De vientre maternal que alumbra a gritos.
 No hay dolor igual. De las tinieblas
 Se arrancan formas cual jirones mútilos
 De alma. Y esas tinieblas desgarradas
 Son el artista mismo. A sus criaturas
 Si da un contorno, de su carne talla,
 Y si un gesto, es la mueca de su pena
 Transfigurada en luz. Cada sonrisa
 Que en barro admira el vulgo cuesta lágrimas
 Ocultas, y si es Niobe estupefacta
 La desesperación en Paros fúlgido,
 El creador desesperó al crearla!”

En otro sentido, “Scopas” es el conflicto de la vida
 instintiva con la vida intelectual. El Eros vivo disputa
 al Eros pétreo primacía. Desdóblase el eterno femenino
 en sus dos raíces biológicas: sentidos y espíritu —Doris,
 Aglaé—, que polarizan amor humano y amor platónico.
 El escultor se debate entre la pasión carnal y la pasión
 del mármol. Ama a las hetairas, mas no puede renunciar
 a su fuerza creadora. Su voluntad, dualista, funde vida
 y arte en una sola esencia:

“Todo acto de belleza se consume
 Devorando almas como zarzas vívidas.
 ¿Cómo no veis que las celestes músicas
 Son vuestra carne antes de hacerse piedra?
 No habita el Dios en mí sino en vosotras.
 Al signo creador el sueño espléndido
 Baja del cielo, en vos se empapa trémulo,
 Y se hace forma al fin inmarcesible.”
 Mira Doris, celosa empedernida,
 Cómo tu gracia de dudoso efebo
 Revive en este Antínoo itacense,
 Y el gesto extático, Aglaé remota
 A esta Venus Urania da por siempre!
 Mis mármoles ajenos sois vosotras;
 Y si los propios ya vibran inmóviles
 Es que hay ya en ellos vuestra carne rosa”.

En esta tragedia, que es todo un tratado de estética
 por sus profundas significaciones, el filósofo se revela
 a cada paso:

“El ser nacido de mujer un día
 Sólo tiene una ley: sobrevivirse!
 Hambre de eternidad fatiga al mundo
 Redivivo, incurable y recidivo.
 Y es la inmortalidad lo que el sol canta
 Cada alborada oriente. En vano arguye
 La astucia humana de argumentos fútiles.
 Leyes y credos, hierofante y sabio,
 Los sueños de la espada y de los trípodes,
 Sólo pretextos son contra la muerte!”

“Teje su urdimbre el tiempo astuto y ciego,
 Marañas y patrañas con que embruja.
 Muerto ayer, trágico hoy, mañana iluso,
 La trama cruenta de su tela mágica
 Es el sangrante corazón del hombre.
 ¿Dónde lo estable está de tal vorágine?
 Almas del roble, el pórvido y el bronce,
 Tended un puente sobre el negro vértigo
 De dolores y sueños. Sólo escande
 Al inmáculo azul del vasto piélago
 Nave celeste con alados remos,
 Velas de llama y proas como espadas!”

“Cada alma inventa el mundo y remodela.
 No hay un sol, ni una tierra, ni una esfera;
 Hay tantos soles, cuantos ojos miran
 Y sólo el hombre da un sentido al mundo”.

Por el oscuro laberinto de la creación poética, el pen-
 sador enciende extrañas palingenesis. A su tacto sabio
 brotan las escondidas formas; surgen leyes, reglas y nor-
 mas al conjuro de su voz. Es el descubridor- recordador.
 “Anamnesis” —diría Platón. He aquí los crepúsculos
 sangrantes que preludian todo amanecer de genio:

“Todo poeta, creador esclavo,
 Tiene algo de una bestia sacra y ciega”.

"El potro soy que algún titán cabalga,
Puñal que esgrime algún poder oculto,
La mansión de un demonio!"

"La mano creadora es una garra!"

"Tal se entienden cual cítaras recíprocas
Formas que creas, ojos que contemplan.
Mientras fluye éxtasis de las miradas
Sudan los mármoles sutiles músicas".

"No has menester de montes como cárceles.
Tú eres el prisionero de ti mismo!"

"Mas al crear todo es querer de tigre!"

"Un artista es el cazador celeste
De las celestes formas".

"Toda alma es traza del antiguo océano:
Fervor de olas y cólera de espumas!"

Cuando el poeta habla de la noche de las almas, que el hombre "efímero" mira "última", siente "íntima", aunque le es "póstuma, súplice y éxul de una patria espléndida", se cree oír una cascada de esdrújulas. Entre sus genialidades de gran señor del idioma, de ese flúido vivo y misterioso que dejaba absorto al Nietzsche hipersensible, el boliviano esdrújulea con frecuencia, sabiendo la mayor sonoridad y el desplazamiento eufónico de los vocablos.

Este verso culterano, de magnífica arbitrariedad, fastuoso y sobrio, múlto y completo a un tiempo mismo, suele revestirse de durezas angulares que recuerdan la brusca línea de la sierra. A veces, de escucharlo, resientese el oído; a veces cede a su turbión airado. Su poder

de síntesis, la concisión verbal, el zarpazo inmediato al sentido interno de las cosas —atributos del alma "kollá"— florecen, por paradoja estética, en medio de un vocabulario opulento e inigualable.

Sin llegar a esa disolución de la forma, que suele anunciar la declinación expresiva de los grandes creadores, el instrumento idiomático de "Scopas" es más áspero y rebelde que nunca. Con brusca majestad, el titán del Ande canta en lira neohispana:

"Jardín nielado en hésped oricalco".

"La cabeza viril, triunfal y dulce
Precípitate en locura como un bolido!
Frenético tambor, cascabel hórrido
Batiendo estragos y sonando ruinas!"

"Un huracán como himno me arrebató!"

"¿Qué sabe el hombre de esa alquimia olímpica?
¿Qué triste augur de las álgebras súperas?
Sofías múltilas, túrbidas mánticas
De Hermes sin norte y astrólogos ciegos..."

"La fuerza de todo estilo fluye del dolor de vivir; su belleza, de la paz de contemplar". Es la estética oculta de la forma tamayana. Hay perfección de torsos acabados y violentar de cumbres en desgarró, por estos versos que pasan del canto al alarido, del ritmo insólito a los timbres armoniosos. La primera lectura de "Scopas" no seduce al oído. Cierta monotonía aparente, embosca la variable energía del torrente eufónico. Es —una vez más— el caos organizado de las cordilleras, precipitándose cual un alud o inmovilizado en el éxtasis dramático de un vértice agresivo. Por una suerte de "wagnerismo lírico", Tamayo se sustrae al primer encuentro. Es preciso habituar ojo y oídos a esta música

compleja, de armonías y disonancias, de durezas dilacerantes, sutiles juegos eufónicos y contrastes excesivos, que unimisma la gracia aérea de la ola con la fiera permanencia de la roca.

¿El "allegro" de la "Sonata Hammerklavier", no vale por todas las innovaciones del expresionismo musical? El problema de la forma es siempre el mismo: el géometra perfecto es aquel que va más lejos al descomponer... para volver a componer. Así el pitagórico Franz Tamayo, en medio siglo de tañer, con mano india, el arpa castellana, combinando ritmos, giros, raíces, desinencias, imágenes que acuden de otras lenguas y otras épocas, y distintas maneras humanas de expresión, inventa un "stilo nuovo americano": el "barroco andino". que es soplo bárbaro dentro de la mayor sapiencia expresiva.

"Scopas" vale por una confesión autobiográfica. Bajo el velo del mito helénico, refleja la tragedia del primer poeta americano. No el drama particular del escultor, mas el eterno drama de todo verdadero creador de belleza. "No sé si soy o es otro quien me habita, y en campo de batalla inenarrable hace dos adversarios de un alma única". Si "La Prometheida" es el alma, "Scopas" es el soplo creador.

Scopas, Doris y Aglaé exaltan la lucha inacabable del hombre con la vida, bajo el pretexto generador de las estatuas. Tal vez la muerte de Doris esconde un postrer simbolismo. Pero todo Tamayo, con su doble pasión de agotar las fuentes de la vida y colmar las páteras del arte, está vertido en el libro prodigioso. Actuar creando y re-crear actuando. ¿Por qué el voluntario aislamiento del mundo? ¿Por qué el político se mutila el brazo fuerte? ¿Por qué hombre y pensador ciñen la clámide del silencio? "Scopas" no resuelve la clave, mas da un indicio para sospechar la verdad. En lo particular, el drama de un artista. En lo general, espejo

lírico del creador. Dijérase un alma que aprendió la ley de Schiller: aspira, artista, a la fuerza romana y a la belleza griega. O un espíritu embriagado por los vinos etéreos de Kleist: hacer obras que tengan la austeridad arquitectónica de la tragedia griega y la riqueza individual de la poesía romántica, el color y el movimiento de una comedia de Shakespeare y la marmórea majestad de un drama de Esquilo.

Scopas en lo apariencial, Tamayo en esencia, rasgan el velo de Maya. Zozobras de leones y palomas cruzan este canto, donde alienta la doble energía del hombre y del poeta:

"Más que las formas, teoría espléndida,
Rostros y torsos como en baile de astros,
Me enciende el raptó que los arrebató.
Fuerza divina! Cataratas! Vórtices!
¿Quién si no el ímpetu que nadie nombra
Alza los ortos y esfuma crepúsculos?
No lo que arguyes; lo que siento vivo.

(golpeándose el pecho)

Aquí está el huracán que canta y crea,
Rompe mis pleuras y las diviniza.
Es como un grifo que urge alas y garras,
No sé cuál más glorial. Tan hondo es su hálito
Que a veces mima de ternuras célicas
Y besos tenues. Otras rompe en furia
Como zarpas con uñas de centella.
Aquí está el huracán; toca mi pecho
Donde se insufla; y es marea pánica
Y se extiende una pleamar sin límite.
Bajo un cielo sin miedo y sin crepúsculo
Bullen allí dintornos y contornos,
Todas las líneas que la vida ensaya
Desde el rictus fatal de Zeus regio
Hasta el porte triunfal de Apolo loxias.
La nalga fina de una Venus púber,
La majestad de Hera materna y grave
Y Baco príncipe de torso hebeo.
Niké alada, hipodámica amazona.

Clava de Heracles, caduceo de Hermes,
Y cabe el héroe hijo de dioses, todas
Las ninfas, leves torsos, trigo y nieve,
Y en oro muerto o en jazmín dorado,
La línea esbelta como palma al aire
O el sesgo grácil cual de poma nueva.

Yo el jugo sé que alimentó sus cuerpos,
Olas y linfas, savias de árbol viride;
Y al fin, para pulir sus redondeces,
Aire de monte y salobrez de mar!"

Lección suprema de alta moral eudemónica, "Scopas" alcanza el delirio sacro, la embriaguez de la tragedia antigua. Su violencia explosiva, sus audacias verbales, son el viento punero en vaso clásico. Una larga discusión. Terribles y maravillosas ideas. Se quita Doris la vida con el cincel del escultor; el Eros pétreo vence al Eros vivo. He aquí todo. Scopas, prisionero de sí mismo, proseguirá el combate con el transmigrar de la piedra. Pero en trama tan simple, en acción tan concentrada, se oye crecer el drama con ese ritmo solemne que mueve el numen de Esquilo, despertando mundos de sobrias realidades:

"Vivir! Crear! Ya a mí en el aire llegan
Múltiplos torsos y cabezas trépidas
Que me piden su rapto y su armonía!"

.....
"Oh glorias, oh desastres, oh prodigios!
En el ámbito sacro del artista
Que no sea el milagro es ya milagro.
Aquí los Dioses llegan, canta el aire
Y hablan las piedras. De los sueños brota
Más realidad que de los montes táctiles.
Sobre el alud del tenebroso Heráclito
Que todo rapta y evanece todo,
Sólo perduras tú, Belleza eterna!"

Aglaé, alma inmortal, cierra la tragedia con estas palabras órficas, que iluminan por igual la ética del hombre y la tiniebla del artista:

"La esperanza es femínea. Espero, espero!"

Este libro provoca un extenso comentario, reproducido por "La Nación" de Buenos Aires. Después de medio siglo de habitar el mundo de las letras; luego de diez obras publicadas, es el primer eco sin reticencias, la primera justificación en el terruño. El "leit-motiv" del olvidado retorna: "¡Conformarse; el estupendo Schopenhauer recién a los setenta halla justicia!"

1940. Sesenta y cinco inviernos nievan las sienes de Franz Tamayo.

Amauta milenario, sabio de todas las sabidurías, su fuerza concentrada corre pareja con su desprecio por el mundo. Su vida con altura y caída de cumbre; su obra maravillosa de artista y pensador; el gesto vertical, los mil pliegues de la voluntad; la soledad sonora de su procera senectud; todo, todo conduce a la síntesis final: Tamayo es la montaña hecha hombre. Abruma y ciega. El drama escapa al ojo. Pero truena el verso apocalíptico y estupeface. No hay mayor madurez mental en el continente. Pocos le alcanzan en variedad de actividades. ¡Planta exótica! Deslumbrado por la riqueza de esta vida, un crítico peruano exclama: "Tamayo es un espectáculo de osadía en América!"

Poeta y pensador, tribuno, luchador y hombre de Estado, su personalidad se da de bruces con el medio. Negado en la montaña, voces del mar y de los llanos le llaman: "¡Maestro!" La función pública no lo aleja del arte. Las polémicas del sociólogo alternan con los proverbios del filósofo; las luchas políticas con los versos del artista. Filólogo, hombre de leyes y de números, crítico acerado, investigador científico, humanista en el más amplio sentido del vocablo, toda disciplina intelectual le es familiar. Parlamentario, diplomático, asesor jurídico, ministro, canciller de la república, presidente electo de su patria, evoca las figuras dramáticas de aquel Bacon de Verulamio, maestro de ciencias huma-

nas, y del canceller Moro, que la barbarie de un monarca llevó al cadalso; como ellos, Tamayo interviene en la formación de su pueblo; como ambos sucumbe en la última jornada, redimiendo con el padecer del humanista los infortunios del político. Acaso Walter Rathenau, en los tiempos modernos y en otro plano analógico, perfila una figura afín; alma de muchos climas, apta para todos los ejercicios de la voluntad y de la inteligencia, hace exclamar al filósofo: alma fina es aquella que vibra con el cosmos. No vale una vida tanto por lo que alcanza a realizar, cuanto por lo emprendido y la intensidad con que supo acometerlo.

Suele verse un hombre bajo y fornido por las calles de La Paz. El cuerpo hercúleo, monolítico, aparenta pesantez, acaso porque la cabeza gravita en exceso sobre los anchos hombros; pero al echarse a caminar, el cuerpo se agilita, cobrando un ritmo elástico y marcial. Se piensa en el paso cauteloso y rápido del puma; o en la prisa silenciosa del indio, devorando distancias sin fatiga. Cruza las calles solitario, vestido de negro, con las manos enguantadas y un bastoncillo de junco que contrasta con la solidez corporal. Bajo el sombrero la cabeza genial parece olfatear el aire; es el motor primero, física y espiritualmente. ¿Quién es ese hombre que avanza con un sentido interno de la marcha? El paso rápido le sirve para esquivar saludos; el gesto desdeñoso aleja importunos. ¿Por qué tamaña arrogancia? Dijérase un príncipe hindú: grande majestad en el porte; ascuas en el mirar. Mas el ritmo ágil de la marcha rompe la tesitura oriental; este hombre no camina, devora cuadradas. Todo él montado sobre una red intrincada de músculos vibrantes y nervios tensos y finísimos, irradia una energía salvaje. Avanza en un silencio bravío, impresionante, que dice todo sin palabras. El poblador camina con la fiereza que la tierra persiste. Así debió movilizarse el andícola, cuando el Ande florecía

en imperios y señoreaba un continente. Paso de triunfador, no de vencido.

Voz sin eco, mano sin asidero, Franz Tamayo cruza silencioso por las calles de La Paz. Transpone los umbrales de la ancianidad, sin que nada acuse, exteriormente, senectud. Olvidado el hombre, caído el político, el artista no ha nacido todavía a la comprensión de su pueblo. Desde su caída política trata dos, tres amigos; desde la muerte del hijo acaso a nadie. El pez negro, prisionero en el acuario del mundo, dora el agua con extraños y trágicos reflejos.

De pronto se acerca un importuno:

—Señor...

—Señor...

—Don Franz... Yo quería escribir sobre usted... Pero ignoro sus libros... Nada sé de su vida...

—¡Déjeme en paz, señor mío! ¡Yo soy un pobre viejo (la voz se hace insinuativa sin dejar de ser enérgica) que nada quiere para sí. ¡Amo mi libertad!

Y antes que el importuno salga de su sorpresa, el solitario se aleja con rapidez.

Hay tres hipótesis para explicar el aislamiento: la soledad congénita de los grandes creadores; la hurañía aisladora del aimára; el resentimiento contra el mundo. ¿En qué proporción se conjugan los tres factores? Si la amarga experiencia social torna adusto y receloso al hombre, no son menos numerosas las ocasiones en que un atavismo étnico y un temperamento emotivo conspiran a extremar la soledad.

El sudamericano —ha dicho un observador sagaz— es esencialmente taciturno; tanto más taciturno cuanto más profundo es. Tamayo confirma el juicio. Un "ethos" racial y telúrico preside su aislamiento. Mas quien quiera calar hondo la psicología tamayana, debe conceder al temperamento hipersensible y orgulloso del artista el primer rango; a la incomunicabilidad aimára

el segundo; y sólo en tercer punto a la decepción mundana, el enclaustramiento desdeñoso que precede y epilogiza sus crisis espirituales. Orden justo, orden lógico, si se considera que Franz Tamayo es, en escala descendente, un grande artista, una grande expresión de su pueblo, y un gran resentido. Para una metafísica del carácter, el solitario, antes que consecuencia de la pugna temporal con el medio, es causalidad en eterno devenir de la lucha consigo mismo.

Otoño. Caen las hojas. Un piadoso olvido aletarga los recuerdos. Gloria... Honores.... Ambiciones... ¡Bah! Más vale educar los hijos, sumergirse en los libros, trepar al altiplano y velar por las cosechas.

Bajo el viento punero, que silba por los pajonales, el alma se reconcentra, se oye mejor. Es el retorno a la tierra, el claustro bárbaro y primitivo del Ande. Nieve. Sol radiante. Luz cruda, inverosímil, que ciega los ojos y deslumbra el espíritu. Las grandes montañas se arrojan sobre el duro altiplano. Los campos se dilatan sin medida. Sopla con furia la ventisca, mientras los indios se entregan a la faena agrícola con su técnica rudimentaria y humilde. El altiplano tiene rigores de padre severo y ternuras de nodriza; a una tarde borrasca sigue el alba serena, henchida de gérmenes secretos. Por este escenario elemental, pasiones e impresiones se aguzan como puñales buidos. El hombre, en su pequeñez, queda cautivo de la magia ancestral de la tierra, imantada por el flujo de aires y metales enraizados. Físicos y biólogos, allá en Europa, dicen que a más de dos mil metros la vida humana es imposible. Mas los "kollas" viven ya milenios a cuatro mil metros verticales. Su sangre, cruzada con el ario, ha hecho un mestizaje joven, mitad indígena, mitad europeo, que respira a pulmón pleno el aire helado de la cordillera, mientras el recio pecho se dilata como la línea elástica de las cumbres.

¡Fuerza misteriosa del Ande! ¡Frescura virginal del mito! Después de la constelación lírica que forman "La Prometheida", "Nuevos Rubáyat", "Scherzos", "Scopas", prosigue el palpitante galáctico. Versos, siempre versos... Acaso la trágica desolación del altiplano, que sólo el montañés arquitectura con presencias y vigencias interiores; tal vez los "Apus", dioses ancestrales del suelo; la tierra misma, eterna y antiquísima como el tiempo primero, engendran, en alma aimárofáustica, la "Tetralogía" estupenda; cuatro tragedias líricas: "La Aquileida"; "Aguiles y Briseida"; "Los Argonautas"; y una cuarta que aun carece de nominación.

Aquí también, en el escenario elemental y potente de la sierra, crecen las páginas de un "Estudio Comparado del Sánscrito y del Aimára". Siguiendo la etimología del Diccionario Aimára del P. Bertoni, compuesto en 1612, Tamayo pretende explicar, mediante investigaciones filológicas, etimológicas y eufónicas, la profunda afinidad conceptual que existe entre la India milenaria y el Ande primitivo. Por estas páginas religión, filosofía, lingüística y estética se dan la mano, bordeando las doctrinas esotéricas. ¡Rayará el libro en aquellas abstracciones coloreadas de la vejez goethiana; o como Shakespeare, enterrará su vara a la mayor profundidad, en la plenitud de la fuerza creadora? El tiempo descenderá el velo de la tentativa formidable; un arco de luz sobre los dos polos de altura del pensamiento humano: Ande y Ganges atisbados, unimismados bajo una sola zarpa.

Vigilando la cosecha, en íntimo contacto con el agro, la naturaleza vigoriza al hombre, rejuvenece al poeta. Todo debe resultar bien, si hubiera método y pausas de reposo. Pero los familiares se quejan, aterrados, al médico: don Franz Tamayo regresa enfermo de la finca; enfermo del alma, que es peor que enfermar del

cuerpo. Ha trabajado dos, tres, cuatro días, con una resistencia pasmosa, olvidado de alimento y sueño, hasta que la cruenta vigilia del alma acaba por romper la resistencia corporal. Se acude entonces el régimen estricto: fricciones de aceite al cuerpo, experiencias dietéticas, ejercicios físicos moderados, prohibición absoluta de hacer música, leer libros o componer versos. Diez, quince días de "cura" metódica... y otra vez las fugas del rebelde. Así, entre violentas crisis espirituales, que destruyen el equilibrio fisiológico, nacen y se agrupan las estatuas del friso creador. Tolstoi, huyendo de Sofía Andreievna para salvar la última serenidad, es menos trágico que este Señor del Ande huyendo de la ciudad al altiplano en fuga sempiterna de sí mismo.

Vísperas de ancianidad. ¡Soñada, temida ancianidad!

¿Cómo fluye la vida en torno? Bolivia se debate entre el cesarismo militar y los ensayos de economía intervenida. ¿Dictadura? ¿Control de un Estado inorgánico, sin capitales y sin técnicos, sobre las fuerzas productoras? ¡Macaquismo criollo! El socialismo obedece a un estado de alma; expresa una voluntad de superación; pero en el hecho, se frustrará muchas veces antes de alcanzar la meta. La herramienta se embota en la dureza del bloque nacional. ¡Cuánta distancia del torbellino post-bélico —pasan sólo cinco años— a los tiempos de Salamanca! El ciudadano formado en el concepto clásico de la política, ciencia de gobernar pueblos, poco entiende de la confusión babélica de izquierdas y derechas, a las que se suma una juventud desorbitada y vehemente. Es la pugna de la sangre y del dinero —sugieren astutos mistificadores, como si ambos no fuesen sillares de la vieja ambición humana. Es el caos —sostienen los viejos. Es la vida, que renace de la lucha y de la oposición de los contrarios —replican los jóvenes.

Por el portalón de la casa 84 de la calle Loaiza, sólo

cruzan un hombre vestido de negro y sus hijos. A veces, puertas adentro, se divisan los indios que traen productos de la puna. Un pequeño "Opel" ha reemplazado al viejo "Ford". Por un callejón vetusto se llega a la escalera que conduce al segundo piso. La casona destartada impresiona mal con su patio silencioso y vacío, sus paredes grises, la escalera de crujiente baranda. No es mejor el corredor; se diría el vestíbulo de un alquimista, desprovisto de orden y ornamentos. La primera puerta, al fondo, abre acceso a un salón de regulares dimensiones; aquí el escenario se transforma. Si afuera declinan las cosas por la indolencia de la "manera" india, aquí dentro todo se ordena y vitaliza por la dinamia occidental. La sala tapizada con antiguos cortinajes, tiene una rica alfombra, un piano de cola, un torso de Afrodita, altos espejos, finos muebles. Atravesando un cancel de vidrios sigue la biblioteca, con una tarima que sostiene dos mesas y varias lámparas. Libros de ricas pastas, se alongan por los muros en cuidadosa simetría. Es la guarida de Fausto.

Quien no escuchó al hechicero en sus horas de sociabilidad benévola; quien no recibió sus enseñanzas sobre el fondo imponente y barroco de esta sala y este escritorio-biblioteca que hablan de un misoneísmo irreducible, ignora hasta qué grado de sapiencia y elevación moral llega el verbo humano cuando vive traspasado por el genio. Disertando larga y profundamente sobre los temas más opuestos, Tamayo tiene en suspenso a quien le escucha; tal es su arte de la conversación. Sus juicios revelan una observación extraordinaria de la vida, un conocimiento oceánico de la cultura. Brujo y gran señor participan excelencias. Bajo el discurrir penetrante y la elegancia suprema del idioma, indio, mestizo y blanco desaparecen dando paso al arquetipo clásico del Maestro. En esas horas fugaces —que fueron, que ya no pueden ser, porque el grande hombre

se divorció del mundo y de sus gentes —se pudo pensar en lo que fueron Platón, padre del idealismo trascendente; o Sócrates, clava ígnea de elocuencia. Pero el milagro no es la presencia resurrectora de un otro pastor de inteligencias; sino que ella florezca en la aridez del altiplano, donde el humanismo no nació todavía en un sentido social. ¿Hay quienes recuerdan la cabeza patética, los labios persuasivos musitar cosas estupendas? Esos privilegiados saben cuál es la cabeza más fuerte de la montaña; saben también que se requieren siglos para llegar a estas síntesis de humanidad, cada vez menos frecuentes, por la invasión implacable de la máquina y el vértigo civilizador.

¿Quién toca el piano?

Imaginad una cabeza beethoveniana. Grave ceño. Melena leonada. Ojos negríssimos. De la frente cimera al mentón poderoso, tira sus líneas una altanera geometría: ángulos, vértices, curvas y raptos violentos. Cuando el rostro bronceado se sumerge en la penumbra, cobra resplandores de metal. Hecha para el combate, la boca se esfuerza para ser dulce. Arde el mirar, dardeante, fugitivo; o se apacigua como el mar lejano. Penetrada de fuerza, la testa se moviliza sin descanso, acompañando todos los movimientos del cuerpo, todas las pasiones de la voluntad. El viejo hechicero gobierna la fábrica somática con precisión diabólica. En la quietud transitoria, la cabeza finge un bronce sacro; en el movimiento, la tempestad. Testa de rapidez felina, tiene para la acción la fiereza de un guerrero nórdico; y al trance meditativo irradia magia, como una escultura india perdida en la ruda longitud del altiplano. ¡Aquí mismo, ahora que se inclina sobre el piano, se diría el bloque roquero que se despeña con las cóleras del viento!

La esencia demonial atisba. Una "Appassionata" delirante estalla en el "Bechstein". No es la digitación

perfecta del virtuoso, mas aquel fuego explosivo, aquella hondura desgarrante que hacían escapar a Schindler del furor beethoveniano. Y otra vez el asombroso parecido: al menos fisionomista, Franz Tamayo evoca la faz sombría, taciturna y poderosa de Ludwig van Beethoven. Los bustos, los retratos, las mascarillas que el mundo venera desde hace más de un siglo, se transfunden y vitalizan en esta cabeza americana, de tez bronceada, rasgos concentrados y gesto fulminante. Se ve un hombre de espaldas robustas, curvado sobre el piano, mientras las manos ágiles hieren fuertemente las cuerdas. Es la sordera para el mundo exterior; recoger de voces hacia la más honda interioridad. Penar de químicos alcances, que no cubre la intensidad del sonido. Una transposición de la tercera obertura de "Leonora"; improvisadas variaciones sobre el cuarteto Op. 132; luego los tonos célicos de la última sonata para piano, que apaciguan el tumulto. Llora sin lágrimas. Pasión sin esperanza. Soledad del grande sin grandezas. Si el mago nórdico alcanza a conocer ráfagas de victoria que aclaman su genio, el hechicero indio es el solo espectador de su arte. Prometeo, encadenado al Ande, expía su destino.

¿Qué expresa el piano bajo mano aimára?

Última encarnación, tardía y postrera encarnación de una raza titánica... Anuncio del gran mestizaje futuro... Síntesis de humanidad... Pretérito ignorado... Presente incierto... Mañana confuso y enigmático. El hombre del Ande dialoga con el hombre de Bonn. ¡Dolor, dolor humano, siempre el mismo y "siempre joven"! El Septentrión y el Austro batan su tempestad junto a las nieves.

La montaña puede explicarse por su poblador, como Franz Tamayo se explica por el Ande. Estas páginas constituyen apenas la introducción al tema. Sugieren más de lo que dicen. El día que un crítico sagaz dis-

crimine el proceso comparativo de la tierra y de su excelso poblador, brotarán muchos perfiles de la tiniebla boliviana. Tal vez no se justifique el resentimiento integral del grande espíritu, mas al menos será comprendido en función de su medio y de su tiempo. Expresión potenciada de un pueblo amurallado que se asfixia lentamente, Tamayo no pudo, no podía ser otra cosa que un excelso artista y un político frustrado. La lección trascendente de su vida nos enseña que el Ande sólo será redimido por una siembra de amor, cuando surja el vigía grande de alma y de empresa, capaz de organizar a los bolivianos a pesar de los bolivianos mismos.

La ignorancia de tierra adentro niega a Franz Tamayo el título de Maestro de la Juventud, por no haberse inspirado en el pasado americano, por no ocuparse del folklore nativo, y por el helenismo trascendente de sus obras.

Los tres cargos se esfuman al más ligero análisis.

Vamos al primero. ¿Está bien estudiada la consecuencia profunda del choque entre el mundo mágico, politeísta y monovalente del indio americano; y el mundo fáustico, monoteísta y polivalente del conquistador ibero? Nadie dijo, todavía, dónde termina lo indígena en Bolívar y dónde comienza lo europeo. La más intrépida voluntad de un continente, no es hija del ancestro ni de la dominación exclusivamente. Producto extraordinario de una simbiosis impar que funde conquista, conquistador y conquistado, Bolívar es el romanticismo europeo hecho hombre, pero también la magia india que convierte el letargo de siglos en acción. No hay, no puede haber renacimiento autóctono. Con Moctezuma y Atahualpa fenece el orbe indio. La levadura actual se forja con elementos análogos para pueblos diferentes: es el abrazo letífero de la civilización fáustica que destruye todo lo que toca. Ya no habrá

más culturas singulares. Ni tipos de vida regional. Es tarde para soñar en un renacimiento sudamericano. Nórdicos, latinos, eslavos, asiáticos, criollos, indios marchan a la fusión. A poco más —siglos para el mirar histórico— Europa, Norteamérica, Asia o nuestro Sur serán casi lo mismo. ¿Qué significa el expansionismo militar del Japón, el despertar de la China, el panhinduismo que se logran a través de instrumentos de Occidente? Todo mira a una vorágine central: los pueblos todos aspiran a identificarse y absorber el mundo euroyanqui. El mundo que nace apunta a la unidad.

Sudamérica no figura a la cabeza del nuevo orden de cosas, como estima la fatuidad criolla. Estamos al extremo opuesto. Por siglos —si no milenios— la luz seguirá viniendo de Oriente y Occidente. Nuestra grandeza hay que buscarla en el pasado, más allá de la civilización caduca y descompuesta que hallaron Colón, Cortés y los Pizarro; en aquel otro enigmático universo anterior a los mayas y los incas, que habló en lengua de piedra para eternizar su majestad: Tiwanacu, Palenque, Cuzco. La cultura mítica, fabulosa, anterior al medioevo occidental, de un pasado americano que aun no se reveló al investigador ni al poeta. Más atrás del maya, más allá del inca, “auscultad en los Andes nuestras Híadas!” Siempre la peripecia del suelo, abre el periplo del poblador. ¡Acercaos, estudiad la tierra. Hombres y acontecer antiguos brotarán por anamnesis o invención!

El pasado americano es tan remoto y tan hermético que aun Tamayo, con ser el alma de visión más larga en la cultura continental, no alcanza a vislumbrarlo. Lo sospecha, lo presiente en las tormentas del atavismo; tal vez lo roza y lo sugiere desde el fondo insondable de la memoria humana. Pero el mundo helénico, perfecto y radioso, está más próximo. Pudiendo ser el visionario revelador de un mundo muerto, Tamayo pre-

fiere ser el epígono cantor de un mundo vivo. De la Hélade a Tiwanacu hay un abismo que nadie ha franqueado todavía.

Pasemos al segundo. ¿Que Tamayo no representa la literatura boliviana por no haberse ocupado de temas específicamente bolivianos? Tontería. ¿Quién llevó a más alta cima la cultura alemana que Goethe; y quién más universal y menos alemán que Goethe? El genio creador rebasa fronteras; habla para los tiempos. Maestro de generaciones, trasciende suelo, lengua y geografía. La estrecha vara nacionalista no reza con el genio.

Hay algo más: las patrias no se erigen por la mezquina exaltación del color local; surgen del anhelo de forjar un estilo colectivo mediante la superación individual. Nacen de un proceso subjetivo, concienencial, independiente de toda exterioridad. Patria no es el pigmento de la piel, el color del vestido, la masa heterogénea de usos y costumbres. Es la fe de las muchedumbres en un destino afín y un modo unificante de vida. Primacía del espíritu sobre la voluntad; edificación de adentro a fuera. Sobre los nacionalismos efímeros y estrechos, es su capacidad de universalismo lo que alonga las grandes culturas nacionales en el tiempo. La majestad de las patrias reside en ser aposentos de humanidad. El nacionalismo excluyente retrocede a la caverna. Pensador, artista, sabio, héroe, santo constituyen patrimonio universal. Hijos de la verdad y del espíritu, pertenecen a la patria terrena de todos los hombres. Quien no lo comprenda así ignora el sentido del vocablo "humanidad".

La maravilla de la obra de Tamayo consiste en haber elevado una literatura infusa, ignorada de todos, al rango de las más altas disciplinas mentales. Para una jerarquización universal, la literatura boliviana no exis-

te antes de Franz Tamayo; sus creaciones nos incorporan a la geografía literaria del planeta.

¿Qué es lo boliviano en el autor de "La Prometheida"? Para quien sabe comprender, todo. Para el que lee sin entender, nada.

A través de su vida tormentosa y combativa, que oscila entre el aislamiento y la irrupción; en sus escritos polémicos; en sus discursos parlamentarios; en la complejidad de su psicología ultramestiza; en sus pensamientos y en sus versos, manifiesta uno por uno todos los rasgos del alma boliviana. ¿Queréis conocer la estupenda variedad del paisaje nativo, el hechizo indio, la contradicción mestiza, el drama nacional en su trágica grandeza? ¡Leed a Franz Tamayo! Bajo la sapiencia del pensador, envuelto en los mil pliegues del humanista, velada por los sutiles recursos del poeta, hay siempre una lengua de fuego que roza la llaga sin descubrir la herida: El boliviano es un resentido en potencia; es nuestro mal mayor. Y una concentración de fuerzas en reposo; acaso la virtud intacta. Entre ambos polos, el resentimiento activo y la energía aletargada, vacila toda nuestra historia. Por eso Franz Tamayo, el más grande resentido y el primer organizador de altas ideas, a pesar del aislamiento social, es todo un profesor de carácter. Se puede fracasar en la ambición individual, sin dejar de ser útil a la colectividad. Convertir la derrota frente al mundo en victoria del espíritu, es privilegio de almas fuertes. Crear orden y belleza donde impera el desaliento, ya es una proeza. "¡Buscad la energía en vez del oro! ¡Osad! ¡Perseverad!" ¿No es la clave para levantar un pueblo prostrado, que vive cincuenta años a la zaga de los demás?

Pero el grande hombre es, al fin, transnacional. Aunque toda nuestra vida civil esté resumida en la vida pública de Franz Tamayo; por mucho que sus reacciones psicológicas constituyan la ética y la estética

de la caracterología boliviana, el lauro mayor pertenece al humanista. En sus virtudes y en sus defectos, el más boliviano de los bolivianos. Por sus obras para la humanidad. Político y sociólogo se vuelven a la tierra. Pensador y poeta se alzan a las esferas.

Levantemos el tercer reproche. ¿Por qué Tamayo “piensa en jonio y escribe en libre”?

Aunque el mundo aceleradamente se transforme como figuras de las nubes —dice Rilke— a lo antiguo retorna todo lo perfecto.

El griego es el hombre eterno, esclavo y señor de la naturaleza, jamás superado en la ciencia de organizar el mundo en relación a su propia organización interior. Racionalista y definente, no sólo forja el sueño más hermoso de la vida como expresa la sentencia goethiana; también el mundo tangible y sus fenómenos se le entregan. Historia de historias, la suya es toda la fantasía y todo el conocimiento humanos. Quien torna los ojos al divino archipiélago, espía el perdido equilibrio: entre átomo y estrella, el hombre inmortal, tenaz devorador y devorado del espíritu; sola medida eterna de las cosas.

“¡Oh Madre, célica Madre!” —dice Tamayo en un septeto a Grecia. ¿Por qué la Hélade y no el Ande? Burekhardt nos dará la respuesta:

Todo lo que hicieron y padecieron los griegos fué “libremente” y de manera distinta a los pueblos que les antecedieron. Son originales, espontáneos y conscientes allí donde los demás están dominados por un “tener que” más o menos sombrío. A pesar de sus fallas y dolores, en sus creaciones se nos presentan como el pueblo genial de la tierra. En todo lo espiritual llegan a límites que la humanidad jamás perderá de vista, por lo menos con su reconocimiento y apropiación, ya que no siempre se puede poner a la altura de los griegos. He aquí la razón por la cual el pueblo heleno se ofrece

en estudio a toda la posteridad. Quien quiera sustraerse a él, retrocede. ¡Y su saber y su ver! Mediante su conocimiento del mundo ilustran no sólo su propio ser, sino también el de todos los pueblos antiguos. Todo el conocimiento posterior que poseemos del mundo, no hace sino seguir la tela empezada por los griegos. Vemos con sus ojos y hablamos con sus expresiones. Y así eternamente, en nuestras creaciones y posibilidades seremos admiradores de los griegos, y en el conocimiento del mundo, sus discípulos.

Incomprendido por la juventud de un pueblo demasiado viejo en ciertas cosas y demasiado niño en otras, Franz Tamayo recogerá el lauro final de manos del tiempo: Maestro de Generaciones, que serlo de una determinada juventud es poca cosa.

Este retrato fantástico no implica un credo pesimista. Al contrario: relieves negaciones para erigir la nueva fe de los escombros. El Ande duerme un sueño de siglos. No somos, orgánicamente, nación. Pero si se quiere abandonar el estado infuso y larvario de la realidad boliviana, lo primero es despertar las almas para dinamizar luego los cuerpos. Hay que romper la insularidad montañesa y tomar contacto con el mundo nuevo que se forja en los campos de batalla. El mito del pueblo indio terminó. El cielo de los nacionalismos cerrados también. Claustro mestizo —comunidad de tránsito— Bolivia debe prepararse a la misión futura: el pueblo sin fronteras raciales del porvenir, cosmopolita, múltiple, universal. Los próximos cien años no son de México sino de Washington. “¡Argirópolis!” dijo Sarmiento — y dijo bien. Nuestro futuro depende de nuestra capacidad de convivencia dentro de la sociedad mundial. Hay que superar las comunidades inermes del pasado, dinamizando al boliviano y redimiéndolo del rencor divisionista. Política, sociológicamente, Tamayo es una lección y una advertencia. A las nuevas

generaciones corresponde escuchar la advertencia y aprender la lección: por la fe y el esfuerzo colectivos, contra el resentimiento y la dispersión individual.

¿Qué falta en esta vida extraordinaria? ¿Por qué un estremecimiento nos sacude, cada vez que miramos al pozo sin fondo de su drama? Faltan la piedad cristiana, el sentimiento religioso puro y desinteresado. Enérgico dominador del mundo, que cierra la mitad de sus versos con el signo admirativo, como necesidad natural de su energía creadora, poeta y pensador no pronuncian el nombre de Jesús. Antes bien; más de una vez la crítica injusta, teñida de parcialidad contra el cristianismo. Y otras el análisis frío, riguroso, del intelecto vigilante:

“La ciencia va a veces tan hondo, que alcanza a la religión; la religión sube a veces tan alto, que alcanza a la ciencia. Ese punto vertical del espíritu no tiene nombre moderno; pero en griego de Pitágoras se llama Mathesis”.

El pecado del intelecto —dice el místico— es el pecado satánico de querer comprenderlo todo y alcanzar las verdades más altas. Aquí otra de las claves para descifrar al poeta andino. Se piensa no en el Luzbel angélico, a la manera de Shelley, sino en el Luzbel luciferino al modo de Byron y de Kleist.

Séptima soledad. Aquella que destruye la inteligencia de Nietzsche y apaga la energía de Leopoldo Lugones. Vivo entre muertos. Muerto entre vivos. Soñar... Pensar... Polvo en la huesa. “¡Sólo la noche es manantial de soles!”

Largo e Mesto. Tanto se aproximaron suelo y hombre, que al cabo se unimisman en el abrazo unívoco del cosmos:

METANGISMO

“El alma de estos montes
Se hace hombre y piensa.
Tramonta un ansia inmensa

Los horizontes.
Y en luz huraña
Más de una sien transflora
Una montaña!”

¡Áspera y sombría vejez del Ande! El poblador se identifica con el suelo: antiguo, fiero, ineluctable. Al trance crepuscular, los grandes hombres inervan adustez y soledad de cumbre. Dispárase el mirar al horizonte; las bocas enmudecen. Ni envíon de cóndor ni garfial de puma. Cuerpo y alma encajan sin premura a la hora del último conflicto. Terminada la lucha con el mundo, se liquidan también las batallas postrimeras del espíritu. Por la meseta, saber envejecer es flor de hechicerías. Ciertamente, hay un embrujo boliviano en el paisaje; y un sortilegio aimára en los rostros. Los mozos intrépidos que quieren dinamizarlo todo, no alcanzan a entender el letargo fatal de los ancianos. Ignórase la ley de la montaña; y como la montaña, más inaccesible cuanto más cercana, hombre y monte sólo se captan desde la distancia. Aquí la planta humana es ley telúrica; la grandeza se mide en razón inversa al movimiento. Altura y caída de cumbre erigen la estatura vertiginosa del eminente; pero la majestad final sólo se alcanza cuando el poblador retorna al éxtasis definitivo de la cima. ¡Divino y cruento periplo de los montes; de tanto mudecer, hablan como lenguas; y no es tanto su grandeza un escalar los aires, cuanto un detener el sol del tiempo! Tamayande... Una sola y misma cosa... Hombre y suelo. El continente deviene contenido. No hay, no puede haber otro vocablo para expresar la armonía final del territorio y de la raza; ¡Tamayande! -

La característica del genio es su divorcio con el tiempo. Cien años más tarde, Tamayo habría brillado como astro de primera magnitud en el cielo americano. En el torbellino convulso de pueblos que se forman, su obra

se sumerge en el silencio. Otros tiempos saludarán el alba de su gloria.

Bolivia olvida a Franz Tamayo. América le ignora. Hay siete sellos sobre el dorso heptagonal de sus tragedias; y tres más junto al triple enigma del hombre, del pensador y del político. Mas el día que la inteligencia americana madure la comprensión del Fausto aimára, más de una boca le revertirá el terceto inmortal dedicado a Goethe:

“Hado sin nombre,
Si no era un Dios, por poco
Fué todo un hombre!”

Pero esto supone una perspectiva final.

Franz Tamayo encarna el drama del alma americana, vaciada en las formas humanistas de la inteligencia europea. Por él se descomponen cinco mil años de pensamiento vivo. Planta exótica, no tiene par bajo la Cruz del Sur. El cantor andino vive, padece y expía su soberbia de artista con sus infortunios de hombre. Confundido en las luchas civiles de su pueblo, es indivisible de su historia política y social. Así este Fausto de la voluntad y de la lira, se yergue solitario, como la última imprecación de una raza que se hunde en el olvido, y el primer alarido triunfal de un pueblo joven, que brota de una trágica agonía de siglos.

Ya no alumbra el mundo estas flores de cultura. Acosado por la máquina y la prisa de vivir, el hombre lucha y escribe, mas no piensa. No se llega a entender del todo una inteligencia tan compleja como la de Tamayo; ni se puede abarcar en pocas páginas una vida tan rica en contrastes dramáticos; como no se llega a comprender en cabalidad su enigmática y sapiente poesía. ¿No ha dicho Goethe que cuanto más incommensurable es una obra literaria y menos accesible a la razón, tanto mejor es?

Mar sin orillas, Tamayo polariza las dos grandes corrientes submarinas: América y Europa. Por ambas cruza el soplo asiático y el hálito de las antiguas teogonías. “Aere perennius”; el hombre, frágil, reconstruye el juego de la vida y de la historia. Kjunó y Apolo transmutan líquidas esencias. Del ario, profunda emanación. Del indio, un desafío. Bronce al fin, eterno bronce, donde las razas funden sus metales. Simple. Complejo. ¿La gracia jónica en la fibra fáustica? ¡Sueño imposible, pero sueño al fin! Unipolar. Plural. Siempre diferente, siempre parecido a sí. El más universal de los artistas. Lo más entrañablemente boliviano. Un desdeñar que duele. Músicas que fascinan. Magia india. Saber occidental. La montaña hecha hombre. El hombre petrificado en el basalto. Y donde las agujas de la crítica se quiebran, una esfinge bifronte que reserva su enigma:

HABLA OLYMPIO

“Yo fuí el orgullo como se es la cumbre
Y fué mi juventud el mar que canta.

¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como el mar que ya no canta?

No rías, Mevio, de mirar la cumbre
Ni escupas sobre el mar que ya no canta.

Si el rayo fué, no en vano fuí la cumbre.
Y mi silencio es más que el mar que canta!”

José María Alvarado

ISA GOGÉ

	Pág.
PRELUDIO	13
ANDANTE CON ESPRESSIONE	29
ALLEGRO ALLA MARCIA	51
SCHERZO INDIO	81
PRESTO APPASSIONATO	141
LARGO E MESTO	225